COLECCION

DE LOS APOLOGISTAS ANTIGUOS

DE LA RELIGION CHRISTIANA,

SAN JUSTINO, TACIANO DE SIRIA, ATENAGORAS, TEOFILO DE ANTIOQUIA, TERTULIANO, MINUCIO FELIX Y ORIGENES.

TRADUCIDOS Ó ANALIZADOS:

Obra escrita en Francés por el Señor Abate de Gourcy, Vicario General de Burdeos y de Cambray, y Miembro de la Academia Real de Nancy:

TRADUCIDA AL CASTELLANO,

Y DEDICADA AL SABIO CLERO DE ESPAÑA

POR DON MANUEL XIMENO Y URIETA,
Doctor en Sagrada Teología y Opositor á Cátedras.

TOMO PRIMERO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
MDCCXCII.

EL TRADUCTOR.

Ya, parece, que se han cumplido aquellas funestas predicciones de los Apóstoles, Pedro y Pablo; pues vemos con dolor de nuestras almas, que el espíritu del error y de la mentira se ha apoderado de los corazones de los hombres. ¡O Siglo XVIII. Siglo de impiedad! Contigo hablaban seguramente aquellos oráculos tan temibles. Tú debias producir un exército de aquellos corrompidos Filósofos, de quienes dice la Escritura, que *seguirán una doctrina de Demonios, se desviarán de la fe de Jesu-Christo, enseñarán la mentira, y tendrán cauterizada su conciencia.* A tí te tocaba renovar aquellos tiempos, en que los Gigantes pretendiéron escalar el Olimpo, y destronar al Omnipotente: porque no es otro el objeto de la vana sabiduría de los Filósofos de nuestro Siglo.

Nuestro Santísimo Padre Pio VI. en la Bula que dirigió á todos los Obispos de la Iglesia, en el primer año de su Pontificado, presenta un quadro lastimoso del triste estado en que se hallaba la Sacrosanta Religion de Jesu-Christo. „¿A quién, „decia, no llenará de terror y espanto el „estado presente del Pueblo Christiano? „¿Qué corazon, por magnánimo que sea, „no quedará oprimido con la sola consi„deracion de que tomámos á nuestro car„go la custodia y defensa de la Esposa de „Jesu-Christo, su Iglesia, en un tiempo „en que se discurren tantos engaños, y se „preparan tantos lazos y asechanzas á la „Religion Católica? Tiempo, en que unos „espíritus naturalmente turbulentos y ma„liciosamente enfurecidos, embriagados de „un extravagante fluxo de novedades, nó „solamente no dudan oponerse á los fun„damentos de la racionalidad, sino que „quisieran destruirlos si fuera posible. Esto

„nos aflige y nos hace prorrumpir en con-
„tínuos gemidos, porque nos parece, que
„nos hallámos en aquellos infelices y peli-
„grosos dias, de que habla el Apóstol, y
„en que se levantan unos hombres, aman-
„tes de sí mismos, orgullosos, soberbios,
„blasfemos, traidores, mas adoradores de
„sus deleytes que de Dios, réprobos, in-
„fieles, y de entendimiento tan corrompi-
„do, que nunca llegarán á poseer la cien-
„cia de la verdad, por mas que empleen
„todos sus talentos en aprenderla. Hom-
„bres, que no contentos con ser impíos,
„se erigen un Tribunal superior, y se cons-
„tituyen maestros de la impiedad: llenos
„del espíritu de la mentira, como los lla-
„ma San Pedro, enseñan doctrinas perni-
„ciosas, forman sectas impías, y negando
„al Señor que los ha redimido, acarrean
„para sí, y guian á otros á una eterna
„perdicion. Hombres, en una palabra, es-
„túpidos, insipientes y necios, pero sutil-

„mente seductores.“ Hasta aquí el Vicario actual de Jesu-Christo.

No nos engañémos: este es puntualmente un ligero diseño de la impiedad del Siglo XVIII. al qual algunos han querido llamar científico é ilustrado, por no sé qué vanos progresos en el estudio de la naturaleza. Pero ¡quán errados son estos juicios! Porque ¿de qué sirven todos esos descubrimientos, de que se gloría nuestro Siglo, si al paso que observa nuevos Planetas, y descubre propiedades que no se conocian en los cuerpos, pretende destruir la Religion, y niega abiertamente la exîstencia é influxo de aquel primer Principio eterno é inmutable, á quien debe principalmente sus adelantamientos? ¿Y qué fruto sacarán nuestros corrompidos Filósofos de sus investigaciones? ¿Podrán acaso quando sean presentados ante el Trono del Eterno, para oir la sentencia de su condenacion: podrán, repito, con toda su

sabiduría terrena precaberse del rayo de la Divina Justicia?

Yo, dirá entonces el Filósofo mundano, conté con exáctitud los astros que brillan en el Firmamento: observé el curso invariable de los cuerpos celestes: conocí la oposicion de unos con otros: demostré, por medio de una sola ley, todos sus movimientos: hice que esta ley sirviese de agente universal, y expliqué con ella la gravitacion de los cuerpos sublunares hácia la tierra, y la íntima coherencia de sus partes. Llegué finalmente á descomponer, reproducir y formar nuevos cuerpos, y fui tenido en el mundo por una segunda naturaleza.... Es verdad; pero quando todas estas apreciables noticias debian haberte servido, para que conocieras mejor la omnipotencia y sabiduría del Divino Autor de tantas maravillas, lo reduxiste todo á un puro mecanismo, y desconociste la mano poderosa que obra en

el universo. Por tanto tu misma sabiduría te condena á padecer tormentos eternos donde conozcas la insubsistencia de ese vano saber que el mundo tanto aprecia. Y tú por el contrario, dirá el Eterno, mortal desvalido, que viviste en la obscuridad, y no te dexaste seducir de la falsa Filosofía, tú, cuyo nombre no fue jamás escrito en mármoles ó pirámides fabricadas por el orgullo; tú, digo, que hiciste desprecio de la sabiduría del mundo, practicaste la virtud, y seguiste constantemente la doctrina de mi muy amado Hijo Jesu-Christo; vén, llégate á mis brazos, ciñe tus sienes con la corona inmarcesible, que te está preparada, y entra á poseer para siempre las bienaventuradas Regiones, donde reposan las almas de los justos, que como tú prefiriéron la sabiduría de Dios á la de los hombres.

No faltará quien piense, que quando yo me declaro tan abiertamente, y pinto

con tan vivos colores la perniciosa sabiduría de nuestros Filósofos, pretendo por el contrario patrocinar la ignorancia, y desterrar del mundo la Filosofía. Nada menos que eso: yo no hablo sino contra la ciencia infernal que tanto ha cundido por nuestros pecados en este Siglo, ni quiero que mis expresiones se entiendan sino de aquellos falsos Sábios, que como decia Jeremías (a), *son sábios para obrar mal, y no saben obrar bien.* Yo sé muy bien, que una fe ilustrada, y una ciencia verdadera que da ideas sublimes del Autor de la naturaleza, es mas agradable á los ojos de Dios, y digna de mayores recompensas, que nó una fe ciega; pero sé tambien, que vale mas carecer de ciencia y vivir en el santo temor de Dios, que ser sábio á los ojos del mundo y

(a) *Sapientes sunt, ut facere nescierunt.* Jerem. *faciant mala, benè autem* cap. 4. v. 22.

traspasar los preceptos del Altísimo (*a*). Por tanto quisiera que los Filósofos se ocupasen dignamente en la investigacion de las causas naturales, sin perder jamás de vista la divina mano que mueve todos estos resortes, de que depende la admirable máquina del universo; y que les sirviese su ilustracion para engrandecer mas y mas la idea que debemos tener del Sér Supremo. Entonces sería sábia y Christiana su Filosofía, y mas opímo el fruto que nos resultaria de sus vigilias.

Pero no se han portado así los engreidos Filósofos de este Siglo; antes vemos que han hecho los mayores esfuerzos por derribar el poderoso Baluarte de la Religion, para cuyo efecto han procurado alhagar á las pasiones, que tienen

(*a*) *Melior est homo, qui minuitur sapientiâ, et deficiens sensu in timore, quám qui abundat sensu, et transgreditur legem Altissimi.* Ecclesiastic. cap. 19. v. 21.

tan grande ascendiente sobre el hombre. No hay medio de que los impíos no se hayan valido para llevar adelante su horrible empresa; y es una prueba constante de la verdad de nuestra Sagrada Religion, el haberse mantenido inalterable contra las repetidas asechanzas que le han armado de algunos años á esta parte. Mas ¡ó sábias disposiciones de la divina Providencia! Al mismo tiempo que la Irreligion se conjuraba contra la Doctrina de Jesu-Christo, y formaba exércitos que la combatiesen, se acrecentaba el número de los Sábios en el Señor, que cortaban con sus escritos los progresos del Ateismo, y ponian la doctrina del Hijo de Dios á cubierto de los tiros de la impiedad. La Historia Eclesiástica nos hace ver, que ha sucedido lo mismo en todos aquellos tiempos calamitosos, en que la Esposa de Jesu-Christo ha padecido persecuciones, ó ha sido combatida; mer-

ced á la vigilancia de su Fundador, que la asiste desde el Sólio de su Eterno Padre, porque ha prometido, que la conservará inmaculada hasta la consumacion de los siglos. Sin embargo los sectarios de la impiedad intentan destruirla; pero son y serán siempre vanos sus esfuerzos; pues por mas que la desmoronen en alguna corta parte, y al parecer la menoscaben, jamás llegarán sus tiros á aquella preciosa piedra que Jesu-Christo mismo puso por fundamento de todo el edificio del Christianismo. Esta seguridad debe en algun modo tranquilizarnos á los que amámos á Dios en espíritu y en verdad, y profesámos la Doctrina de su Divino Hijo; y empeñarnos á todos los Christianos á la defensa de una causa tan justa, en que de nada menos se trata que de nuestra eterna felicidad.

El Clero de Francia persuadido de

esta verdad y movido de un santo zelo, determinó sacar del polvo del olvido las Apologias de la Religion Christiana, que se escribiéron en tiempos muy semejantes á los nuestros; para que sirvieran de antídoto contra el mortal veneno que encerraban las obras de algunos Filósofos modernos de aquel Reyno. Animados del mismo zelo, las hemos traducido al Castellano; porque si bien es cierto que en España no se ha propagado la impiedad como en otras partes; con todo no dexa de tenerse alguna noticia de aquellas obras detestables, y conviene precaber anticipadamente el daño que podia seguirse con el discurso del tiempo. Nuestro Clero Español, ni menos zeloso, ni menos ilustrado que el de Francia, aprobará sin duda alguna este corto trabajo, que le ofrecémos con el rendimiento que se debe á tan respetable Cuerpo, y como un debil

homenage que tributámos á su religiosidad. Esperámos tambien que disimule y mire con indulgencia nuestra traduccion.

DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE

LA RELIGION CHRISTIANA

Y SUS ANTIGUOS APOLOGISTAS.

La Religion Christiana no puede ser combatida sin que sea al mismo tiempo calumniada; ni necesita tampoco mas que darse á conocer para grangearse inmediatamente el amor, el respeto y la admiracion de quantos la conozcan; puesto que su origen, su establecimiento, su propagacion, sus dogmas, sus misterios, su moral, toda ella, en una palabra, lleva manifiestamente el sello de la Divinidad.

Es la verdad por excelencia, la razon suprema, que jamás se extravia, ni puede extraviar; y como una segunda promulgacion y complemento, si me es permitido hablar de esta manera, así de la Ley de naturaleza, grabada por la mano de Dios en el corazon de todos los hombres, pero extraordinariamente alterada por las pasiones y por la idolatría; como de la Ley Mosayca, que dictó Dios á un pueblo

escogido entre los demás; bien que este pueblo carnál y réprobo ya no la escucha, y desconoce é impugna el punto fundamental, el fin y la llave de toda ella.

La Religion Christiana, vuelvo á decir, es la fuente de las verdades mas interesantes al hombre; el manantial mas puro y abundante de la felicidad y de los consuelos, que el hombre puede gustar sobre la tierra; la regla infalible de todos los hombres en todas las coyunturas de la vida; el depósito inalterable, así de los preceptos, cuya observancia justifica al hombre, como de los consejos, cuya práctica lo perfecciona; la salvaguardia de todas las sociedades, el freno necesario del crímen, el único apoyo de la virtud, y la base incontrastable de todos los tronos. Sola ella recomienda todas las virtudes, y hace que sean amadas y practicadas; proscribe todos los vicios, y los extirpa; cura de todas las pasiones; purifica y santifica todas las inclinaciones; arregla invariablemente todas las condiciones, humilla á las mas elevadas, ennoblece á las mas humildes, consuela en todos los males, y hace veces de toda casta de bienes.

Pues ¿cómo es que una Religion semejante no ha reunido en su favor los sufragios,

el amor, el reconocimiento, la admiracion y la veneracion de todos los hombres? ¿Sino que antes bien vió ya al tiempo de su nacimiento, que todas las pasiones, sus enemigas, se ligaban contra ella, y le declaraban una eterna guerra? La supersticion de la ciega y cruel adolatría la desconoció y persiguió en los principios, y aun ahora la desconoce y persigue tambien el fanatismo de la irreligion, tan ciego, tan intolerante como la idolatría, y concebido tambien en el seno de la ignorancia y de las pasiones.

Aunque la Religion Christiana no ha sido completa y perfectamente revelada por Jesu-Christo, su divino Autor, hasta despues de quatro mil años, época en que los Apóstoles la promulgáron y esparciéron por toda la tierra; sin embargo, no por eso dexa de ser mucho mas antigua; de suerte que su origen se ha de ir á buscar al origen del mundo. Luego que pecó el primer hombre, le fue prometido á él y á toda su posteridad un Salvador; *una semil'a divina que pisará la cabeza de la serpiente infernal.* (*Gen.* 3) Además de esto, el Autor y consumador de nuestra fe, *el Cordero de Dios*, dicen los Libros Sagrados, *fué inmolado desde el origen del mundo*: por-

que *desde el origen del mundo*, (*Apoc.* 10.) esta gran víctima fué el único recurso, y la salvacion del género humano; todos los sacrificios figuraban y prometian el sacrificio de Jesu-Christo; todas las gracias y todas las virtudes sobrenaturales eran el precio de su sangre y el fruto de sus méritos; y la fe y esperanza en el Mesias formáron el carácter distintivo y esencial de todos los justos.

»Seguid, dice Bossuet, (*Hist. Univ. seg. »part.*) exâctamente la historia de los dos pue»blos, esto es, del pueblo Judío y del Chris»tiano, y notad cómo Jesu-Christo hace la »union de uno con otro; puesto que ya es»perado, ya dado, ha sido en todos tiempos »el consuelo y la esperanza de los hijos de »Dios. Ved, pues, la Religion siempre uni»forme, ó por mejor decir, siempre la misma »desde el origen del mundo; pues siempre ha »reconocido al mismo Dios por Autor, y al »mismo Christo por Salvador del género hu»mano.“

Dios reveló al primer hombre las verdades esenciales y fundamentales del Christianismo, que son tambien el fundamento necesario de las costumbres y de la sociedad: estas verdades se transmitiéron á sus descendientes por

medio de la enseñanza de las cabezas de familia, ó de la tradicion oral; y esta es *la Ley de la naturaleza*, ó la primera revelacion. Pero las pasiones y la idolatría, hija de las pasiones, alteráron de mas á mas esta divina revelacion, y casi la borráron: por tanto Dios se escogió un pueblo, lo separó de los demás, y lo hizo depositario de la revelacion, para dar de este modo un exemplo palpable de su eterna providencia, como dice Bossuet. Escribió, pues, él mismo sobre la piedra la ley que intimaba á su pueblo, la qual encierra los elementos de la Doctrina Christiana; y esta fué *la Ley escrita*, ó la segunda revelacion. Pero es de advertir, que así los Patriarcas baxo la Ley de la naturaleza, como los verdaderos Israëlitas baxo la Ley escrita, fuéron ya Christianos, segun el lenguage de los Padres: y no solamente la Ley Judáyca, sus ritos, sus sacrificios, sus preceptos, sino tambien la historia entera del pueblo Judío, es cabalmente la figura de la Ley Christiana, esto es, de lo que debia suceder al pueblo Christiano y á su divino Legislador. *Omnia in figurâ contingebant illis.* Todo era figura en los Judíos, nos dice el Apóstol.

Apenas se cumplió el tiempo determinado

en los decretos eternos y señalado por los Profetas, vino al mundo el Mesias prometido desde el principio, predicho por los Profetas, y figurado por los justos y por toda la ley. Cumplió los oráculos que hacian relacion á él, y no tanto vino á abolir la Ley, quanto á perfeccionarla y consumarla. Sus Discípulos, fieles al orden que habian recibido, la predicáron á todas las naciones; é insensiblemente quedó destruido el imperio de la idolatría, sobre cuyas ruinas se estableció el Christianismo; no solamente sin armas, sin auxîlios humanos, y sin valerse de la eloqüencia y de la sabiduría profana, sino tambien triunfando de todos los obstáculos que el infierno y los hombres le opusiéron: y esta es *la Ley de gracia*, la última revelacion divina, que debe subsistir y formar ciudadanos para el cielo hasta la consumacion de los siglos.

Contra esta Religion, venida del cielo para hacer feliz á la tierra, se conjuráron inmediatamente todas las Potencias, todos los falsos Sábios del mundo, todas las pasiones, con el fin de sofocarla en la cuna.

Escuchemos en un asunto tan grande á la mayor lumbrera de la Iglesia Galicana. »La »idolatría, dice el gran Bossuet, nos parece

»la misma debilidad, y por tanto se nos ha»ce dificil que haya sido necesaria tanta fuer»za para destruirla; pero antes bien su extra»vagancia hace ver la dificultad que habia en »vencerla, y un desorden tan prodigioso del »buen sentido manifiesta bastante quán vicio»so era el principio. El mundo habia envejeo»cido en la idolatría, y encantado con sus ído»los, se habia hecho ya sordo á la voz de la »naturaleza que clamaba contra ellos. ¡Qué po»der no se necesitaba para traer á la memoria »de los hombres el verdadero Dios, tan pro»fundamente olvidado, y para sacar al género »humano de tan prodigioso adormecimiento!"

»Todos los sentidos, todas las pasiones, to»dos los intereses combatian en favor de la »idolatría, porque patrocinaba los placeres: las »diversiones, los espectáculos, en una pala»bra, la disolucion era una parte del culto »divino. Las fiestas no eran sino juegos, y no »habia parte alguna de la vida humana, de don»de estuviese mas cuidadosamente desterrado el »pudor, que de los misterios de la Religion. »Esto supuesto, ¿cómo era posible, que unas »almas tan corrompidas se acostumbrasen á la »regularidad de una Religion verdadera, cas»ta, severa, enemiga de los sentidos, y úni-

»camente adicta á bienes invisibles? San Pablo »le hablaba á Felix, Gobernador de Judéa, »acerca *de la justicia*, *de la castidad*, *y del »juicio venidero*; y asombrado este hombre le »dixo: *retirate por ahora*, *que yo te llama»ré quando sea necesario.* (*Act. Ap.* 24.) Es»tos discursos eran incómodos para un hombre »que queria gozar sin escrúpulo, y á qualquie»ra precio, de los bienes de la tierra."

»¿Quereis ver conmovido el interés, aquel »poderoso resorte que da movimiento á las »cosas humanas? En tiempo de aquel gran des»crédito que las predicaciones de San Pablo »acarreaban á la idolatría en toda el Asia, se »congregáron los Artistas que ganaban la vi»da haciendo templos chiquitos de plata de la »Diana de Éfeso, y el mas afamado de todos »les representó á los demas que su ganancia »iba á cesar: *y no solamente*, les dixo, *esta»mos á riesgo de perderlo todo*, *sino que »tambien el templo de la gran Diana será »luego despreciado*, *y quedará insensiblemen»te destruida la magestad de la que es ado»rada en toda el Asia*, *y aun en todo el »universo.* (*Act. Ap.* 19.)

»¡Oh! ¡Quán poderoso y quán osado es el »interés, quando puede cubrirse con capa de re-

»ligion! No fué menester mas para inflamar »á todos los Artistas; los quales saliéron in- »mediatamente de tropel gritando como deses- »perados, *la gran Diana de los Efesios*, y »arrastrando á los compañeros de San Pablo »hácia el teatro donde estaba congregada toda »la Ciudad. Dobláron entonces los gritos, y »por espacio de dos horas resonó la plaza pú- »blica con estas palabras: *la gran Diana de »los Efesios*. Apenas los Magistrados pudiéron »arrancar de las manos del pueblo á Pablo y »á sus compañeros, y temian que sucediesen »mayores desórdenes todavia en aquel tumul- »to. Unid tambien al interés de los particula- »res el interés de los Sacerdotes, cuya caida »era consiguiente á la de sus Dioses; unid á »todo esto el interés de las Ciudades que de- »bian su lustre á la falsa religion, como por »exemplo, la Ciudad de Éfeso, que debia á su »templo los privilegios de que gozaba, y la »concurrencia de extrangeros que la enrique- »cian. En tal conflicto, ¿qué tempestad no de- »bia levantarse contra la Iglesia, que acababa »de nacer? ¿Y nos admirarémos de que los »Apóstoles fuéran tan freqüentemente aporrea- »dos, apedreados, y dexados ya por muertos »en medio del populacho? Pero todavia falta

»que un interés mayor ponga en movimiento »una máquina mas prodigiosa; resta todavia, »que el interés del Estado haga obrar al pueblo »Romano, al Senado y á los Emperadores."

»Hacía ya largo tiempo, que los Decretos »del Senado prohibian las Religiones extran»geras: los Emperadores habian abrazado esta »misma política; y en aquella célebre delibe»racion, en que se trataba de reformar los abu»sos del Gobierno, uno de los principales Re»glamentos, que Mecenas propuso á Augus»to, fué impedir que se introduxesen noveda»des en materia de Religion, las quales oca»sionaban por lo comun peligrosas convulsio»nes en los Estados. La máxîma era constan»te; porque ¿qué cosa podia conmover mas »violentamente los espíritus, y arrastrarlos á »cometer los mas extraordinarios excesos? Pe»ro Dios queria hacer ver, que el estableci»miento de la verdadera Religion no excitaba »semejantes turbulencias; maravilla, que por »sí sola demuestra al Autor de esta obra. Por»que ¿quién no se admiraría de ver, que en »el espacio de trescientos años enteros, en que »padeció la Iglesia las mayores crueldades, que »pudo inventar la rabia de los perseguidores; »entre tantas sediciones y guerras civiles, en-

»tre tantas conjuraciones contra la persona de »los Emperadores, no se encontró jamas un »solo Christiano, ni bueno ni malo? Los mis»mos Christianos provocan á sus mayores ene»migos, para que citen siquiera uno. Jamás »hubo ninguno: tan grande era su veneracion »al poder público, que la Doctriana Chris»tiana les inspiraba; y tan profundamente se »habian impreso en todos los corazones aque»llas palabras del Hijo de Dios: *dad al César »lo que es del César, y á Dios lo que es de »Dios.* (*Mat.* 22.)

»Esta admirable distincion encendió en los »corazones una luz tan clara, que jamás de»xáron ya los Christianos de respetar la ima»gen de Dios en los Príncipes perseguidores »de la verdad. Este carácter de sumision res»plandece de tal manera en sus Apologias, que »aun ahora mismo inspiran á los que las leen »el amor al orden público, y por él se ve »que los Christianos no esperaban sino de so»lo Dios el establecimiento del Christianismo. »Unos hombres tan determinados á morir, y »que estaban admitidos en todo el Imperio y »en todos los exércitos, ni siquiera una vez »se sabe que huyéran en tantos siglos de per»secuciones. Se prohibian á sí mismos, nó so-

»lamente las acciones sediciosas, sino tambien »la murmuracion. La mano de Dios obraba en »todo esto, y ninguna otra mano que la suya »hubiera podido contener á unos espíritus ex»citados de tantas injusticias.

»A la verdad, era duro para los Christia»nos que se les tratase de enemigos públicos, »y de enemigos de los Emperadores, quando »no respiraban sino obediencia, y sus votos »mas fervorosos tenian únicamente por objeto »la salud de los Príncipes, y la felicidad del Es»tado; pero la política Romana se creia com»batida en sus fundamentos, quando sus Dio»ses eran despreciados. Roma se gloriaba de »que era una Ciudad Santa por su fundacion, »consagrada desde su origen por auspicios di»vinos, y dedicada por su autor al Dios de »la guerra. No le faltó mucho para creer mas »real la presencia de Júpiter en el Capitolio, »que en el cielo; por lo menos creía que de»bia sus victorias á su Religion, y que por »ella habia domado á las Naciones y á los Dio»ses; porque así ni mas ni menos se discurria »en aquel tiempo. De manera, que así como »los Romanos eran señores de los demás hom»bres, del mismo modo sus Dioses debian ser »señores de los demás Dioses. Por tanto, quan-

»do Roma subyugó á la Judéa, contaba al »Dios de los Judíos en el número de los Dio»ses que habia vencido; por consiguiente no »era posible que este reynará, sin que se cre»yéran destruidos los fundamentos del Impe»rio, y despreciadas las victorias y el poder »del pueblo Romano. Los Christianos, pues, »enemigos de los Dioses, eran mirados al mis»mo tiempo como enemigos de la República; »y los Emperadores cuidaban mas de extinguir»los, que de exterminar á los Partos, á los »Marcomanes y á los Dacios: por cuyo mo»tivo, el Christianismo abatido era pintado en »las inscripciones tan pomposamente como los »Sármatas derrotados. Pero en vano se gloria»ban los Romanos de que habian destruido »una Religion, que antes se aumentaba baxo »el hierro y en medio de las llamas."

A la violencia de la persecucion se unió tambien la obscuridad de la calumnia. Por mas que los Christianos provocaban con seguridad á sus enemigos, para que convenciesen de qualquiera crímen á algun Christiano; este nombre sin embargo era objeto del aborrecimiento público, y parecia que por sí solo daba idea de todos los crímenes. Sus juntas, donde solamente se recomendaba la práctica de todas

las virtudes, y la fidelidad á las leyes de sus bárbaros perseguidores, eran llamadas juntas de disolucion y de horrores; y aquellos á quienes el Evangelio habia elevado á una perfeccion mas que humana, eran acusados de crímenes que mira con horror la naturaleza.

Por mucho tiempo fuéron condenados á muerte los Christianos; y tomáron por modelo, como dice Orígenes, el divino silencio de Jesu-Christo que nada respondió á sus calumniadores, siendo así que podia haberlos confundido con una sola palabra. *Jesus autem tacebat.* Dexáron, pues, hablar á sus virtudes, á su humildad, á su caridad y á su paciencia: y no presentáron mas justificacion que su innocencia.

Una Apologia semejante, la mas eloqüente y la mas invencible de todas, no tuvo efecto: sin embargo hubiera bastado por sí sola para convencer á hombres menos preocupados, menos ciegos y menos furiosos que los enemigos y verdugos de los Christianos; los quales si llegáron por último á abrir la boca, y confundiéron la impostura, nó tanto fué por su propio interés, quanto por el honor de su Religion, y por la salvacion de sus ciegos enemigos. En efecto, los Christianos pusiéron en

claro la divinidad de su creencia, la sublimidad de su moral, la santidad de sus juntas, y de su conducta particular.

Algunos Christianos zelosos é ilustrados, por vengar su Religion y justificar al mismo tiempo á sus hermanos, escribiéron algunas Apologias igualmente sólidas que moderadas, las quales han quedado siempre sin réplica. Se propusiéron dos objetos, demostrar á los Gentiles la extravagancia é impiedad de la idolatría, y hacer ver la verdad y santidad del Christianismo, y la innocencia de los Christianos: pero les estaba sábiamente prohibido revelar á los profanos el secreto de nuestros misterios, *y echar margaritas á puercos.*

Por este motivo no nos interesan ya tanto aquellas primeras Apologias, como interesaban quando se publicáron. Nosotros nos avergonzamos del absurdo culto de nuestros padres, y de las acusaciones que intentáron contra los Christianos; y no debemos buscar aquí respuestas á la mayor parte de las dificultades de los modernos enemigos del Christianismo.

Luego que los hereges comenzáron á impugnar los dogmas de la Iglesia Católica, y los Filósofos estudiáron nuestros libros, mudó el estado de la disputa; y nuestros Apologis-

tas tuviéron ocasion de resolver algunas objeciones directas contra distintos artículos de nuestra creencia: lo que principalmente se notará en el Tratado de Tertuliano contra Marcion, y en la respuesta de Orígenes á Celso.

Los primeros Apologistas de los Christianos fuéron Quadrato y Aristídes, Filósofo Ateniense, los quales presentáron sus Apologias al Emperador Adriano. Los antiguos Escritores Eclesiásticos hablan de ellas con mucho elogio, principalmente Eusebio y San Gerónimo. Nada nos ha quedado de la segunda Apologia, ni de la primera tampoco mas que un corto fragmento que Eusebio ha conservado. Vease á Fleuri, *t.* 1. *de la Hist. Eccles.* Tillemont *tom.* 2. *de las Mem. para la Hist. Eccles.* Dupin *nuev. Bibliot. de los Aut. Eccles. tom.* 1.

San Justino, Atenágoras, Teófilo de Antioquía, Minucio Felix, Tertuliano y Orígenes compusiéron mas adelante, y con el mayor cuidado las Apologias que presentamos al público.

Hay algunas otras que dexamos de traducir ó de extractar, porque ó no contienen cosa alguna de importancia, que no se halle en las que acabamos de nombrar; ó no tienen otro objeto que las extravagancias é impiedades del Paganismo, y serían por tanto inútiles y en-

fadosas para nuestro siglo; ó acaso tambien no se hallan ventiladas con bastante exâctitud y fuerza las verdades de la Religion: lo que se puede aplicar al *Tratado de Arnobio contra los Gentiles*, y á las *instituciones divinas* de su discípulo Lactancio, que por la hermosura de su lenguage mereció el nombre de *Cicerón Christiano.*

Hemos procurado con todas nuestras fuerzas satisfacer los deseos del Clero de Francia en sus Juntas Generales desde 1770, para cuyo fin comenzamos por una edicion correcta de las dos obras maestras de Tertuliano, *el Apologético*, y *las Prescripciones*, con la traduccion y notas; y ahora publicámos esta coleccion de las *Apologias antiguas*, que ha sido tambien aprobada por el mismo augusto Cuerpo.

Por acomodarnos en un todo al espíritu del Clero de Francia, y por excusar tambien á los Lectores la repeticion de mil menudas relaciones acerca de la idolatría, que eran muy importantes antiguamente, pero que al presente no serían del caso, hemos compendiado muchas de las Apologias antiguas, ciñendonos á presentar lo substancial de ellas, sin omitir cosa alguna que pueda contribuir á la defensa de la Religion, ó á la edificacion de los fieles, que son

los dos objetos que jamás hemos perdido de vista.

No se ha impreso el texto de estas Apologias, ya porque no las hemos traducido literalmente en un todo, ya tambiem porque tenemos excelentes ediciones de casi todas estas obras; merced al zelo y trabajos de la Congregacion de San Mauro.

Nuestra principal obligacion es representar fielmente estos antiguos y preciosos monumentos de los dias mas floridos de la Iglesia, de la fé, de las luces, y de la santidad de sus hijos. Pero no podemos tampoco perder de vista las necesidades de un siglo, cuya libertad desenfrenada de pensar y de escribir acerca de la Religion, parece, que forma su carácter distintivo; y en el qual la alteracion, y (no temamos decirlo) la extincion total de los principios de la fé, han precipitado y consumado la decadencia de las costumbres.

La irreligion, ni es menos turbulenta, ni menos absurda, que aquella grosera idolatría tantas veces confundida por nuestros doctos Apologistas; todavía es mas culpable. ¡Ha! Aquellos miserables pueblos, *sentados en medio de las tinieblas, y de la sombra de la muerte*, (*Isai.* 9.) y que por espacio de tantos siglos han chupado con la leche el error

y la supersticion, no veían las huellas de las infinitas perfecciones de Dios, que resplandecen en todas sus obras, ni oían tampoco la voz de los cielos, y de toda la naturaleza, que publican tan eloqüentemente la grandeza y el poder de su Autor. Pero los *Espíritus fuertes* (1) de nuestros dias, nacidos en el seno de la luz, han formado las tinieblas, de que están cercados, y en el exceso de su frenesí aspiran á extenderlas sobre toda la haz de la tierra. Pretenden á qualquiera precio sacudir el yugo de una autoridad insoportable al orgullo y á las pasiones; blasfeman de lo que saben y de lo que ignoran; no se avergüenzan de impugnar las verdades fundamentales y saludables, que se ven precisados á confesar en secreto; insultan á aquella revelacion, á quien son deudores de las nociones, que tanto los envanecen; y niegan á voz en grito al Dios vengador, á quien hallan en el fondo de su conciencia.

Los fieles, que lamentan este escándalo, *y están poseidos del zelo de su santa ley*, (1. *Malach.* 2.) como los Macabeos, tributa-

(1) ...¿Saben por ventura, llaman así por ironia? *Carac.* dice la Bruyere, que los *cap. ult.*

rán el debido homenage al mérito y solidéz dè nuestras antiguas Apologias, y encontrarán en ellas vigorosos argumentos para probar directamente la Religion, y destruir las objeciones de nuestros pretendidos Filósofos.

APOLOGIAS
DE SAN JUSTINO.

APOLOGIAS DE SAN JUSTINO

EN FAVOR DE LOS CHRISTIANOS.

ADVERTENCIA.

San Justino, célebre Filósofo y Martir, nació á principios del segundo siglo, en la Provincia de Samaria, y en la Ciudad de Sichem, llamada tambien *Flavia*, del nombre de una Colonia, que Vespasiano (*Tito Flavio*) ó sus hijos habian enviado á aquella parte. Hizose Christiano, como nos lo dice en una de sus Apologias, despues de haber recorrido todas las sectas de los Filósofos, cuyo vacío y falsedad llegó á conocer, movido de la constancia de los Mártires Christianos en provocar la muerte, y en confesar su Religion en medio de los mayores tormentos. Animado, pues, de un zelo tan ilustre como intrépido en favor del Christianismo, lo defendió sólidamente con sus escritos, lo honró con su ciencia y sus costumbres, y por último lo selló con su propia sangre: pues fué condenado á muerte por Rústico, Prefecto de Roma, y martirizado

por los años de 167 de Jesu-Christo.

Muchas de las obras de San Justino se han perdido. Las principales que nos quedan, escritas todas en griego, son sus dos Apologias en favor de los Christianos, el Diálogo con el Judío Trifón, dos Tratados dirigidos á los Griegos, y un libro de la Monarquía, ó de la unidad de Dios. Hay en esta última obra algunos errores ú opiniones singulares, entre otras sobre el pretendido reynado de mil años de Jesu-Christo y de los Fieles en Jerusalén, antes de la última venida del mismo Jesu-Christo. Por lo demás, aun para proponer estas opiniones, usa San Justino de mucha reserva y modestia, sin condenar, dice, *á aquellos Christianos de la pura y religiosa creencia, que no las siguen.* Jamás se separó de la unidad de la Iglesia Católica, que nada habia definido todavía entonces, acerca de estas opiniones. Hay ademas otras muchas obras que tambien se atribuyen á San Justino.

Se advierte en las obras de este Santo Martir, segun el sentir del Crítico mas capaz de juzgar de ellas (Focion), mucha erudicion, y un profundo conocimiento de la Filosofía y de la historia profana. Don Prudente Marrand, sábio Benedictino de la Congregacion de San

Mauro, dió en 1742 una edicion de San Justino, de Atenágoras y de Teófilo de Antioquía, que ha merecido la aprobacion de los sábios, y nos ha servido de mucho.

La primer Apologia de San Justino, dirigida al Emperador Antonino Pio, se divide comunmente en tres partes. En la primera se queja el Santo Martir, de que los Christianos son condenados, sin ser conocidos, por solo su nombre, y por hablillas calumniosas: quejas, que aun despues fuéron renovadas con igual fundamento por muchos de nuestros Apologistas: y de aquí pasa á exponer la pureza de la moral de los Christianos, y la santidad de sus costumbres. En la segunda, establece algunos dogmas principales del Christianismo, y prueba la divinidad de la Religion por las profecías. En la tercera, y con el fin de destruir las calumnias esparcidas contra los Misterios y las Juntas de los Christianos, refiere sin rebozo lo que pasaba en ellas.

Aunque el estilo carece de adornos, respira sin embargo por todas partes la sencilléz, el candor, la modestia, y la sábia libertad del Christianismo. En toda la obra se descubre el alma de un verdadero Filósofo, perfeccionado con el estudio y con la práctica

de la Religion. Se ha procurado conservar en la traduccion el carácter precioso y original de este Santo Martir.

Pasado algun tiempo, compuso San Justino otra nueva Apologia en favor de los Christianos. En las antiguas ediciones de este Padre, confundiendo el orden de los tiempos, se ha colocado esta última Apologia, que es indubitablemente la segunda, antes que la primera, dirigida á Antonino por los años de 150 de J. C. siendo así que la segunda va dirigida al Senado de Roma, baxo Marco Aurelio, succesor de Antonino. El testimonio de Eusebio está expreso en esta parte.

San Justino escribió esta última Apologia, mientras la persecucion de Marco Aurelio, quejandose de la injusticia de los Magistrados, y haciendo ver, que no eran perseguidos los Christianos, sino á causa de su adhesion á la verdad, á la virtud, al culto de Dios, y con el fin de desengañar y convertir, si fuera posible, á sus crueles enemigos.

Nos ha parecido muy inútil traducir esta segunda Apologia de San Justino, puesto que en la primera se halla comprehendido con corta diferencia todo quanto hay en la segunda, que interese á nuestro objeto. Únicamente he-

mos tenido por conveniente extractar las respuestas de San Justino á tres objeciones de los Paganos, con algunas observaciones que hace en favor de la Religion Christiana.

PRIMERA APOLOGIA
DE SAN JUSTINO.

N. 1. Al Emperador Tito Elio Adriano Antonino Pio, Augusto, César, y á su hijo Verisimo Filósofo (*a*), y á Lucio, Filósofo, hijo de Lucio-César por naturaleza, y del Emperador por adopcion, amantes de la ciencia; y al Sagrado Senado, y á todo el Pueblo Romano; en nombre de aquellos hombres de todos estados, víctimas de un aborrecimiento injusto, y de una cruel persecucion; Justino, hijo de Prisco Bacchio (*b*),

(*a*) Marco Aurelio, adoptado y asociado al Imperio, juntamente con Lucio Vero, por Antonino.

(*b*) Dupin y Fleury traducen como nosotros, *hijo de Prisco Bacchio.* San Gerónimo, cuya autoridad es de mucho peso en esta parte, asegura tambien, que el padre de San Justino se llamaba *Prisco Bacchio.* Nos ha parecido poner esta nota, porque Ceillier pretende, que »en el texto griego de San »Justino, estos dos nombres »denotan visiblemente dos »personas, y no una sola, »Prisco, padre de San Jus»tino, y Bacchio su abue»lo, ὁ Πρίσκος τοῦ Βακχείου, y »ὁ Πρίσκος Βακχείου, que es co»mo debia decir, para que »pudiera entenderse que *Bac»chio* era un segundo nom»bre de *Prisco.*«

No hay duda, que ésta fué inadvertencia de aquel Sábio; porque basta tener una ligera tintura de la Syn-

natural de Flavia en Palestina, y uno de aquellos perseguidos, presenta esta súplica.

N. 2. La razon nos enseña, que los que son verdaderamente piadosos y Filósofos, no aman, ni hacen aprecio sino de la verdad, y abandonan resueltamente las opiniones de los Antiguos, quando son falsas y contrarias á las buenas costumbres (*a*). Esta misma razon, oráculo del Sábio, nó solamente nos impide imitar á los que hacen ó enseñan alguna cosa contraria á la justicia; sino que tambien pone al amante de la verdad en el empeño de decir y hacer, por la salvacion de su alma, lo que le prescribe la ley de la obligacion; y en el de provocar, si fuere ne-

taxis griega, para saber, que el artículo prepositivo no siempre denota otra persona, y que por lo comun se pone delante de un segundo nombre, ó de un epiteto de la persona, de quien acaba de hablarse; como por exemplo: ὁ Ἰωάννης ὁ Βαπτιστὴς, *Joannes Baptista.*

Pudiera ser tambien, que San Justino fuese hijo de Prisco, y nieto de Bacchio, como parece escribió Rufino, traduciendo *Prisci filius Bacchiadis*; de cuyo sentir es tambien D. Prudente Marrand, último Editor de San Justino. Nuestro fin en esta nota ha sido solamente observar, que el texto griego, como susceptible de los dos sentidos, nada probaba; y por otra parte, en un asunto tan indiferente, nos ha parecido ceder á la autoridad de San Gerónimo.

(*a*) No mirarán con menos horror las opiniones de los Novadores, quando son tan opuestas á la verdad, como á los principios de las costumbres, de la Sociedad y de la Religion.

cesario, las amenazas y la muerte. Todos los dias oís, que os llaman piadosos, Filósofos, zelosos de la justicia, y amantes de la ciencia. Pero ¿lo sois efectivamente? Las acciones lo han de manifestar; porque el objeto de esta súplica, que os presentámos, no es adularos, ni grangearnos vuestro favor, sino únicamente pedir, que se nos juzgue segun las reglas de la mas exâcta justicia.

No deis lugar á que la prevencion, el deseo de complacer á la muchedumbre, la supersticion, la pasion, las hablillas engañosas, os hagan pronunciar sentencias contra vosotros mismos. Y digo contra vosotros, porque estámos firmemente persuadidos, que no se nos puede hacer mal, mientras no se nos pueda convencer de algun delito; y que nos podeis quitar la vida, pero nó agraviarnos.

N. 3. Y porque no se créa, que estas son bravatas y palabras sin fundamento; pedimos con la mayor instancia, que se haga averiguacion de los delitos, que se nos imputan; y que si se prueban, sean castigados como merecen, y aun con mayor rigor. Pero si ninguno puede probarse, la razon y la equidad deben hacer que desprecieis las hablillas calumniosas, y que no pronuncieis contra hombres innocentes unas sentencias, que recaerán sobre vosotros mismos, como que habran sido dictadas por la pasion, y nó por la justicia.

Todo hombre sensato convendrá sin duda, en que la única forma legítima de los juicios con-

siste, por lo que respeta á los vasallos, en dar una cuenta fiel de su vida y de sus discursos; y por lo que respeta á los Príncipes, en juzgar, nó como tiranos, sino segun los consejos de la piedad y de la Filosofia; en cuyo caso asi los Príncipes, como los vasallos son verdaderamente felices. Por lo que decia un Antiguo (*a*), que *si los Príncipes y los vasallos no eran Filósofos, no podia ser feliz ningun Estado.*

Nosotros, pues, debémos presentar á la vista del público nuestra vida y nuestra doctrina, para no hacernos reos de los crimenes, que ó por ignorancia, ó por ceguedad cometen nuestros perseguidores: pero vosotros tambien por vuestra parte, despues de habernos escuchado como la equidad lo pide, debeis hacernos ver que sois buenos jueces; lo que si no cumpliereis, sereis inexcusables en el tribunal de Dios (*b*).

N. 4. *y sig.* El ilustre Apologista, antes de entrar en el fondo de su asunto, insiste en demostrar la injusticia y absurdo de reputar por un delito capital el nombre de Christianos; de suer-

(*a*) Platon, *Libro V. de la República.*

(*b*) Se reconoce en todo este exôrdio, si es que no me engaño, como todavía se notará mejor en el resto de la Obra, el tono de la razon, de la verdadera Filosofia, de la sumision y del valor; la libertad del Christianismo sin impudencia; el respeto debido á los Príncipes, sin sombra de adulacion, en una palabra, el tono que la innocencia y la Religion solamente pueden inspirar.

te que bastaba la confesion de ser Christiano, para que se le juzgase, convenciese y castigase á qualquiera; y bastaba por el contrario negar esta calidad, para que al punto se le absolviese. Pide, pues, que se proceda con los Christianos, como con todos los demás; que se les juzgue por sus acciones, y no por su nombre; el qual jamás puede ser motivo de elogio, ni de vituperio, y por consiguiente no merece suplicios, ni recompensas.

Mucho mas justo sería castigar con rigor á los culpables acusadores del respetable nombre del Christiano. Yo confieso, que entre los que se lo arrogan, hay algunos que se lo arrogan sin fundamento, porque no siguen los preceptos de Jesu-Christo; así como entre los Filósofos se hallan tambien algunos, que no lo son sino en el nombre y en el trage; porque con sus opiniones y su conducta deshonran este ilustre nombre, y proceden hasta el extremo de negar la existencia de la Divinidad. Y no digo nada de los Poetas y de los Cómicos, que sacan al público y representan las infamias de los Dioses, y lejos de ser condenados, se ven colmados de honores y de recompensas. Es decir en una palabra, que si encontrais algun Christiano reo de qualquiera crímen que sea, lo condeneis, nó como Christiano, sino como culpable; pero si es innocente, lo absolvais como á Christiano innocente. Por lo que hace á lo demás, no os pedi-

mos, que castigueis á nuestros delatores: harto castigo es para ellos su misma injusticia, y la ignorancia en que viven de nuestra celestial doctrina.

San Justino atribuye la persecucion de los Christianos á las sugestiones de los Demonios. Estos Espíritus perversos, dice, que se han hecho adorar como Dioses, causáron la muerte á Sócrates, porque intentó desengañar de tan infame culto á los hombres; y ahora exercitan toda su rabia contra los Discípulos del Verbo Dios, Jesu-Christo, que destruye su imperio.

Solamente con negar que eramos Christianos, nos libertariamos del suplicio; pero no queremos una vida rescatada con la mentira; y así es que hacemos esfuerzos por confesar nuestra creencia, deseosos de gozar de aquella vida pura y eterna, de que el Padre y Autor del Universo nos quiere hacer participantes; y persuadidos al mismo tiempo á que para llegar á esta felicidad, basta probar á Dios con las acciones, y procurar unirse á él y á la bienaventurada sociedad, de donde están desterrados todos los vicios. Esto es en una palabra lo que esperamos nosotros, fundados en la palabra de J. C.

Los que adoran á los Demonios, nos llaman Ateistas, y nosotros debémos confesar que lo somos, por lo que respeta á semejantes Divinidades; mas nó por lo que toca al único verdadero Dios, Padre de la justicia, de la templanza

y de todas las virtudes, Sér infinitamente perfecto. Adorámos con él á su Hijo, que nos ha enseñado todas estas verdades, y al Espíritu profético; honrámos á los Angeles buenos, sometidos á Dios y hechos á imagen suya; y nos complacémos en comunicar nuestra doctrina á quantos desearen instruirse en ella.

Aguardámos, despues de la muerte, un juicio que será pronunciado, nó por Radamanto ó Minos, como dice Platón, sino por el mismo Jesu-Christo, que castigará á los culpables, resucitados con sus mismos cuerpos, nó con suplicios de mil años, como dice tambien Platón, sino con suplicios eternos. Si se nos opone, que esto es increible é imposible, concedasenos por lo menos, que este es un error muy digno de perdon, mientras no se nos convenza de alguna accion iníqua.

N. 9. Pasámos en silencio la enérgica y victoriosa refutacion de los absurdos y abominaciones del Paganismo; pero nos parece que debemos presentar al menos un compendio de las particularidades, en que se introduce el Santo Martir, acerca de los Dogmas y de la moral de los Christianos, que opone á los errores é infamias de los idólatras.

N. 10. Nuestro Dios, muy distinto de los ídolos, esas muertas imágenes de los Demonios, que son obra de los hombres, y por lo comun de los hombres mas corrompidos, y que han sido

formados de la materia mas despreciable ; nuestro Dios, repito, es invisible, é incomprehensible para el hombre. Hemos recibido de su mano todo quanto tenemos ; y aunque no necesita de nuestros dones, sabemos sin embargo con certidumbre, que las ofrendas para él mas agradables son las de las virtudes, que reune en sí en un grado eminente, y que nosotros nos proponemos por modelo.

Hemos llegado á saber, que este Sér infinitamente bueno, lo ha criado todo para los hombres, y que si estos con sus obras se hacen dignos de él, y obedecen á su divina voluntad, se dignará admitirlos en su compañia, y los hará reynar eternamente, impasibles, é inmortales. Supuesto, pues, que ha trabajado por nosotros, quando todavía no existiamos, y que nos ha sacado de la nada ; con mas justa razon debémos esperar, que nos recompense, quando hubiéremos cumplido con su voluntad. Es constante, que nosotros no hemos podido contribuir en nada á nuestra existencia ; y ni aun despues podriamos escoger y practicar lo que el verdadero Dios nos manda, sino fuera por las facultades que él mismo nos ha dado, y segun las luces de la fé, á que nos ha conducido.

Creémos, que interesa á todos los hombres, nó solamente que no se les desvie de aprender esta doctrina, sino tambien que se les exhorte con eficacia á que se instruyan en ella. Y es de

creer seguramente, que esta divina ley hubiera hecho lo que no pueden hacer las leyes humanas, sino fuera porque los Espíritus de tinieblas, para apartar á los hombres, nos han imputado crímenes é impiedades, de que estámos innocentes.

N. 11. Quando vosotros oís hablar del Reyno de Dios, objeto de nuestras esperanzas, os imaginais al punto, que se trata de un Reyno terreno; pero os engañais torpemente, porque no se trata sino del Reyno del mismo Dios. Bien lo prueba nuestra conducta; pues quando nos preguntais, si somos Christianos, lo confesamos resueltamente. Si nuestras esperanzas se limitasen á un Reyno de la tierra, lo negariamos, y nos ocultariamos para evitar la muerte y llegar al término de nuestra ambicion; pero como nuestras esperanzas no están aqui baxo, no temémos la muerte; quanto mas que sabémos, que esta es inevitable para todos.

N. 12. Nosotros somos sin duda muy del caso para concurrir con vosotros á mantener la paz y la tranquilidad del Estado; puesto que enseñamos, que ni el malo, ni el avaro, ni el traidor, ni el hombre de bien, nadie en una palabra puede guardarse de que Dios le vea; y que cada uno, segun sus acciones, camina á un suplicio ó á una felicidad eterna. Si todos los hombres estuvieran poseidos de esta doctrina, ninguno habria, que por tan corto tiempo se abandonase á crímenes, que deben ser expiados con fuego eterno; sino que

todos se contendrian á qualquiera costa, y se revestirian de los atractivos de la virtud, para obtener los bienes, que Dios les promete, y libertarse de los suplicios, con que los amenaza. Por lo que hace á vuestras leyes y á vuestros suplicios, debémos confesar, que son débiles barreras contra los perversos; los quales están seguros de que podrán ocultarse de vosotros, puesto que no sois mas que hombres: pero si estuvieran persuadidos de que Dios lo vé todo, así los pensamientos como las acciones, por lo menos, convenid conmigo, en que el temor del castigo los contendria.

Parece que temeis, que todos vuestros vasallos practíquen la virtud, porque no tendriais entonces á quien castigar; pero ¡ah! esto seria pensar como verdugos, y no como buenos Príncipes. Puede suceder, que los Demonios os hayan sugerido esta idea; pero siendo, como sois, partidarios de la piedad y de la Filosofía, nos persuadimos, que nada quereis contra la razon. Sin embargo, si las preocupaciones llegasen á sofocar el clamor de la verdad, sois dueños de hacer y de obrar á vuestro antojo; mas entonces sería vuestro imperio una confusion. Vuestro Reynado no será justo, ni será feliz, sino en quanto reconocereis el poder, y siguiereis las leyes del Verbo, Hijo de Dios.

Despues de haber demostrado, que todo quantó sucedia á los Christianos, habia sido predicho por Jesu-Christo, Hijo del Padre y Autor

del universo, y de quien han tomado su nombre los Christianos; despues de haber hecho conocer, de quánto peso es el cumplimiento de las Profecías, para probar la Religion Christiana, puesto que solo Dios puede conocer lo por venir; pasa San Justino á exponer su doctrina con alguna extension, y con la esperanza de hacerla triunfar de la ignorancia y del error.

N. 13. ¿Y cómo, dice, pueden tratarnos de Ateistas? Nosotros adorámos al Criador del mundo, y sabiendo que no necesita, ni de sangre, ni de libaciones, ni de perfumes, lo honramos con nuestras oraciones, con nuestras alabanzas, y nuestras acciones de gracias: creémos que el único uso conveniente de las cosas, que ha criado para alimento nuestro, no es el de consumirlas inutilmente en el fuego, sino el de repartirlas con los pobres: cantámos himnos en honor suyo: le tributámos incesantemente nuestros homenages, y le damos gracias, por la vida que hemos recibido de su mano, por los bienes sin número, de que nos ha colmado sobre la tierra, y principalmente por la fe, á que nos ha llamado. Finalmente le suplicámos, que complete todos sus dones, concediendonos la inmortalidad en el cielo. ¿Y habrá hombre sensato, que nos desacredite ahora? El Maestro, que nos ha enseñado esta doctrina, es Jesu-Christo, Hijo del verdadero Dios, y crucificado baxo el reynado de Tiberio, siendo Poncio Pilato Gobernador de Judéa. Adorá-

mos en tercer lugar al Espíritu que ha iluminado á los Profetas. Pero ¿nó es al menos un extremo de locura, exclamarán acaso, adorar á un Hombre, muerto sobre una Cruz, juntamente con el Dios eterno, inmutable y autor de todo?

N. 14. El ilustre Martir responde á esta objecion, haciendo ver, que este Hombre es la suprema razon, á quien los Christianos deben el conocimiento del único verdadero Dios, y que los ha desengañado del impío y extravagante culto de los Demonios; que les ha enseñado la moral mas pura y mas sublime; y que ha hecho una conversion maravillosa en todos sus verdaderos Discípulos.

Antiguamente no conocíamos otros placeres, que los de la gula; ahora la castidad es la base de todas nuestras delicias: recurríamos al arte mágica; ahora nos abandonámos enteramente á la bondad de Dios: antes nos comia el deseo de enriquecernos por toda especie de medios; ahora ponémos en comun todo lo que tenemos, para repartirlo con los pobres. Nosotros nos aborreciamos; nos degollabamos mutuamente; no teniamos comercio alguno con los extrangeros: pero desde que creémos en Jesu-Christo, vivimos con la mayor union, orámos por nuestros injustos enemigos, y procuramos persuadirles, á que vivan conforme á los admirables preceptos de Jesu-Christo, para que así tengan derecho á esperar del Dios del Universo las mismas recompensas que nosotros,

N. 15. *y* 16. San Justino, para justificar la idea que acaba de dar de Jesu-Christo y de su doctrina, refiere un número considerable de aquellos preceptos, cuya elevacion y pureza borran todo lo que ha podido imaginar la sabiduría del Paganismo, en particular acerca de la castidad, así en los pensamientos y deseos, como en las acciones; acerca del amor de todos los hombres, y aun de los enemigos mas crueles; acerca de la separacion de todas las cosas de la tierra; acerca del abandono á la Providencia; acerca de la paciencia, los juramentos, la necesidad de las buenas obras, el culto, y el amor al único verdadero Dios; acerca de la limosna &c. (*a*).

Los discursos de Jesu-Christo son cortos y concisos; porque no era un Sofista, sino que su palabra era la palabra de Dios. Estas sublimes lecciones de virtud no se tienen en manera alguna por ostentacion, ó por vana especulacion; antes bien en todas las condiciones, todas las edades, todos los sexôs, son practicadas á la letra. ¡Quántos Christianos pudiera yo citar aquí mismo, que llegáron á la edad de sesenta y de setenta años, habiendo observado la mayor continencia, y la

(*a*) No referimos circunstanciadamente estos pasages, ni mas adelante los de los Profetas, porque además de que nadie los ignora, se halla ya un número considerable de ellos en las otras Apologias de la Religion; y nuestro primer cuidado ha sido excusar á los Lectores, en quanto estuviese de nuestra parte, todas estas repeticiones.

innocencia mas perfecta por todo el espacio de su vida! Ni se podria tampoco apurar el número de aquellos, que apenas creyéron en el Evangelio, pasáron del seno de los desórdenes á la vida mas exemplar; de violentos, de atropellados, que antes habian sido, se tornaron en suaves y pacíficos; porque no pudo dexar de mudarlos y vencerlos la fuerza de los exemplos, de que se veían rodeados. Y si es que entre nosotros se encuentran algunos, que no viven como Jesu-Christo les ha enseñado; estád ciertos de que estos tales no son Christianos, por mas que profesen de boca la doctrina de Jesu-Christo. Porque nos asegura el mismo, »nó todos los que me dicen, Se»ñor, Señor, entrarán en el Reyno de los Cie»los, sino solamente el que hiciere la voluntad »de mi Padre, que está en los Cielos. Vosotros »conocereis á mis Discípulos por sus obras; y to»do árbol, que no produzca buen fruto, será ar»rancado y arrojado al fuego." (*Matt.* 7.)

Por lo que toca á nosotros, desde luego ponémos en vuestras manos á todos aquellos, que no son Christianos sino en el nombre, y cuyas costumbres no son conformes á su fe; y os pedimos que los castigueis como merecen.

N. 17. Nosotros damos á todos vuestros vasallos exemplo de pagar religiosamente todas las imposiciones: pues hemos aprendido de Jesu-Christo *á dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.* (*Matt.* 22.) Solamente á Dios

adorámos; pero en todo lo demas os obedecemos con alegría; porque os reconocémos por Señores y Emperadores de los hombres, y orámos tambien, para que una recta razon acompañe siempre al poder supremo.

Si al paso que nosotros orámos por vosotros, y que os exponémos con candor nuestra doctrina, continuais en perseguirnos, nó por eso nos causais perjuicio; porque sabémos con certidumbre, que cada qual sufrirá en un fuego eterno, la pena que merecieren sus delitos, y que Dios le pedirá cuenta á proporcion del poder que le hubiere confiado, segun las palabras del mismo Jesu-Christo: *Dios pedirá mas á aquel á quien mas hubiere dado.* (*Luc.* 12.)

N. 18. *hasta* 21. Poned la vista sobre los Emperadores, que os han precedido, y vereis, que todos han desaparecido de la tierra, como los hombres mas miserables. Y aun si la muerte terminase en un estado privado de todo sentimiento, sería la ventaja para los malos; pero no hay nada de eso; porque un castigo eterno les está reservado, y la inmortalidad es la herencia de todos los hombres.

San Justino prueba á los Paganos la inmortalidad del alma, y el culto de un solo Dios, Criador del mundo, con los mismos argumentos que le suministraba el Paganismo, con las autoridades de los Filósofos y Escritores mas célebres, con las mismas prácticas supersticiosas, con las

evocaciones de la mágia, finalmente con los dogmas y los oráculos del Paganismo. (*a*) ¿Por qué, pues, añade luego, se nos hace un crimen de los dogmas, que nos son comunes con vuestros Poe-

(*a*) A mas de que este modo de argumentar no dexa réplica á los enemigos, que San Justino tenia que combatir, las mismas prácticas, los dogmas y los oráculos del Paganismo, igualmente que sus tradiciones, bien que marcadas con el sello del error y de la impostura, suponian siempre un fondo de verdad, y ni podian conformarse universalmente sobre los hechos mas importantes, y sobre los dogmas capitales, sino porque tenian un origen comun y puro, y por otra parte son estos dogmas como los dogmas, y la voz de la naturaleza, que jamás puede ser sofocada, ni engañarse.

Yo no hago mas que indicar aquí una gran verdad, que pediria volúmenes enteros, para profundizarla y aclararla. Decimos en dos palabras, que las tradiciones, los dogmas y los ritos religiosos, comunes á todos los pueblos de la antigüedad, suben hasta la cuna del linage humano, y son un resto precioso de las tradiciones de los Patriarcas, antes de la dispersion de su posteridad; y quizá tambien algunas veces tienen su origen en el Libro mas antiguo y mas auténtico que exîste. Así es, que los dogmas fundamentales de la exîstencia de un Dios Criador, de la inmortalidad del alma, y aquellos acontecimientos memorables, que abrazan á todo el linage humano, como, por exemplo, la historia de la creacion del mundo, de la caida del primer hombre, del diluvio universal, se encuentran en las historias y en las Religiones de todos los pueblos cultos; mas ó menos desfigurados y cargados de fabulas; pero sin embargo no dexan siempre de reconocerse: Por tanto,

tas y vuestros Filósofos? Verdad es, que en nosotros se encuentran sin mezcla de error, y solamente nosotros damos pruebas sólidas de ellos.

San Justino emplea algunos momentos en responder á aquellos que exclamaban sobre el absurdo é imposibilidad de la *resurreccion* de los cuerpos: y para ello hace notar, que un hecho que se renueva incesantemente, *la generacion*, la formacion misma, y la produccion de nuestros cuerpos, no es menos digna de admiracion, ni menos imposible en la apariencia, que su resurreccion. Nosotros no podriamos concebirla, y sin embargo nos vemos precisados á reconocerla. (*a*)

los falsos oráculos, los falsos prodigios de las falsas Religiones preparan á creer los verdaderos oráculos, los prodigios reales de una Religion divina. Lo falso siempre supone necesariamente la existencia de lo verdadero, de lo qual es una copia infiel: y así las falsas Religiones prueban, que hay una verdadera; al modo que la moneda falsa (permitaseme esta comparacion familiar pero perceptible) supone que hay una moneda verdadera, á la qual contrahace. El gran carácter, que distingue la única verdadera Religion de todas las falsas, está señalado preciosamente por estas palabras de San Justino: *En nosotros solamente se encuentran estos hechos y estos dogmas sin mezcla de error, y solamente nosotros damos pruebas sólidas de ellos.*

(*a*) Los esfuerzos siempre desgraciados de los mayores Filósofos, para explicar este misterio de la naturaleza, han dado en los siglos siguientes, y aun en el nuestro, nueva fuerza al argumento de nuestro juicioso Apologista.

Todo lo qual consiste en que lo que es incomprehensible é imposible para el hombre, no lo es de ningun modo para el Autor del Universo.

N. 21, 22 *y* 23. Omitimos todo lo que San Justino dice acerca de los absurdos é infamias, que el Paganismo enseñaba, autorizaba y consagraba. Además de la vergüenza y conviccion, que de ellos resultaban contra la idolatría, el designio del Santo Martir es probar á los Gentiles, que ni pueden hacer burla, ni resistirse á la creencia de los Misterios del Christianismo; puesto que entre ellos se hallan los mas increibles, y que mas se oponen á la razon (*a*).

Hagámos ver ahora, cómo San Justino realza la injusticia de la persecucion, que se hacía sufrir á los Christianos.

N. 24. Nosotros, dice, somos aborrecidos y perseguidos; somos arrastrados á los suplicios, como malvados; y el nombre, la profesion de

(*a*) No sería dificil, en la guerra que tenémos que sostener contra los modernos enemigos de la Religion, mudar la faz del combate, ponerlos tambien sobre la defensiva, y probar, en honor de la Religion, que el error, la sinrazon, la contradiccion, freqüentemente tambien los extravios del corazon, y los mas culpables excesos de las pasiones, son el patrimonio y como el carácter distintivo de todos aquellos, que no temen enarbolar el estandarte contra el Señor y contra su Christo. Con solo abrir los libros de estos impios, y observar su conducta por algun tiempo, nos convencerémos de esta verdad.

Christianos es todo nuestro crímen; al paso que es permitido el exercicio de todas las Religiones, y hay libertad para adorar los árboles, los rios, los ratones, los gatos, los cocodrilos, y toda especie de animales. Ni perseguis tampoco á los impostores, que pretenden pasar por Dioses, antes bien les concedeis honores: únicamente los Discípulos de Jesu-Christo son perseguidos y condenados á muerte; no obstante que no podeis imputarles otra cosa, sino que no ofrecen libaciones ni perfumes á los muertos, ni coronas ó víctimas á las estatuas. ¡Y es motivo de admiracion, que no vayan conformes con vosotros, quando ni aun vosotros lo estais entre vosotros mismos! Porque los Dioses venerados en ciertos paises, no son en otra parte sino bestias y víctimas para los Dioses.

N. 25. El número 25 continúa todavía el mismo asunto de las extravagancias é infamias del Paganismo.

N. 26. San Justino habla de algunos hereges, que destruían la Iglesia, y tomaban sin fundamento el nombre de Christianos. Hace notar, que estos no eran perseguidos por sus errores, y con razon, porque los Demonios son autores de ellos, no menos que de la idolatría.

N. 27. San Justino hace observar, que los Christianos son los únicos, que miran con horror el uso bárbaro y general de exponer los niños; que están innocentes de los infames excesos,

á que se entregaban los Paganos, y quizá tambien los hereges; y que sin embargo la calumnia no se avergonzaba de imputarseles.

N. 28. Mas adelante, despues de haber hablado nuestro Apologista acerca del fuego eterno, destinado para los malos y para los impíos, añade: Todavía no ha llegado el dia de este terrible juicio, porque Dios, lleno de indulgencia para con los hombres, les da tiempo para que se conviertan, y porque prevee, que muchos, así de los que no han nacido todavía, como de los que aun existen sobre la tierra, hallarán su salvacion en la penitencia. Dios ha criado al hombre libre y racional, capaz de conocer lo verdadero, y de elegir el bien; por cuyo motivo son inexcusables todos los hombres. Pero si hubiera alguno, que se atreviese á proponer, que Dios no tiene cuenta con lo que pasa sobre la tierra; que hable sin disfraz y confiese ingenuamente que no cree en Dios, ó por lo menos habrá de admitir uno, fautor del crímen é insensible como una roca, y se verá precisado á sostener, que no hay en el fondo vicio ni virtud, y que todo depende de la opinion arbitraria de los hombres: lo qual es el colmo de la impiedad y de la injusticia.

N. 29. Nosotros no queremos exponer nuestros hijos, por no hacernos reos de homicidio: no nos casámos sino por tener hijos; y así los que entre nosotros renuncian al matrimonio, viven en una perfecta continencia.

N. 30. *hasta* 43. San Justino trata muy por extenso la prueba de la Religion Christiana por las Profecías. Jamás, dice, hemos creido con ligereza lo que ha sido propuesto sin pruebas; pero nos hemos visto precisados á someternos á la autoridad de los Profetas, que con anticipacion de muchos siglos predixéron lo que debia suceder á Jesu-Christo y á su Iglesia; porque al fin hemos visto con nuestros propios ojos, y todavía vemos cada dia, que se cumplen á la letra aquellos oráculos; lo qual forma indubitablemente la demostracion mas palpable y mas infalible.

Hace notar el Santo Martir, que todos los Profetas viviéron entre los Judíos; que profetizáron en distintos tiempos, pero todos muchos siglos antes de Jesu-Christo; que sus Profecías fuéron recogidas y publicadas por los Judíos, nuestros mayores enemigos; los quales todavía son depositarios de ellas; que muchos de nuestros libros han sido traducidos al griego por los Judíos, á ruegos de Tolomeo Filadelfo, Rey de Egipto (*a*), y que los Egipcios los conservan todavía en sus Bibliotecas.

(*a*) Se lee en el texto de San Justino, que Tolomeo Filadelfo pidió estos libros, y estos Intérpretes á *Herodes, Rey de los Judios*; lo que sin duda es una corrupcion del texto. El anacronismo es muy grosero, para que se pueda atribuir á nuestro sábio Apologista: por lo que se ha conjeturado, con mucha verisimilitud, que algunos copiantes ignorantes habian substituido á la palabra ἱερεὺς, Sacerdote ó Pontífice, que acaso no entendian, Ἡρῴδης, Herodes.

Refiere luego un número considerable de estas profecías, que hablan mas circunstanciadamente acerca del tiempo y lugar del nacimiento de Jesu-Christo, acerca de su vida, su muerte, su resurreccion y su ascension. Hace ver, que es innegable, que estos oráculos se han verificado literalmente en la persona de Jesu-Christo, y que á este solo pueden aplicarse. Remite á los autos formados en tiempo de Pilatos, á aquellos Paganos que pusiéren en duda las distintas circunstancias de la Pasion de Jesu-Christo y sus milagros, como, por exemplo, las curaciones de muchos enfermos y las resurrecciones de los muertos, que fuéron igualmente predichas por los Profetas; y no se detiene á probar, que unos hombres, que anuncian infaliblemente lo por venir, no es posible que dexen de ser inspirados por el espíritu de Dios; porque, como dice él mismo, esta es una verdad, en que vosotros mismos convendreis sin otra prueba.

N. 43. Mas porque de la presciencia divina, que resplandece en todas las profecías, no se pretenda inferir, que una fatal necesidad rige al Universo, y decide de todas nuestras acciones, hace ver el Santo Martir, que las mismas profecías nos enseñan, que á cada uno le están reservados castigos y recompensas, segun sus méritos. Y si todo sucediera en fuerza de un ciego é invencible destino; si este fuera hombre de bien, y el otro malvado, porque así lo ha querido el

destino; se seguiria, que ni el uno era digno de alabanzas, ni el otro reprehensible; y que no habia libertad ni eleccion en nuestras acciones, y por consiguiente ni mérito tampoco.

Si el linage humano estuviera desnudo del poder de elegir libremente entre el bien y el mal, no se le podria imputar ninguna de sus acciones. Pero con facilidad podémos nosotros demostrar todo lo contrario, esto es, que el hombre abraza libremente la virtud, y se abisma en el vicio libremente; puesto que un mismo hombre pasa succesivamente, quando quiere, del vicio á la virtud, y de la virtud al vicio; siendo así, que si estuviera decretado por el destino, que fuese bueno ó malo, no sería capaz de semejantes contradicciones, ni mudaria tan freqüentemente. Además de esto, si admitimos el fatalismo, ya no hay buenos ni malos; es preciso ponerlo todo en manos del destino, y reconocerlo por único autor de tantas contradicciones. Luego se ha de confesar, como hemos dicho, que el vicio y la virtud no son palabras inventadas por los hombres, y en el fondo vacías de sentido; lo que sería la suma impiedad é injusticia, como la recta razon lo demuestra. Nosotros sostenémos solamente, que hay un destino inevitable, para que aquellos, que hubieren elegido la virtud, reciban en recompensa los merecidos honores, y los que por el contrario hubieren preferido el vicio, tengan igualmente la paga que les corresponde.

Dios no ha criado al hombre semejante á las plantas, ni á las bestias, que son incapaces de escoger y de determinarse libremente; y el hombre, vuelvo á decir, no sería digno de alabanzas ni de recompensas, si no hiciera el bien por efecto de su eleccion, sino por una consequiencia necesaria de su naturaleza; ni mereceria tampoco ser castigado, quando hiciese el mal, puesto que no tendria poder para evitarlo.

N. 44. El Espíritu Santo, cuyos órganos son los Profetas, nos enseña esta verdad. Dios dixo al hombre, en la persona de los Judíos: *aquí teneis delante el bien y el mal; elegid el bien.* (*Deut.* 30.) Dios dixo tambien á su pueblo, por boca de Isaías: (*Isai.* 1.) »Lavaos, purificaos, quitad »de delante de mis ojos vuestros pensamientos »criminales; dexad de obrar mal, y aprehended »á obrar el bien; procurad practicar la justicia; »corred al socorro del oprimido; haced justicia »al huérfano, y defended á la viuda: despues »de esto acercaos, y reconvenidme si podeis. Aun »quando vuestros pecados estuviesen roxos como »la escarlata, se tornarán blancos como la nieve: si quereis, si me escuchais, os alimentareis »de los frutos de la tierra; pero si os resistis, »si provocais mi cólera, os devorará la espada; »porque el Señor es quien acaba de hablaros."

N. 45. La presciencia de Dios, que conoce, y que ha predicho las acciones de los hombres, en nada se opone á la libertad de estos. El mis-

mo nos advierte, que su providencia no cesa de velar sobre ellos, y que ninguna de nuestras buenas obras quedará sin recompensa. Vosotros sois testigos del cumplimiento de la profecía de David, que despues de haber anunciado la ascension y la glorificacion de Jesu-Christo en el Cielo, predixo, que su Ley saldria de Jerusalén, y se esparciria por toda la tierra.

»El Señor dixo á mi Señor, sentaos á mi »diestra, hasta que yo ponga á vuestros enemi»gos debaxo de vuestros pies. El Señor hará sa»lir de Jerusalén el cetro de vuestro poder; reynad »sobre vuestros enemigos; yo os he engendrado en »mi seno antes del astro del dia." (*Sal.* 109.)

Efectivamente, de Jerusalén saliéron los Apóstoles, para anunciar el Evangelio de Christo por todo el mundo. Nosotros lo abrazámos de tropel; confesámos en alta voz el nombre de Christo, sin temor de la muerte, con que nos amenazais: vuestra injusticia no puede dañar, sino á vosotros mismos, que debeis temer suplicios eternos, si no haceis penitencia.

N. 46. Pero prevengámos una objecion, que se nos pudiera oponer. Hace ciento y cinqüenta años, nos dirán, que Jesu-Christo nació baxo Cyrenio: no enseñó su doctrina hasta el gobierno de Poncio-Pilato: luego por consiguiente todos los hombres, que viviéron antes de este tiempo, no pudiéron ser iluminados con las luces del Christianismo.

Jesu-Christo, respondémos, primogénito de Dios, es la suprema y eterna razon, de quien participa todo el linage humano. Y así, todos los que han vivido conforme á esta razon, son Christianos, aunque se les mirase como Ateistas. Tales son entre los que llamais bárbaros, Abrahám, Ananías, Azarías, Misaël, Elías, y otros muchos. San Justino comprehende tambien en este número á algunos Filósofos, como, por exemplo, á Sócrates y Heráclito, suponiendo que obráron siempre segun las luces de la razon (*a*).

(*a*) En esto se equivoca; porque si los Filósofos conociéron por la razon al verdadero Dios, son sin embargo culpables por no haberlo reconocido y glorificado como á Dios, segun dice San Pablo. (*Rom. I.*) Sócrates, en su Apologia, se defiende del cargo que se le hacia, de que no reconocia á los Dioses del Paganismo; y por justificarse contra sus acusadores, se pone en términos de que los Christianos lo nieguen por Christiano, y juzguen, segun el Apóstol, que es inexcusable por no haber tenido valor para confesar la unidad del verdadero Dios, de que pudieran haberlo convencido las luces del mas sábio de los Paganos. Ya verémos este punto tan interesante tratado con mas extension y exâctitud, por los Escritores Eclesiásticos de los siglos siguientes. El mismo Teófilo de Antioquía, casi contemporaneo de San Justino, prueba muy bien, que los mas famosos Filósofos, como Sócrates, eran impios é idólatras, puesto que invocaban á los falsos Dioses y á los Demonios.

Por lo demás, no es imposible justificar á San Justino, como lo ha hecho el P. Balto, en su *Defensa de los Santos Padres*, haciendo

Por el contrario, continúa el Santo Martir, los que antes de Jesu-Christo han vivido de un modo opuesto á la razon, son los malos, enemigos de Jesu-Christo, y de qualquiera que vive conforme á la razon; pero todos los que han vivido, y viven todavía segun la razon, son ver-

notar, que el mismo Santo Martir se explica en otra parte de un modo mas claro y mas exâcto, que debe servir de correctivo y comentario del pasage de que se trata. Sostiene expresamente en sus Apologias, que todo lo que hay de bueno y de verdadero en los escritos de los Filósofos y de los Paganos, se ha tomado de nuestras Escrituras, de las quales tuviéron noticia, ó del mismo Dios, de su verbo y de su razon eterna; pero que la Doctrina Christiana es infinitamente superior á la doctrina de los Filósofos; porque la primera tiene por autor á Jesu-Christo, sabiduría increada, y suprema razon de Dios; y la segunda dimana de los hombres, que no han percibido sino algunas centellas de aquella luz eterna y divina, y que muy de ordinario han alterado y desfigurado las verdades tomadas de los libros de los Autores Sagrados, muy anteriores á los sábios del Paganismo.

El Lector podrá juzgar de la solidéz de esta justificacion. Los principios de San Justino son sin duda exâctos; pero ¿acaso va fundada su prevencion en favor de algunos Filósofos? ¿No la desmienten los hechos? ¿Puede por ventura conciliarse con el anatema, que el Apóstol fulmina contra ellos en la Epístola á los Romanos?

Marrand, Editor de San Justino, tomó tambien á su cargo la defensa de este Padre; pero esta defensa bastante sutil y embarazosa no deshace el fondo de la dificultad, y dexa en toda su fuerza nuestras observaciones.

daderos Christianos, incapaces de temor y de turbacion.

N. 47. *hasta* 53. San Justino refiere despues las principales profecías sobre las dos venidas de Jesu-Christo, sobre la ruina de Jerusalén, el infortunio sin exemplo de los Judíos, y la vocacion de los Gentiles. Hace notar el cumplimiento exâcto y literal de estas predicciones tan claras, tan concisas, tan circunstanciadas, y tan poco verisímiles antes del acontecimiento. Vosotros, dice, sois testigos de la desolacion de Jerusalén, y del pueblo Judío: y no podeis ignorar particularmente, la verificacion de la profecía de Isaías (*Is.* 1. 64.) que anunciaba a los Judíos, que ni siquiera á uno solo de ellos le sería permitido habitar sobre las ruinas de aquella desgraciada Ciudad. Vosotros mismos, les dice á los Emperadores, fulminasteis la pena de muerte contra todos aquellos Judíos, que pusieran el pie en Jerusalén.

El mismo Isaías (*Is.* 52. 53. 65.) hizo una doble prediccion no menos admirable, profetizando que los Gentiles, que no esperaban al Mesias, y que jamás habian oido háblar de él, correrian atropelladamente á adorarlo, abjurarian sus supersticiones y sus errores, y se consagrarian al culto del único verdadero Dios, por medio su Hijo Jesu-Christo; al paso que su pueblo de Israël, advertido tantas veces por los Profetas, ese pueblo que lo esperaba, como lo espera todavía,

no solamente lo desconoceria, sino que lo desecharia y le daria muerte. Tal cúmulo de cosas, sucedidas con la misma puntualidad, que habian sido predichas, nos asegura indubitablemente la verificacion de las que todavía están por suceder.

Los Profetas han anunciado dos venidas del Hijo de Dios; la primera, que ya ha pasado, baxo la forma de un hombre muerto en suplicios y con ignominia; y la última, quando vendrá del cielo, resplandeciente de gloria, acompañado de Angeles, que formarán su milicia; y entonces resucitará los cuerpos de todos los hombres, elevará á los justos á un estado impasible y glorioso, y precipitará á los malos en un fuego eterno, para que allí se abrasen en compañia de los Demonios. »Los miembros, dice el Profeta Ezequiél, »(*Ezeq.* 27.) se reunirán con los miembros, los hue»sos con los huesos, las carnes se renovarán, to»da rodilla se doblará en presencia del Señor, y »todas las lenguas lo confesarán.« Oid ahora lo que dice acerca de los réprobos: »El gusano, que »los roe, no se cansará, ni el fuego que los de»vora, se extinguirá jamás.« Puede verse tambien en Zacarías, (*Zach.* 12.) el desfallecimiento y la consternacion de los Judíos, al ver colmado de gloria al Mesias, á quien diéron muerte.

N. 53. *&c.* Sería facil amontonar aquí los pasages de los Profetas, y cotejarlos con el acontecimiento; pero bastará lo dicho, para aquellos que están dispuestos á abrir sus oidos á estas su-

blímes instrucciones; y cada uno puede por sí mismo exâminar y profundizar los motivos de credibilidad, en que nos fundámos. Por otra parte ¿podrian los sentidos hacernos creer en un hombre muerto sobre la cruz, y obligarnos á adorarlo como á Hijo único de Dios y supremo juez de los hombres, si no nos hubieramos convencido de que habia sido predicho y anunciado antes de su venida, y que el suceso habia correspondido exâctamente á las profecias? La destruccion de Jerusalén, el endurecimiento de los Judíos, de los quales no creyó mas que un corto número; la conversion de una multitud innumerable de Gentiles; y otros infinitos acontecimientos admirables, que vemos anunciados con la mayor claridad en los Profetas, y de que somos testigos cada dia.

Puede verse en particular á Isaías, (*Isai.* 44.) de quien únicamente citarémos el pasage siguiente: »Regocíjate, esteril, que no parias, conmue»vete, y da gritos de alegria, porque la que »estaba abandonada tiene muchos mas hijos, que »la que tenia marido.“ ¿No bastan, pues, tantos hechos como tenémos delante de nuestros ojos, para persuadir á los que buscan sinceramente la verdad, y ni el error los ciega, ni las pasiones los subyugan?

N. 56. *&c.* San Justino pretende despues hacer ver, que los Filósofos, y los Poetas han tomado de Moysés y de los Profetas, mas anti-

guos que ellos, un número considerable de sus dogmas y de sus ficciones, alterando y desfigurando nuestras Escrituras (*a*).

No pudiendo los Demonios impedir los progresos del Christianismo, suscitáron Heresiarcas, como, por exemplo, Menandro, Simon el Mago, Marcion &c. para que lo desacreditáran, desfiguráran, é infectáran con sus errores. Simon supo seducir de tal manera al Senado y pueblo Romano, que logró ser adorado, y que se le erigiera una estatua como á vuestros Dioses: os suplicámos que la echeis á tierra. Los Demonios arrebatados de furor contra los Christianos, os sugieren, que nos persigais, y derrameis nuestra sangre. Por lo que hace á nosotros, lejos de aborrecer á nuestros injustos perseguidores, deplorámos vivamente su ceguedad; y quisieramos mudarlos, y convertirlos. No temémos la muerte, que es inevítable para todos los hombres; antes bien nos alegrámos de salir de una vida, cuyos bienes van siempre acompañados del disgusto y de la saciedad, para pasar á aquella otra vida, que es eterna é infinitamente feliz.

N. 60. Por lo demás, estas verdades, que los Filósofos enseñan enfaticamente en sus escuelas, se oyen entre nosotros y se aprehenden de los que ni siquiera saben leer, de personas sin duda gro-

(*a*) Esta discusion, que lleva consigo muchas dificultades, es del todo extraña al objeto, que nos hemos propuesto.

seras y bárbaras en quanto al lenguage, pero sábias y fieles en quanto al corazon. Es constante, que la sabiduría humana nada ha hecho en esto, sino que todo es obra de la virtud de Dios.

N. 61. &c. Expone despues San Justino lo que pasaba en las juntas de los Christianos (a).

Vamos á referir ahora, de qué manera somos consagrados á Dios, y renovados por Jesu-Christo, para que nuestro silencio no se interprete por delito. Los que están persuadidos de la verdad de nuestra doctrina, y prometen llevar una vida conforme á ella, son primeramente instruidos en la oracion, en el ayuno, y en el modo de pedir á Dios la remision de sus pecados; y nosotros tambien orámos y ayunámos juntamente con ellos: luego los conducimos al lugar donde está el agua, y son regenerados, como nosotros lo hemos sido; porque se les lava en el nombre del Señor Dios, Padre de todas las cosas; en el nombre de nuestro Salvador Jesu-Christo, crucificado baxo Poncio-Pilato; y en el nombre del Espiritu Santo, que predixo por medio de los Profetas todo lo que tiene relacion con Jesu-Christo.

(a) La Iglesia no solia revelar sus secretos á los infieles, *por no echar las margaritas* del Evangelio *á puercos*, ó por no exponer sus augustos misterios á la burla de los profanos. Pero nuestro zeloso Apologista queria destruir las hablillas calumniosas, que se habian esparcido entre los Paganos, acerca de las juntas y ceremonias de los Christianos.

Jesu-Christo dixo: »Si no sois regenerados »en el agua por el Espíritu Santo, no entraréis »en el Reyno de los Cielos.“ (*Joan.* 3.) Llámase á este bautismo, *iluminacion*, porque los que son bautizados, son iluminados en efecto. Tambien Isaías (*Isai.* 1.) predixo esta regeneracion espiritual: »Lavaos, purificaos, dexad de hacer »mal, y aprended á hacer bien: que aun quan»do vuestros pecados estuvieren como la escar»lata, se tornarán blancos como la nieve.“

Como nacémos contaminados, nos lavámos y purificámos en el agua, y por ella recibimos la remision de todos nuestros pecados. A imitacion de este misterio, los Demonios han prescrito tambien abluciones y lustraciones á sus adoradores.

Entra luego San Justino en algunas particularidades, para probar que los Paganos han imitado nuestras ceremonias, y que han tomado de la historia sagrada, aunque desfigurandola, distintos rasgos de su mitología.

N. 65. Finalizado el bautismo, ponémos al Neófito en medio de los hermanos, con quienes acaba de incorporarse. (Porque es de saber, que nosotros nos damos recíprocamente el nombre de *hermanos*). Lo colocámos, repito, en el lugar donde están congregados para orar en comun fervorosamente, tanto por sí mismos, como por el iluminado, y generalmente por todos, en qualquiera parte que estén; á fin de qué, una vez

conocida la verdad, merezcámos mediante nuestras obras y la observancia de los mandamientos, alcanzar la salvacion eterna.

Concluidas las oraciones, nos saludámos con el beso de paz; y luego se le presenta al que preside á los hermanos, el pan, y una copa de vino y agua; y tomandolo todo, tributa alabanzas y gloria al Padre de todas las cosas, en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y le ofrece una larga accion de gracias, por los dones que hemos recibido de su mano. Apenas se da fin á estas oraciones y á la accion de gracias, todo el pueblo que está congregado manifiesta con sus aclamaciones la parte que toma en aquel acto, y responde en alta voz, *Amén*, palabra hebréa, que significa, *Así sea.* Entonces los ministros que nosotros llamamos *Diáconos*, distribuyen entre los asistentes el pan, el vino y el agua, que se ha consagrado por medio de la accion de gracias, y llevan tambien una parte á los ausentes.

N. *66.* A este alimento le damos el nombre de *Eucaristía*; y á nadie le es permitido participar de él, si primero no hace profesion de creer nuestra doctrina; si no ha sido purificado y regenerado en el bautismo, y no vive conforme á la ley de Jesu-Christo. Por lo demás debe tenerse presente, que no tomamos nosotros este alimento como un pan y una bebida ordinaria, sino que así como sabémos, que Jesu-Christo, nuestro Salvador, tomó verdaderamente carne y san-

gre por el Verbo (*a*) de Dios, con el fin de salvarnos; hemos tambien sabido, que este alimento, santificado por la oracion y por la accion de gracias de Jesu-Christo, se convierte en su mismo cuerpo y sangre, y se hace alimento de nuestra carne y sangre: porque los Apóstoles, en sus escritos, que llaman *Evangelios*, nos enseñan, que habiendo Jesu-Christo tomado el pan, y ofrecido la accion de gracias, se les dió diciendo: *Este es mi cuerpo*; é igualmente habiendo tomado el vino, se les presentó diciendo: *Esta es mi sangre*, y les mandó, que hicieran lo mismo en memoria suya.

Esto mismo es puntualmente lo que los Demonios han imitado en los misterios de Mythra. Presentase á los iniciados pan y vino, sobre los quales se pronuncian ciertas palabras. Bien lo sabeis vosotros, y sino lo podeis saber con facilidad, puesto que unos y otros continuamente nos traémos todo esto á la memoria.

N. 67. Los que tienen bienes socorren á todos los pobres, y estámos siempre los unos con los otros. En todas nuestras oraciones bendecimos al Criador de todas las cosas, por medio de su Hijo Jesu-Christo, y de su Espíritu Santo.

En el dia del sol (*b*), se congregan todos los

(*a*) Se ha de entender el Espíritu Santo; porque San Justino da tambien al Espíritu Santo el nombre de *Verbo*, como se explica claramente en los numeros 33, y 46.

(*b*) Esto es el Domingo,

Fieles de la Ciudad y del campo, en un mismo lugar, donde se leen los escritos de los Apóstoles y de los Profetas; y finalizada la lectura, el que preside dice un discurso al pueblo, para instruirlo y exhortarlo á poner en práctica las sublimes máximas de virtud y de religion, que acaba de oir: y luego nos levantámos todos, para hacer en comun nuestras oraciones, y todo lo demás que se ha dicho. Las limosnas, que cada uno hace con la mayor libertad, se depositan en manos del Prelado, á cuyo cargo está el asistir á las viudas, á los huérfanos, á los prisioneros, á los extrangeros, á los enfermos, á todos aquellos en una palabra, que se hallan necesitados, por qualquiera causa que sea. Tenémos esta costumbre de congregarnos en el dia del sol, porque es el primer dia en que Dios comenzó á criar el mundo, y en que Jesu-Christo, nuestro Salvador, resucitó, apareció á sus Discípulos, y les enseñó lo mismo que acabámos de exponeros, á fin de mover vuestra atencion.

N. 68. Si todo esto os parece justo y verdadero, respetadlo; si no, despreciadlo muy enhorabuena; pero no castigueis con pena de muerte á unos hombres, que no son culpables. Porque debeis advertir, que no os libertaréis del juicio de Dios, si perseverais en esta injusticia. Por lo que res-

ó el primer dia de la semana, que los Paganos llamaban *el dia del Sol*, porque lo habian consagrado al Sol.

peta á nosotros, siempre dirémos, que se cumpla la voluntad de Dios. Aunque hubieramos podido pedir justicia en virtud de la carta del grande é ilustre César, Adriano, vuestro padre; con todo hemos preferido poner por fundamento de nuestras quejas la justicia de nuestra causa.

Fin de la primera Apologia de San Justino.

San Justino refiere despues la carta de Adriano á Minucio Fundano. Copiarémos tambien la carta del Emperador Antonino, en favor de los Christianos; la qual se halla igualmente al fin de la Apologia de San Justino, y fué fruto de ella, segun el Historiador Zonarás. En esta carta se hace mencion de la de Adriano, y ambas á dos vienen á ser una misma cosa en quanto á la substancia. Por lo demás, Eusebio (*Cap.* 4. *Hist.*) y Zonarás aseguran, que esta carta es de Antonino, aunque en la Crónica de Alexandria, y en otro lugar del mismo Eusebio se atribuya á Marco-Aurelio: por lo que no han faltado algunos sábios críticos, que creyesen que el título habia sido corrompido. (*Tiliemont Mem. para la Hist. Ecc. t.* 2. *Ceilli. Hist. de los Aut. Ecc. t.* 2.)

CARTA DE ADRIANO,

en favor de los Christianos, á Minucio Fundano.

„He recibido la carta del ilustre Serenio Gra-„ciano (*a*), á quien has succedido. Soy de dicta-„men, que se debe exâminar el hecho, para evi-„tar disturbios, y no dar lugar á la calumnia. „Si los hombres de las Provincias quieren pro-„seguir sus quejas contra los Christianos ante tu „tribunal, enhorabuena que se valgan de este „medio; pero deberán abstenerse en adelante de „quejas vagas y clamores: porque es mucho más „justo, si alguno quiere acusar á los Christia-„nos, que tú tomes conocimiento de tales acu-„saciones. Si alguno, pues, los acusa, y prue-„ba que han cometido alguna cosa contra las Le-„yes, juzgarás segun la naturaleza del delito; pe-„ro si solamente, baxo pretexto de su nombre, „se les calumnia, castigarás severamente un pro-„cedimiento tan cruel.“

(*a*) Serenio Graciano, Proconsul en Asia, habia representado al Emperador, que era una injusticia condenar á los Christianos por solo su nombre, y sin mas fundamento que los clamores del populacho.

CARTA DEL EMPERADOR Antonino Pio.

»El Emperador Antonino, á las Ciudades del »Asia, salud. Yo pensaba, que podriais dexar pa»ra los Dioses el cuidado de conocer á esas gen»tes, de quienes os quejais: porque mas bien es »negocio de los Dioses, que nó vuestro, tomar »venganza de aquellos que les niegan los hono»res divinos. Vos los perseguis, vos los acusais »de ateismo, y de otros crímenes, que no po»driais probar. Pero no reparais, que quando ellos »mueren por su doctrina, obtienen todo quan»to desean; y que la muerte misma es para ellos »una victoria que alcanzan de vosotros, puesto »que vemos, que la provocan valerosamente, pri»mero que se sometan á lo que exîgis de ellos. »En quanto á los terremotos que han destruido »y destruyen todavía al Asia, no os corresponde á vosotros hablar de ellos. Veis á los Chris»tianos llenos de confianza en su Dios; al paso »que vosotros os desesperais, y que parece ha»beis olvidado á vuestros Dioses y abjurado su »culto, ó que ignorais el culto que Dios pide. »Este es el verdadero principio de vuestra envi»dia contra los Christianos, que lo adoran, y »del encarnizamiento con que los perseguis hasta »la muerte."

»Muchos Gobernadores de las Provincias es-

»cribiéron en otro tiempo á mi muy divino Pa»dre, tocante á esos mismos hombres; y les res»pondió, que no se les debia causar inquietud »alguna, si no se probaba primeramente, que »hubiesen maquinado alguna cosa contra el Es»tado. Muchos tambien me han escrito á mí, y »yo les he respondido, á exemplo de mi Padre, »que si alguno pusiese por justicia á un Christiano, »sin poderle imputar otro crímen que su reli»gion; era nuestra voluntad, que el acusado, por »mas que estuviese convencido, quedase absuel»to, y que el acusador fuese castigado segun to»do el rigor de las Leyes."

SEGUNDA APOLOGIA DE S. JUSTINO

AL SENADO DE ROMA.

N. 1. *hasta* 5. San Justino, despues de haber expuesto el furor con que los perversos, á impulsos de los Demonios, perseguian á los Christianos; y que él mismo estaba esperando morir en una cruz, y ser víctima de su implacable enemigo, Crescente el Cínico: yo responderé, continúa, á lo que vosotros nos decis freqüentemente: ¿*Cómo es que no os matais vosotros mismos, para ir á uniros con vuestro Dios*? y justificaré tambien el atrevimiento, con que los Christianos confiesan su fe, quando son preguntados. Nosotros en primer lugar no nos matámos á nosotros mismos, porque de este modo destruiriamos, en quanto estuviera de nuestra parte, al linage humano, y acabariamos con nosotros mismos la verdadera Religion. Pero quando somos preguntados, confesámos sin dificultad, así porque no tenémos que avergonzarnos de ningun delito, como porque nos reputariamos reos de impiedad, si disfrazasemos la verdad, en qualquiera ocasion que fuese; y porque finalmente nos abrasa el deseo de desengañaros de vuestras falsas é injustas preocupaciones.

N. 5. Si el Dios, que los Christianos adoran, opusieran los Paganos, fúera el verdadero Dios,

el Señor del mundo, no sufriria que sus siervos fuesen oprimidos y avasallados por los ímpios. Así sería, responde San Justino, si todo hombre al tiempo de nacer no fuera condenado á morir, y, sí, aun en sentir de vuestros Filósofos, la virtud no os llamase á la felicidad por el camino de los trabajos y de los combates. Por otra parte, dia llegará en que Dios vengue á sus adoradores, y precipite á los que los persiguen en llamas eternas, donde tendrán el castigo proporcionado á sus crímenes. Y si es que difiere su juicio, lo hace esto en favor de los Christianos, que son el fin de todas sus obras, porque aguarda á que se complete el número de sus elegidos.

N. *6. &c.* San Justino pone á los mismos Paganos por testigos de que los Christianos, en nombre de Jesu-Christo, arrojan todos los dias los Demonios de los cuerpos de los hombres; lo que en vano intentan imitar los Mágicos y los Encantadores. Este poder, dice, que Jesu-Christo da á los Christianos sobre los Demonios, es para vosotros una prueba de los fuegos eternos, donde serán precipitados los adoradores de los Demonios, juntamente con sus detestables divinidades.

Jesu-Christo es el Hijo único de Dios; es antes de todas las criaturas; engendrado eternamente por Dios su Padre, con quien está siempre; y solamente por su Hijo ha criado Dios el mundo. El nombre de Jesus significa *Salvador*; y es así llamado, porque ha nacido entre nosotros pa-

ra la salvacion de los hombres, y para la destruccion del imperio de los Demonios, que ciegan y tiranizan á los hombres; y no cesan de ostigarlos, para que persigan y den la muerte á los Christianos.

N. 9. No hay que citarnos la autoridad de algunos pretendidos Filósofos, que han tenido atrevimiento de decir, que la doctrina de los Christianos acerca del fuego del Infierno no era mas que un vano espantajo; y que por otra parte, lejos de degradar al alma por medio de la impresion de un temor servil, debia ser elevada é inflamada, no proponiendole otros objetos, sino la hermosura y los encantos de la virtud.

No responderé á todo esto, sino una sola palabra; y es, que si no hay Infierno, no hay tampoco Dios, ó por lo menos mira con indiferencia todo lo que hacen los hombres. No hay tampoco vicio ni virtud, y por consiguiente son injustos los Legisladores, que establecen penas contra los transgresores de las Leyes mas justas. Mas puesto que aquellos no son injustos, tampoco lo será la cabeza de los Legisladores, que todo lo dispone segun su suprema sabiduría; ni los Christianos tampoco lo pueden ser, siguiendo su Ley.

N. 10. &c. Hemos de notar sin embargo, que entre las leyes humanas las hay injustas y perniciosas, así como entre las opiniones de los Filósofos las hay falsas é impías. Solamente el Verbo, la razon suprema nos enseña á discernir unas

de otras: todo quanto se halla de verdadero y sabio en ellos, proviene del Verbo, que se ha dignado iluminarlos; y al revés, todo lo falso y condenable es fruto de sola la razon humana, privada de las luces superiores de la razon divina; es fruto de la ceguedad y de la perversidad de los hombres y de los Demonios. Nuestra doctrina es infinitamente superior á la doctrina y á la moral de los hombres y de los Filósofos; los quales no han hecho mas que columbrar la verdad, y jamás han podido elevarse hasta las sublímes nociones del Christianismo. Han incurrido en ridículas contradiciones acerca de las materias mas importantes, porque no han tenido mas que una débil comunicacion de las luces del Verbo divino. Mas por lo que respeta á nosotros, que hacémos profesion de amar y adorar al Verbo, que es la sabiduría increada del Padre celestial, se nos ha comunicado sin reserva, y ha tomado sobre sí todas nuestras enfermedades, para curarnos de ellas. Por tanto, habiendonos su gracia fortificado é iluminado, nos ha sido concedido conocerle qual es en sí, é imitarlo.

San Justino hace una observacion tan juiciosa, como importante; y es que el mas célebre de todos los Filósofos, Sócrates, no halló ni siquiera un solo discípulo suyo, que quisiese sufrir la muerte por su doctrina, y que por Jesu Christo, no solamente los sábios y los hombres literatos, sino tambien una multitud de ignorantes

y de personas del pueblo, han tenido alientos para provocar las amenazas, las afrentas y la muerte. No hay que admirarnos, puesto que los primeros estaban abandonados á la flaqueza humana, y los Christianos se veían sostenidos de la misma fuerza del Verbo de Dios.

Refiere tambien San Justino, qué es lo que le hizo formar la idea mas ventajosa de los Christianos, quando todavía era Platónico, y lo preparó á la conversion. Yo oía, dice, que los Christianos eran acusados de los más horribles delitos, como, por exemplo, de que se abandonaban á los deleytes mas infames, y tenian festines de carne humana. ¿Cómo era posible, decia yo, que unos hombres semejantes provocasen la muerte, y todo lo que parece tan terrible al resto de los mortales? Los criminales, los hombres voluptuosos y disolutos, lejos de correr á la muerte, y de presentarse con la mayor constancia ante los Magistrados, se ocultarian, y procurarian conservar juntamente con la vida, los deleytes, de que son arrastrados.

Sin duda son los Demonios los que os empeñan á encarnizaros contra los Christianos, y á imputarles calumniosamente estos atentados. Vosotros poneis en tortura á sus mugeres, á sus hijos, á sus esclavos, para arrancar de ellos la confesion de los crímenes que vosotros mismos cometeis, con el fin de honrar é imitar á vuestros Dioses. Pero nosotros despreciamos todas estas ca-

lumnias, porque sabémos que un Dios justo es testigo de nuestras acciones y de nuestros pensamientos. Vosotros, si, que debierais avergonzaros de acusar á unos hombres innocentes, como si fueran reos de unas abominaciones, de que solamente vosotros y vuestros Dioses sois culpables.

Entrad dentro de vosotros mismos, y corregios. Nosotros hemos abjurado el culto de los falsos Dioses, porque manchados con tantos crímenes, quieren tambien que los cometan sus adoradores; y el horror con que los mirámos, es el principio del injusto aborrecimiento, que nos persigue con furor.

Fin de la segunda Apologia de San Justino.

APOLOGIA DE TACIANO DE SIRIA (a),

DISCÍPULO DE SAN JUSTINO.

Esta Apologia, llena de erudicion y fuerza, y escrita tambien en griego como las Apologias de San Justino, no tiene apenas relacion con nuestro objeto, porque se escribió directamente contra los Griegos. El Autor intenta probar, que estos lo habian tomado todo de los que ellos lla-

(a) Taciano de Siria, que floreció baxo el Imperio de Marco Aurelio, fué educado en las ciencias de los Griegos, y en la Religion de los Paganos. Sus viajes por los países mas ilustrados le hiciéron conocer á fondo los absurdos de la Religion Pagana, y la incertidumbre de los Filósofos en las materias mas importantes; y solamente en el Christianismo halló al pronto la sabiduría y sencillez que deseaba. Hablando de los libros de los Christianos, dice él mismo en su Oracion á los Griegos: »La lectura de estos »libros me persuadió, por»que sus palabras son sen»cillas; los Autores de ellos »parecen sincéros, y están »á lo que se vé muy dis»tantes de toda afectacion; »las cosas que enseñan se »comprehenden con mucha »facilidad; se hallan ya cum»plidas muchas predicciones; »los preceptos son admira»bles, y sobre todo estable»cen un Monarca único de »todas las cosas. Esta doc»trina nos liberta de un nú»mero considerable de Ti»ranos, á quienes estabamos »sujetos.« Así se explicaba Taciano acerca del Christia-

man bárbaros, y que su Religion, todavía mas que su Filosofía, es un texido de absurdos, de infamias y de contradicciones: pero se ha de confesar tambien, que se han deslizado algunos errores en esta obra, particularmente acerca de la naturaleza del alma.

nismo, quando leyó por la primera vez los libros de nuestra Sagrada Religion; pero apenas penetró mas adelante, y vió que no podia correr el velo de nuestros misterios, renaciéron en su corazon las ideas Platónicas, llamó obscuridades á los divinos arcanos de nuestra Creencia, y compuso un libro de problemas ó qüestiones para demostrar la obscuridad de la Escritura y la dificultad de entenderla. Lleno entonces su cerebro de las ideas de todas las Sectas y Religiones, se formó una á su antojo, tomando de los dogmas de cada una lo que le pareció mas del caso para ilustrar la razon en punto á la naturaleza del Sér Supremo, al origen del mundo &c. Imaginaba, como Valentino, potencias invisibles, principados, y otras fábulas semejantes; admitia con Marcion dos Dioses distintos; atribuía el Antiguo y Nuevo Testamento á dos Divinidades diferentes; rehusaba algunas Epístolas de San Pablo; condenaba el uso del matrimonio tanto como el del adulterio; miraba con horror á los que se alimentaban de la carne de los animales y bebian vino; y no queria que en la celebracion de la Eucaristía se ofreciese sino agua; por cuyo motivo se dió á sus Sectarios el nombre de Encratitas é Hydroparastas. Formada esta Secta baxo el Imperio de Marco Aurelio por los años de 172, se esparció al pronto con bastante fortuna, porque la austeridad de sus máximas y los singulares talentos del Autor de ella, le adquiré-

Taciano se dexó despues seducir de los errores de Valentino, Marcion, y Saturnino, y fue autor de la Secta de los Encratitas, ó Continentes, los quales realzaban la continencia de tal modo, que trataban al matrimonio de exceso y de infamia.

ron una reputacion muy grande. Los que la abrazáron tomáron indistintamente los nombres de Tacianistas, Encratitas, Continentes, Severianos, Apotácticos, Sacóforos &c. Otras muchas obras que escribió Taciano, además de la Apologia ó Discurso contra los Gentiles en favor de los Christianos, de que aquí se habla, han perecido, y no se halla sino algun fragmento en los escritos que nos han quedado de los primeros siglos de la Iglesia. Ya que el Abate Gourci ha tenido por conveniente hacer aquí mencion de la Apologia de Taciano, nos ha parecido tambien oportuno presentar una sucinta idea de los errores de este Heresiarca, para que no se confunda con los Padres de la Iglesia, cuyas Apologias se citan en esta obra.

APOLOGIA
DE ATENÁGORAS.

APOLOGIA DE ATENÁGORAS

EN FAVOR DE LOS CHRISTIANOS.

ADVERTENCIA.

Nada casi sabémos acerca de Atenágoras, sino lo que él mismo nos dice en su Apologia en favor de los Christianos; conviene á saber, que era *Ateniense, y Filósofo Christiano*; y en su Tratado de la *Resurreccion de los muertos*; que *habia compuesto muchas obras en defensa de la verdad.* Estas dos obras son las únicas, que se han libertado de la injuria de los tiempos. En muchos lugares de su Apologia, parece, que tuvo presentes las de San Justino; aunque sin duda por ciertas razones de prudencia y de discrecion se abstiene de participar á los Paganos, como hizo este Santo, lo que pasaba en las Juntas de los Christianos. Por lo demás, Atenágoras escribió mejor que el Santo Mártir, con mas gusto y elegancia, y con expresiones mas propias, para captarse la benevolencia de los Emperadores: en una palabra, y es todo quanto se pue-

de decir, manifiesta claramente, que era Ciudadano de Atenas. Quéjase primero de que se negaba á la verdadera Religion, la tolerancia que se tenia con las supersticiones mas absurdas del Paganismo, y de que en los procedimientos judiciales contra los Christianos innocentes, se violaban todas las formalidades, que se observaban escrupulosamente respecto de los criminales; y de aquí pasa á refutar las tres acusaciones, que se solian intentar contra los Christianos, *de ateismo*, *de incesto*, *y de que comian carne humana.*

Su Apologia da á conocer por todas partes al Filósofo Christiano. Está escrita con tanta solidez como modestia, y es exâctísima, si se exceptuan algunas opiniones arriesgadas acerca de los Demonios y de las segundas nupcias, que nuestro Filósofo condena pertinazmente, y las qualifica de adulterio disfrazado y especioso: εὐ πρεπὴς Μοιχεία. *Atenágoras*, dice el Señor Bosuet, *es Autor de una de las mejores y mas antiguas Apologias de la Religion Christiana.*

Esta Apologia, dirigida á los Emperadores Marco Aurelio, y Cómodo, no puede haber sido escrita, sino desde el año 176 de Jesu-Christo hasta el de 180; supuesto que Có-

modo fué declarado Augusto á fines de 176, y Marco Aurelio murió en 180. El Señor Fleuri se engañó, colocandola baxo el año de 166, y suponiendo que fué dirigida á Marco Aurelio, y á Lucio Vero, su asociado y hermano adoptivo; siendo así que lo es *á los Emperadores Marco Aurelio Antonino, y Lucio Aurelio Cómodo, Armenios, Sarmáticos &c.* Ninguno de los Autores de aquel tiempo da el nombre de Cómodo á Lucio Vero, despues de su exâltacion al Imperio; y Atenágoras en dos lugares de su Apologia, habla claramente *del Padre y del Hijo.* Desea, que *el Hijo succeda á su Padre*, y dice que *todo está sometido en el Imperio, al Padre y al Hijo*; lo qual no puede convenir sino á Marco Aurelio y á Cómodo. Además de esto, Marco Aurelio no tomó el sobrenombre de *Sarmático* hasta el año de 174, despues que venció á los Quados, al cabo de cinco años de la muerte de Lucio Vero. (Vease á Tillemont, *Mem. pour l'Hist. Eccl.* y á Ceillier, *Hist. des Aut. Eccles.*)

APOLOGIA
DE ATENÁGORAS.

A los Emperadores Marco Aurelio Antonino, y Lucio Aurelio Cómodo, Armenios, Sarmáticos, y lo que es mas todavía, Filósofos.

N. 1. Los pueblos, ó grandes Príncipes, que están sujetos á vuestro Imperio, tienen leyes, costumbres y Religiones muy diferentes unos de otros; mas no por eso dexan de tener libertad para seguir sus leyes, sus costumbres y sus Religiones, por ridículas que sean. Los Egipcios tienen libertad para tributar honores divinos á los gatos, á los cocodrilos, á las serpientes, á los perros. (Atenágoras nombra otros muchos pueblos.) Todos, en una palabra, experimentan incesantemente los efectos de vuestra clemencia, de vuestra dulzura y de vuestra beneficencia; y el mundo entero, á la sombra de vuestros cuidados paternales, goza de una paz profunda. Los Christianos son los únicos, de quienes, parece, que no haceis aprecio, y cuyo nombre basta por sí solo para excitar el aborrecimiento; quando solamente el crimen es merecedor del odio y de los suplicios. Vos permitis, que unos hombres innocentes, y penetrados, como harémos ver, de los sentimientos mas

religiosos hácia Dios y hácia los Emperadores, sean oprimidos, arrojados y perseguidos, en desprecio de la equidad, de las leyes y de la razon.

Nosotros no temémos exponer al público nuestra causa; ni os suplicamos, sino que volvais tambien hácia nosotros vuestras miradas, y no permitais, que nuestros calumniadores nos degüellen: porque no se contentan nuestros enemigos con robarnos los bienes y la honra, esto es, lo que los hombres miran como mas precioso. Verdad es, que nosotros despreciamos todo esto; y no solamente hemos aprendido á no vengarnos de los malos tratamientos, ni pedir venganza ante los Tribunales; sino que antes por el contrario, si nos dan una bofetada, presentamos la otra mexilla, y si nos quitan nuestra túnica, cedémos tambien nuestra capa. Pero es el caso, que despues que abandonámos nuestros bienes, se ponen asechanzas contra nuestra vida: y se nos acusa de una multitud de crímenes, de que apenas podria sospecharsenos, pero que nosotros podriamos con fundamento imputar á nuestros acusadores.

N. 2. Decimos con osadia; si se nos puede convencer de qualquiera crímen, no pedimos perdon, antes bien estamos prontos á sufrir los mas crueles suplicios: pero sino se nos puede acusar mas que nuestro nombre (porque hasta ahora todas son hablillas vagas y calumniosas, y ningun Christiano ha sido convencido de delito alguno); vo-

sotros, ó grandes Príncipes, Príncipes humanos, Príncipes sabios, vosotros debeis defendernos por medio de las leyes. No implorámos para nosotros sino aquella misma beneficencia, que es la base de la felicidad de vuestros pueblos. Haced, pues, de modo, que nosotros podamos tambien tributaros gracias, y congratularnos de estar, mediante vuestra proteccion, á cubierto de los tiros de la calumnia. Vuestra justicia es demasiado grande, para que podais sufrir, que al paso que á ningun acusado se le castiga hasta despues de convencido, nosotros únicamente seamos condenados por solo nuestro nombre, sin que se atienda á nuestras razones: porque es constante, que los Jueces no exâminan, si un Christiano ha cometido algun delito, sino que este nombre va por sí solo acompañado de la infamia del crímen. Pero no hay cosa mas indiferente en sí, que un nombre; las buenas ó malas acciones son las que caracterizan al hombre de virtuoso ó vicioso. Vosotros mismos, ó Príncipes sábios y Filósofos, conoceis lo que yo digo mejor que nadie. Todos los que son citados ante vuestro Tribunal, por qualquiera crímen que sea, descansan sobre la seguridad que tienen de que no se les hará un crímen de sus nombres, ni los condenaréis tampoco, sino se prueban los delitos que se les imputan; de que la justicia sola, en una palabra, dictará la sentencia de su condenacion, ó de su justificacion.

No piden los Christianos, sino solo aquello que concedeis á todos nuestros vasallos, como una justicia. Que no se nos aborrezca, y que no se nos castigue por solo nuestro nombre, que no es por cierto ningun crímen; sino que primero se tomen informaciones acerca de los crímenes, que se nos imputan. Quando seamos convencidos, castiguesenos enhorabuena; pero declaresenos tambien por innocentes, si lo somos en la realidad. Me atrevo á asegurar, que no encontrarèis criminales entre los Christianos, y si es que encontrais alguno, no lo reputeis por Christiano, porque no lo es sino en el exterior. Quando se procede en juicio contra un Filósofo, no se le juzga inocente ó culpable, á causa de la ciencia que profesa; sino que, si se averigua que es criminal, es castigado, sin que de este hecho se le siga deshonor alguno á la Filosofía, que es inocente, y no se puede decir que es criminal, sino porque no es un verdadero Filósofo; pero si la acusacion es calumniosa, queda absuelto. Pues á este modo, tratesenos con la misma justicia, exàminese nuestra vida; pero quede absuelto nuestro nombre.

Antes de dar principio á nuestra Apología, debo, ó grandes Príncipes, suplicaros, que me escucheis con la imparcialidad de que estais preciados, y que no os dexeis llevar de hablillas populares y absurdas. Haced que el amor á la verdad y á la ciencia, que profesais, presida á nues-

tra sentencia: y quando hubiesemos nosotros confundido la impostura, dexará indubitablemente de hacernos la guerra.

N. 3. Tres son los enormes crímenes de que nos acusan; conviene á saber, de que somos ateistas, incestuosos como Edipo, y antropófagos como Tiestes. Si llegan tales crímenes á justificarse, no perdoneis edad ni sexô, exterminadnos sin commiseracion: porque ¿qué género de suplicios podria igualar á una especie de delitos, de que apenas se encontrarán exemplos entre los animales mas feroces? Pero si todas estas acusaciones no son mas que unas atroces calumnias, y una conseqüencia natural del encarnizamiento del vicio contra la virtud, supuesto que por un decreto divino, se ha encendido una guerra eterna entre los seres que son contrarios; si vosotros mismos, digo, sois testigos de nuestra innocencia; es obligacion vuestra aseguraros acerca de nuestra conducta, de nuestra doctrina y de nuestra sumision á vuestra autoridad y á vuestras personas. La equidad pide, que se mantenga igual la balanza entre nuestros acusadores y nosotros. De este modo pueden estar seguros de la victoria unos hombres, que todos los dias ofrecen sus vidas por la verdad.

N. 4. &c. I. Atenágoras refuta la acusacion de Ateismo. Cita un número considerable de Autores Paganos, Filósofos y Poetas, que han opinado diferentemente acerca de la Divínidad; y demues-

tra que los mas ilustres no han reconocido en el fondo sino un Dios, un Sér, y aun solo un Espíritu Supremo, que ha formado los cuerpos, ó por lo menos que los mueve y los gobierna. ¿Por qué, pues, continúa este Filósofo Christiano, se les ha de permitir que digan y escriban quanto se les antoje acerca de Dios, sin otro fundamento que el que prestan algunas conjeturas muy arriesgadas; y la ley nos ha de hacer un crímen á nosotros, que estamos ciertos de nuestra doctrina, y que podemos probarla con solidéz? En efecto, de aquí pasa á probar, por medio del discurso y de los Profetas, que no puede haber sino un Dios.

Los Atenienses, dice, condenáron á Diágoras como Ateista, y lo condenáron con razon, porque negaba abierta y públicamente la exîstencia de un Dios. Pero ¿qué fundamento puede haber, para que se nos condene como Ateistas á nosotros, que confesamos abiertamente la exîstencia de Dios, que lo distinguimos de la materia, y enseñamos que un espacio inmenso los separa; que Dios es eterno é increado; que el alma solamente y la razon pueden conocerlo, pero que la materia es creada y corruptible? Si nosotros opinásemos como Diágoras acerca de la Divinidad, no obstante que esta se manifiesta por todas partes en la admirable armonia, en el orden inalterable, en la inmensidad, en la magnificencia del universo; enhorabuena que nos tratasen de Ateistas, y nos cas-

tigasen como á tales: pero puesto que nosotros reconocémos un Dios sin principio (porque lo que es no comienza, sino solamente lo que no es), un Dios, vuelvo á decir, que todo lo ha hecho por su Verbo; es contra toda razon, y contra toda justicia, que nos desacrediten y nos persigan como á Ateistas.

No reputais por Ateistas, ni á los Poetas, como Eurípides y Sófocles, que no admitian, segun se vé, sino un Dios principio de todas las cosas, ni á los célebres Filósofos, que han opinado del mismo modo. Platón reconocia un solo Dios eterno é increado, padre de los Dioses; Aristóteles da el nombre de Dios á un animal compuesto de cuerpo y alma, de una alma que preside al cuerpo, y que es inmovil, aunque es principio de todo movimiento; los Estóycos finalmente pretenden que Dios es un Espíritu, que está sujeto á las mutaciones de la materia que penetra, un fuego que encierra en sí las semillas y la vida de todos los seres, conocido baxo distintos nombres, pero realmente único. Sin embargo, pues, no los teneis por Ateistas, y permitis que sostengan sus diversos sistemas acerca de la Divinidad; los quales sistemas no los han recibido de Dios, sino que cada uno se los ha forjado á su antojo; por cuyo motivo se han descarreado y dividido en tantas opiniones opuestas, acerca de Dios, acerca de la materia, y acerca del mundo. ¿Cómo es, pues, que nos teneis

á nosotros por Ateistas? ¿Por qué pretendeis quitarnos el derecho que tenemos, de conservar acerca de la Divinidad los sentimientos, que nos han sido revelados por los Profetas, inspirados por el Espíritu divino? Vuestra sabiduría y vuestra piedad os harán ver, que sería enteramente injusto abandonar una creencia, que nos han transmitido los Profetas de Dios, para dar sobre ella la preferencia á unas opiniones humanas.

N. 8. El discurso, de acuerdo con la autoridad divina, nos convence de que no puede haber mas que un Dios. Si hubiera muchos, como todos serian increados, no podrian ser semejantes (*a*); supuesto que solamente puede hallarse la semejanza entre seres creados y engendrados unos de otros. Por otra parte, Dios es un sér simple, inalterable é impasible. ¿En qué lugar podrian estar estos Dioses, si hubiera muchos? Ni podrian estar en el mundo, ni sobre el mundo; porque el Criador del mundo llena necesariamente el mundo, que es su obra: ni podrian gobernar al mundo ni á los hombres que únicamente dependen de su Autor: ni podrian estar en parte alguna; ni finalmente podrian hacer nada. Con qué no hay sino un Dios, autor, conservador y moderador de los hombres y del mundo.

(*a*) Sin duda, como los Paganos imaginaban á sus Dioses. Conviene tener presente, que nuestro Apologista habla con aquellos, en cuya suposicion, sus razones son tan *oportunas* como sólidas.

N 9. Si nuestra doctrina no estuviese apoyada mas que sobre el discurso, no pasaria los límites de una doctrina humana; pero nosotros la hemos tomado de los Profetas. Porque no es posible que ignoreis, segun es vuestra ilustracion, que nosotros hemos tenido un número considerable de Profetas, como Moysés, Elías, Jeremías, &c. por cuyos órganos nos ha revelado Dios las verdades que profesamos.

Escuchemoslos. »El Señor es nuestro Dios, y »no hay nada que se pueda comparar con él. Yo »soy Dios, dice el mismo, primero y último: no »hay otro Dios que yo; no ha habido tampo»co Dios alguno semejante á mí, ni lo habrá »jamas. El Cielo es mi trono, y la Tierra es el »escabelo de mis pies. ¿Qué morada podriais cons»truir para mi?« (*Isai.* 41. 43. 45. 65.)

N. 10. Yo he probado suficientemente, concluye Atenágoras, que de ninguna manera somos nosotros Ateistas, supuesto que reconocémos un Dios que existe por sí mismo, un Espíritu puro, eterno, invisible, impasible, inmenso, Todo-Poderoso, que todo lo ha criado y ordenado, y que todo lo conserva por su Verbo ó su Hijo. No hay, pues, para que ridiculizar la idea que nosotros tenemos del Hijo de Dios. Lo que nosotros creemos acerca de Dios y de su Hijo, no se parece de ningun modo á las fábulas de los Poetas, que pintan á sus Dioses ni mas ni menos que á los hombres. El Hijo de Dios es el pensamien-

to y la virtud del Padre: el Padre y el Hijo no son sino uno: el Hijo está en el Padre, y el Padre está en el Hijo, por la unidad y poder del Espíritu.

Si os quereis servir de la sagacidad de vuestro ingenio, para comprehender, quien es este Hijo, yo os lo diré en pocas palabras. Es la primera produccion del Padre; no porque haya sido hecho como las criaturas, pues desde el principio, Dios que es un espíritu eterno, tiene en sí mismo su razon, su Verbo eterno; sino que este mismo Verbo ha sido la forma y principio de todas las criaturas. Asi nos lo enseña el Espíritu Profético: *El Señor me poseyó en el principio de sus caminos para sus obras.* (*Prov.* 8.) Y este mismo Espíritu Santo que ilumina á los Profetas, decimos tambien, que dimana de Dios, al modo que el rayo dimana del Sol. Esto supuesto, ¿quién no se admirará de que sean tachados de Ateistas aquellos que dicen, que hay un Padre Dios, un Hijo Dios, y un Espíritu Santo, unidos en poder, y distintos en orden? Ni aquí pára nuestra Teología; porque además de todo esto reconocemos tambien un número considerable de Angeles y de Ministros, que Dios ha criado, y á quienes ha encomendado la custodia de los elementos, de los cielos y del universo.

N. 11. Atenágoras pasa luego á la moral. Yo, dice, os explico con exâctitud nuestra doctrina, para que sabedores de la verdad, desprecieis las

hablillas populares, que carecen de todo fundamento. Nosotros podemos haceros ver, quán lejos estamos del ateismo, por los mismos preceptos de nuestra Religion, que no son seguramente invenciones de los hombres, sino que el mismo Dios nos los ha dado y enseñado.

Escuchad algunos de estos preceptos, por donde podais juzgar de los demás: »Amád á vues»tros enemigos; hacéd bien á los que os aborre»cen; orád por los que os persiguen y os calum»nian; para que de este modo os podais llamar »hijos de vuestro Padre celestial, que hace que »su sol salga sobre los buenos y los malos, y »que caigan sus lluvias sobre los justos y los in»justos.« (*Mat.* 5.)

Séame permitido, ó Príncipes Filósofos, preguntar ahora; entre esos Gramáticos, esos Filósofos, que exponen orgullosamente su ciencia en medio de sus oyentes, ¿hay por ventura algunos, que pongan en práctica estos sublimes preceptos; que sepan volver el bien en cambio del mal; amar sincéramente á sus enemigos, y orar aun por aquellos, que maquinan contra su vida? ¿No se vé, por el contrario, que se emplean dia y noche en armarles lazos, y tramar su pérdida? De suerte, que hacen ver en un todo, que profesan el arte de bien decir, mas no el arte de bien obrar.

Pero entre nosotros, hallaréis artesanos, ignorantes, mugeres ancianas, que no os demostra-

rán, por medio del discurso, la verdad de nuestra doctrína, pero que os persuadirán la excelencia de ella con su conducta. No aprenden de memoria discursos eloqüentes, porque les basta hacer acciones virtuosas; no se defienden, aunque se vean maltratados; no ponen por justicia á los que les roban sus propios bienes; sino que antes les dan quanto les piden. Finalmente aman á todos los hombres, como á sí mismos.

N. 12. Pues si nosotros no supieramos, que hay un Dios, testigo y juez de todas nuestras acciones, ¿os parece, que poseeriamos en grado tan eminente la innocencia y la perfeccion? Mas como estámos persuadidos de que el Sér Supremo, que ha formado al mundo y al linage humano, es tambien su moderador, hemos abrazado un género de vida, despreciado de la muchedumbre, pero cuyo carácter está fundado sobre la modestia y el amor de los hombres. Nada temémos sobre la tierra, ni aun á la muerte, porque despues de esta vida esperámos la felicidad, que el Supremo Juez nos ha prometido, como premió de la virtud, y con la qual no hay cosa que pueda compararse.

Platón pretende, que Minos y Radamanto juzgarán y castigarán á los malos: pero aun quando ni Minos, ni Radamanto, ni su padre tampoco exîstan, ninguno podrá libertarse del juicío de Dios.

¡Cómo! ¡Serán tenidos por piadosos y religio-

sos aquellos, que nada ven mas allá de la vida presente; que creen, que la muerte es un profundo sueño, un eterno olvido de todo; y cuyo refrán ordinario es, *comamos y bebamos, porque mañana moirémos*; y han de ser por el contrario tachados de impíos y de ateistas unos hombres, que no hacen aprecio alguno de esta vida, que no fixan la atencion sino en la vida futura, en aquella bienaventuranza superior á nuestras expresiones, y á la qual sabémos con seguridad que no arrivarémos, sino es que nos hubieremos conservado puros é irreprehensibles, y hubieremos perseverado en la fe de un solo Dios, de su Verbo, y de su Espíritu, siempre unidos, y sin embargo distintos!

Atenágoras responde luego á las acusaciones, que se interponian contra los Christianos, porque no ofrecian sacrificios á los Dioses, y no adoraban á los ídolos, ni cosa alguna material. El divino arquitecto, dice, el Padre del universo no necesita de sangre, ni de humo, ni de flores, ni de perfumes; de nada necesita, porque todo lo halla en *sí*. El único sacrificio que le es agradable, y el que nos pide es, que lo reconozcamos por el que ha dilatado los cielos sobre nuestras cabezas, y afianzado la tierra debaxo de nuestros pies, congregado las aguas del mar, separado la luz de las tinieblas, sembrado de astros el firmamento; que ha hecho brotar del seno de la tierra toda especie de plantas, ha cria-

do todos los animales, y formado al hombre á su imagen: y que le adoremos como al que conserva y rige todas sus obras, y elevemos hácia él las manos puras. Este es un sacrificio, que borra todos los hecatombas. Dios pide una víctima no sangrienta; pide un culto iluminado y racional (*a*).

Atenágoras realza las contradicciones y extravagancias de la Religion Pagana. Si nosotros, dice, somos impios, porque no tributamos adoracion á vuestros Dioses, todas las demás Naciones, que adoran Dioses diferentes, serán tambien impias.

N. 15. Luego demuestra, quán absurda cosa es adorar una materia pasiva é inanimada. ¡Qué! ¿Porque haya un gran número, que confunde á Dios con la materia, y adora vanos simulacros; nosotros, que sabémos distinguir á Dios de la materia, lo que es increado de lo que ha sido criado, lo que es de lo que no es; nosotros, repito, hemos de incurrir en una ceguedad tan grosera? ¿Pasarémos por impíos, porque no ado-

(*a*) No hay necesidad de que yo haga notar aquí la prudente reserva del Apologista de la Religion, el qual se vale precisamente de las luces de la razon, quando habla con los Paganos; y evita cuidadosamente, siguiendo en esto el espíritu y uso de la Iglesia en aquellos primeros siglos, revelarles el secreto de nuestros Misterios, por no exponerlos á las blasfemias y á la burla de los ciegos adoradores de los idolos.

rámos la piedra, el oro, y la plata, como si fueran Dioses? ¿No distinguis vosotros mismos al obrero de la obra, al alfarero del vaso de tierra? ?No alabais tambien y honrais al artista por la industria y el primor con que ha manejado la materia? Pues sabéd, que el mundo no debe, sino á Dios solo, la hermosura y magnificencia, que nos arrebatan: y si nosotros pudieramos mirar al mundo como á un Dios, ni tendriamos siquiera las primeras nociones de la Divinidad; porque igualariamos una materia vil y perecedera con el Sér eterno.

N. 16. Ninguno de vuestros vasallos se dexa deslumbrar de la magnificencia de vuestros palacios, hasta el extremo de tributarles sus homenages, y encaminar hácia ellos sus peticiones. ¿Cómo es, pues, que se hallan hombres, que olvidan á su autor y al del mundo entero, y prostituyen sus adoraciones á este mismo mundo, que no es tampoco sino el palacio y la obra de Dios? Y si yo no puedo adorar al mundo, ¿cómo podré tampoco adorar las obras de los hombres?

N. 17. *hasta* 31. Atenágoras prueba que los nombres, así como tambien los simulacros de los Dioses, obras de los hombres, son recientes, y que no puede referirse el culto de los simulacros á los Dioses de los Paganos, porque no son Dioses. Ellos han sido criados, como confiesan los Poetas y los Filósofos, han tenido un principio; luego son perecederos, y por consiguiente no son

Dioses. Atenágoras encarece luego las pasiones, los desórdenes y los crímenes de los Paganos: sostiene que los Demonios han precipitado á los hombres en la ceguedad y en la idolatría, y que los engañan por medio de prestigios y falsos prodigios. Hace notar, que segun los historiadores y los poetas, los Dioses han sido originariamente hombres. ¿Y cómo de hombres han podido pasar á Dioses? Porque puesto que naciéron, debiéron necesariamente morir, y en esto están conformes los Autores Paganos.

En una palabra, ó lo que refieren vuestros poetas y vuestros historiadores, acerca del nacimiento, de las pasiones y de los desarreglos de los Dioses, son otras tantas fábulas; ó todo esto es conforme á la verdad. En el primer caso, ¿qué apoyo tiene el culto que se tributa á esos Dioses? En el segundo; luego esos Dioses no son sino hombres, y hombres dignos de desprecio y de horror; ó por mejor decir, no son nada, porque si naciéron como los demás hombres, debiéron tambien morir como ellos. Ni hay que recurrir á las alegorías para salvar la infamia del Paganismo; porque si Júpiter, por exemplo, no es otra cosa que la materia del fuego, segun los Estóycos, Juno el ayre, Neptuno el agua; es constante, que todos estos elementos, que reconocen por autor al Criador del Universo, no son Dioses; y ni siquiera podrian subsistir, ni entrar en la composicion del mundo, si no fue-

ra por orden de la providencia de Dios. Luego no porque nosotros nos resistamos á adorar unas Divinidades de esta especie, somos Ateistas: porque adorámos al único verdadero Dios, Criador del universo, con su Verbo y con su Espíritu (*a*).

N. 31. II. Atenágoras pasa á la acusacion de *incesto*. Yo creo, dice, que lo hasta aquí dicho basta, para que los Christianos queden suficientemente justificados de los crímenes, que se les imputan. No es otro el fin de todas estas imposturas, que el hacernos odiosos, y mantener siempre pretextos para perseguirnos. De este modo han sido perseguidos en todos tiempos los Filósofos, que enseñáron la verdad, y por este medio se dió la muerte á Sócrates.

Vosotros no poneis duda en que unos hombres, que se proponen á Dios por regla y por modelo, y que están resueltos á conservarse pu-

(*a*) Hablando de los Angeles, propone Atenágoras algunas opiniones singulares, que manifiestan que no tenia ideas exáctas de su espiritualidad: *Ex his Angelis virginum amatoribus nati sunt gigantes seu Dæmones.* Estos mismos errores se encuentran en algunos Escritores antiguos, antes y despues de Atenágoras, como por exemplo en San Justino: pero una vez que con el trascurso del tiempo han sido olvidados, sería inútil que nos detuviesemos á ventilarlos y combatirlos. Basta decir, que los Angeles y los Demonios son por su naturaleza puros espíritus, y que todo lo que lleva la idea de materia, de generacion humana, ó de qualquiera composicion, no puede en manera alguna convenirles.

ros é irreprehensibles á sus ojos, son capaces de huir hasta de los pensamientos criminales. Si nosotros no conocieramos otra vida, que la presente, podria sospecharse que nos dexabamos llevar de la carne y de la sangre, y que nos entregabamos á la avaricia y al deleyte: pero estando persuadidos, como lo estamos, de que Dios está presente dia y noche á todas nuestras acciones, que es todo luz, que vé hasta en el fondo de nuestros corazones, y que si salimos inocentes de esta vida, nos unirémos á él en el Cielo, en donde gozaremos de una vida incomparablemente mas dichosa, pues no estarémos sujetos al dolor, ni á alteracion alguna, y si por el contrario seguimos el exemplo de los malos, serémos precipitados con ellos á las llamas eternas; ¿es en manera alguna verisimil, que con todo conocimiento prefiramos el ser criminales, y caer en las temibles manos del Juez supremo?

N. 32. No por cierto. Mas no sería extraño, que los adoradores de los Dioses nos atribuyesen los mismos desórdenes, que ellos ensalzan en sus Dioses, cuyas pasiones y placeres licenciosos son para aquellos otros tantos misterios.

Por lo que hace á nosotros, estamos tan lejos de semejantes desbarros, que ni siquiera nos permitimos una mirada acompañada del deseo. *Aquel*, dice nuestro divino Maestro, *que ha mirado á una muger con deseo del crimen, ya lo ha cometido en su corazon.* (*Matt.* 5.) ¿Y cómo podria-

mos dexar de ser castos é irreprehensibles nosotros, que nos servimos de los ojos con tanta cautela, que no los creemos destinados sino para iluminar los cuerpos, y que esperamos un dia en que tendrémos que dar cuenta de todos nuestros pensamientos? Porque la Ley, que nosotros observamos, no es como las leyes humanas, de las quales pueden substraerse los malos, sino que nos ha sido dada por el mismo Dios; y esta divina Ley arregla todas nuestras obligaciones para con el próximo. Segun la diferencia de las edades, nosotros consideramos á unos como á hijos nuestros, y á otros como á nuestros hermanos y hermanas, y á los que son mayores en edad, los honramos como á nuestros padres y á nuestras madres. Nosotros nos imponemos tambien una obligacion capital de conservar la inocencia de aquellos, á quienes miramos como nuestros parientes.

N. 33. Como estamos de contínuo alimentados de la esperanza de la vida eterna, mirámos con sumo desprecio esta vida fugitíva, y hasta los placeres del espíritu. No nos casamos, segun vuestras leyes, sino con el objeto de tener hijos; seguimos el exemplo del labrador, el qual despues que ha confiado la semilla á la tierra, espera con paciencia el tiempo de la siega. Y aun encontrarèis entre nosotros muchas personas de uno y otro sexô, que envejecen en el celibato, con la esperanza de que por este medio se unirán á Dios mas estrechamente.

N. 34. A esta pintura de la castidad de los Christianos opone Atenágoras las desarregladas costumbres de los Paganos, los quales quisieran encontrar cómplices entre los Fieles, y se abandonan á toda suerte de crímenes y placeres contra la naturaleza, imitando en esto á sus mismos Dioses.

III. Responde finalmente Atenágoras á la última acucasion, de *que los Christianos comian carne humana.* ¿Contra quienes, dice, se encarniza la calumnia? ¿Quiénes son acusados de homicidios y de crueldades contra la naturaleza? Unos hombres, que ni siquiera pueden defenderse, quando son ofendidos, ni pueden dexar de bendecir al que los maldice: porque no satisfechos con la simple justicia, que consiste en pagar en la misma moneda, aspiran todavía, y se proponen ser buenos y sufridos.

N. 35. Preguntese á nuestros acusadores, si hablan como testigos oculares: no habrá uno siquiera tan impudente que lo asegure. Algunos hay entre nosotros, que tienen esclavos, de quienes no era facil que se ocultáran; pero ninguno de estos esclavos puede haber inventado semejantes calumnias contra nosotros.

¿Y cómo es posible, que seamos acusados de que matamos, y comemos á los hombres, quando ni aun nos está permitido asistir á las execuciones de los criminales? ¿Quien hay que no tenga aficion á los espectáculos de los gladiado-

res y de las bestias? Solamente nosotros, que los miramos con horror, porque estámos persuadidos de que apenas hay diferencia alguna entre mirar con complacencia las muertes, y cometerlas. Pues unos hombres, que proceden con tan escrupulosa delicadeza, ¿es creible, que habian de ir á manchar sus manos con la sangre de sus semejantes? Nosotros reputamos por homicidas á las mugeres, que procuran el aborto, y creémos que serán castigadas en el tribunal de Dios; ¡y podriamos degollar á los hombres! Nó, no es posible, que unos hombres que creen, que Dios cuida del infante encerrado en el vientre de la madre, y que venga con severidad su muerte, crean que pueden matarlo á sangre fria: ni es posible tampoco, que unos hombres, que se tendrian por parricidas, si expusieran sus hijos, sean capaces de darles muerte, despues de haberlos ya criado. En una palabra, nosotros siempre caminamos de acuerdo con nosotros mismos, y con los principios de la razon.

N. 36. Por otra parte, ¿se puede presumir, que los Christianos, que creen la resurreccion de los cuerpos, se alimenten de estos mismos cuerpos? Pero los que ni creen en la resurreccion, ni en el juicio de Dios, sino que piensan por el contrario, que el alma muere con el cuerpo, no sería extraño, que hallandose sin freno alguno que los contenga, se abandonasen á toda especie de delitos. Por la razon contraria, los que están

persuadidos de que todo se hará patente en el juicio de Dios, y que el cuerpo participará del castigo del alma, despues de haber sido el instrumento de sus desórdenes y de sus placeres criminales; es verisimil que se abstendrán aun de las culpas mas leves.

Si parece quimérico, que unos cuerpos reducidos á corrupcion y polvo sean restituidos á su primer estado, por lo menos no se nos podrá tachar sino de demasiada credulidad, y á nadie causarán perjuicio nuestras opiniones. Sin embargo, hay muchos Filósofos, que piensan como nosotros, acerca de este punto; pero no es este lugar oportuno, para que nos extendamos sobre esta materia. Dexemos esta discusion para otro tiempo (*a*).

N. 37. Por lo que hace á vosotros, ó Príncipes, llenos de bondad, de moderacion y de humanidad, qualidades que debeis mas á la naturaleza, que á la ciencia; supuesto que he rechazado todas las calumnias que se intentan contra los Christianos, supuesto que os he convencido de nuestra inocencia y de nuestra piedad hácia Dios, dignaos ahora sernos favorables. Nuestros mas ardientes deseos no tienen otro objeto que á vosotros, para que el Hijo succeda felizmente al Padre, y vuestro Imperio se consolide y extien-

(*a*) Parece que Atenágoras *la resurreccion de los muertos*, se refiere aquí á su *Tratado de* que todavia conservamos.

da de dia en dia. Nosotros mismos nos interesamos en vuestra prosperidad, porque de este modo podrémos pasar nuestros dias en paz, y volar sin riesgo ni obstáculo á qualquiera parte que nos enviáreis.

Fin de la Apologia de Atenágoras.

APOLOGIA
DE TEÓFILO.

APOLOGIA
DE TEÓFILO DE ANTIOQUÍA.

ADVERTENCIA.

Teófilo, que nació y fué criado en la idolatría, como San Justino, se convirtió por sí mismo, y en fuerza de la lectura de la Sagrada Escritura, segun nos dice en su primer Libro á Autólico. Succedió á Herón, quinto Obispo de Antioquía, por los años de 168, ó 69 de Jesu-Christo, y gobernó su Iglesia con mucha prudencia y zelo, por espacio de trece años. Segun Nicéforo, escribió muchas obras en favor de la Religion, de las quales hacen mencion Eusebio y San Gerónimo; pero no nos han quedado mas que sus tres Libros á Autólico, porque las demás obras que se le atribuyen, no son suyas.

Compuso esta Apologia baxo el Emperador Cómodo, y á lo sumo en el primer año de su reynado, 180 de Jesu-Christo, supuesto que en ella habla de la muerte de Marco

Aurelio, de quien dice que reynó por espacio de diez y nueve años y diez dias, y que habia muerto en aquel mismo año. Ni pudo tampoco componerla despues del año de 181, porque se sabe, que en el 182 habia ya muerto Teófilo. Autólico, á quien va dirigida esta Apologia, era un Pagano, amigo de Teófilo; muy instruido, pero al mismo-tiempo muy preocupado contra la Religion Christiana.

En el primer Libro, Teófilo responde á Autólico, que encarecia sus Dioses y ridiculizaba la fe de los Christianos, principalmente por lo que respeta á la Divinidad, y á la resurreccion de los muertos; y con este motivo se detiene á probar la existencia de Dios, y á dar de él nociones exáctas: de allí pasa á la resurreccion, y demuestra la falsedad de los Dioses del Paganismo.

En el segundo, pondera el absurdo de la idolatría, la ignorancia y las contradicciones de los Autores Paganos acerca de la Divinidad; á las quales opone la doctrina de nuestros Profetas, y la relacion que nos hacen del origen del mundo, de los primeros y mas memorables acontecimientos, que no se encuentran en otra parte.

En el tercer Libro, refuta dos objeciones

de los Paganos, conviene á saber: *que los Christianos cometian abominaciones en sus juntas*; *y que su Religion y sus Libros eran nuevos*. Para refutar incontestablemente esta última, hace ver, quánto mas antiguos son los Libros y los Profetas de los Christianos, que no las obras de los Paganos; y presenta para ello un compendio muy sucinto de la Historia Sagrada y Profana, segun el orden cronológico, desde Adán hasta la muerte de Marco Aurelio. Los exôrdios de los Libros segundo y tercero, dan á entender, que pasó algun intervalo de tiempo entre la composicion de estos tres Libros; mas no por eso dexan de formar un solo cuerpo de obra, que escribió Teófilo en defensa de la Religion, y con el fin de instruir y sacar del error á Autólico: y así se ve que en el Libro tercero, números 3, y 19, cita y se refiere á los dos primeros.

Procurarémos referir con todo cuidado lo que hay mas digno de notarse en los tres Libros de la Apología de Teófilo. Esta obra, que siempre ha pasado entre los Sábios por un tesoro de erudicion sagrada y profana, está al mismo tiempo bien digerida, y escrita de modo que causa interés. El Autor manifiesta un

talento despejado, una imaginacion viva y fecunda; y se encuentran algunos pasages, que podrian acreditar á nuestros Ingenios modernos. Por el estilo difuso ó asiático, que domina en algunos lugares, se conoce la patria del Autor.

TRATADO DE TEÓFILO,

OBISPO DE ANTIOQUÍA,

Contra los calúmniadores de la Religion Christiana,

Á AUTÓLICO.

LIBRO PRIMERO.

N. 1. Solamente unas almas frívolas y corrompidas se dexarian deslumbrar por discursos ingeniosos y cargados. El amante de la verdad la busca, y exámina los hechos. ¿Cómo, pues, mi amado Autólico, puedes encarecernos tus Dioses de metál, de piedra y de madera, que ni vén ni oyen, y que no son sino vanos y estúpidos ídolos, fabricados por la mano de los hombres? ¿Cómo puedes afear, que yo sea Christiano y me honre con este nombre? Sí, no hay que dudar; yo soy Christiano, y no será posible que me avergüence de llevar un nombre, que me hace agradable á los ojos de Dios. ¡Ah! El nombre de Dios solamente puede ser motivo de infamia entre vosotros, porque no teneis la dicha de servirle.

N. 2. Acaso me direis: *muestranos tu Dios.* Muestrame tú, que eres hombre, y yo te mostraré mi Dios: muestrame, que miras con los ojos del alma, y que oyes con los oidos del corazon. Porque así como los ojos del cuerpo distinguen todos los objetos terrenos y sensibles, la luz, las tinieblas, las sombras, las figuras, los bultos; y así como los oidos del cuerpo juzgan de la naturaleza de la armonía de los sonidos; del mismo modo los ojos del alma y los oidos del corazon pueden ver y oir á Dios. Pero Dios no se hace visible á todos los que tienen ojos, sino solamente á los que los tienen puros y sanos; mas no porque los ciegos no puedan ver la luz del sol, dexa esta de resplandecer en el universo. Los pecados, los crímenes, la impiedad, todo esto ofusca los ojos del alma é impide contemplar á Dios; porque es un espejo obscuro, incapaz de reflectar la luz.

Si quierês, pues, que yo te muestre mi Dios, muestrame primero, que no eres vicioso, ni ladron, ni impostor, ni orgulloso, ni envidioso, ni colérico, ni maldiciente, ni avaro, ni desobediente á tus padres, ni desnaturalizado para con tus hijos. Porque Dios no se dá á conocer á aquellos, que están infectados de semejantes vicios, si no es que primero cuiden de purificarse. Pues así como en el ojo se congregan á veces ciertos humores, que le impiden ser herido de los rayos del sol; no de otra manera, del

seno de los vicios y de la impiedad se levantan vapores espesos, que quitan la vista del divino Autor del universo.

N. 3. Me dirás ahora: tú, pues, que ves, describeme una fiel imagen de Dios. La imagen de Dios no puede dibuxarse. Nuestros sentidos no alcanzan á la Divinidad, cuyas perfecciones todas son muy superiores á nuestras expresiones, á nuestros pensamientos y á todos nuestros esfuerzos: y así no podemos representarnos su gloria, medir su inmensidad, sondear sus profundidades, comparar con nada su poder, formar una cabal idea de su sabiduría, imitar su beneficencia, y ni siquiera referir sus beneficios.

Si yo la llamo *luz*, nombro una de sus obras; *verbo*, es la palabra por medio de la qual manda; *inteligencia*, es su sabiduría; *espíritu*, es su soplo (*a*) criador; *sabiduría*, es su produccion; *fuerza*, es su poder; *virtud*, es su atributo; *providencia*, es su bondad; *rey*, *señor*, es su gloria, su calidad de juez supremo; *juez*, es su justicia; *padre*, lo es de todos los seres; *fuego*, es su cólera. ¡Cómo! ¿Dios monta en cólera? Sí, contra los malos y los impíos, á quienes castiga, así

(*a*) Parece que nuestro Autor alude á aquel pasage del Génesis: *Deus inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ.* El alma hecha á imagen de Dios, es la produccion de *este soplo divino.* Esta explicacion tan natural desvanece las dificultades y la indecencia, que los Comentadores veían aquí en el texto; el qual no necesita de mutacion alguna [illegible].

como es bueno y misericordioso para con los que lo aman y lo temen.

N. 4. Es sin principio, porque es increado; inmutable, porque es eterno: todo descansa en él; todo se mueve y vive por él: todo lo hace, todo lo conserva, de todo cuida. Él es *señor*, porque domina sobre todo; es *padre*, porque es antes de todo; *criador*, porque todo lo ha hecho de la nada; *altísimo*, porque es sobre todo; *omnipotente*, porque todo lo tiene en su mano, los cielos mas elevados, los abismos mas profundos, las extremidades de la tierra, y ocupa todos los lugares. El cielo, la tierra, el mar son obras de su mano: él ha criado el sol, la luna y las estrellas, para medir el tiempo, arreglar los dias y los años, para servicio del hombre, á quien ha formado á su imagen. Finalmente Dios ha sacado de la nada á todos los seres, para darse á conocer por sus obras, y para grabar en ellos algunos rasgos de su sabiduría y de su grandeza.

N. 5. Así como el alma encerrada dentro del cuerpo no se dexa percibir por los sentidos, y no obstante se manifiesta claramente por medio de la vida y del movimiento, de que es principio para el cuerpo; de la misma suerte Dios, aunque invisible, se muestra á cada uno de nosotros por su providencia y por sus obras. Si quando ves, que un baxél navega en alta mar, ó que toma puerto, no dudas, que habrá un piloto que dirija toda aquella maniobra; ¿por qué has de

poner duda en la existencia de un Dios, que rige y mueve el universo, sin mas motivo que porque no lo ves? Y si no puedes mirar de hito en hito al sol, débil elemento, ¿cómo es posible, que el hombre mortal sostenga el resplandor de la gloria del Dios eterno? Los granos apiñados dentro de la granada no pueden comunicarse con lo que hay de la corteza para afuera; así el hombre encerrado en la mano de Dios, juntamente con todas las criaturas, no puede tampoco alargar sus miradas hasta Dios.

El Emperador no es visto de la mayor parte de los habitadores de sus dilatados dominios; mas no por eso hay quien sea tan insensato, que niegue su existencia: porque sus leyes, sus oficiales, sus imágenes, su poder, cuya impresion se hace sentir del un extremo al otro de su imperio, lo dan bastante á conocer. Y qué; ¿la omnipotencia de Dios, la inmensidad de sus obras darán lugar á que lo desconozcamos?

N. 6. Sí, Autólico; contempla las obras de Dios, ese orden y esa vicisitud arreglada de las estaciones, de los meses y de los años; esa admirable y prodigiosa diversidad de semillas, de plantas, de frutos; los animales, que ya caminan ó andan á rastra sobre la tierra, ya vuelan por el ayre, ya nadan sobre las aguas; el ardor y la industria, que el Criador les ha comunicado, para que se multiplicáran, se alimentáran y criáran á sus hijos. Mas no creas con todo eso, que los

animales ó las plantas hayan sido el término de los designios de Dios; sino indubitablemente el hombre, para quien preparaba Dios alimentos y servidores. Repara, cómo todo ha sido dispuesto para el hombre, cómo todo está subordinado á sus necesidades ó á sus placeres. Mira ese curso igual y nunca interrumpido de los riachuelos y de los rios; ese orden, por el contrario, variado con tanta sabiduría, que guardan las lluvias y los rocios, para refrescar á la tierra y fertilizarla.

Sigue luego el curso prodigiosamente rápido y siempre invariable de los cielos: Considera la resplandeciente aparicion del astro de la mañana, que viene á anunciar la salida de otro astro mucho mas resplandeciente todavía: cuenta, si es posible, ese número innumerable de cuerpos luminosos, á cada uno de los quales le ha señalado Dios el camino, y le ha puesto un nombre particular. Sí; Dios solamente puede haber sido autor de todas estas maravillas, y haber sacado la luz del seno de las tinieblas, esa luz tan dulce, tan encantadora, tan apetecida de los mortales, quando se ven privados de ella. Dios solamente puede haber señalado límites, que no pudiera traspasar el mar, y haber sondeado sus abismos: solo Dios puede haber reunido en sus tesoros las aguas, la nieve, el granizo, para luego derramarlos á su voluntad: y él solamente puede atemorizar á los hombres con el ruido de su true-

no, preparandolos primero con el fuego de los relámpagos, y velar para que los rayos no abrasen ó destruyan á la tierra.

N. 7. Ya ves á mi Dios, Señor supremo de todo el universo, que solo ha dilatado los cielos, y debaxo de ellos ha echado en el agua los fundamentos de la tierra; que manda en el mar, altera sus olas, las mitiga, envia su espíritu, y todo vive: de suerte que si lo hiciera volver á sí, todo pereceria en un instante. Ese mismo espíritu es quien te comunica el habla, el movimiento y la vida: y con todo eso ¿lo desconoces? ¡Oh! ¡Quán ciega está tu alma, y quán endurecido tienes el corazon!

Ponte en manos del médico, que él te curará, y alumbrará los ojos de tu alma. ¿Y quién es ese médico? Dios, que todo lo ha hecho por medio de su verbo y de su sabiduría, y que mediante su verbo y su sabiduría, lo cura y vivifica todo. Su sabiduría ha dado seguridad á la tierra, ha levantado los cielos, ha barrenado los abismos, y hace que los rocios destilen del seno de las nubes. Si sabes comprehender todas estas cosas, si eres hombre, si vives santamente, podrás ver á Dios: pero ante todas cosas es necesario, que la fe y el temor de Dios santifiquen tu alma. Quando te hayas despojado ya de la mortalidad, y estés revestido de la inmortalidad, entonces verás á Dios segun tus méritos. Dios resucitará tu cuerpo, te tornarás en inmortal, y

verás al Eterno, con tal que creas en él desde ahora. Entonces tambien conocerás, quán insensatos eran tus discursos.

Pero tú no quieres creer, que los muertos resuciten: quando llegue el caso, lo creerás á pesar tuyo: bien que si no crees ahora, esta creencia tardía no libertará á tu incredulidad de los castigos que le son debidos. ¿Y por qué te has de obstinar en no creer? Tú no te cuidas de que la fe dirija y preceda necesariamente á todas tus acciones (*a*). ¿Quién es el labrador, que podria

(*a*) Este es un principio de la sana y profunda Filosofia. El hombre reducido á sí mismo no es capaz de nada: el rey de los animales es el mas indigente y el mas miserable de todos. El defecto capital del hombre y su destino exîgian que no saliese de este humilde estado: el defecto capital del hombre es el orgullo; su flaqueza y su dependencia debrian servir á esta de contrapeso, y darle á aquella la mas eloqüente leccion de humildad. Establecidos los hombres en sociedad, las necesidades recíprocas, y que se succeden incesantemente, eran el único lazo indisoluble, que podia mantenerlos unidos, á pesar de las pasiones, que de contínuo se dirigen á dividirlos. Por lo qual vemos, que el hombre sitiado de necesidades y devorado de deseos, no cesa de implorar á los hombres de todas condiciones: y que engañado ó desechado de sus semejantes, débiles y engañosos como él, y ambiciosos de los mismos bienes, por consiguiente rivales y enemigos suyos, jamás se cansa de pedirles, ni de confiarse; jamás se cansa de ser engañado, ó desechado. La voz de la naturaleza, ilustrada por la razon y la experiencia, y guiada por la

segar, si no confiára su semilla á la tierra? ¿Quién atravesaria el mar, si no hiciese confianza del navio y del piloto? ¿Qué enfermo recobraría la salud, si no se pusiera desde luego en manos del médico? ¿Qué arte, qué ciencia aprenderias, si no comenzáras dando crédito al maestro, que te la habia de enseñar? ¿Con que el labrador ha de confiar en la tierra, el navegante en el mar, el enfermo en el médico, el ignorante en su maestro, qualquiera que sea; y tú insistirás en no querer confiar en Dios, que te ha dado tantas pruebas sensibles y victoriosas de su veracidad, y del interés con que mira al hombre? Nada eras tú antes que Dios te criára; nada eran tampoco los autores de tus dias, hasta que Dios formó el cuerpo de un poco de tierra, que tampoco existia, hasta que Dios la crió. ¿Cómo es, pues, que tie-

Religion, jamás engaña; ¿por qué, pues, el hombre no la escucha? ¿Por qué no la sigue? De este modo aprenderia á no confiarse del hombre, sino con reserva; y á no confiar plenamente sino del autor de su sér, que es el único poderoso, benéfico, verdadero y fiel en sus promesas: aprenderia, digo, que la felicidad, la sabiduría y la riqueza del hombre no consisten en extenderse sin límites, sino antes bien en ceñirse mas y mas, en disminuir sus necesidades, en suprimir ó disminuir sus deseos, en dar mucho, pedir poco y contentarse con menos todavía; en no esperar nada de la fortuna, que de por sí es nada; en trabajar como si nada hubiera que esperar de la Providencia, y en esperar todo de la Providencia, como si él nada hubiera hecho.

nes resolucion para creer en vanos simulacros, obra de los hombres, y en los prodigios que se les atribuye, y no crees en Dios, á quien debes tu sér y tu vida? Los nombres de esos pretendidos Dioses no son otra cosa que nombres de hombres muertos; y ¡qué hombres!

N. *9. y sig.* Despues de haber encarecido los absurdos é infamias del Paganismo y de sus Dioses, que no son sino demonios; Yo, pues, continúa Teófilo, honraré mas bien al Emperador, que á todos vuestros Dioses: pero lejos de adorarlo, oraré por él, y adoraré al único verdadero Dios. El Emperador no es ningun Dios, sino un hombre, á quien Dios ha colocado sobre el trono, no para que sea adorado, sino para que administre justicia y reciba los honores legítimamente debidos á su dignidad. Y si el Emperador no permite, que ninguno de sus vasallos tome el nombre de Emperador, con mayor razon el nombre de Dios deberá reservarse para Dios solo. Honrad todos, pues, al Emperador, someteos á él, obedecedle; pero orad por él á Dios, y de este modo observaréis el precepto divino.

N. 13. Todo el fundamento que tienes para negar la resurreccion de los muertos, consiste en solo decirme: muestranos un hombre resucitado, y la creeré. Pero ¿qué mérito será el tuyo, si no crees hasta que veas? ¿No crees por ventura la resurreccion de Hércules y de Esculápio? ¿Cómo, pues, no crees lo que el mismo Dios te asegu-

ra? ¡Ha! Quizá no creerias tampoco, aun quando yo te hiciera ver un muerto resucitado.

Mira quántos motivos y medios te ha suministrado Dios, para creer este misterio: mira cómo los tiempos, los dias y las noches se renuevan, y por decirlo así, resucitan. Las mismas semillas y los frutos son tambien imágenes de la resurreccion de los cuerpos; puesto que el grano de trigo, por exemplo, arrojado en tierra, muere, resucita y produce espigas. ¿Y no resucitan tambien los árboles, quando en aquella estacion, que Dios les ha señalado, producen nuevos frutos? Hasta los granos, que el gorrion ha tragado, si los vuelve á arrojar sobre la tierra, se ve que echan raíces, y que producen una nueva planta. ¿Y no se encuentran tambien símbolos de la resurreccion en el Cielo, igualmente que sobre la tierra? ¿No muere y renace en cada mes la luna para nosotros? El hombre mismo, quando se vé afligido de una larga y peligrosa enfermedad, pierde su salud, y una gran parte de su substancia; y Dios se la restituye, restableciendolo en su primer estado. ¿Qué se habia hecho, pues, aquella salud, y cómo la recobra el hombre? Esto proviene, me dirás, del alimento que ha tomado, el qual se ha convertido en su propia substancia. En hora buena; mas no por eso dexa de ser todo esto obra de Dios, y de Dios solo; sin que haya otro que pueda obrar tan maravillosos efectos. Por esta muestra, pues, de su poder, quiere Dios hacer-

nos comprehender, que no le es mas dificil resucitar todos los cuerpos.

N. 14. Sal, pues, por fin de tu incredulidad. Yo tampoco creía antiguamente; pero creí al cabo, despues de haber profundizado las razones que hay para creer. Los oráculos de los Profetas, inspirados por el espíritu de Dios, que yo leí con la mayor atencion, me hicieron creer resueltamente. Sus profecias ya cumplidas nos aseguran la verificacion de las que todavía están por cumplirse. Yo he obedecido á Dios, yo he creido; haz, pues, lo mismo; porque si te obstinas en no creer ahora, no creerás tampoco quando llegue el dia, en que seas arrojado á los eternos suplicios, anunciados tambien por los Profetas. Vuestros Poetas, vuestros Filósofos, que han venido despues, los han copiado, alterando la verdad de sus oráculos.

Las Escrituras nos han anunciado los suplicios destinados para los malos, á fin de que huyamos de ellos. Lee y relée nuestras Escrituras con toda la aplicacion de que eres capaz; y está cierto de que si te guias por su luz, te libertarás de estos males, y te asegurarás las recompensas eternas de Dios. Este Dios, que ha unido nuestra alma á un cuerpo, exâminará todas nuestras obras, las juzgará, y premiará á cada uno segun sus méritos. »A los que, por su paciencia y por »su justicia, han merecido la inmortalidad, da»rá Dios la vida eterna, la alegria, la paz, el

»descanso, y una multitud de bienes, que los ojos »no han visto, los oidos no han oido, ni el co»razon del hombre ha sentido. Mas por lo que »toca á los incrédulos y soberbios, que reusan »creer la verdad, y creen la iniquidad, que se »han contaminado con la embriaguez y la impu»reza, con la avaricia y la idolatría, la cólera »y la infelicidad, tendrán por galardon un fuego »eterno." (*Rom.* 2. *I. Corint.* 2.)

Dixisteme, amigo mio, *muestrame tu Dios*: helo, pues, aquí, y yo te exhorto, á que creas en él y lo temas.

LIBRO SEGUNDO.

N. 1. Quando me oiste hablar acerca de la Religion, mi amado Autólico, quedaste con deseos de que yo tratase esta importante materia con mayor extension. Voy, pues, á satisfacerte, en quanto me lo permita mi flaqueza. Procuraré hacerte ver la locura de vuestras supersticiones, y haré que saques juntamente conmigo la conseqüencia qué naturalmente se deduce de las historias que vosotros leeis.

N. 2. *hasta el 9.* Teófilo insiste sobre los absurdos de la idolatría. No hay cosa mas risible, dice, que ver á los artesanos, alfareros, estatuarios y pintores, que hacen ídolos, á los quales se tributan luego honores divinos, al pronto por aquellos que los han comprado, y finalmente por los mismos obreros, que antes los miraban con desprecio.

Sin duda no reflexîonan, que estos ídolos no son mas de lo que eran, quando los fabricaban de metal, madera, piedra, y de varios colores. Discurramos tambien acerca de los Dioses, que representan. Quando vosotros leeis sus historias, sus genealogias, su nacimiento, los mirais como á hombres, y no los podeis mirar de otra suerte: pero olvidando luego todo lo que habeis leido, incurris en la simpleza de creerlos Dioses, y los

honrais como á tales. ¿Acaso nacian Dioses, y engendraban despues otros Dioses? ¿Cómo es, pues, que ya no sucede esto? ¿Por qué motivo no se han perpetuado sus generaciones, como las de los hombres? ¿Por ventura aquellos Dioses han envejecido, ó se han hecho estériles? ¿O han muerto y ya no existen? ¿Por que ese Olimpo, Palacio de los Dioses, está desierto? ¿Por qué Júpiter no habita ya el Monte Ida? Por otra parte, no hay cosa mas absurda, que circunscribir la Divinidad á un lugar particular. El Altísimo, el Omnipotente, el verdadero Dios, no es posible que esté encerrado en lugar alguno; sino que antes bien está en todas partes, lo vé todo, todo lo gobierna, no está en lugar alguno, pero todo está en él.

Teófilo refuta la opinion de muchos Filósofos acerca de la Divinidad; y opone victoriosamente el Dios de los Christianos á los Dioses que aquellos han imaginado. Unos, dice, no reconocen Dios; otros pretenden, que este de nada cuida, ni toma parte en nada: solo Platón, el mas sensato de todos los Filósofos, admite un Dios eterno, padre y autor de todo; pero al mismo tiempo supone la materia increada y eterna como el mismo Dios. Si esto fuera así, ni Dios sería autor de todo, ni sería tampoco único Dios, porque siendo increada la materia, sería por consiguiente inmutable, independiente, y perfectamente semejante á Dios. Porque así como todo

lo que es criado, está necesariamente sujeto á mutacion y alteracion; del mismo modo, todo lo que exîste por sí mismo es por el contrario esencialmente inmutable é inalterable: por lo qué, si Dios para producir el mundo, se hubiera servido de una materia, que ya exîstiese independentemente de él, se desvaneceria el carácter eminente que distingue su poder y sus obras, del poder y de las obras del hombre. Este carácter divino es quien del seno de la nada saca los seres, al modo y en el número que quiere; y es el único que puede darles vida, sentimiento é inteligencia; al paso que el poder del hombre se limita á convertir la obra de Dios en un vano ídolo.

Hace luego ver Teófilo, que los Autores Paganos se contradicen unos á otros, y muchas veces se contradicen á sí mismos, quando nos describen sus dogmas, sus Religiones, y nos dan la historia de sus Dioses. Los demonios son autores de todas estas fábulas, y de la ceguedad de los hombres, como ellos mismos lo confiesan, quando los conjuramos en nombre del verdadero Dios, diciendo públicamente, que no son mas que unos espíritus engañadores.

N. 9. y 10. Los Libros Sagrados, muy diferentes de esas producciones del error y de la mentira, están siempre de acuerdo consigo mismos, y las predicciones de los Profetas lo están siempre tambien con los acontecimientos. Los Escritores

Sagrados han vivido en tiempos diferentes entre los Hebreos: sin embargo inspirados del mismo Dios, nos enseñan uniformemente, que Dios sacó el mundo de la nada, que él solo era antes de todos los siglos, que estaba en sí mismo, y que crió al hombre para que lo conociera. Dios es por sí mismo; por lo qué de nada necesita: el hombre ha recibido la existencia de Dios; y por eso necesita de todo.

Dios ha criado el mundo por su Verbo, á quien habia concebido eternamente en su seno, y á quien produxo con su sabiduría antes que á las criaturas. El Verbo de Dios, su Sabiduría, su Espíritu, son el principio de todo, y por consiguiente el Señor de todo. El Espíritu Santo descendió á los Profetas, y los hizo hablar como órganos suyos, acerca de la creacion del mundo, de las cosas pasadas, que él solamente sabía, y de los acontecimientos futuros, que solo él podia ver como si estuvieran presentes. Pero quando Dios crió el mundo, no existian los Profetas; Dios solamente estaba con su Verbo y con su Sabiduría, que están siempre con él. De este modo habla el Verbo Dios y la Sabiduría por boca de Salomón: »Quando Dios preparaba los cie»los, yo estaba presente. Yo estaba presente, quan»do ponia los fundamentos de la tierra, ordenan»dolo todo con él.“ (*Prov.* 8.)

N. 22. La palabra de Dios, el Verbo de Dios es su hijo, pero un hijo muy distinto de los

hijos de los Dioses. Ha estado siempre en el seno de su padre; es su consejero, su pensamiento, su sabiduría. Quando quiso criar lo que tenia resuelto, engendró al Verbo (*a*), primogénito de todas las criaturas, y no por eso quedó privado de su Verbo; sino que despues de haberlo engendrado, conversa siempre con él. »En el principio, dice San Juan, el Verbo era, »el Verbo estaba en Dios, y Dios era el Ver»bo. Todo se hizo por él, y nada se hizo sin »él.« (*Joan.* 1.) El Verbo Dios es quien esta-

(*a*) Teófilo reconoce lo mismo que despues definiéron los Padres de Nicéa, conviene á saber, que el Verbo es consubstancial y coeterno al Padre. Solo se diferencia en el lenguage, llamando con los Antiguos *generacion*, á aquella manifestacion del Verbo, ó produccion exterior, si es permitido hablar así, que aconteció quando Dios crió el mundo por su Verbo. Pero el Verbo exîstia ya anteriormente y de toda eternidad, siendo como es la sabiduría de Dios, y no pudiendo estar Dios sin su sabiduría. Esta segunda generacion, impropiamente dicha, lejos de excluir la verdadera generacion, la generacion eterna, la supone necesariamente. Dios no puede manifestar su hijo en el tiempo, sino es porque lo engendra eternamente. Por lo demás, este lenguage de los Antiguos tiene su fundamento en la misma Escritura; pues el Apóstol aplica al nacimiento corporal de Jesu-Christo y á su resurreccion, estas palabras del Salmista: *Yo te he engendrado hoy.* (*Act. Apost.* 13. *Hebr.* 1. *et* 5.) Se puede ver lo que sobre esta materia dicen el sábio Bullo, y sobre todo M. Bossuet, en sus *Advertencias á los Protestantes.*

ba en el Paraíso terrestre, y quien habló á Adán.

Teófilo refiere á la larga, siguiendo á Moysés, la creacion del mundo, y la acompaña con reflexiones y comentarios: y además de las explicaciones literales y ya sabidas, da otras muchas místicas, y alegóricas. (*a*) Halla freqüentemente imágenes de la resurreccion, poco mas ó menos como hemos visto en el libro primero.

Moysés, ó por mejor decir, el Verbo por el órgano de Moysés, dixo: *En el principio Dios crió el cielo y la tierra*: (*Genes.* 1.) con lo que nos da á entender, que la materia misma del mundo fue hecha por Dios. No es posible que el hombre hable dignamente de la obra admirable de los seis dias; los Poetas y los Filósofos nos han transmitido discursos floridos y pomposos; pero la poca verdad, que se encuentra en ellos, está obs-

(*a*) Algunas de ellas son muy arbitrarias y poco naturales. Dice, por exemplo, que los tres dias, que precedièron á la creacion de los astros, son las figuras de la Trinidad de Dios, de su Verbo y de su Sabiduría, esto es, de su Espíritu. Hemos ya notado, que Teófilo es el primero, que se ha servido de la palabra *Trinidad* en este sentido. Es preciso observar tambien, que en este lugar y en algunos otros de este tratado, da al Espíritu Santo el nombre de *Sabiduría*, segun el lenguage de muchos Padres antiguos. Por no atender á todo esto, se ha censurado la doctrina de nuestro sábio é ingenioso Apologista.

curecida por las fábulas, quimeras y extravagancias. Tal es, por exemplo, su cáos. Se debe tambien observar, que la tierra estaba poblada, y era fecunda y abundante en toda especie de producciones antes del trabajo, y aun antes tambien de la formacion del hombre.

Teófilo compara el mundo con el mar. Así como el mar, dice, se hubiera ya agotado hace mucho tiempo, si las fuentes y los rios no reparasen de contínuo sus pérdidas; del mismo modo, el mundo hubiera ya perecido por su corrupcion y sus desórdenes, si los Libros Sagrados, si los Profetas, como otros tantos canales, no llevasen por todas partes, con los preceptos divinos, las saludables influencias de la misericordia de Dios. Y así como en el mar hay islas de un acceso facil, fecundas en toda especie de frutos, abundantes de aguas excelentes, y que ofrecen á un mismo tiempo, retiros y puertos seguros á todos aquellos, que son azotados de las olas y de las tempestades; del mismo modo, Dios ha establecido en este mundo, juguete del error y de las pasiones, Iglesias donde se enseña la verdad continuamente, y á donde abordan todos aquellos que la buscan de corazon, que quieren salvarse, y evitar el juicio y la cólera de Dios. Tambien hay, por el contrario, islas, ó por mejor decir, rocas estériles y temibles, contra las quales se estrellan todos aquellos, que se acercan con temeridad; como, por exemplo, la doc-

trina de la mentira y del error, esto es, las heregías, que causan la pérdida de todos sus Sectarios.

N. 18. Dios dixo en el día sexto: *hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.* Estas pocas palabras nos hacen ver toda la dignidad del hombre. ¿A quién dixo Dios, *hagamos*, sino á su Verbo y á su Sabiduría? ¿Podemos dudar de la verdad de la relacion de Moysés? ¿No es conforme á todo lo que vemos? ¿No experimentamos nosotros mismos todos los dias el castigo, que Dios pronunció contra el primer prevaricador, padre del linage humano?

N. 25. Ni se puede tampoco imputar á Dios la desgracia del hombre. Dios tenia derecho indubitablemente para intimarle un precepto, y hacer experiencia de su obediencia y de su reconocimiento; y así el origen de todos los males del hombre no fue Dios, sino su misma desobediencia. ¿Censurarias á un padre, que impusiese ciertos preceptos á su hijo, y lo castigase, si los despreciaba?

N. 27. ¿Ha sido el hombre criado mortal, ó inmortal? Ni uno, ni otro, sino capáz de lo uno y de lo otro, segun el uso que hiciere de su libre alvedrio; segun mereciese recompensa por su fidelidad, ó se hiciese autor de su muerte por su desobediencia.

N. 33. *y sig.* Teófilo recorre despues la historia de los primeros tiempos, segun el Génesis; y ad-

vierte, que solamente los Escritores Sagrados pueden enseñar la historia del origen del mundo, y de los primeros y mas importantes acontecimientos. Se extiende sobre los oráculos de las Sibilas; y observa, que todas quantas verdades han dicho estas, así como tambien los Autores Paganos, acerca de muchos dogmas principales, como, por exemplo, la justicia de Dios, el juicio final, los castigos de los malos, la providencia, han sido tomadas de los Escritores Sagrados, anteriores á los Escritores del Paganismo.

Nota y admira, dice luego, entre nosotros, lo que jamás encontrarás entre vosotros; conviene á saber, la unanimidad de los Escritores Sagrados en anunciar los dogmas de la Religion, la unidad de un Dios criador del mundo, y Juez supremo de los hombres, y los preceptos fundamentales de las costumbres. Estos mismos hombres, por la mayor parte sin letras, y escogidos entre las heces del pueblo, pastores, pescadores é ignorantes, han sido los que desengañáron é ilustráron á los mas célebres Autores Paganos; de manera que los que sostenian la pluralidad de Dioses, llegáron por fin á reconocer, que no podia haber mas de uno; y los que negaban la providencia, los juicios de Dios, la inmortalidad del alma, confiesan ya con nosotros estas grandes é importantes verdades.

Dios, padre y criador del mundo, no ha abandonado al linage humano. Apenas dió su ley, en-

vió sus Profetas para que la anunciáran, y despertasen á los hombres de su letargo; para darseles á conocer, y apartarlos del culto detestable de los ídolos, del adulterio, de la impureza, de los homicidios, de los latrocinios, de la avaricia, del perjurio, de la cólera, de todo desarreglo; para enseñarles á no hacer á los demás lo que no quieran que se les haga á ellos, á libertarse de los suplicios eternos, mediante la santidad de su vida, y á asegurarse la eterna felicidad, que el mismo Dios les tiene destinada.

Su ley no solamente prohibe el culto de los simulacros, sino tambien de todas las criaturas, de los elementos y de los astros. »Solo hay un »Dios, nos dicen los Libros Sagrados; el qual »ha dilatado los cielos, ha dado seguridad á la »tierra, y vida á los que la habitan, ha eleva»do las nubes sobre la tierra, hace que de ellas »se desaten las lluvias, y que resplandezcan los »relámpagos y suene el trueno. Pero el hombre »se ha vuelto insensato, y su falsa sabiduría lo »ha descarriado, hasta el extremo de hacer que »se postrára ante las obras de sus propias manos, »ante unos ídolos mudos é inanimados. ¡Desgra»ciado el que adora la piedra y la madera! To»dos los hombres se han corrompido, se han des»carriado, y no queda uno solo que obre el »bien. ¡Quién es bastante sábio para comprehen»der estas verdades! Los caminos del Señor son

»rectos, y los justos caminarán por ellos; pero »los impíos tropezarán con su pérdida.“ (*Is.* 42. *Ier.* 10. *Habac.* 2. *Sal.* 14. *Ose.* 14.)

Lee, pues, Autólico, lee dia y noche nuestros Libros Sagrados, donde podrás beber la verdadera sabiduría; tén conferencias freqüentes con nosotros, y de este modo acabarás de aclarar de viva voz todas tus dificultades.

LIBRO TERCERO.

N. 1. *y sig.* Siempre, mi amado Autólico, hablas con admiracion de vuestros Libros, de vuestras fábulas y de vuestras supersticiones; y tratas con sumo desprecio la doctrina de la verdad. Sin embargo, no hay cosa tan absurda, tan impía y tan detestable, que no la hayan enseñado los Filósofos. Ellos se oponen unos á otros; se oponen y se contradicen á sí mismos; nada tienen fixo ni cierto en sus dogmas; á nadie han persuadido la verdad; á nadie han encaminado por la vereda de la virtud: y se ve finalmente, que los Filósofos no han tenido otro objeto que la gloria, y nada han hecho para alcanzarla. Unos han impugnado la exîstencia de Dios; otros han negado la providencia. ¿De qué le sirvió á Sócrates jurar por un perro, por un ganso, por Esculapio, por sus Demonios? ¿Qué podia esperar despues de la muerte? Platón, el mas ilustre y el mas sábio de todos los Filósofos, ¿no reconoce tambien Dioses materiales? ¿No sostiene la extravagante metempsícosis, ó la transmigracion de las almas aun á los cuerpos de las bestias? ¿No pretende, que las mugeres sean comunes en su República? Finalmente, ¿qué utilidad ha trahido su Filosofía, ni á los demás, ni á él mismo? Despues de Sócrates y Platón, seria supérfluo dete-

nernos á exâminar y censurar las distintas sectas de los Filósofos.

Teófilo refuta dos acusaciones calumniosas de los Paganos. La primera, que los Christianos se abandonaban á toda especie de infamias en sus juntas, y que en estas comian carne humana: la segunda, que su Religion era nueva, y nuevos tambien y fabulosos los Libros, en que se enseñaba.

I. Observa nuestro Escritor, que podria con fundamento redargüir, que los Escritores del Paganismo, Poetas, Filósofos, Teólogos, Legisladores, Historiadores, estimulan al crímen, rompiendo todos los frenos, estableciendo las máxîmas mas licenciosas, proponiendo los exemplos mas capaces de seducir; y que la Religion Pagana autoriza todo esto y lo consagra en los objetos de su culto, puesto que no hay vicio, ni atentado alguno, de que los Dioses y Diosas no suministren modelos á sus adoradores.

N. 9. y 10. Hace ver despues, quán opuestos son todos estos desórdenes, y todas estas impiedades, á la creencia de los Christianos, y á la santidad de la moral de nuestra Religion, cuyo extracto presenta.

Nosotros, dice, adorámos á un solo Dios, criador del universo, al qual rige sin cesar mediante su providencia, y legislador y juez supremo de todos los mortales. Este Dios nos manda, baxo los castigos mas severos, que vivamos en

la justicia, en la inocencia y la piedad; que no reconozcamos ninguna otra Divinidad, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas; y que solo á él adorémos: y no solamente nos prohibe toda accion cruel, injusta é impura, sino tambien el deseo y el pensamiento.

N. 11. *y* 12. Refiere luego nuestro juicioso Apologista los preceptos del Decálogo; y pone á la vista la historia de los Judíos, los hijos de los Santos, de Abrahám, Isaác y Jacób, á quienes Dios libertó del cautiverio de Egipto por medio de los mayores prodigios, y los puso en posesion de la tierra de Canaán. Les dió inmediatamente su ley, les prometió Profetas, que se les traxeran á la memoria, y los sacasen de los desórdenes. »Si el impío renuncia de todas sus iniquí»dades, si vuelve á mí y observa mis manda»mientos, vivirá y no morirá; y yo olvidaré to»das sus infidelidades, porque no quiero la muer»te del impío, sino que se convierta y viva. Rom»ped las cadenas de la iniquidad; romped el yu»go de los que están cautivos; socorred á los »oprimidos; partid vuestro pan con el que tiene »hambre; recibid al pobre en vuestra casa; no »desprecieis á vuestros hermanos; amparad á la »viuda, al huérfano, y al extrangero; exercitad »la misericordia; practicad la justicia." (*Ezech.* 18. *Isai.* 58. *Zach.* 7.) En una palabra, Dios no cesaba de exhortar á los Judíos, por medio de sus leyes y de sus Profetas, para que se aparta-

sen del mal, y obrasen el bien.

N. 13. El Evangelio habla todavía con mayor fuerza y autoridad. »Qualquiera, dice, que hu»biere mirado á la muger de su próximo, con »algun deseo criminal, desde aquel momento es »reo de adulterio.« (*Mat.* 5.)

N. 14. Él nos manda, que amémos, como á nosotros mismos, á todos los hombres, á los extrangeros, y hasta á los enemigos. »Amad á vues»tros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, »y orad por vuestros perseguidores. Porque si os »contentais con solo amar á los que os aman, »¿qué recompensa podreis pretender? ¿No ha»cen otro tanto los Paganos y los Publicanos?« (*Mat.* 5.)

El mismo Evangelio nos prohibe, que nos gloriémos de nuestras buenas obras. »No sepa, »nos dice, vuestra mano izquierda lo que hace »vuestra mano derecha.« (*Mat. 6.*) La palabra divina nos recomienda, que vivámos sometidos á los Príncipes, y á los que estuviere encargado el depósito de su autoridad; y que demos á todos los hombres lo que es de cada uno, el respeto á quien es debido el respeto, y el tributo á quien es debido el tributo.

N. 15. Juzgue tu discrecion ahora, si unos hombres, cuyo espíritu está ilustrado, y su alma santificada por tan celetial doctrina, pueden vivir inconsideradamente, abismarse en toda especie de disoluciones; y lo que todavía es mas

impío, alimentarse de carne humana; quando les está prohibido asistir á los combates de los gladiadores, porque no se hagan cómplices de las muertes que se cometen en ellos.

Tampoco podemos asistir á los espectáculos, porque no se contaminen nuestros ojos y nuestros oidos, siendo testigos de aquellos horribles banquetes, en que Teréo y Tiestes comen á sus propios hijos; y oyendo que se proponen premios y recompensas á quien cantáre con mayor melodía los infames amores de los hombres y de los Dioses. Pero ¡ah! ¡lejos de los Christianos aun el pensamiento de semejantes abominaciones! La templanza habita en medio de ellos; los quales observan la unidad del matrimonio; abrazan la castidad; destierran de sus mansiones á la injusticia, desarraygan el pecado, estudian la justicia, practican la ley, adoran y confiesan al único verdadero Dios. Entre los Christianos, la verdad preside, la gracia subsiste, la paz pone en salvo, la palabra santa dirige, la sabiduría enseña, la verdadera vida recompensa, Dios reyna.

Podria extenderme sobre los atributos del Dios que adorámos, y sobre las costumbres de los Christianos; pero lo que hasta aquí he dicho bastará por lo menos para mover tu curiosidad al conocimiento y estudio interno de nuestra doctrina.

N. 16. *hasta* 30. II. Tambien tachais á la Re-

ligion Christiana de nueva y fabulosa: pero esta acusacion en vuestra boca es muy reprehensible. Sin duda habeis olvidado, quán ignorantes é inciertos son vuestros Autores mas ponderados, y quán opuestos unos á otros en la historia de las antigüedades del mundo. Unos pretenden, que el mundo es eterno; otros, que subsiste de un número prodigioso de siglos; y Platón, el mas famoso de los Griegos, confiesa que acerca de esto no hay mas que conjeturas. Vosotros, pues, ignorais, que nuestros Libros sagrados, que Moysés, y los demás Escritores nuestros, son mas antiguos que todos los Historiadores del Paganismo, y que en ninguna parte sino en ellos se encuentra una historia auténtica y succesiva del origen del mundo, y de los grandes sucesos, que aconteciéron en los primeros siglos.

Todo esto lo prueba Teófilo muy á la larga, y refiere toda la série cronológica desde la creacion del mundo hasta su tiempo. Advierte que los Escritores sagrados eran al mismo tiempo Profetas, y que sus predicciones de lo por venir, cumplidas al cabo de mucho tiempo, nos aseguran la verdad de las relaciones que hacen de los sucesos pasados.

N. 30. Mas ¿por qué entre los Griegos apenas se encüentran noticias de las antigüedades del mundo, cuya historia auténtica nos han transmitido nuestros Autores? Por dos razones: la primera, porque la ilustracion de los Griegos

comenzó muy tarde; y ellos mismos lo confiesan en alguna manera, quando dicen, que recibiéron las letras de los Asirios, de los Egipcios y de los Fenicios. Por otra parte, los Griegos entregados á sus supersticiones, y al culto de los falsos Dioses, no han conocido al verdadero Dios; antes bien han despreciado, ó calumniado su culto y su ley; y han perseguido y persiguen todavía á los que lo confiesan y lo adoran; al paso que colman de recompensas y de honores á los que ultrajan, así á Dios, como á los que le sirven. Finalmente hacen una guerra cruel á los Christianos, que no se emplean en otra cosa, sino en la virtud y la santidad. Sin duda unos hombres tan injustos y tan ciegos han perdido la sabiduría de Dios, y no han podido encontrar la verdad.

Por lo que toca á tí, mi amado Autólico, pesa con madurez lo que te he escrito; que en ello encontrarás el símbolo, y por decirlo así, la prenda de la verdad.

Fin de la Apología de Teófilo.

EXTRACTO DEL TRATADO
DE TERTULIANO.

EXTRACTO DEL TRATADO DE TERTULIANO CONTRA MARCIÓN.

ADVERTENCIA.

Marción, natural de Sínope, sobre el Ponto Euxîno, aumentó el número de los errores de su Maestro, el heresiarca Cerdón. Admitia dos principios, uno bueno, y otro malo: aquel, el Dios invisible, autor de todas las cosas invisibles: este, á quien llamaba el Criador, aunque habia formado el mundo de materia eterna como él, decia que era el Dios de los Judíos, y autor del Viejo Testamento. Por este motivo Marción desaprobaba el Antiguo Testamento, condenaba el matrimonio y negaba la resurreccion de la carne. Cada uno de estos Dioses habia prometido su Christo; el bueno, que ya habia parecido baxo Tiberio, y el malo, á quien esperaban los Judíos, y no ha venido todavía. De-

cia, que Christo no habia tenido sino una carne fantástica; y que por consiguiente todos sus misterios, su nacimiento, su Pasion, su Resurreccion y su Ascension no habian tenido sino una apariencia engañosa; y compuso una obra intitulada *Antítesis*, en la qual pretendia demostrar las contradicciones de la Ley antigua y del Evangelio. Floreció este Heresiarca baxo el Imperio de Antonino.

Tertuliano compuso sus cinco Libros contra Marción, al decimoquinto año del Reynado de Severo, 207 de Jesu-Christo, como lo dice él mismo en el capítulo 15 de su primer libro. Esta es la obra mas considerable, que escribió Tertuliano contra la heregía. Quando la compuso, se habia dexado seducir de Montáno, como lo dan bien á entender aquellas palabras: *el Paracléto ha señalado límites al matrimonio, y ha prescrito la unidad de él, pues tenemos una nueva Profecía, y ciertas revelaciones* (esto es, la Profecía y las revelaciones de los Montanistas), *por las quales hay disputa entre nosotros y los Psíquicos.* (*Lib. I. adv. Marc. c. 29. L. 4. C. 22.*) Así llama á los Católicos, á estilo de los Montanistas: *Psíquico* viene de una palabra griega, que significa *animal*, *carnal*. Esto no obstante, el

Tratado contra Marción *debe mirarse como un tesoro de la Teología antigua*, como dice Fleuri, en el tomo 2. de la Historia Eclesiástica. No extractarémos de esta grande y excelente Controversia, sino solo aquello que pueda convenir á las circunstancias del tiempo, y tenga alguna relacion con las dificultades de los modernos enemigos de la Religion.

Se verá claramente, si es que no me engaño, que nuestro sublime Apologista no les es menos superior en el vigor y la fuerza del ingenio, y en su invencible y concluyente lógica, que en las ventajas de la causa que defiende.

EXTRACTO DEL TRATADO DE TERTULIANO CONTRA MARCIÓN.

Unidad de Dios.

Tertuliano establece al principio la unidad de Dios, con igual fuerza que dignidad.

Lib. 1. *adv. Marc. c.* 3. La grande, la única disputa, que nos divide, es acerca de la unidad de Dios. La Heregía, que á exemplo de la Pintura y de la Poesía, juzga que todo le es permitido, ha pronunciado y se ha atrevido á negarla: pero la verdad christiana nos enseña, que *no puede haber mas que un Dios, y que no lo sería, si no fuera uno.* Mas le valdria no exîstir absolutamente, que exîstir de un modo, que no le estuviese bien. En quanto la humana flaqueza puede definir á Dios, consultando para ello la idea grabada en cada hombre, Dios es un Sér infinitamente grande, que exîste de toda eternidad, que ni ha nacido, ni ha sido hecho, sin fin, como sin principio; infinitamente grande por su esencia, por sus atributos y por su poder. El que tiene otra idea de Dios, lo desconoce, y se puede decir que lo nie-

ga, puesto que le quita lo que constituye su esencia. Pero ¿cómo es posible, que sea infinitamente grande, si tiene un igual? Porque de necesidad ha de tenerlo, si es que hay un segundo Sér infinitamente grande. Dos Seres infinitamente grandes no pueden exîstir á un tiempo, porque la esencia del Sér infinitamente grande, pide que no tenga igual; y la prerogativa de no tener igual no puede convenir sino á uno solo. El Sér infinitamente grande excluye, borra necesariamente la idea de todo Sér, de todo rivál que se le quiera igualar, por la misma razon de que es infinitamente grande; y en tal caso, este segundo Sér, por grande que se suponga, no podria ya ser infinitamente grande. Dios, pues, es uno esencialmente, y si no fuera uno, no sería absolutamente. Así lo ha definido la verdad Christiana.

Cap. 4. *¿Por qué*, me dirán, *no han de poder exîstir dos Seres infinitamente grandes, al modo que exîsten dos Reyes, siendo cada uno de ellos Soberano en sus Estados*? Pero ¿quién ignora, que no hay cosa, que pueda compararse á Dios? Aun esos mismos Reyes, lejos de poder entrar en comparacion con Dios, nada serán, luego que uno quiera ponerlos á su lado. Muchos Reyes reynan á un mismo tiempo, porque ninguno es infinitamente grande, y cada uno de ellos puede tener, no solamente iguales, sino superiores.

Cap. 5. Dios, por el contrario, que es infini-

tamente grande en todo, no puede admitir igual, ni compañero: luego necesariamente es uno; y puesto que se admitiesen dos, con igual fundamento podrian admitirse muchos. Porque si la razon de no poder multiplicar la Divinidad, consiste en que Dios es un Sér infinitamente grande, y no puede tener igual; se sigue, que si el Dios, que imaginais, tiene un igual, dexa ya de ser infinitamente grande; y no hay razon por consiguiente, para limitar el número de sus iguales.

Justicia de Dios.

L. 1. *adv. Marc. c.* 26. 27. Marcion le quita á Dios su justicia y su severidad, y no vé en él sino la dulzura y la bondad, y una dulzura y bondad, que jamás se alteran, jamas se conmueven; de suerte que ni Dios se enoja, ni condena, ni castiga, porque no juzga. Pero yo solamente quisiera saber, de qué suerte podrá ese pretendido Dios mantener el orden, y reprimir el mal. En vano será que establezca leyes, si no ha de hacer que se observen; en vano prohibirá que se cometa el crímen, si no lo ha de castigar una vez cometido. Mejor fuera que lo permitiese; porque en tal caso, siquiera no saltaria á los ojos la contradiccion: y al cabo, el dexar al crímen sin castigo, no es otra cosa, que permitirlo tácitamente. Sin embargo, lo cierto ello es, que Dios lo prohibe, y no es creible que prohiba,

sino solo aquello que no quiere que se haga. ¿Podrá, pues, ver que se hace lo que él no quiere, sin que se ofenda de ello; ofenderse, sin montar en cólera; montar en cólera, sin vengarse? La venganza es el fruto de la cólera; la cólera proviene de la ofensa; la ofensa finalmente es compañera de la voluntad despreciada.

Su bondad es una debilidad, su amor del orden una fantasma, sus leyes no tienen fuerza: el crímen está seguro.

Vuestro Dios no se venga, ni se enoja tampoco; ni menos se da por ofendido, quando se obra contra su voluntad. El crímen se comete contra su voluntad, sin agraviarla, luego no es contra su voluntad.

Dios, decis, no juzga, porque el juzgar es indigno de él. Os engañais: no hay cosa mas indigna de Dios, que el no hacer que sus preceptos se respeten y se observen. Él mismo debe vengar su autoridad, y hacerse obedecer; debe tambien aborrecer el mal; y es indigno de él, nó el castigarlo, sino el autorizarlo por medio de la impunidad. Vosotros os contradecis torpemente: porque puesto que Dios no quiere el mal, segun confesais, por el mismo hecho lo juzga; prohibiendolo, lo condena; condenandolo, es fuerza que lo castigue. Lo prohibe, decis, y lo condena; pero al mismo tiempo lo permite, dexando que se cometa por floxedad, ó por indolencia. Finalmente, lo absuelve, puesto que no lo castiga.

Mas digo: Dios no es tampoco perfectamente bueno, si no aborrece el mal; al qual debe mirar con horror, aunque no fuera sino por amor al bien, y porque solamente exterminando el vicio, pone á salvo la virtud. La bondad, que atribuis á Dios, es una bondad estúpida, injusta y sin razon, una bondad quimérica, que produciria las conseqüencias mas funestas, si existiera en la realidad.

Escuchad, pecadores: vosotros teneis un Dios, qual podiais desear, porque ni teneis que temer infierno, ni suplicios, ni gusano roedor, ni llamas devoradoras. Ese Dios vuestro prohibe el desorden, pero solo de palabra. Es bueno, no quiere sino que lo amen, mas no que lo teman. Aunque es Padre, aunque es Señor, no se reserva derecho alguno sobre vosotros; de manera que está en vuestra mano absolutamente el obedecerle ó no. ¿Qué teneis, pues, que deliberar, si nada podeis temer de su justicia? ¿Pues por qué no satisfaceros, y dar rienda suelta á todas vuestras inclinaciones y pasiones? ¿Por qué, quando os instan á que sacrifiqueis á los ídolos, no tomais el incienso inmediatamente para quemarlo en honor suyo? No lo permita Dios, respondeis. Luego temeis pecar, y reconoceis un Dios á quien temeis, un Dios que prohibe el pecado, y que toma venganza de él.

Contra los Censores de los juicios de Dios.

L. 2. *c.* 2. Es obligacion, así como tambien interés del hombre, adorar á Dios y no juzgarlo; merecer su amor, temer su severidad, y no exâminar sus obras. No hay cosa mas temeraria, ni mas insensata, que aquellos soberbios Censores, que se atreven á decir: *Dios no debia hacer así, sino así.* (*Job* 2. *c.* 2.) Como si el hombre pudiera ver nada en los consejos de Dios, que solo el espíritu de Dios penetra.

Isaías, por un espíritu profético, veía ya á estos Censores; y para confundirlos, *¿quién ha conocido*, exclamaba, *los pensamientos del Señor? ¿Quién ha sido su consejero?* (*Is.* 40.) Y tambien el Apóstol: *O profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios; ¡quán incomprehensibles son sus juicios! ¡Quán impenetrables son sus caminos!* (*Rom.* 11.)

¡Y creerán los hombres, que penetran mas, y que son mas justos que Dios! Así como la sabiduría de los hombres es necedad, delante de Dios, del mismo modo la sabiduría de Dios parece necedad á los hombres. Pero nosotros sabémos muy bien, que la necedad de Dios es mas sábia que la sabiduría de los hombres; y que la debilidad de Dios es mas fuerte que la fuerza de los hombres. Nunca es Dios tan grande, ni tan bueno, como quando menos lo parece á los hom-

bres; y sin embargo estos, con ese espíritu del mundo, y esa pretendida sabiduría ciega en las cosas de Dios, tienen osadia para sondear y censurar sus consejos. Hijos de Adán, hemos héredado de él aquel espíritu de orgullo y de indocilidad, que le hizo juzgar, condenar y quebrantar la prohibicion, que su Criador y bienhechor le habia hecho; pero todavía hemos pasado mas adelante: porque Adán no sabía criticar las obras de Dios, no sabía blasfemar, confesaba que habia sido seducido, y señalaba la seductora; ni le decia tampoco á Dios, como le dicen sus descendientes: *con poca sabiduría me habeis hecho.* En una palabra, Adán era un aprendiz en materia de irreligion: *Rudis adhuc hæreticus fuit.*

Origen del pecado, explicado por el libre albedrio.

L. 2. c. 5. 6. Si Dios es bueno, dice Marción, si conoce lo por venir, y si es omnipotente; ¿cómo es que el hombre, hecho á su imagen y semejanza, pudo ser seducido por el diablo, y merecer la muerte quebrantando la ley divina? Porque como bueno, debió Dios querer que nada de esto sucediera; como sabedor de lo por venir, previó que todo esto sucederia; y como omnipotente, pudo impedirlo. Supuesto, pues, que se cometió el pecado, se sigue necesariamente, que ó Dios carece de bondad, ó de presciencia, ó de poder.

Yo sacaré mi prueba de sus obras, dice Tertuliano; que es la mejor prueba de todas. Las obras de Dios, como, por exemplo, el universo lleno de bienes, lleno de maravillas, ese universo criado de la nada, prueban invenciblemente el poder del Criador, su bondad, y aun su presciencia, la qual tiene además tantos garantes, quantos han sido los Profetas. Quando Dios crió y ordenó todas las distintas partes del universo, preveía necesariamente el efecto que debia resultar de ellas, y solamente previendolo pudo ordenarlas: previó indubitablemente la desobediencia de nuestros primeros Padres, puesto que quiso oponerle como una barrera el temor de la muerte. Con qué de ninguna manera puede atribuirse el pecado á defecto de alguna de estas perfecciones de Dios. No hay, pues, sino buscar su origen en la naturaleza y constitucion del hombre.

Dios crió al hombre á su semejanza, y esta semejanza se echa de ver principalmente en que lo hizo libre y señor de su voluntad. La prohibicion, que Dios le impuso al primer hombre, la amenaza de muerte en caso de desobediencia, prueban que el hombre tenia libertad para obedecer ó desobedecer. Las leyes que el Señor estableció en lo succesivo, quando *puso delante del hombre el bien y el mal, la vida y la muerte*; sus exhortaciones igualmente que sus amenazas; todo esto prueba manifiestamente, que el hombre ha

nacido con libertad para observar la ley, ó para violarla. Luego el mal no debe imputarse sino al libre albedrio del hombre.

L. 2. c. 7. 8. &c. Acaso me opondrán, que una vez que el don del libre albedrio habia de ser tan funesto al hombre, no debia Dios habersele dado. Pero yo sostengo por el contrario, que este don es un efecto de la sabiduría y de la bondad de Dios. Era preciso que Dios fuese conocido; era preciso que produxera obras capaces y dignas de darlo á conocer; ¿qué cosa, pues, hay mas digna, que un sér producido por el soplo del mismo Dios, á su imagen y semejanza? Siendo, pues, Dios libre, debia serlo tambien su imagen; pero como la imagen no puede llegar á la perfeccion de su divino original, supuesto que no es sino el soplo de Dios, y no su substancia; por tanto debia necesariamente ser defectuosa por algun camino; y así es capaz de abusar de su libertad: en una palabra, no es impecable, porque no es Dios. El hombre criado para ser señor del universo, debia sobre todo serlo de sí mismo. Dios solo es bueno por su naturaleza; y es todo lo que es, por su naturaleza y por su esencia. El hombre, por el contrario, nada tiene sino lo que ha recibido; y no era bueno, sino porque su autor, autor de todo bien, lo habia hecho tal; y así para que la bondad se le hiciese propia y pasase en algun modo á naturaleza, para que pudiese merecerla,

era preciso, que en virtud de su libre albedrío, eligiese el bien por sí mismo, y rehusase el mal. Sin esta libertad, el hombre, debil contra el mal, arrastrado por el bien, no hubiera sido ni virtuoso, ni criminal, sino un vil esclavo del vicio ó de la virtud, indigno de recompensa, así como tambien de castigo: en fin una necesidad insuperable lo hubiera hecho todo, sin que la voluntad tuviese parte en nada. Dios le impuso leyes, Dios le advirtió que lo juzgaria: estas leyes, pues, este juicio suponen necesariamente en el hombre la facultad de determinarse libremente al bien y al mal, de obedecer ó desobedecer á la ley: porque de lo contrario, estas leyes serían absurdas, y este juicio sería injusto.

Ya hemos visto que la bondad y sabiduría de Dios habian conspirado á hacer al hombre libre. Basta esto, y no debémos hacer caso de las conseqüencias y abusos de esta libertad, enteramente contrarios al designio de Dios, y que no pueden imputarse sino al hombre. La bondad de Dios, cuyas obras son todas necesariamente buenas, no ha podido producir mal alguno; el hombre solo debe ser acusado, y condenado; y nadie puede acusar al Criador, sino solo el que no haya reflexîonado sobre los designios de Dios, y sobre la naturaleza del hombre.

Por lo que acabámos de decir, todo está á cubierto en Dios, su bondad, su sabiduría, su poder. Dios es firme é invariable en sus desig-

nios: y una vez que le dió al hombre el libre albedrio, ha debido dexarle hacer uso de él, sin que su presciencia, que preveía el abuso, y su poder, que podia prevenirlo, le opusieran obstáculo; de otra suerte, Dios hubiera variado y destruido la obra de su sabiduría y de su bondad.

Supongamos, que su presciencia y su poder hubieran impedido el abuso y por consiguiente el exercicio de la libertad humana; supongamos que Dios hubiera alejado á Adán del arbol fatal, y arrojado á la serpiente seductora, quando iba á engañar á Eva: en tal caso, ¿quántos motivos, os pareceria, que teniais para acusar á Dios? Lo tachariais de debil, de ligero, de inconstante y falto de presciencia: si ha dado, diriais, el libre albedrio, ¿por qué motivo se opone á él despues? Y si habia de oponerse, ¿para qué lo ha dado? El hombre solamente hubiera sido culpable, si violaba la ley que le habia sido impuesta; pero el Legislador no debia en manera alguna revocarla, ni destruir el orden, que acababa de establecer.

En una palabra, todo quanto en tal caso hubierais dicho contra el Criador, contra su inconstancia, y contra su oposicion consigo mismo, decidlo ahora para prueba de su firmeza, de su fidelidad y de su paciencia, en que resplandece su sabiduría y su bondad. No contento Dios con haber dado la vida al hombre, le man-

dó que viviera bien, y que se conformára á su ley; y lejos de haberlo criado para la muerte, quiere encaminarlo á la vida; porque no apetece la muerte del pecador, sino su conversion. Dios puso al hombre en un estado de vida, y el hombre mismo se dió la muerte; y no hay que decir, que fue por flaqueza ó por ignorancia, porque nada se le puede imputar á Dios en esta parte. Nó el pecado; porque el mismo Dios lo prohibió, lo condenó, castigó y borró; y el hombre solo se hizo culpable por haber abusado de su libertad: ni tampoco la muerte; porque Dios le amenazó con ella al hombre, para que se precaviese; pero el hombre por su desobediencia voluntaria llegó á merecerla. No es creible que Dios hubiese puesto al hombre baxo el yugo de la ley, si no le hubiera dado fuerzas para soportarlo; ni hubiera tampoco amenazado con la muerte al transgresor, si la transgresion pudiera tener alguna escusa. Adán, imagen y semejanza de Dios, no era inferior á su contrario, el Angel rebelde y degradado: así es que todos los dias el hombre triumfa del enemigo de la salvacion, y cumple la ley divina, sin mas libertad que aquella con que pecó Adán (*a*)... ¡Qué

(*a*) El argumento de Tertuliano tiene mucha mayor fuerza, si se atiende á que la sana y entera libertad de Adán, está extraordinariamente debilitada y muerta en sus hijos; á los quales sin embargo les basta juntamente con la gracia, para vencer al enemigo de la

gloria para el hombre, la de vencer á su vencedor! Pero ¿y este espíritu perverso y seductor es tambien obra de Dios? No se puede negar, que Dios lo crió; pero lo crió resplandeciente de gloria, y adornado de justicia y de santidad: él despues se pervirtió y se degradó, por haber abusado culpablemente de su libertad: en una palabra, Dios lo habia hecho Angel, y él se hizo demonio. Está, pues, demostrado, y es incontestable, que todo bien proviene del Criador, y todo mal, de la criatura libre, y rebelde á su Criador.

Justicia de Dios defendida.

L. 2. *c.* 11. Hasta la caida del hombre, Dios se manifestó bueno; pero despues, dicen los Marcionitas, se mostró Juez severo, y aun cruel. Entonces la muger fue condenada á parir con dolores, y á estar sujeta á su marido, á quien antes se le habia dado por compañera, quando el Criador bendijo á entrambos y les dixo: *Creced y multiplicad.* La tierra, llena antes de bendiciones, fue entonces maldecida, y comenzó á llenarse de abrojos y de espinas, quando antes no producia sino plantas útiles, y frutos agradables. El hombre que hasta entonces habia vivido sin

salvacion, resistir á todas las tentaciones, domar todas las pasiones, practicar todas las virtudes, y comprar el Reyno de los Cielos á precio de un tesoro de méritos.

trabajo, de todos los frutos que le ofrecia el Jardin del Paraíso, fue condenado á ganar el pan á fuerza de fatigas, y con el sudor de su rostro; á volver á la tierra, de donde acababa de salir, y á estar sujeto á la muerte, siendo así que estaba destinado á vivir para siempre. Cubrióse de pieles inmediatamente, quando antes andaba desnudo sin echarlo de ver. En una palabra, la bondad de Dios habia precedido, pero el hombre la sacó de sus quicios: siguióse la severidad, que nosotros hemos provocado.

Negadle, pues, á Dios la calidad de Juez, puesto que os habeís forxado un Dios, que no se compone sino de dulzura y de bondad. Pero esa fantasma de Dios es un sér débil, perverso y nulo, que da leyes, y establece un orden, que no ha de poder sostener ni vengar, supuesto que no juzga. Vosotros teneis osadia para censurar á Dios como Juez; luego debeis canonizar la injusticia, que ha de ser necesariamente un bien, siempre que la justicia sea un mal: así como si confesais que la injusticia es un mal, y un mal gravísimo, habeis de reconocer por consiguiente, que la justicia es un bien de mucho precio. Porque es constante, que las calificaciones contrarias convienen necesariamente á los vicios y virtudes diametralmente contrarios.

La justicia es, no solamente muy buena, y por tanto una especie de bondad; sino tambien el baluarte y la antorcha de la bondad misma:

de suerte que no puede hallarse jamas la bondad, sin que la justicia la guie y acompañe. No hay cosa injusta, que pueda ser buena; por el contrario, todo lo que es justo es necesariamente bueno.

Cap. 12. Pues si la bondad es inseparable de la justicia, queda ya absolutamente desvanecida la quimera de un Dios, que no sea sino bueno, como tambien de un Dios que no sea sino justo. La bondad, y la justicia de Dios resplandecen igualmente en todas sus obras. Y no hay que decir, que la justicia de Dios proviene de la injusticia del hombre; porque Dios no ha podido exîstir sin su justicia; y todas las perfecciones son en él esenciales y eternas; pero es constante, que despues del pecado del hombre, comenzó la justicia divina á tener funciones particulares.

Cap. 13. Desde que el mal entró en el mundo, y la bondad de Dios fue ofendida, su justicia ha dirigido su bondad; la ha ofrecido á los que la merecian, la ha negado á los indignos, la ha quitado á los ingratos, y la ha vengado de sus enemigos. Ella juzga, condena y castiga; sus juicios, sus castigos, el terror que estos inspiran, al paso que sirven de freno contra la licencia, animan á la práctica de la virtud. Porque por muy recomendable que sea la virtud por sí misma, no bastaria esto, para adquirirle, ni aun para conservarle muchos partidarios, si quedáran impunes los que la desprecian. Lo cierto

es, que contra tantos lazos como hay sembrados por la vereda de la virtud, y contra tantos atractivos como tiene el vicio, es absolutamente necesario el temor de los juicios de Dios; el qual hace impresiones saludables aun sobre los caractéres de los hombres mas opuestos al bien, y mas propensos al mal. El camino del vicio es el camino ancho, y en todos tiempos ha sido el mas freqüentado; pero ¿no lo sería mas todavía, si hubiera certidumbre de que nada se aventuraba en seguirlo? Es cosa clara. El Dios justo hace que resuenen en nuestros oidos las mas terribles amenazas; las quales apenas son suficientes para atemorizarnos, y para salvar nuestra innocencia. ¿Qué sería, pues, si Dios guardase un profundo silencio? ¿Y diréis vosotros ahora, que la justicia de Dios es un mal, al qual se opone tan vigorosamente? ¿Tendréis valor para negar que es un bien, quando veis que solo manda eficazmente el bien? ¿Querriais vosotros mas bien un Dios á medida de vuestras pasiones, que favoreciese ó tolerase el crímen? ¿Llamariais Dios bueno al que con la seguridad de la impunidad hiciese malos á todos los hombres?

Un Dios bueno es necesariamente un Dios, que ordene y exija el bien. Un Dios, á no hallarse contaminado por el crímen, no puede menos de ser enemigo del crímen; y como tal, no puede dexar de perseguirlo y castigarlo. Nada hay en todo esto, que menoscabe la bondad de Dios,

antes Dios es todo esto por nuestro bien.

Solo en nuestra creencia se manifiesta Dios verdaderamente omnipotente; poderoso para recompensar, poderoso para castigar. Vosotros lo despojais de una parte de su poder, puesto que no le atribuis, sino el poder de hacer bien. Pero yo no esperaria con certidumbre de parte suya recompensa alguna, si como decis, no pudiera sino recompensar; porque el castigo del crímen se sigue necesariamente á la recompensa de la virtud; y el que no pueda lo primero, no podrá tampoco lo segundo. La idea de la justicia está esencialmente comprehendida baxo la idea de la Divinidad.

Dios es á un mismo tiempo padre y señor; padre por su clemencia, señor por su ley; padre por su poder benéfico, señor por su poder severo; como padre, es infinitamente amable; como señor, infinitamente temible: amable, porque prefiere la misericordia al sacrificio; temible, porque no sufre el pecado: amable, porque quiere el arrepentimiento del pecador, y no su muerte; temible, porque no perdona al pecador impenitente. Así es que la ley dice todo junto: *Amaréis á Dios, y lo temereis*: la una parte habla con el fiel, la otra con el rebelde.

Lib. 2. *c.* 14. El mismo Dios es todo de todos; hiere y sana; da la muerte y restituye la vida; abate y ensalza; cria el mal y hace la paz. Pero de aquí toma ocasion el herege, para darnos en ros-

tro con que el mismo Dios nuestro dice, que es autor del mal. Se hace, pues, preciso quitar el equívoco de la palabra *mal*, para que la dificultad se desvanezca.

Hay dos especies de males; los males, que son los crímenes, y los males que son las penas de los crímenes. Nosotros distinguimos con el mayor cuidado dos cosas tan diferentes, que nuestros contrarios confunden, por lo que en ello interesan. Solo el Diablo es padre de los males crímenes; pero los males penas tienen á Dios por autor. Los primeros son fruto de la iniquidad; los segundos son actos de la justicia de Dios, que castiga los males criminales con males justos.

Dios, pues, se dice autor de estos últimos males, que un juez vengador impone; los quales son males verdaderamente respecto á los malos, que los padecen, y que condenan como males á los que son verdaderos bienes; pero en sí, y hablando con exâctitud, son bienes, puesto que son justos en quanto vengan la virtud y castigan el vicio: por consiguiente son dignos de Dios.

Si esto me negais, probadme que estos males son injustos; probadme que es injusto castigar al hombre transgresor y menospreciador de la ley divina; probadme, digo, que los desórdenes y la impenitencia de los hombres hiciéron injustamente, que se desprendiesen del cielo las aguas del diluvio y los fuegos devoradores; y que fue tambien injusto, que el Egipto, abandonado á las

mas vergonzosas y criminales supersticiones, hasta el extremo de adorar á los cocodrilos, en desprecio del verdadero Dios, y perseguidor además del pueblo escogido, fuese castigado con las diez plagas tan sabidas. Dios tambien ha castigado varias veces á su propio pueblo, quando le ha sido ingrato ó rebelde.

En una palabra, para condenar á Dios, juez y vengador del crímen y de la injusticia, es preciso, que justifiqueis primero el crímen y la injusticia.

Cólera, zelos, y severidad de Dios, explicadas, y defendidas.

L. 2. c. 15. y 16. Exâminad la conducta del Supremo Juez; probad, si podeis, que es injusto, y que ha castigado crímenes, que no se habian cometido; pero puesto que sus juicios sean justos, y sus castigos merecidos, su severidad es tambien justa y loable, así como tambien la cólera, los zelos, y lo que vosotros llamais crueldad. Vosotros no condenais á un Cirujano, ni condenais tampoco los instrumentos de que este se sirve para cortar y cauterizar, y sin los quales no puede exercer su arte; pero lo condenais, si corta y cauteriza inoportunamente, y sin necesidad. Aplicad, pues, esto mismo á los juicios de Dios.

Nosotros hemos sido instruidos en la escuela

de los Profetas y de Jesu-Christo, y no en la de Epicuro, ni demás Filósofos; por lo que estamos muy lejos de pensar, que la Divinidad descuida absolutamente de las cosas humanas.

Pero si Dios, nos dicen los hereges, toma cólera y se inquieta, si se venga, es consiguiente que ha de ser variable, corruptible y mortal. Estos discursos no espantan á los Christianos, que creen en un Dios muerto, y que sin embargo vive eternamente. Pero ¿puede haber mayor extravagancia, que juzgar de Dios por el hombre, y aplicar á la Divinidad nuestras pasiones y fragilidades? No nos dexemos engañar por la semejanza de los nombres: hay tanta diferencia entre los sentimientos de Dios y los de los hombres, como pueda haber entre sus naturalezas. Así es que se atribuyen á Dios ojos, brazos, orejas, sin embargo de que nada que se asemeje á todo esto, puede haber en Dios: y no hay sino reflexîonar, que Dios es el criador de los hombres, para desterrar de él todo aquello que huela á imperfeccion y mortalidad humana. Es indubitable, que Dios tiene todas las buenas calidades del hombre, pero las tiene de un modo conveniente al Sér perfecto y eterno, esto es, sin desorden, sin mutacion y sin alteracion. Por tanto, su corage, su indignacion y sus zelos se inflaman contra los ingratos, los soberbios, y contra todos los malos: al paso que es compasivo con los débiles, sufrido con los pecadores, justo con todos, ge-

neroso y magnifico con los buenos.

Justicia y bondad de Dios.

L. 2. *c.* 17. Los Marcionitas no quieren reconocer en el mismo Dios, juntamente con la suma justicia, aquella bondad universal, que hace que llueva sobre los buenos y sobre los malos, y que salga el sol sobre los justos y sobre los injustos. Nada importa que Marción haya querido borrar del Evangelio aquel testimonio que Christo da al Criador, mientras no lo borre de todo el universo, donde está grabado, y del corazon de cada uno de nosotros, donde lo leemos. Esa misma paciencia, que Marción niega, lo aguarda y lo ha de juzgar. ¡Quántos exemplos de paciencia y de misericordia tenémos en los Libros Sagrados!

Defensa de la Ley antigua.

Esa Ley antigua, que vosotros combatís con tanto encarnizamiento, y que pretendeis que está fundada sobre un mal principio, está por el contrario llena de preceptos de justicia, de honestidad, de pudor, de bondad y de beneficencia. Y no teneis que decir, que ha tomado cosa alguna de las leyes humanas; porque antes de Licurgo y Solón, era Moysés y era Dios, autor de esta ley; en la qual todas las obligaciones, todas las virtudes están prescritas, y todos los

crímenes prohibidos. *No matarás; no cometerás adulterio; no mentirás; no desearás nada contra la justicia y la castidad; amarás á tu próximo como á tí mismo. Cada siete años darás libertad á tus esclavos; abandonarás á los pobres el producto de tus tierras.* Hasta de los animales hace memoria esta ley, no sin duda alguna por ellos mismos, sino para que acostumbremos nuestros corazones á la dulzura, y á la compasion hácia nuestros semejantes. No acabaria, si hubiera de referir todas las máxîmas y todos los preceptos de la ley acerca de la beneficencia, y del amor al próximo: por lo que dixo Christo, que la ley y los Profetas se encerraban en los preceptos del amor de Dios, y del próximo.

L. 2. c. 18. Pero yo debo justificar la ley en los puntos, en que es combatida. La ley del talion, *ojo por ojo*, *diente por diente*, no fue establecida para autorizarnos á volver el mal en cambio del mal, sino para prevenir y reprimir la violencia por medio del terror. Porque, ¿cómo se podia de otra suerte persuadir á un pueblo grosero é incrédulo, á que esperase la venganza del Señor, segun el oráculo del Profeta: *la venganza me toca á mí, y yo la tomaré?* (*Deut.* 32.) La segunda injuria permitida servia de impedimento á la primera, y por consiguiente era de presumir que ni esta tampoco se verificase. No hay cosa mas espantosa para el agresor, ni mas capaz de contenerle al mismo tiempo, que la se-

guridad de que le han de tratar del mismo modo que él hubiere tratado.

L. 4. *c.* 16. No hay tampoco que oponer la ley antigua á la nueva; porque el objeto y espíritu de entrambas es el mismo, tocante al perdon de las injurias. Quando Jesu-Christo prohibió absolutamente la venganza, con estas palabras, *el que hubiere sido herido en una mexilla, presente la otra*, no mandó cosa alguna contraria á la ley del Criador; porque el mismo Criador habia tambien dicho: *á nadie volvais el mal en cambio del mal, y nadie se acuerde del mal que hubiere recibido de su próximo.* (*Eccles.* 28. *Zach.* 7. *y* 8.) (*a*) Si la ley, pues, prohibe hasta la memoria de la injuria, con mayor razon prohibe la venganza; pero como tenia que gobernar á unos hombres, cuyo carácter y fe no eran las mismas, debió hablar de distintos modos. De esta suerte la ley calmaba al Israelíta religioso, haciendo que aguardase la venganza del Señor; y espantaba al mismo tiempo al incrédulo Judío,

(*a*) La Vulgata traduce de distinto modo el pasage del Profeta; pero nosotros leemos en la misma Ley: *No procureis la venganza, olvidad las injurias.* Por lo demás, no hay medio mas breve, ni mas sencillo para justificar el Talion, que decir con los mas sábios Comentadores, que la Ley no daba autoridad á los particulares para que lo executáran y se tomarán la justicia por su mano, sino solamente á los Magistrados. Así lo da á entender el mismo texto de la Ley. (*Lev. c.* 24. *Deut. cap.* 19.)

haciendole ver, que estaba expuesto á la venganza humana. En una palabra, la represalia no era permitida, sino para contener á aquellos, á quienes no podia contener la fe de un Dios vengador. Por lo demás, ni una ni otra ley prohibe la venganza, sino porque Dios se la ha reservado: sin lo qual, la paciencia del ofendido sería una debilidad funesta, que alentaria á los malos, para que ofendiesen sin circunspeccion. Si Dios no vengase, debiera haber permitido la venganza; y puesto que no la permite, es consiguiente que la tomará por sí.

L. 2. *c.* 18. Si la ley prohibe algunos manjares, y declara inmundos algunos animales, que habian sido bendecidos en el principio del mundo; su designio en todo esto ha sido exercitar la templanza, y poner freno á aquella glotoneria, que suspiraba por los pepinos y melones de Egipto, al mismo tiempo que se le servia el pan de los Angeles. Se queria por este medio prevenir la incontinencia y el libertinage, consequëncias necesarias de la intemperancia; y para extinguir tambien en parte la sed del oro, quitando el pretexto de la necesidad de las riquezas para un alimento exquisito y suntuoso: finalmente, para formar el hombre al ayuno por Dios, y á que se contente con los alimentos mas comunes.

En quanto á la larga y embarazosa menudencia de ceremonias y sacrificios, el mismo Dios manifiesta claramente su pensamiento en muchos

lugares, quando, por exemplo, dice: *¿Qué necesidad tengo yo de la multitud de vuestras víctimas? ¿Por ventura es esto lo que pido de vosotros?* (*Isai. c.* 1.) Dios que conocia la inclinacion de su pueblo á la idolatría, quiso arrancarlo de ella, y atraerlo á la verdadera religion, valiendose para esto de los mismos ritos, que se practicaban entre los idólatras (*a*); y se propuso tambien domar unos espíritus groseros é indóciles, á fuerza de prácticas incómodas y multiplicadas. En una palabra, Dios usó de estos ritos religiosos tan diversificados, y repetidos en tantas circunstancias, para tener siempre á su pueblo en su presencia, y para acostumbrarlo á meditar dia y noche aquella ley divina, manantial de la felicidad, de la gloria y de la inocencia del hombre. Y no quiero hablar yo ahora de los sentidos místicos de una ley enteramente figurada y profética.

Además de todo esto, los Profetas están lle-

(*a*) No es esto decir, que el Legislador de los Hebreos se haya jamás propuesto copiar los usos y ritos idólatras; antes por el contrario los preceptos y prohibiciones de la Ley manifiestan, que puso todas sus miras en levantar una barrera insuperable entre su pueblo, y el contagio de la idolatría. Pero por una parte es cierto, que Moysés mantuvo religiosamente los usos y ceremonias practicadas por los Patriarcas; y por otra, que la tradicion las conservó, en parte por lo menos, entre casi todos los pueblos cultos de la Gentilidad, con mas ó menos alteracion.

nos de máxîmas, y de preceptos dignos de Dios, y que manifiestan que el Dios de la ley y de los Profetas, no puede menos de ser el buen Principio. »Extirpad la iniquidad de vuestro corazon; »haced justicia á todos; amparad á la viuda y »al huérfano; dividid vuestro pan con el que tie»ne hambre; recibid en vuestra casa al que ca»rece de asilo; cubrid al que está desnudo; no »despreciéis á vuestro semejante; poned freno en »vuestra lengua; apartaos del mal y obrad el bien; »huid de los malos y de los impíos; buscad la »compañia de los hombres religiosos y temerosos »de Dios; poned vuestra confianza en Dios, an»tes que en ningun Príncipe de la tierra; y de »esta suerte acertaréis en todo. Buscad la paz, y »conservadla preciosamente; y si la cólera os »sorprende, no perseveréis en ella. ¡Ha! ¡Quán »dulce y venturoso es para los hermanos el vivir »juntos, y siempre ocupados en estudiar la ley »divina! El justo, semejante á un arbol planta»do á la orilla de un riachuelo, producirá fru»tos en su tiempo, y no perderá ni siquiera una »hoja. El que tiene el corazon y las manos pu»ras, que jamás ha engañado á nadie, será ben»decido del Señor, que lo colmará de gracias: »el ojo del Señor estará siempre fixo sobre los »que le temen y esperan en él, y los libertará »de la muerte eterna: y por mas que sufran, »los sacará siempre el Señor de sus trabajos. Su »muerte será honrosa á los ojos de Dios; él guar-

»dará todos sus huesos, ninguno perecerá, y sus »almas serán salvas.“ No prosigo; porque sola esta corta muestra bastará para hacer conocer la bondad de nuestro Dios.

Cap. 20. Pero todavía tenemos que entender con esos espíritus perversos y blasfemos, que no tratan sino de derramar sus tinieblas sobre las perfecciones de Dios, que brillan con un resplandor tan *vivo*, y de contaminarlas con su dañoso veneno. Sigámoslos por entre las nubes, en que están envueltos; y saquemos á la luz del sol á esos espíritus de tinieblas. ¿Cómo podreis, dicen ellos, excusar á vuestro Dios que manda, que los Hebreos roben á los Egipcios?.... Censores ciegos; ¿cómo no veis, que los Hebreos son aquí los perjudicados, y los que tienen de que quejarse? Traed á la memoria la opresion en que los Hebreos gimiéron en Egipto, baxo aquellos Tiranos inexôrables; acordaos de las obras penosas y forzadas á que se viéron condenados, de las Ciudades que se les hizo construir, sin que jamás se les pagará soldada alguna; y convendreis, en que los vasos y los vestidos de los Egipcios no son mas que una justa y leve recompensa. Y no quiero yo hablar de los hijos de los Hebreos, que fuéron arrojados al rio; y de los quales no me negaréis, que sus padres tenian derecho para demandarlos de los Egipcios.

L. 2. *c.* 21. Vosotros procurais tambien poner á Dios en contradiccion consigo mismo, citando

para ello algunos mandamientos suyos, que á vuestro parecer, demuestran ligereza é inconstancia. Dios prohibia, decis, que se trabajára en Sábado, y sin embargo ordenó que fuese llevada el Arca al rededor de Jericó, por espacio de ocho dias. ¡Miserable objecion! ¿Pues nó veis que el trabajo prohibido es un trabajo profano, mas no el que tiene relacion con la Religion, el qual está mandado por el mismo Dios? La ley dice expresamente: *Seis dias teneis para trabajar en todas vuestras obras; pero el Señor vuestro Dios se ha reservado el séptimo, que es el Sábado.* La conduccion, pues, del Arca, ordenada por el mismo Dios, no podia ser una obra profana y servil, prohibida por la ley del Sábado; sino antes bien una obra religiosa, que lejos de profanar el Sábado, era parte de su santificacion.

Cap. 22. Solamente en caso de idolatría, está prohibido erigir imágenes de todo lo que hay en el cielo, en las aguas y sobre la tierra: porque inmediatamente despues de la prohibicion se lee: *No las adoraréis, ni les tributaréis culto alguno.* Por tanto, ni la serpiente de metál, destinada á curar á los que habian sido mordidos de las serpientes, y que era representacion de un gran misterio, ni las imágenes de los Querubines, que servian de adorno al Arca del Señor, y no tenian relacion alguna con la idolatría, pudiéron ser comprehendidas en la prohibicion.

Ni se ha de atribuir tampoco á ligereza de

parte de Dios, el que rehuse los sacrificios de los Judíos, que habia mandado, y declare que los abomina; sino á que se le ofrecian con intenciones criminales, con manos impuras y corazon manchado. Ya sabemos, que Dios no apetece sacrificios por sí solos: *Yo*, dice, *no me alimento de la carne de los toros, ni bebo tampoco la sangre de los cabrones.* Por muy distinto motivo le fuéron gratas las oblaciones de Abél, y el sacrificio de Noé. Hemos de tener entendido, que un Rey poderoso gustará siempre de los mas parcos dones, que le presente el zelo y la fidelidad; al paso que rehusará todo quanto le venga de un tropél de amotinados y rebeldes.

L. 2. *c.* 23. No es menor agravio el que se hace á Dios, quando se le acusa de que se ha portado de un modo muy diferente con unas mismas personas en distintos tiempos; y de que ha arrojado de sí á los que antes habia escogido; como si de parte de Dios pudiera haber inconstancia, ó falta de conocimiento de lo por venir. Dios se maneja en esto, como un Juez íntegro, que condena ó absuelve, segun el mérito actual de las personas que ha de juzgar. Por eso fue Saúl escogido, quando por su virtud se habia señalado entre todos los hijos de Israël; y fue desechado, quando por su desobediencia y obstinacion se hizo merecedor de este castígo. Tambien Salomón, el mas sabio de los Reyes, fue reprobado, quando unas mugeres ex-

trañas lo apartáron de la verdadera senda, y lo sujetáron al culto de los ídolos.

¿Qué es, pues, lo que Dios deberia hacer, para no incurrir en la censura de los Marcionitas? ¿Había de condenar la virtud, porque llegará dia en que la manche el vicio; ó habia de canonizar el vicio, con respeto á unas virtudes, que ya no exîsten? Sea el hombre siempre constante en el bien ó en el mal, y Dios será siempre el mismo. ¿Se muda el hombre? La justicia de Dios exîge, que lo trate segun mereciere su mutacion.

L. 3. *c.* 24. Oponeis tambien el antiguo Testamento al nuevo; y no cesais de vituperar las promesas temporales comprehendidas en el primero. ¿Ignorais acaso, que nuestro Dios, criador del universo, es tambien Señor de cielo y tierra; que puede disponer igualmente de los bienes temporales, y de los eternos; y que comenzó prometiendo los primeros, para preparar á los segundos, y á fin de que su fidelidad en los objetos menos importantes, sirviese de prenda de su fidelidad en los bienes de un orden mas superior? Por otra parte, Dios ha dexado á sus siervos la funcion de anunciar la gloria, y los bienes terrenos; y ha reservado para su Hijo, Jesu-Christo, el anuncio de los bienes celestiales y divinos.

¿Qué cosa es el arrepentimiento, que se atribuye á Dios en la Escritura?

L. 2. c. 24. A vosotros os parece que triunfais, oponiendonos una dificultad, que teneis por indisoluble; conviene á saber, que se lee en algunos lugares de nuestras Escrituras, que Dios se arrepintió de lo que habia hecho; de donde inferis, que Dios, no solamente carece de constancia ó de presciencia, sino que tambien se acusa á sí mismo de alguna falta. *Yo me arrepiento,* dice el Señor á Samuél, *de haber hecho Rey á Saúl.*

Se ha de notar primero, que este es un modo de hablar enérgico, que Dios emplea, para que aquel, á quien desecha, vea su crímen y su ingratitud, y el motivo porque Dios le niega sus gracias. La palabra *arrepentimiento* en boca de un hombre, no hay duda, que significa pesar de un error, ó de una falta cometida, y algunas veces aun del bien; pero no se le puede dar este sentido en boca de Dios, que ni puede engañarse, ni hacer el mal, ni sentir el bien. Asimismo lo dice Samuél á Saúl: *El Señor te ha quitado el reyno de Israël, para darlo á otro que es mas digno, y no esperes que mude esta resolucion: porque jamás llega el caso de que se arrepienta, como sucede al hombre.* El arrepentimiento, en una palabra, no puede tener su origen sino en la ligereza, ó en

la falta de presciencia ó perseverancia en el bien: por lo que no puede hallarse en Dios respecto del hombre. Pues ¿qué puede significar el arrepentimiento aplicado á Dios? Nada mas, que una mutacion de conducta, causada por la mutacion del hombre.

Por qué Dios pregunta á Adán, y á Caín.

Cap. 25. Respondamos ahora á algunas quisquillas de nuestros contrarios. ¿Por qué Dios le dixo á Adán en el Paraíso: *donde estás?* Luego Dios ignoraba donde estaba Adán.

El Señor no podia ignorar el lugar, donde Adán se habia ocultado, como no ignoraba tampoco el pecado, que Adán acababa de cometer: y así estas palabras, *¿en dónde estás?* no solamente hacen relacion al lugar, sino que son tambien un principio de reconvencion, y manifiestan el estado horrible, á que Adán habia pasado. Porque no es creible, que un rincon del jardin se le ocultára al que tiene en su mano al universo, y de quien el cielo es trono, y la tierra es escabelo. Asimismo quando Dios preguntó á Caín, donde estaba su hermano Abél, habia ya oido la voz de la sangre de Abél, que clamaba desde el seno de la tierra: pero quiso darle á Adán un medio para que confesára su crímen, y comenzára á expiarlo; y permitió, por el contrario, que Caín completase el suyo, por medio de la men-

tira y del endurecimiento: así Dios se compadeció de Adán, y maldixo á Caín, y dió con esto dos grandes lecciones á los pecadores de todos los siglos.

Grandezas de Dios. Debilidades, y baxezas en Jesu-Christo.

L. 2. *c.* 27. Por lo que hace á todas las debilidades, indignas de Dios, que vosotros imputais á Jesu-Christo, diré en una palabra, que Dios no pudo hacerse hombre y conversar con los hombres, sin tomar los sentimientos, las afecciones, y hasta las flaquezas de ellos, para templar así el resplandor de la Magestad Divina, que la vista del hombre no hubiera podido sostener: digo, que Dios no pudo hacerse hombre, sin descender á cosas indignas de él, si así os parece, pero sin embargo necesarias al hombre, y que por tanto se hacen dignas de Dios, pues no hay cosa mas digna de Dios, que la salvacion del hombre.

Todo quanto os podeis imaginar que sea grande y digno de Dios, lo hallaréis en Dios Padre, siempre en el cielo, invisible, inaccesible, y por decirlo así, el Dios de los Filósofos. Todo lo que reputéis por indigno de Dios, se encontrara en el Hijo, que ha sido visto y oido entre los hombres; ministro del Padre, reuniendo en sí al hombre y á Dios: Dios por su poder,

y hombre por sus flaquezas, que da al hombre todo lo que le quita á Dios: finalmente, el oprobio de mi Dios es el misterio de la redempcion de los hombres. Dios era con los hombres, como un igual de ellos, para que el hombre con Dios pudiera tambien obrar como igual suyo: Dios se hizo pequeño, por hacer muy grande al hombre: Dios vivia en medio de los hombres, para enseñarle al hombre á que se portára como Dios: y sin embargo Dios en todas partes es el blanco de vuestras censuras. Como Juez, hallais que es severo hasta la crueldad; quereis que no sea sino bueno, y luego llamais debilidad y baxeza á su bondad y su amor para con los hombres: de manera, que ni como Juez, ni como amigo llegará á obtener vuestro sufragio, ni en su grandeza, ni en su abatimiento.

L. 3. c. 11. y 17. ¿Puede haber, me dirán, cosa mas vergonzosa, que el nacimiento de vuestro Dios? Declamad quanto querais contra las santas y venerables obras de la naturaleza: declamad contra lo que habeis sido y lo que sois: yo siempre permaneceré adicto á Jesu-Christo, y no permitiré que me separen de Jesus, por grande que sea su humillacion. Por lo mismo que se ha humillado y se ha despreciado, lo reconozco por mi Christo; pues los Profetas nos lo han anunciado de este modo. Su baxeza es prueba de su grandeza; si no fuera debil, y no se hubiera saciado de oprobios, sería un falso Mesías, y no sería mi Dios.

L. 4. *c.* 21. Nosotros tenemos en los Profetas una larga y menuda relacion de las baxezas y de las debilidades de Christo, en su nacimiento, antes de su nacimiento, durante su vida, y en su muerte, hasta parecer un vil insecto mas bien que un hombre. *Si alguno*, dice, *se avergonzáre de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él en presencia de mi Padre.* Nosotros debiamos ser curados por sus llagas, y salvos por sus oprobios; y así con razon se abatió y se aniquiló por el hombre, su obra, su imagen y su semejanza. El hombre, que no habia tenido vergüenza de adorar la madera y la piedra, no debia tampoco tenerla de reconocer á Christo por estas señas; quando menos debia manifestar el mismo valor por el libertador y reparador del linage humano: era preciso, que con la santa impudencia de la fe, satisficiese á Dios, por la culpable impudencia de la idolatría.

Fin del Tratado de Tertuliano contra Marción.

EL OCTAVIO
DE MINUCIO FELIX.

EL OCTAVIO DE MINUCIO FELIX.

ADVERTENCIA.

Marco Minucio Felix, célebre Abogado en Roma, segun San Gerónimo, escribió por el tiempo del Emperador Septimio Severo, á principios del tercer siglo de Jesu-Christo, un excelente Diálogo en defensa de la Religion Christiana, del qual hablan con grande elogio San Gerónimo y Lactancio. Hace que dos amigos suyos disputen en este Diálogo, Octavio Genáro, que dió el nombre á la obra, en favor de los Christianos, y en favor de los Paganos Cecilio Natál, cuya conversion fue fruto de esta conferencia. Minucio Felix es elegido por Arbitro.

Se cree que Minucio era casi contemporaneo de Tertuliano, y tambien Africano; y parece que tuvo presentes, y aun se propuso imitar muchos pasages de este Apologista. Posteriormente San Cipriano no tuvo tampo-

co dificultad de tomar muchos pensamientos y expresiones de Minucio, principalmente en su Tratado *de la Vanidad de los Idolos*. En quanto á Cecilio, algunos Sábios han creido que era aquel mismo Cecilio Natál, que convirtió á San Cipriano. Lo que por este Diálogo se comprehende es, que así Minucio y su amigo Octavio, como tambien Cecilio, habian nacido en el seno del Paganismo.

D Ablancourt, que dió al público una Traduccion Francesa de este Tratado, aunque poco exâcta, dice en su Prefacio, que *Minucio Felix habló con todas las gracias y delicadeza de la lengua*. Este elogio es sin duda exâgerado. Qualquiera que tenga una ligera noticia de la historia de la decadencia del Imperio Romano, no esperará encontrar baxo el Imperio de Severo *todas las gracias de la lengua*, ni la pureza de gusto, que caracterizan al siglo de César y de Augusto; pero sin embargo me parece, y no creo que me puedan acusar de que me dexo arrebatar del entusiasmo de Traductor, me parece, digo, que se debe mirar este Tratado, como un extraño monumento de elegancia, de dialéctica, y aun de gusto, para el tiempo en que se escribió.

Se encuentran en esta obra algunas amplificaciones, que me ha parecido suprimir, así como tambien algunos trozos, que no dicen conexîon con la Religion, y los lugares comunes sobre las extravagancias y desórdenes del Paganismo: tanto mas, quanto estos lugares comunes han sido copiados del Apologético de Tertuliano, que hemos presentado en toda su extension.

EL OCTAVIO
DE MINUCIO FELIX.

Quando pienso en mí amado Octavio, y traigo á la memoria aquellos felices momentos, que tan rápidamente se me pasaban en su compañia, me parece, que le veo á mi lado, y que gozo todavía de los encantos de su amistad, no obstante que se ha huido para siempre de mis ojos: tan profundamente grabadas como todo eso tengo su memoria y su imagen en mi corazon. ¿Y cómo era posible, que yo dexase de supirar continuamente por aquel hombre aventajado, por aquel hombre santo, que me amó con tanta ternura y constancia; y que nunca jamás, ni en las cosas frívolas, ni en las de mayor importancia, tuvo otra voluntad, que la mia? Parecia, que una misma alma animaba nuestros dos cuerpos Él solo fue el confidente de mis flaquezas; y sí bien es cierto, que me sirvió de compañero en mis descarríos, tambien lo es, que me mostró el camino, quando de la profunda noche del error y del Paganismo, pasé al gran dia de la verdad y de la sabiduría. Sobre todo, me complazco, quando me acuerdo del admirable dis-

curso, que le hizo á Cecilio, nuestro comun amigo, para desengañarle de sus supersticiones, y hacerle abrazar la verdadera Religion.

Fue el caso, que impelido Octavio de sus negocios, y animado del deseo de verme, vino á Roma, desamparando su casa, y arrancandose de los brazos de su muger y de sus hijos, que se hallaban justamente en aquella edad de la inocencia, que los hace todavía mas interesantes, quando la lengua no hace mas que tartamudear, y comienza á formar las palabras, sin poder pronunciarlas por entero. Es imposible que yo explique la alegria que senti, al ver á un amigo tan amado; solo digo, que fue tanto mas viva, quanto habia sido menos esperada.

Los sentimientos y la curiosidad de la amistad se lleváron los dos primeros dias, pasados los quales fuimos en compañia de Cecilio á la encantadora Ciudad de Ostia. Este exercicio era para mí un remedio tan agradable como provechoso, despues de los baños de mar, que acababa de tomar. Las ocupaciones del Foro, suspendidas con motivo de las vacaciones, daban lugar á los placeres, que trae consigo la vendimia; y el otoño, en recompensa de los pasados ardores del estío, nos ofrecia su apacible temperamento. Habiamos todos tres salido un dia muy de mañana, con el objeto de respirar un ayre fresco y puro, y de disfrutar del placer del paseo sobre la arena, que cubre la ribera: y Ce-

cilio, al tiempo de pasar por junto á una estatua de Sérapis, se llevó la mano á la boca, y la besó, segun costumbre de los idólatras. En verdad, hermano mio, me dixo entonces Octavio, que un hombre virtuoso como tú no debe permitir, que esté abismado en tan deplorable ceguedad un amigo, que no se aparta de tu lado; ni debe sufrir tampoco, que invoque unos simulacros de piedra, cubiertos de esencias, y coronados de flores: porque al cabo sobre tí ha de recaer toda la ignominia.

Distraídos en nuestra conversacion, atrevesamos la Ciudad, y llegámos á la playa, donde parecia que el mar habia macizado y allanado, para nuestro paseo, la arena que la cubria. Como el mar, aun en tiempo de calma, no dexa de tener siempre alguna agitacion, aunque por entonces no veíamos ondas turbulentas, es indecible quánto nos divertiamos en contemplar los varios movimientos de las olas, que ya venian formando mil juegos á romperse á nuestros pies, ya se retiraban precipitadamente. Caminabamos con la mayor tranquilidad por aquella ribera, sin advertir el camino que andabamos, porque Octavio nos distraía con su discreta plática sobre la navegacion. Volvimos luego pasos atrás, y nos detuvimos en un lugar del puerto, donde habia distintas embarcaciones de pequeño buque mantenidas sobre estacas. Tambien disfrutámos del espectáculo de una tropa de muchachos que se es-

taban divirtiendo á un juego que consiste en tirar obliquamente piedrecitas, ó guijarros delgados sobre el agua, de suerte que la piedra rase la superficie, se esconda un poco, como si nadára, y luego impelida vuelva á parecer, para esconderse inmediatamente, y rebotar de nuevo. Queda por fin vencedor en este juego aquel, cuya piedra va á mayor distancia, y da mayor número de botes sobre el agua.

Octavio y yo nos divertiamos con este espectáculo; pero Cecilio muy al contrario estaba algo distante, y al parecer, reflexivo, y disgustado. ¿Qué tienes? le dixe. ¿Qué se ha hecho aquella amable alegría, que se manifestaba siempre en tus ojos, y no te huía el rostro, aun en los asuntos mas serios?

No puedo negar, me respondió, que la reconvencion que Octavio te ha hecho, me ha tocado en lo vivo; porque tachandote á tí de negligente, me hace á mí pasar plaza de ignorante. Pues esto no ha de quedar así; sino que antes bien Octavio y yo hemos de tratar á fondo la qüestion. Si te parece bien, yo haré que Octavio, que es de tu misma secta, conozca en breve, que es mucho mas facil disputar como amigos, que conferenciar segun el método de los sábios. Sentémonos, pues, sobre este muelle que hay aquí para resguardo de los baños; y de este modo hablarémos mas á placer.

Sentamonos en efecto, y á mí me pusiéron

en medio, no por ceremonia, ni por honrarme tampoco, sino para que como árbitro los pudiera oir mejor, y para que de este modo estuvieran separados los combatientes. Porque por lo demás, sabida cosa es que entre amigos no hay distincion; y que la amistad nos halla, ó por lo menos nos hace á todos iguales.

Cecilio comenzó de esta manera. Hermano mio, me dixo á mí, aunque tú has tomado ya partido acerca del objeto de nuestra disputa, pues nos abandonaste, y te pasaste á los reales del enemigo; debes sin embargo, como Juez íntegro, mantener la balanza tan igual, que se conozca que tu juicio definitivo ha sido dictado por la fuerza de nuestras razones, y nó por tu particular modo de pensar.

Si te desnudas de toda preocupacion, continuó dirigiendo su discurso á Octavio, no me será dificil demostrarte, que en las cosas humanas todo es dudoso, incierto, problemático; y que nosotros podemos á lo sumo arrivar á la verisimilitud, pero de ningun modo á la verdad. Por eso me admira que haya hombres, que cediendo á la fuerza de la desidia y del enojo, abrazen ciegamente la primera opinion, que se les presenta, en vez de armarse de un valor obstinado para investigar la verdad, exâminarla y profundizarla. Pero todavía es mas doloroso y reprehensible, que los ignorantes y los mas zafios artesanos se desconozcan, y pretendan decidir

acerca de la naturaleza del Sér Supremo, quando se sabe, que todas las escuelas de los Filósofos han disputado hasta ahora sobre este asunto, y todavía no se han convenido: porque la flaqueza humana está tan lejos de poder elevarse hasta la Divinidad, que ni siquiera nos es dado conocerla, ni permitido tampoco investigarla: y mas, que sería una impiedad, que profanasemos lo que está en el cielo sobre nuestras cabezas, ó lo que está debaxo de nuestros pies en las entrañas de la tierra. Tengamonos por bastante felices y por bastante sábios, si segun el consejo de aquel antiguo oráculo, llegamos á conocernos á nosotros mismos.

Pero ya que no sepamos contenernos dentro del estrecho círculo, en que giramos; ya que hayamos sido arrojados á la tierra, é intentemos locamente volar hasta mas allá de los astros; por lo menos no nos forjemos fantasmas engañosas y temibles. Que los elementos de todos los seres se reuniesen por su propia virtud en el principio, y su concurso fortúito formase el mundo tal, qual le vemos; ¿qué necesidad hay, para que renozcamos á un Dios por Autor, ó por Arquitecto? Que el fuego encendiese los astros; que el cielo se suspendiese por sí mismo; que la tierra se asegurase por su propio peso; que las aguas, por su inclinacion natural, se precipitasen en el mar; ¿para qué esa nueva Religion, ese espantajo, esa

supersticion? Todo hombre, todo animal formado del mixto espontáneo de los elementos, se resuelve en los mismos elementos, quando dexa de vivir: por consiguiente todos los seres, quando se destruyen, se descomponen y vuelven á sus primeros principios. Para esto, ni se necesita obrero, ni juez, ni criador. Los soles, que alumbran al universo, se forman del mixto de la materia ígnea: y de las exhalaciones y vapores de la tierra se forman las nieblas y nublados, que se elevan sobre el ayre; y quando descienden, producen la lluvia, el granizo, y el soplo de los vientos. El chóque de las nubes hace que resuene el trueno, que centelleen los relámpagos, y que se encienda el rayo: y estos fuegos tan temidos caen accidentalmente y sin distincion sobre las montañas, sobre los árboles, sobre los lugares sagrados, como sobre los profanos, sobre los hombres religiosos, como sobre los perversos.

¿Y qué diré yo de las tempestades, que todo lo destruyen y trastornan sin distincion y sin exámen? ¿Qué, de los naufragios, en que así los buenos como los malos padecen confusamente? ¿Qué, de los incendios, que abrasan al culpable y al inocente? ¿Qué, de las pestes, que inficionan el ayre, y arrebatan con todos los hombres indistintamente? ¿Qué diré por fin de la calamidad de la guerra; en la qual los mas valerosos son los primeros que peligran? Y aun en tiem-

po de paz, ¿no vemos freqüentemente que el vicio, no solo camina á la par con la virtud, sino que tambien llega á verse incensado y adorado; de manera que se ignora, si se han de detestar los crímenes de los malos, ó se ha de envidiar su felicidad?

Si la Providencia, ó alguna Divinidad rigiera al universo, ni veríamos á un Fálaris ó un Dionisio sobre el trono, ni á un Rutilio ó un Camilo desterrados, ni á un Sócrates condenado á beber la cicuta. Vemos los árboles cargados de frutos, las viñas colmadas de ubas, las espigas en su mejor sazon; y de repente las lluvias lo destruyen todo, ó una horrible tempestad lo asuela. Confesemos, pues, que nada sabemos, ó reconozcamos en todo esto los juegos de la fortuna, que domina como soberana absoluta sobre los hombres, y sobre la tierra. Y puesto que la Naturaleza nos es desconocida, sino recurrimos al imperio de la fortuna; ¿qué cosa mejor podremos hacer, que adherir á las tradiciones antiguas, como á los mas seguros garantes de la verdad, y seguir las Religiones establecidas? Y sin que nos hagamos jueces de los Dioses, á quienes debemos temer, porque así nos lo enseñáron aun antes que los conocieramos; creámos á nuestros padres, que miraban de muy cerca el origen del mundo, y merecieron tener por Reyes ó por Preceptores á los mismos Dioses. ¿Y no es cierto que los Romanos debiéron el imperio del mundo á su

piedad, aun para con los Dioses extraños? (*a*)

Supuesto, pues, que todas las Naciones convienen en reconocer á los Dioses, aunque no conozcan su origen y naturaleza; ¿habrá paciencia para tolerar la audacia, y la orgullosa y pretendida sabiduría de aquellos, que intentan debilitar, ó destruir una Religion tan antigua, tan útil y tan saludable?

Habla despues Cecilio del castigo de algunos Ateistas.

¿No es cosa deplorable, continúa Cecilio, que unos hombres de una secta proscrita y desesperada vayan congregando los mas ignorantes, que se encuentran en las heces del pueblo, las mugeres débiles y crédulas, con el fin de formar una conjuracion impía contra nuestros Dioses, y de unirse por medio del crímen, de juntas nocturnas, ayunos solemnes, y banquetes inhumanos? ¡O Nacion tenebrosa! enemiga de la luz, muda en público y parlera en secreto. Desde el seno de la miseria miran esos hombres á nuestros templos, como si fueran mataderos, insultan á nuestros Dioses, se burlan de nuestros sacrificios, se duelen de los honores del secerdocio, y desprecian la púrpura; al paso que ellos, medio desnudos, y

(*a*) Omitimos las particularidades, que trae sobre la idolatría, porque son extrañas á nuestro objeto; y porque no son tampoco otra cosa, que unas frívolas declamaciones, y una ridícula pintura de las fábulas y supersticiones Paganas.

dementes con exceso, provocan los suplicios presentes, porque temen otros futuros é inciertos, y miran la vida con desprecio, por no morir despues de la muerte. De manera que una loca esperanza de la resurreccion los liberta de toda especie de temores.

Como el mal es fecundo, y la corrupcion hace cada dia nuevos progresos, esta faccion impía y malvada se va esparciendo por toda la tierra. No basta ya mirarla con horror, es menester exterminarla enteramente. Ellos se conocen por medio de señales secretas; se aman casi antes de conocerse; llaman Religion á los mas vergonzosos desórdenes; se tratan todos de hermanos y de hermanas, para dar el carácter de incesto á lo que sería un crímen ordinario: porque esa vana é insensata superstición ilustra y engrandece los vicios mas infames.

Es indubitable, que la fama no pararia la consideracion en todas estas hablillas, si no tuvieran algun fundamento, ni les imputaria á los Christianos todas estas abominaciones, si no fueran verdaderas. Yo oigo decir, que ellos adoran la cabeza del animal mas despreciable de todos, conviene á saber, el asno; culto muy digno de gentes de esta especie. Asegurase tambien, que ofrecen culto á las cosas mas infames; y sus juntas clandestinas y nocturnas los hacen justamente sospechosos. Lo cierto es, que adoran á un hombre, que padeció el último suplicio, y á la

cruz tambien en que murió. Este es propiamente el altar que les conviene, y aquel el Dios que merecen adorar. ¿Y qué dirémos de ese niño cubierto de arina, á quien arrebatan y degüellan, y cuya sangre beben? ¿Qué, de ese festin bárbaro, á que asisten los parientes mas inmediatos, y se hallán confusamente las personas de todas edades y sexôs? ¿Qué, de aquel perro, que apaga la luz en sus asambleas, y de las abominaciones, que se cometen en ellas? Porque todo esto y mucho mas se sabe. Dirémos, pues, que si no son todos efectivamente incestuosos, lo son por lo menos en su conciencia.

Paso muchas cosas en silencio; pero el misterio que ellos aparentan en todas sus prácticas, es una prueba mas que suficiente de la verdad de todos estos rumores, ó por lo menos de la mayor parte. Porque, qualquiera que sea el objeto de su culto, ¿qué motivo tienen para ocultarlo tan misteriosamente? Todo lo que en sí es bueno, apetece la luz del dia; solamente el crímen va siempre en busca de las tinieblas.

¿Y por qué, pregunto, no tienen templos, altares, ni imágenes conocidas? ¿Por qué no hablan abiertamente, y se juntan con libertad? Sin duda porque lo que adoran será digno de castigo, ó vergonzoso. Pero al fin ¿quién es ese Dios? ¿En dónde está? ¿De dónde proviene ese Dios único, solitário, abandonado, que ninguna Nacion libre, ni aun la superstícion Romana ha

conocido? Solamente los Judios, pueblo miserable, hacen profesion de adorar á un solo Dios; pero siquiera lo adoran abiertamente, y tienen templos, altares, victimas y ceremonias: aunque, todo se ha de decir, ese Dios puede tan poco, que ha sido cautivado por los Romanos, juntamente con su pueblo.

Por lo que respeta á los Christianos, son particulares las quimeras que nos refieren. Nos cuentan que su Dios, á quien ni ellos pueden ver, ni menos manifestarlo á los demás, se informa escrupulosamente de las costumbres, de las acciones, de las palabras, y hasta de los mas escondidos pensamientos de todos los hombres; y que anda y está presente en todas partes. Lo pintan tambien enfadoso, inquieto, y curioso hasta el extremo de impudente, puesto que es testigo de quanto se hace en todos los lugares. Pero si está ocupado en el gobierno del universo entero, ¿cómo puede abarcar todas las particularidades? Y si está dividido entre todas las particularidades, ¿cómo puede velar sobre el todo del universo?

Ni aquí para; sino que ese Dios amenaza á la tierra y á los cielos con un incendio universal; como si pudiera ser destruido el orden eterno establecido por las divinas leyes de la naturaleza, turbada la armonía de los elementos, ni disuelta la máquina del universo.

A esta necia opinion añaden tambien otros cuentos de viejas, porque aseguran, que resucita-

rán despues de la muerte, y despues que hayan sido reducidos á cenizas: y lo aseguran con tanta confianza, que parece, que ya están resucitados. Su necedad es doble, porque por una parte aseguran la destruccion del cielo y de los astros, siendo así que los dexamos en el mismo estado, en que los habiamos encontrado, y por otra se prometen á sí mismos la inmortalidad, no obstante, que ven, que no nacemos todos, sino para morir. La adhesion que ellos tienen á su dogma de la resurreccion, es sin duda la causa de que condenen nuestra costumbre de quemar los cuerpos; como si el tiempo necesitára de fuego para reducirlos á polvo, y como si no fuera del todo indiferente para los cuerpos, que los coman las bestias, los arrojen al mar, ó los inhumen y consuman al fuego. Antes bien la sepultura sería un suplicio para ellos, si fueran capaces de sentimiento: ni el fuego produce otro efecto, que el de destruirlos con mayor prontitud. Por una conseqüencia del mismo error, esos hombres modestos se reservan para sí solos, como si ellos solos fueran justos, una vida feliz y eterna despues de la muerte, y condenan á los demás, como si fueran criminales, á suplicios eternos.

Añaden los Christianos otras cosas, que no puedo ventilar por falta de tiempo: ya he dicho, y no hay necesidad de probarlo, que son los hombres mas perversos: y aun quando concediere, que son justos, la opinion comun es, que

así el crímen, como la inocencia, debe imputarse al destino. Ni vosotros os apartais tampoco de este dictámen, puesto que atribuis á Dios todo lo que nosotros hacemos, así como los demás lo atribuyen al destino. Decis tambien, que no todos los que lo quieren, abrazan vuestra secta, sino solo aquellos, que Dios ha elegido: y de este modo pintais á Dios, como un Juez iniqüo, que castiga en los hombres el destino, y no la voluntad.

Pero respondedme, os ruego: ¿Se ha de resucitar con el cuerpo, ó sin él, con el mismo, ó con otro? ¿Sin cuerpo? No: porque sin cuerpo no hay ya espíritu, alma, ni vida. ¿Con el mismo cuerpo? Tampoco: porque hace mucho tiempo que se destruyó. ¿Con otro? Menos: porque esto sería nacer otro hombre, y no renacer el mismo. Además de esto, al cabo ya de tantos siglos, ¿ha vuelto un solo hombre del otro mundo, por lo menos al modo que Protesiláo, con alguna licencia de pocas horas, para hacernos creer unas cosas tan increibles? Ninguno. Todos esos son delirios de un cerbelo desbaratado, ó vanas ficciones de los Poétas, con las quales vosotros, locamente crédulos, habeis querido honrar á vuestro Dios.

La experiencia de lo presente debia convenceros del engaño de las promesas que os hacen, y de la quimera de vuestros deseos. ¿No veis quánto sufris en vida? Pues juzgad de aquí lo

que podeis esperar despues de la muerte. La mayor parte de vosotros, y esto vosotros mismos lo confesais, los mas justos se ven en la mayor miseria, y son víctimas de la hambre, de la sed y del trabajo. Vuestro Dios lo permite, y al parecer no se cuida de ello: luego ó no quiere, ó no puede socorreros; por consiguiente, ó es injusto, ó carece de poder. Pero vosotros, con vuestros delirios de inmortalidad despues de la muerte, aun quando os veis amenazados del peligro, abrasados por la fiebre, ó despedazados por el dolor, no sentis vuestro destino, vuestra flaqueza, ni vuestro infortunio, y os obstinais en no confesarlo. Yo no hablo de los males que os son comunes con los demás hombres; sino de esas torturas, de esos suplicios, de esas cruces, que no adorais, sino que padeceis, de esos fuegos, que predecis y temeis; de los quales males no puede preservaros vuestro Dios en esta vida. ¿Y creeis, que será todo poderoso para haceros felices despues de la muerte?

Los Romanos, sin la ayuda de vuestro Dios, mandan á toda la tierra, y son señores vuestros; y vosotros, inquietos, sobresaltados, os pribais de los placeres mas honestos; no asistis á los espectáculos, ni á los festines públicos; detestais los combates sagrados, las viandas que se ofrecen sobre nuestros altares, y el vino con que se han hecho las libaciones. Esto es prueba de que temeis á aquellos mismos Dioses, que negais. Vo-

sotros no os coronais de flores, no os perfumais, y reservais los perfumes para vuestras funerales: haceis escrúpulo de arrojar flores sobre los sepulcros: estais pálidos, trémulos, y sois finalmente dignos de la compasion de nuestros Dioses. Nó no resucitaréis; y haced cuenta de que ni siquiera vivis ahora.

Si todavía conservais el juicio y el pudor, dexaos de observar los cielos, y no pretendais adivinar los secretos y destinos del mundo: los hombres ignorantes, groseros y rústicos bastante tienen en que entender con solo mirar á sus pies: quanto mas que aquellos hombres, á quienes no es dado entender en los negocios de la vida civil, ¿cómo es posible, que discurran con tino acerca de las cosas divinas? Si teneis, pues, tanto deseo de filosofar, haced por imitar á Sócrates, modelo de sabiduría; el qual, siempre que se le preguntaba acerca de las cosas celestes, *lo que está sobre nosotros*, respondia, *no nos interesa*. Por tanto el Oráculo lo declaró por el mas sabio de todos los hombres; y no porque hubiera llegado á saberlo todo, sino porque habia aprendido, que no sabía nada. La suma sabiduría del hombre es la conviccion de su ignorancia propia.

Este es el principio que dió origen á las distintas sectas de los Académicos, cuya profesion los obliga á dudar aun en las mayores qüestiones: que es el partido mas seguro para los igno-

rantes, y el mas glorioso para los sabios. Yo no hallo cosa mas admirable acerca de esto, y al mismo tiempo mas digna de ser imitada, que la respuesta del Poeta Simónides, á quien el Rey Hierón empeñó varias veces, para que le dixera lo que pensaba acerca de los Dioses. Pidió Simónides primero un dia para reflexionarlo; pidió luego dos, y luego quatro; y por fin le respondió al Tirano, despues de tantas dilaciones, que quanto mas pensaba en aquella pregunta, tanto mas dificultosa hallaba su resolucion.

Yo, por mi parte, opino, que es preciso dexar las cosas en el estado de duda en que están, y no decidir temerariamente, quando tantos hombres grandes se mantienen dudosos; porque de lo contrario nos exponemos á introducir una supersticion ridícula, ó á destruir toda Religion.

Así habló Cecilio; y con cierto ayre de sonrisa, porque su desenfrenada cólera habia calmado mucho durante su discurso, ¿qué tiene, dixo, que responder Octavio, de la raza de Plauto, y el primer Panadero sin contradiccion (*a*), ya que no sea el primero de los Filósofos?

(*a*) La obligacion de tradutor nos ha precisado á conservar esta fria bufonada, con que Cecilio pretende echar en cara á los Christianos la baxeza de su condicion, y la miseria de la mayor parte de ellos, aludiendo á los cuentos que se han publicado acerca de Plauto, de quien se dice, que se vió precisado á trabajar en casa de un Panadero, para ganar la vida.

Dexa, le dixe yo entonces, de aplaudirte á costa de Octavio; porque todavía no es tiempo de cantar el triumfo, hasta que se haya oido á las dos partes.

Además de que no tratamos de ninguna gloria de poca importancia, sino de averiguar la verdad, y de cogerla como fruto de esta conferencia. Tu ingenioso discurso me ha dado mucho gusto; pero yo debo sin embargo elevarme á mas altas consideraciones, nó precisamente sobre nuestra disputa, sino en general sobre todas las disputas.

Sucede muchas veces, que la sutileza y eloqüencia del discurso cubren con un velo espeso las verdades mas luminosas. Los que lo escuchan se dexan llevar del encanto de las palabras, pierden de vista el fondo de las cosas, y confunden lo falso con lo verdadero; tanto mas facilmente quanto no saben, que algunas veces lo falso es verisimil, y lo verdadero no lo es. Muchas veces tambien, engañados por su culpa, ó por su credulidad, desesperan de hallar la verdad, y se precipitan en un pirronismo universal. Se debe poner mucho cuidado en no pasar tan ciegamente de una imprudente credulidad al extremo opuesto; y no porque hayamos dado nuestra confianza á hombres, que la han engañado, hemos de pasar al extremo de desconfiar de otros hombres mas virtuosos, y mas verdaderos.

Yo ciertamente me hallo aquí bastante embarazado entre dos antagonistas, ambos diestros en

el arte de defender su causa; porque freqüentemente está la verdad por una parte, aunque algo obscurecida, y por la otra, la sutileza y la eloqüencia suplen por la solidez de las pruebas. Así qué, debo pesarlo todo con mucha maduréz, de suerte que dé al talento los elogios, que merezca, y no admita ni apruebe sino la verdad. Ya eso, replicó Cecilio, es en cierto modo desnudarse del carácter de Juez imparcial; porque todas esas consideraciones van encaminadas á debilitar la fuerza de mi discurso, y en nada se oponen á la respuesta que va á dar Octavio, si es que está en disposicion de contradecirme.

Tus quejas, le respondí, no van fundadas. Lo que yo he dicho es comun á entrambos; y toda mi pretension se reduce á que no debo pronunciar mi juicio, hasta despues de haber exâminado escrupulosamente la fuerza de las pruebas, sin respeto á la eloqüencia. Pero no perdamos mas tiempo (*a*); escuchémos con la mayor atencion la respuesta de Octavio, que al parecer está impaciente por hablar.

Tomó Octavio la palabra, y yo responderé, dixo, como mejor pudiere; pero tú, ó Minucio,

(*a*) He abreviado esta digresion, que interrumpe el curso del Diálogo, y corta el hilo del asunto principal. El mismo Minucio lo conoció tambien, y parece que lo da á entender con aquellas palabras: *no perdámos mas tiempo*. Por otra parte, en este trozo se hallan algunas amplificaciones, y bastante obscuridad.

debes unirte conmigo, para borrar con la fuerza de la verdad las tachas, con que se ha querido afear nuestro nombre. No quiero disimular ante todas cosas, que el discurso de nuestro amigo me ha parecido tan vago y tan ambiguo, que podria dudarse, si su eloqüencia era defectuosa, ó si era conseqüencia natural del error: porque habiendo manifestado al principio, que creía la exîstencia de los Dioses, la ha puesto despues en duda; de suerte que la movilidad de sus aserciones no me permite oponerle respuestas ciertas. Estoy muy distante de tachar á Cecilio de artificioso, porque su candor lo pone á cubierto de una sospecha semejante: pero así como, el que no sabe quál es el camino recto, se halla embarazado, si encuentra muchos, y ni puede determinarse á seguir uno, ni puede tampoco seguirlos todos; del mismo modo, el que no conoce con seguridad la verdad, quanto mas opiniones diferentes se presentan á su imaginacion, tanto mas perplexo se halla é indeciso. No es, pues, de admirar, que Cecilio se halle tan ambiguo y tan incierto, y se contradiga á sí mismo. Yo espero, solamente con el favor de la verdad, que le voy á poner delante de los ojos, que destruiré todo quanto ha sentado, y lo fixaré para siempre en una opinion, dando de este modo fin á sus agitaciones, á sus dudas y á sus errores.

Y puesto que mi hermano ha dado á entender, que no podia ver sin cólera y sin indigna-

cion, que unos hombres pobres, sin letras y sin ciencia, discurran acerca de las cosas del cielo; voy primero á demostrarle, que todos los hombres, sin distincion de edad, sexô, ni condicion, han nacido racionales, y son por consiguiente capaces de encontrar la sabiduría; que los mismos Filósofos y los inventores de las artes, que han hecho eternos sus nombres, fuéron tenidos en su principio por hombres vulgares, pobres é ignorantes; que los ricos, idólatras de sus tesoros, no piensan jamás en el cielo; y que solamente los Christianos pobres han hallado la sabiduría, y la han enseñado á los demás: de donde resulta, que la razon no proviene del estudio, ni de las riquezas, sino del Autor de nuestra alma. Con que no será por consiguiente motivo de indignacion, el que nosotros investiguemos y enseñemos la ciencia del cielo. Ni se ha de atender tampoco á la calidad de las personas, primero que á la verdad de las razones: y quanto mas sencillo es el lenguage, y mas desnudo de adornos, tanto es mas claro, y mas propio para persuadir, que solo tiene á la verdad por objeto.

Yo le concedo sin dificultad á Cecilio, que el hombre debe conocerse, investigar lo que es, de dónde proviene, por qué ha nacido; si ha sido formado por el concurso fortúito de los átomos ó de los elementos, ó si es que debe su sér á Dios. Pero es el caso, que no puede uno co-

nocerse á sí mismo, sin conocer al universo con quien está unido, y sin conocer á Dios, que es autor de todo. Para portarse uno bien en la sociedad civil, es preciso que forme primero idea de esta gran sociedad de todos los seres: y la principal diferencia que hay entre el hombre y la bestia consiste, en que esta, inclinada hácia tierra, no se emplea sino en buscar su alimento; y el hombre, que tiene el rostro levantado para contemplar el cielo, está dotado de razon para conocer á Dios, y para imitarle: de suerte que sería un crímen, que cerrase los ojos á una luz tan resplandeciente, ó que buscase sobre la tierra lo que no podemos hallar sino en el cielo.

¡Extraña ceguedad! atribuir al acaso mas bien que á Dios, la formacion admirable del universo! ¿Hay cosa mas manifiesta ni mas incontestable, si se considera el cielo, la tierra, y toda la naturaleza; hay, repito, cosa mas manifiesta ni mas incontestable, que la existencia de un Dios, de una Inteligencia infinita, que dió sér al universo, que lo aníma, lo mueve, lo conserva y lo rige? Véase sino la inmensidad de los cielos, la rapidez de su revolucion, cómo están sembrados de luminares durante la noche, y cómo uno solo esparce la luz por todas partes durante el dia.

¿Y desconocerás todavía á su divino Autor? El sol, cuyo curso es la medida del año; la luna, cuyas fases distinguen las diferentes partes

del mes; los astros, que arreglan la navegacion, el tiempo de la labor, y de la cosecha; esa succesion jamás interrumpida de la luz y de las tinieblas, que le señala al hombre el tiempo del trabajo y del descanso: todas estas maravillas, en una palabra, que no pueden estudiarse, ni comprehenderse sino á duras penas, ¿pueden, pregunto, dexar de ser obra de la razon y de la inteligencia? ¿Qué diré yo de esa vicisitud perpetua é inalterable de las estaciones, tan necesaria para todas las producciones de la tierra; de la primavera con sus flores, del estío con sus mieses, del otoño con sus frutos, del invierno con sus olivas? ¿No anuncia todo esto una Providencia tan sábia como benéfica? Y no digo nada de la particular atencion que ha puesto en la division y orden de las estaciones; pues ha hecho que la primavera succediese al invierno, y el otoño al estio; para que de este modo, en vez de pasar repentinamente de los hielos del uno á los ardores del otro, y al contrario, fuesemos conducidos por grados casi insensibles.

Pon los ojos en el mar, y verás, que la ley que lo contiene dentro de su madre, está escrita sobre la ribera: mira los árboles, que hallan su alimento en las entrañas de la tierra: considera el fluxo y refluxo del Occéano, las fuentes y los riachuelos distribuidos como otras tantas venas sobre la tierra para regarla; los rios que corren sin interrupcion; la tierra repartida con tan-

ta sabiduría en valles, en colinas y en montañas; los animales que la cubren, provistos todos de armas prodigiosamente variadas para defenderse, unos dotados de una ligereza extraordinaria para la carrera, otros, que atraviesan el ayre á beneficio de sus alas.

Y quando de nada de esto hicieramos aprecio, la forma sola del cuerpo humano, mas que ninguna otra cosa, anuncia á Dios por su autor. Esta estatura recta, este rostro vuelto hácia el cielo, todos los sentidos colocados en la cabeza como en una fortaleza, y los ojos en la parte mas elevada, como centinelas.... ¡Ha! sería muy largo que yo me detuviese á decirlo todo en particular: baste saber, que no hay parte alguna en todo el cuerpo, que no sirva á un mismo tiempo para el adorno, y para la necesidad. Y lo que es mas admirable todavía, la misma forma es comun á todos los hombres, y sin embargo se halla variada en cada uno: de suerte que todos se asemejan, y todos son diferentes. ¿Y qué diré de nuestro nacimiento, del deseo de reproducirnos, y de la leche que Dios prepara en el seno materno para que sirva de alimento al niño?

Ni la Providencia se limita á cuidados generales sobre la tierra, sino que tambien se extiende sobre cada comarca en particular. Porque si la Gran Bretaña carece en gran parte de las influencias del sol, se le recompensa con los vapores tibios que despide el mar. El Nilo sirve

de lluvia al árido Egipto: el Eufrátes fertiliza los campos de Mesopotámia: el Indo riega y fecunda (*a*) los de Levante. Con que si quando entras en una casa, donde todo está limpio, arreglado, y dispuesto con algun gusto, no dudas que habrá un Señor mas digno de aprecio todavía, que lo que ven tus ojos; ¿por qué, quando te pones á mirar el cielo y la tierra, no has de creer tambien, que este inmenso palacio, en que por todas partes resplandece el orden, la sabiduría y la magnificencia, es obra de un Señor muy superior á todo lo que ha hecho?

Pero supuesto que no puede ponerse en duda la Providencia, acaso dudarás solamente, si se han de admitir muchos Moderadores del universo, ó uno solo. Es cosa muy facil saber á que atenerse en esta parte, si se ha de juzgar del imperio del cielo por los reynos de la tierra. ¿Comenzó nunca la division de la soberanía de buena fe, ó cesó sin efusion de sangre? Nada digo de los Persas, á quienes el relincho de un caballo les dió un Rey, ni de la fábula de los dos hermanos Soberanos de Tebas, que se degolláron mutuamente.

El reynado de los dos Mellizos sobre pasto-

(*a*) Octavio dice, *siembra*, lo qual de ninguna manera puede convenir á un rio, por muy fecundas que se supongan sus aguas. Nos ha parecido reducir la hipérbole á su justo valor, substituyendo *fecunda* á *siembra*.

res y cabañas, hizo sus nombres inmortales: las guerras del Suegro y del Yerno destruyéron el universo, y la fortuna de este imperio inmenso no bastó para entrambos. Las abejas tienen un Rey; los ganados un Pastor; ¿y con todo eso creerás que el supremo poder está dividido en el cielo? ¿El poder de Dios, que no tiene principio ni fin, y es principio de todos los seres; que aun antes de haber producido nada, lo hallaba todo en sí; que con una sola palabra crió todo lo que exîste; que todo lo arregla por medio de su sabiduría, de todo dispone por medio de su voluntad absoluta, y que no puede ser visto ni comprehendido?

¡Oh! Es muy grande Dios, es muy incorpóreo, para que lo puedan percibir nuestros sentidos. Como es infinito é inmenso, no puede ser conocido tal qual es, sino de sí solo. Nuestra inteligencia es muy estrecha para abrazarlo; y nunca lo comprehendemos mejor, que quando confesamos, que es incomprehensible. El que se imagina que lo conoce, lo degrada; y el que se persuade que no lo degrada, no lo conoce absolutamente.

No hay necesidad de que le busquémos nombre, porque su nombre es *Dios*. Los nombres son necesarios para distinguir á cada particular en una muchedumbre: pero el nombre de Dios basta para aquel que es solo Dios. Si lo llamo Padre, Rey ó Señor, parece que le atribuyo algu-

na porcion terrena y mortal: quitemos, pues, todo lo que hayamos añadido á la idea sencilla de Dios, y quedará tal qual es. Tenemos en nuestro favor el consentimiento de todos los pueblos; los quales, quando levantan sus manos al cielo, no invocan sino á Dios. *El Dios grande, el Dios verdadero, si Dios quiere*: este es el lenguage del pueblo, esta es la confesion del Christiano, y esta es la voz de la Naturaleza.

Aun los que pretenden, que Júpiter es el Sér Supremo, se engañan en quanto al nombre, pero convienen con nosotros en quanto á la unidad de poder ó de divinidad. Asimismo los Poetas, como por exemplo, Virgilio, reconocen un Espíritu único, principio de todos los seres, Padre y Soberano de los Dioses y de los hombres. Y si queremos escudriñar el modo de pensar de los mas célebres Filósofos, hallarémos, que por mas que sean diversas sus expresiones, convienen casi todos en la unidad de Dios, de un Sér inteligente, infinito, Autor de todo lo que existe, árbitro supremo, y moderador del mundo; de suerte que podria creerse, que los Christianos son otros tantos Filósofos, ó que los Filósofos han sido otros tantos Christianos.

Octavio pasa aquí en revista la mayor parte de los Filósofos desde Virgilio (*a*). Estas autori-

(*a*) Omitimos todas estas particularidades, porque son impertinentes á nuestro asunto, pues no tenemos idóla-

dades, concluye, bastan para refutar las fabulas y los absurdos de la idolatría, que por sí mismos se refutan.

Advierte luego Octavio, juntamente con muchos Autores Paganos, como Euvemero, que la mayor parte de los Dioses han sido hombres deificados despues de su muerte. Se saben, dice, los lugares, en que han nacido, en que han vivido, y los sepulcros en que descansan: pero un Dios no puede morir, ni puede nacer tampoco, porque la Divinidad no tiene principio ni fin. Y aun esos mismos Príncipes, á quienes se acostumbra deificar despues de la muerte, vemos, que á su pesar se les da el nombre de Dioses, porque quisieran permanecer hombres, y por viejos que sean, temen hacerse Dioses (*a*).

Octavio ridiculiza luego las estatuas de los Dioses. Quizá ese Dios de madera, dice, es resto de alguna pira, ó de alguna horca; y ese Dios

tras, á quienes refutar ni persuadir. Tertuliano, en el Apologético que hemos publicado, se extendió bastante sobre la idolatría, y nuestro Apologista no hace por lo comun sino copiarlo. Tambien hemos suprimido mas adelante algunas particularidades acerca de las infamias, que el Paganismo autorizaba, y consagraba sin vergüenza, pero que la santidad del Christianismo ni siquiera permite nombrar.

(*a*) Bien sabido es el chiste de Vespasiano, segun refiere Suetonio. Estando aquel Emperador á la muerte, *mucho siento*, dixo, *comenzar á hacerme Dios*. No se pueden ridiculizar mejor las apotéosis.

de cobre, ó de plata habrá sido formado de un vaso, que sirvió para los usos mas despreciables. Pero ese metál, decis, esa madera no era entonces un Dios. Pues ¿qué género de tormento le habreis dado para hacerla Dios? ¿Quándo por fin, y cómo se hace tal? Porque ese material es fundido, trabajado, esculpido, y todavía no es Dios: lo emploman luego, lo ponen derecho; tampoco es Dios todavía: finalmente es adornado, consagrado, y se le hacen súplicas: con que comienza á ser Dios, quando el hombre quiere, y lo dedica.

Es cosa muy importante descubrir el origen de la idolatría. Hay unos espíritus engañosos y perversos, que mancháron su pureza y su perfeccion original, y se perdiéron rebelandose contra su divino Autor; y para consolarse en su desgracia procuran arrastrar á los demás hombres al abismo, en que ellos se precipitáron. Como se ven corrompidos, no tratan sino de corromper á los demás; y como se consideran arrojados de la presencia de Dios, quisieran apartar tambien á los demás hombres, por medio de sacrílegas supersticiones. Estos espiritus, á quienes llamamos *Demonios*, han sido conocidos tambien de los Poetas y de los Filósofos.... Todos esos prodigios que hacen, ó fingen hacer los Mágicos, son un efecto del poder de los Demonios; los quales hacen ver lo que no es, é impiden que se vea lo que es....

Los Demonios procuran, por toda especie de

medios, seducir á los hombres, y extender el imperio de la idolatría; animan las estatuas, habitan los templos, hacen que las entrañas de las víctimas palpiten, algunas veces dirigen el vuelo de los páxaros, presiden á la suerte, y prorrumpen en oráculos obscuros y engañosos: en una palabra, engañan, y son al mismo tiempo engañados. No tienen de contínuo otra ocupacion, que la de atormentar ó seducir, penetran algunas veces en el cuerpo, ocasionan distintas enfermedades, llenan de terror al alma, y aparentan esos pretendidos prodigios tan celebrados. Muchos de vosotros saben, que los Demonios convienen en todo esto que yo digo. Ese Saturno, ese Sérapis, ese Júpiter, objetos de vuestra adoracion, confiesan á instancias nuestras lo que son en la realidad; y no era regular que mintiesen en presencia vuestra, con el fin de perder su crédito entre vosotros. Todos los dias estais viendo, que conjurados por los Christianos en nombre del solo Dios verdadero, salen temblando de los cuerpos que poseen.

Esto supuesto, no es maravilla que nos tengan un odio mortal, y que procuren sembrar en todos los corazones el aborrecimiento del nombre Christiano. Lo cierto es, que previenen todos los espíritus contra nosotros, para que de este modo seamos aborrecidos, aun antes que nos puedan conocer, y no llegue el caso de que sigan nuestro exemplo, si nos conocen, ó por lo

menos se vean precisados á ensalzarnos.

Pero ¿puede por ventura haber mayor injusticia, que condenar lo que no se conoce? Creednós, quando confesamos nuestro delito: sí; nosotros hemos estado tan ciegos como lo estais vosotros: nosotros estabamos persuadidos, que los Christianos adoraban á monstruos, que despedazaban á sus hijos, y que se abandonaban á la disolucion en sus festines. No reflexionabamos entonces, que lejos de probar semejantes acusaciones, ni siquiera se habia pretendido verificarlas; ni nos hacía fuerza, que entre tantos pretendidos culpables no se hallase uno solo, que confesase su delito, por muy seguro que estuviese de la impunidad, y aun de la recompensa; sino que antes por el contrario, todos hacian alarde de su Religion, y solo se arrepentian de no haberla abrazado mas temprano.

Al paso que nosotros no teniamos dificultad en defender á unos hombres reos de sacrilegio, de incesto y de parricidio, ni aun queriamos oir á los Christianos: y algunas veces tambien, movidos de una compasion cruel, haciamos que sufrieran la tortura, para forzarlos á que se salváran negando su profesion de Christianos; y para arrancar de su boca una mentira, nos serviamos de aquellos mismos medios, que se han inventado para lograr la confesion de la verdad. Si algun Christiano debil cedia á la violencia de los tormentos, y negaba su Religion, lo ensalzaba-

mos; como si aquella cobarde mentira lo purgase de todos los crímenes que habia cometido segun nuestras preocupaciones. Ya veis, pues, que nosotros pensabamos y obrabamos, como vosotros pensais y obrais ahora; pero si hubieramos seguido los consejos de la razon, no hubiesemos hecho que los Christianos detestasen la Religion que profesaban, sino solamente que confesasen los delitos que se les imputaban, en caso de ser ciertos.

Mas ¡ah! que no dabamos oidos sino á las sugestiones de los Demonios, que andan esparciendo por todas partes estos rumores calumniosos contra los Christianos, para que lleguen á ser la exêcracion de los pueblos. ¡O vanos esfuerzos! Todas esas fantasmas de la impostura desaparecen en presencia de la verdad; y esas abominaciones, que atribuis osadamente á los hombres mas castos y mas honestos, ni aun se tendrán por posibles, sino es que hallemos exemplos entre vosotros: porque el pudor ni siquiera nos permite oir hablar de ellas, y prohibe, que nos justifiquemos mas por extenso.

Quando nos imputais que adorámos á un criminal y su cruz, ¡quán lejos estais de la verdad! Porque pensais que un criminal ha sido merecedor de que lo adoren los Christianos, y que un hombre terreno ha sido tenido por un Dios. ¡Desgraciados los que ponen su confianza en un hombre mortal! los quales todo lo pierden, quando

lo pierden. ¡Ah! Dexémos para los Egipcios esta deplorable ceguedad (*a*).

Tampoco adorámos la cruz, ni deseamos ser puestos en ella. A vosotros, sí, que se os podria acusar en esta parte, puesto que adorais á un Dios de madera, y vuestras banderas y vuestros estandartes están en forma de cruz....

Dícese tambien, que nosotros degollamos á un niño, para iniciar en nuestros Misterios. ¿Creeis, que haya alguno tan bárbaro, que manche sus manos con la sangre de un tierno niño, que acaba de nacer? Nó, nadie puede creer un crímen tan atroz, sino solamente los que tuvieren ánimo para cometerlo; como vosotros, por exemplo, que exponeis vuestros hijos á las aves y á las bestias feroces, y los sofocais, y dais la muerte aun antes de su nacimiento: aunque en esto no haceis sino imitar á vuestros Dioses, y entre otros á Saturno, que se tragaba á sus hijos. Por eso sacrificais en honor de tales Dioses víctimas humanas. A nosotros nos está prohibido presenciar las muertes, y aun *oirlas*; y miramos con tanto horror el derramamiento de la sangre humana, que ni siquiera comemos la de las bestias.

Los Demonios han forjado tambien la fábula de nuestro Banquete incestuoso, para obscurecer la gloria de nuestra castidad, si fuera posible, y

(*a*) Porfirio afirma, que los Egipcios tributaban los honores divinos á un hombre.

disuadir á los hombres de que abrazen nuestra Religion.... Tambien aquí podriamos redargüir á nuestros acusadores. Porque sin hablar de los Persas que se casan con sus madres, ni de los Atenienses y Egipcios, que se casan con sus hermanas, ahí están, sin ir mas lejos, vuestras historias y vuestras tragedias, que veis y ois con tanto gusto; las quales están llenas de incestos, de que se glorian vuestros heroes. Mas no es extraño que estos excesos sean comunes entre vosotros, si teneis á vuestros mismos Dioses por cómplices y por modelos.

Nosotros ponemos mayor cuidado en ser castos, que en parecerlo: no tenemos mas que una muger, ó ninguna; no nos casámos sino por tener hijos; somos tan sobrios como castos; y entre nosotros la gravedad templa siempre la alegria de la mesa. Muchos guardan la virginidad por todo el espacio de su vida, y no por eso se envanecen. Finalmente, estámos tan lejos de todo lo que huele á incesto, que hay muchos, que aun se avergüenzan de disfrutar de los placeres legítimos.

Por lo que respeta á los honores y á la púrpura, no porque reusemos estas cosas, se ha de decir que somos de las hezes del pueblo. Tampoco somos sediciosos, porque así congregados, como separados, profesamos la misma sumision, y somos igualmente pacificos. No queremos hablar en presencia vuestra, porque vemos que os avergonzais, y que

temeis escucharnos. Sin embargo el número de los Christianos se aumenta considerablemente de cada dia; y esto no es ningun crímen, que se nos pueda imputar, sino una preocupacion favorable: quanto mas que una de las prerogativas de la virtud, es conservar siempre sus sequaces, y adquirir incesantemente nuevos partidarios. No es cierto, que nos damos á conocer por medio de algunas señas exteriores del cuerpo, sino por la inocencia y la modestia. Nos amamos todos mutuamente, y á nadie sabemos aborrecer: nos llamamos hermanos, porque un mismo Dios es nuestro padre; profesamos todos una misma fe, y todos somos herederos de unas mismas esperanzas. Vosotros, por el contrario, no os conoceis, ó lo que es peor todavía, no os conoceis sino para aborreceros: solamente os considerais como hermanos en vuestros parricidios.

Creeis tambien, que nosotros no tenemos templos, ni altares, porque queremos ocultar lo que adorámos. Venid acá: ¿por qué hemos de pretender trazar la imagen de la Divinidad? ¿No es el hombre su imagen? ¿Y por qué hemos de encerrar á la Divinidad dentro de las paredes de un templo, quando sabemos que ni el mundo entero, su obra, podria contenerla?.... ¿No es mejor erigirle un templo en nuestra alma, y consagrarle un altar en nuestro corazon? ¿Seré yo tan loco, que le ofrezca hostias y víctimas, que él ha criado para mi uso? No por cierto:

yo sería un ingrato, si despreciase sus dones, sabiendo principalmente que las ofrendas, que la Divinidad me pide, son una alma recta, una conciencia pura, y una fe sincéra. El que vive en la inocencia, le ora; el que practíca la justicia, le ofrece libaciones; el que se abstiene del mal, le presenta una ofrenda agradable; el que salva la vida de otro hombre, degüella en honor suyo la víctima mas robusta. Este es nuestro culto, estos son nuestros sacrificios: y aquel entre nosotros es mas justo, que es mas religioso (*a*).

Verdad es, que no podémos mostrar nuestro Dios, ni tampoco verlo; por eso lo creémos Dios, pues por todas partes echámos de ver su presencia, y jamás lo vemos. Todas sus obras, todas

(*a*) Todo quanto dice Minucio acerca del culto interior y espiritual, es muy sólido y muy cierto, porque no es exclusivo, ni se puede inferir cosa alguna contra el culto exterior. Casi todos nuestros Apologistas, por razones de prudencia y de discrecion, evitaban tratar sobre este asunto; porque ni querian exponer los misterios á la mofa de los profanos, ni los fieles á la persecucion, manifestando los lugares de sus juntas. Es igualmente cierto, como hemos advertido en otra parte, que los Christianos, ya desde los primeros siglos, tuviéron lugares especialmente consagrados al culto divino; el qual era ya entonces el mismo que es ahora, en quanto al fondo y á las ceremonias esenciales; como lo demuestran nuestros antiguos monumentos, y como tambien hemos visto en San Justino, mucho mas antiguo que Minucio.

las maravillas de la naturaleza anuncian su presencia y su poder. No os admireis, si es que no lo veis. ¿Acaso veis los vientos, que todo lo agitan y lo ponen en movimiento? Aun el sol, que os lo hace ver todo, es casi invisible; porque el vivo resplandor de sus rayos deslumbra en tales términos, que si os obstinarais en mirarlo de hito en hito, estabais expuestos á perder la vista. ¿Cómo, pues, es posible, que podais sostener el resplandor divino del que ha criado el sol, y es manantial eterno de la luz; quando solamente sus relámpagos os ponen en huida, y os ocultais de su trueno? ¿Con esos ojos de carne, con los quales no veis vuestra alma, pretendeis ver á Dios?

¿Y cómo es que Dios sabe todo lo que nosotros hacemos? ¿Puede por ventura verlo y oirlo todo desde lo alto del cielo? ¡Miserable objecion! ¡O crasa ignorancia! ¿Cómo puede ser que Dios esté lejos de nosotros, si ocupa por su inmensidad el cielo, la tierra, y todo el universo? No basta, pues, decir, que está cerca de nosotros; sino que está en nosotros mismos, ó por mejor decir, que nosotros estámos en él. Si el sol, no obstante que está clavado en el cielo, se esparce por todas partes, hace sentir su influencia, y comunica su luz á todos los seres; con mayor razon el Autor del sol y del mundo entero, para quien no puede haber cosa secreta, se hallará presente hasta en las tinieblas, y aun en

las tinieblas mas profundas, que son los pensamientos del hombre....

No pretendemos valernos de nuestro gran número: porque el gran número es nada para Dios. Nosotros distinguimos los países y las naciones: pero á los ojos de Dios, el mundo entero no es mas que una familia. Los Reyes no ven lo que pasa en sus estados, sino con los ojos de sus Ministros: Dios no necesita de que le adviertan nada: porque nosotros, no solamente estámos delante de sus ojos, sino en su seno.

Pero ¿de qué les ha servido á los Judíos adorar, como nosotros, á un solo Dios, y consagrarle un culto tan religioso?.... ¿Ignorais por ventura la historia del pueblo de que hablais? ¿O es que no os acordais, sino de lo que le ha sucedido en estos últimos tiempos? Mientras los Judíos fuéron fieles adoradores de nuestro Dios, que es el Dios de todos los hombres; mientras obedeciéron á sus órdenes y á su ley, prosperáron en todo: se multiplicáron prodigiosamente, abundaban de toda especie de bienes, reynaban sobre todos sus enemigos, y un puñado de Judíos ponia en fuga á exércitos innumerables. Sin armas, destrozaban á los exércitos mas aguerridos: los elementos combatian en favor suyo: Dios estaba á la frente de ellos; en una palabra, eran invencibles.

Leed á sus Historiadores, ó si os parece mejor, á los de los Romanos. Allí veréis, que sus

pecados fuéron el origen de todos sus desastres; que todo quanto les ha sucedido, les habia sido predicho; que ellos abandonáron á Dios antes que Dios los abandonase, y que no fuéron hechos prisioneros con su Dios, como decis los impíos; sino que su mismo Dios los entregó, como desertores de su Ley, á discrecion de sus enemigos.

En quanto al incendio universal, que con el tiempo ha de consumir al mundo, solamente el vulgo puede tenerlo esto por extraño. ¿Qué Filósofo hay que no sepa, que todo lo que ha tenido principio ha de tener fin; y que ha de llegar dia, en que sea destruido el cielo juntamente con todos los astros, de que está sembrado?

Despues de haber referido la opinion de los Estóycos, de los Epicuréos y de Platón, acerca del incendio y de la destruccion del mundo; ya ves, continúa Octavio, que vuestros Filósofos dicen lo mismo que nosotros; no porque nosotros hayamos seguido sus huellas, sino porque ellos han tomado de nuestros Profetas estas verdades, aunque las han corrompido, y no nos presentan sino una vana sombra. Lo mismo han hecho algunos Sábios de aquellos, como Pitágoras y Platón, con el dogma de la resurreccion, que nos enseñan en sus escritos; porque pretenden, que las almas despues de la muerte subsisten eternamente, y pasan de contínuo á nuevos cuerpos. Y para mas desfigurar la verdad, se han imaginado, que estas almas van á animar los cuer-

pos de las bestias; opinion mas digna de un bufon, que quiere hacer reir, que no de un Filóso grave.

Pero ¿se le puede disputar á Dios, que ha criado al hombre, el poder de resucitarlo? ¿No es mucho mas dificil dar el sér á lo que no es, que renovar lo que ya ha sido, despues de su destruccion? Y no digo bien *su destruccion*, porque lo que parece destruido y vuelto á la nada, no lo es efectivamente. Todo cuerpo, ora se resuelva en cenizas y polvo, ora se exhale en vapores y en humo, se desvanece verdaderamente, y es perdido para nosotros; pero los elementos se conservan en toda su entereza, y no los pierde Dios de vista en todas las alteraciones que padecen. Por lo demás, nosotros no creemos, que la costumbre de quemar los cuerpos pueda servir de obstáculo á la resurreccion; pero conservamos el uso de depositarlos en la tierra, como mas antiguo y natural.

Repara, que toda la naturaleza, como para despertar y mantener nuestra fe, nos ofrece por todas partes una imagen de la resurreccion. El sol y todos los astros salen y se ponen cada dia: las flores mueren y renacen todos los años: los árboles, parece, que envejecen, quando se despojan, y que rejuvenecen por el contrario, quando se cubren de hojas: las semillas finalmente se corrompen antes de multiplicar. Pues así los cuerpos despues de la muerte, como los árboles durante el

invierno, conservan el principio de su futura resurrecion: y así como no se debe esperar que reverdezcan los árboles en invierno, del mismo modo para la resurreccion de los cuerpos debemos esperar á la primavera, esto es, al fin del invierno de esta vida.

No ignoro, que los hombres, por la mayor parte, quando se ven oprimidos de los gritos vengadores de la conciencia, desean ser aniquilados despues de su muerte; pero lo desean mas bien que lo creen; es decir, que quieren primero morir absolutamente y para siempre, que ser conservados para sufrir. La impunidad durante esta vida, la longanimidad de Dios, cuyos juicios son tanto mas justos, quanto son mas tardios, contribuyen á mantenerlos en una ilusion, que los lisonjea. Sin embargo, así los Filósofos, como los Poetas les advierten á los malos los suplicios, que les están destinados; y nos hacen una horrible descripcion de aquel torrente de fuego, de aquella laguna Estigia, que con sus infectas aguas da nueve vueltas al rededor del Tártaro....

Los suplicios de los malos no tienen medida ni fin. El fuego, como si estuviera dotado de inteligencia, mantiene sus cuerpos al mismo tiempo que los consume, los devora y los alimenta á un tiempo: semejante al rayo, que mata sin destruir, ó á aquellos volcanes, que siempre arden sin consumirse. Solamente los impios pueden

negar, que Dios castiga con justicia al injusto y al impío, que no quieren reconocerlo; porque igual es el delito del que desconoce al Señor y Padre comun de todos, que el del que le ofende.

Si de la creencia pasamos á la conducta, veréis quánto mas puras que las vuestras son nuestras costumbres, aunque tambien hay entre nosotros algunos Christianos relaxados. Es verdad, que vosotros prohibis los adulterios, pero los cometeis: mas nosotros no tenémos comercio sino con nuestras mugeres propias. Vosotros castigais las acciones criminales; entre nosotros, el pensamiento por sí solo es un crímen: vosotros temeis á los hombres sabedores de vuestros crímenes; nosotros tememos á nuestra conciencia, de la qual no nos podemos apartar un solo instante. Las prisiones están llenas de vuestros criminales; pero no hallaréis en ellas á ningun Christiano, sino es que sea algun confesor de la Fe, ó algun apóstata.

Nadie se ampare del destino, ni le atribuya la causa de sus excesos; porque qualquiera que sean los acontecimientos, el hombre queda siempre en libertad, y su accion es juzgada solamente, no su fortuna, ni su calidad. El destino es nada, la voluntad de Dios decide de todo; porque como ve lo por venir del mismo modo que lo presente, arregla los destinos de cada uno segun sus méritos, que tiene ya previstos. Jamás se castiga al nacimiento, sino al vicio. Esto bas-

ta por ahora en quanto al destino, de que trataré á fondo en otra ocasion.

Se nos acusa de que todos somos pobres: y lejos de avergonzarnos, nos gloriamos de serlo. La frugalidad le da firmeza al valor, al revés del luxo que lo relaxa: sin embargo ¿puede llamarse pobre el que de nada necesita, ni desea los bienes agenos, y es rico á los ojos de Dios? Un hombre verdaderamente pobre es aquel, que sin embargo de tener mucho, desea mas todavía. Y por fin nadie hasta ahora se ha quedado tan pobre, como lo era al tiempo de su nacimiento.

Los animales viven, no tienen propiedad alguna, cada día encuentran el alimento, que les es conveniente; sin embargo no exîsten sino para nosotros, que verdaderamente lo poseemos todo, si nada deseamos.

Así como el viagero camina tanto mas gustoso, quanto va menos cargado; del mismo modo en la carrera de la vida, el pobre, libre de cuidados y de embarazos, es mas feliz que el rico agoviado con el peso de las riquezas. Si nosotros creyeramos, que las riquezas pudieran sernos útiles, las pediriamos á Dios, que pues las tiene en su mano, podria concedernos una parte; pero mas queremos despreciar las riquezas, que poseerlas.

Primero apetecemos la inocencia; primero pedimos la paciencia; y preferimos la virtud al luxo y á la prodigalidad. En quanto á las en-

fermedades y á las aflicciones, mayorazgo inseparable de la humanidad, no las tenémos tanto por una pena, quanto por un motivo de combates y victorias. Los trabajos excitan é inflaman el valor: y la adversidad fue siempre la escuela de la virtud. La inaccion entorpece las fuerzas del cuerpo, y del alma. Todos esos ilustres personages, que nos proponeis por modelo, debiéron á la adversidad sus virtudes y su gloria.

No creais, que Dios no pueda, ó no se digne venir en socorro nuestro. Dios es Señor del universo, y ama tiernamente á los suyos; pero hace prueba de nosotros en los trabajos y en los peligros, al modo que se prueba el oro en el fuego. Sondea la voluntad del hombre hasta el último suspiro; nada se le escapa; y nada quedará sin recompensa.

No hay para Dios mejor espectáculo, que ver al Christiano que combate con el dolor, provoca las amenazas y los tormentos, la crueldad de los verdugos, el aparato y los horrores de la muerte, y que defiende su libertad contra los Príncipes y los Emperadores, cede á Dios solo, y muriendo triunfa del Juez, que lo ha condenado; porque aquel, que ha obtenido lo que pretendia, es el vencedor.

¿Qué soldado hay, que no desprecie el peligro, en presencia de su General? A nadie se le premia sin que primero combata. El General, sin embargo, no puede dar sino lo que depende de

sí: puede honrar al valor; pero no puede prolongar la vida un solo instante. Dios jamás abandona en el dolor á su soldado, y este triunfa aun de la muerte. Y así, por mas que el Christiano parezca miserable, no puede serlo en la realidad.

Vosotros ensalzais hasta las nubes á los que han sufrido valerosamente, como, por exemplo, á un Escévola, que por haber querido matar á un Rey, hubiera sido condenado á muerte, á no haberse abrasado su propia mano. ¡Ah! ¿Quántos de nosotros han sido abrasados enteramente, sin que dieran un grito, no obstante que podian salvarse con una sola palabra? Pero yo no debo comparar nuestros Christianos con un Escévola ó un Régulo. Hasta nuestras mugeres y nuestros hijos provocan las cruces, las torturas, las bestias feroces, y los mas espantosos suplicios; y todo lo sufren con una paciencia inalterable, que no puede dexar de ser dón del cielo.

¿No me confesarás, que no hay nadie, que quiera sufrir sin razon, ó que pueda sufrir tan crueles tormentos, sin el socorro divino? Pero quizá os mantiene en la ilusion el espectáculo de tantos infieles, que nadan en la opulencia, se ven colmados de honores, y gozan del poder supremo. ¡Há! Todos esos son elevados para dar mayor caida; son víctimas, que se engordan y se coronan para el sacrificio: pero lejos de pensar en esta espantosa catástrofe, parece que no ocupan los primeros puestos del Estado, sino pa-

ra abusar del poder que les compete, y para satisfacer sus pasiones.

Sin embargo, ¿cómo puede exîstir la verdadera felicidad sin el conocimiento de Dios? Esa vana sombra de felicidad, semejante á un sueño ligero, se desvanece antes que pueda tocarse.

Demos que seas Rey; no importa; porque por lo menos temes tanto, como eres temido; y por numeroso que sea tu séquito, te hallarás solo en el peligro. Demos que seas rico; pero ¿qué confianza puedes tener en la fortuna? Además de que, unos preparativos tan grandes para el corto viage de la vida, no son socorro, sino embarazo. Te glorías de tu púrpura y de tus fasces: gloria frívola, de que debieras avergonzarte, teniendo el alma manchada. Estás orgulloso con tu nobleza, encareces tus antepasados; pero todos somos iguales por naturaleza, y solamente la virtud nos distingue. Con razon, pues, los Christianos, que no hacen gloria sino de su vida y de sus costumbres, huyen de vuestros placeres y de vuestros espectáculos, porque conocen su origen, su peligro y su corrupcion (*a*).

Los Christianos, muy diferentes de los Paganos tambien en esta parte, celebran sus funerales con aquella misma modestia, que los carac-

(*a*) Pasamos por alto algunas particularidades acerca de los espectáculos y sacrificios de los Paganos, cuyo fondo se halla ya en el Apologético de Tertuliano.

teriza mientras viven. No coronamos á los muertos con flores que se marchitan al instante; porque esperamos de mano de Dios una corona inmarcesible; y ponemos toda nuestra confianza en sus promesas y en su magnificencia. La seguridad que tenemos de que resucitarémos felices, nos hace ya tales desde ahora con la esperanza, ¿qué dígo? con la vista de la recompensa, que nos está destinada. ¿Qué podriamos temer?

Por mas que Sócrates, engreido con el testimonio del Oráculo, nos predique que nada sabe; por mas que Arcesiláo, Carnéades, Pirrón, y sus sequaces pasen su vida en dudar eternamente; por mas que Simónides difiera siempre su respuesta; los Christianos desprecian el vano orgullo de todos esos Filósofos, que fulminaban eloqüentemente sus propios vicios; y no anuncian, como ellos, la sabiduría con el trage, porque les basta tenerla en el fondo del corazon. Su lenguage es sencillo, pero su vida es sublime.

Es indubitable, que nosotros nos gloriamos de haber hallado lo que los Filósofos buscan siempre, y no pueden encontrar. ¿Qué motivo hay para que seamos ingratos, y nos envidiemos á nosotros mismos nuestra felicidad? Si el Dios verdadero se nos ha dado á conocer, gozemos de este inestimable beneficio, desterremos la disputa, cortemos el paso á la supersticion, purifiquemonos de la impiedad, y conservemos con el mayor cuidado la verdadera Religion.

Aquí finalizó Octavio; y Cecilio y yo quedamos de tal manera admirados, que nos mirabamos uno á otro, sin que pudieramos pronunciar una palabra. De mí sé decir, que no cesaba de admirar, que Octavio, asi con la razon, como con la autoridad y los exemplos, hubiese probado una cosa, que se comprehende mas bien que se explica; y que hubiera vencido á nuestros enemigos con sus propias armas, y demostrado, que era tan ventajoso como facil hallar la verdad.

Mientras yo me entregaba enteramente á estos pensamientos, exclamó Cecilio: Yo doy el parabien con toda mi alma á mi amado Octavio; pero me le doy tambien á mí mismo, y no tengo necesidad de aguardar á que el Juez pronuncie. Entrambos hemos vencido; porque tambien á mí se me debe atribuir el honor de la victoria; pues si Octavio es mi vencedor, yo soy vencedor del error. Ya me teneis conforme con vosotros en todo lo que pertenece al fondo de la qüestion: reconozco la Providencia, creo en Dios, y estoy convencido de la verdad de vuestra Religion, que desde este punto es ya la mia. Algunas dificultades particulares, que me quedan, no son de tanta entidad, que me impidan abrir los ojos á la verdad; sin embargo espero que mañana me las destruiréis enteramente, pues por ahora nos lo estorva la noche, que va entrando.

Me huelgo por todos los Christianos, dixe

entonces; de que Octavio haya triunfado: tanto mas, quanto de esta suerte me veo libre de pronunciar un juicio siempre odioso. Pero no hay que pensar en alabarlo, porque es muy superior á los elogios de un hombre: y solo Dios puede haberle inspirado lo que acabamos de oir, y haberle dado la victoria.

Con esto nos retiramos todos tres muy satisfechos; Cecilio, porque habia sido desengañado; Octavio, porque habia vencido; y yo por la conversion del uno, y por la victoria del otro.

Fin del Octavio de Minucio Felix.

TRATADO DE ORÍGENES
CONTRA CELSO.

TRATADO DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

ADVERTENCIA.

La obra de Orígenes contra Celso ha merecido los elogios, así de los Antiguos como de los Modernos. Eusebio remite á ella á todos aquellos, que quieran instruirse á fondo en la Religion Christiana, y dice, que todos los escritos, que puedan publicarse en contrario, se hallan ya refutados en ella anticipadamente. San Basilio y San Gregorio Nacianzo estimaban esta obra con particularidad; y San Gerónimo encarece mucho su fuerza y su erudicion. Segun el parecer de los Historiadores Eclesiásticos, y de los mejores Críticos, como, por exemplo, Fleuri, Huet, Tillemónt, Dupin, Bullo, Ceillier, entre todas las Obras, que nos han quedado de Orígenes, no hay una mas útil, mas exâcta, ni mas sábia, que aquella en que con la mayor fuerza y solidéz prueba las verdades esenciales del Christianismo: en

una palabra, es la mas completa de todas las antiguas Apologias de la Religion. *El Libro de Orígenes contra Celso*, dice el grande Obispo de Meos, *es indubitablemente la mas exâcta, y la mas sábia de todas sus Obras.*

Para hacer de esta Obra el aprecio, que ella se merece, y dar al mismo tiempo la mas justa y cabal idea, bastaria decir, que Orígenes ha sido reputado siempre por uno de los mas sabios Padres de la Iglesia, y de los mayores ingenios de la antigüedad, y que su refutacion de Celso ha sido tenida siempre por su obra maestra.

Pero, sin que sea nuestro ánimo debilitar estos testimonios, ni menoscabar en manera alguna la merecida reputacion de nuestro Autor, no podemos dexar de decir, porque así es la verdad, que Orígenes es un escritor fecundo, en el qual hay mucho que suprimir: tanto mas, que el Filósofo á quien refuta y estrecha, no tiene nada de metódico, se repite mucho, y se vale de acusaciones é invectivas tan groseras como pueriles, y aun muchas veces agenas del fondo de la qüestion.

Nosotros, pues, siguiendo nuestro plan, presentarémos escrupulosamente todas las dificultades capaces de hacer alguna impresion,

así como tambien las respuestas de Orígenes, que pueden aquietar á los mejores talentos, y poner en claro la grandeza y lustre de la Religion. Cortarémos ó suprimirémos, quanto sea posible, todo lo demás, y en particular algunas opiniones singulares, ó quizá erróneas, que nadie defiende, y carecen de interés; y sería por consiguiente enteramente inoportuno, que nosotros las ventiláramos y combatieramos.

Eusebio asegura, que Orígenes compuso esta Apologia á la edad de mas de sesenta años, baxo el Emperador Filipo, que fue exâltado al trono en 244, y murió en 249. Orígenes en su tercer Libro nos dice tambien, que la Iglesia estaba en paz hacía ya mucho tiempo, pero que las turbulencias, que comenzaban á suscitarse, daban motivo para temer, que aquella paz duraria poco: lo qual conviene con el fin del reynado de Filipo, en que la Iglesia contaba el duodécimo año de tranquilidad despues de la persecucion de Maxîmino, y en que comenzó la rebelion de Decio, que habia sido precedida de las de Jotapiano en Siria, y de Marino en Panonia. (*Euseb. hist. Eccles. l.* 6. *Zos. lib.* 1. *hist.*)

Celso, á quien Orígenes responde, era un Filósofo Epicuréo, que habia escrito contra la

Religion Christiana un Libro intitulado: *El Discurso verdadero.* Vivía baxo Adriano, y baxo los Emperadores siguientes; pero quando Orígenes escribió su refutacion, ya hacía mucho tiempo que habia muerto, segun dice nuestro Apologista.

Se ha procurado copiar en la traduccion aquel tono dulce, sencillo, modesto, lleno de candor, en una palabra, el tono verdaderamente filosófico de Orígenes: el qual hace un maravilloso contraste de las calumnias y sutilezas sofísticas de Celso, con sus encendimientos. Sin embargo, Celso es un Filósofo de los mas ilustres y decantados; y Orígenes no es mas que un Teólogo.

Aunque nos hemos propuesto compendiar considerablemente esta Apologia, cuyas repeticiones y prolixidad la hacen en cierto modo defectuosa, procurarémos conservar toda la substancia, y de esta suerte se percibirá mejor su energía. Nuestra obra, segun las intenciones del Clero, es comunmente mas bien un Analisis, que una traduccion. Los que quisieren ver el Tratado de Orígenes en toda su extension, pueden consultar el original griego, ó las interpretaciones latinas.

Nada decimos de la excelente edicion de

Orígenes publicada por de La Rue, de la Congregacion de S. Mauro; porque todos los Sábios tienen noticia de ella, y nos ha servido de mucho. Las ilustraciones, que en todo género suministra con abundancia, nos han obligado á suprimir como inútiles muchas notas de nuestra parte.

Si se quiere conocer á fondo la persona y los Escritos de Orígenes, es preciso consultar, á mas de los Antiguos que han hablado de él muy á la larga, y freqüentemente de un modo contradictorio, al último Editor de sus obras, de La Rue, Spencer, Huet, el Abate Fleuri, &c.

ORÍGENES CONTRA CELSO.

PREFACIO DE ORÍGENES.

N. 1. Nuestro Salvador, y Señor Jesu-Christo, acusado y calumniado por falsos testigos, no respondió siquiera una palabra, porque estaba persuadido, que toda su vida y sus acciones, de que los Judíos habian sido testigos, lo justificaban mucho mejor que todas las Apologias. Tú sin embargo, piadoso Ambrosio (*a*), me pides que responda á las acusaciones y calumnias de Celso contra la Religion Christiana y contra la Iglesia; como si ellas mismas por sí no se refutasen suficientemente; y como si nuestra doctrina, mas eloqüente que todos los escritos, no confundiese á la calumnia, y no le quitase hasta la sombra de verisimilitud.

Matéo y Marcos van conformes en quanto al silencio de Jesus. »El Príncipe de los Sacerdotes, »dice el primer Evangelista, y todo el Consejo »buscaban un falso testimonio contra Jesus para

(*a*) Amigo y compañero de estudios de Origenes, que lo convirtió á la fe católica. La confesó valerosamente en la persecucion de Maximino, y mereció, que lo pusiéran en el número de los Santos.

»darle muerte, y no lo hallaban, no obstante »que se habian presentado muchos falsos testigos. »Por último viniéron dos, que depusiéron, que »Jesus habia dicho: Yo puedo destruir el Tem»plo de Dios, y reedificarlo tres dias despues. »Entonces se levantó el Príncipe de los Sacerdo»tes y le dixo á Jesus: ¿Qué respondes á lo que »estos deponen contra tí? Pero Jesus callaba.... »Jesus, acusado ante Pilatos por los Príncipes de »los Sacerdotes, y por los Ancianos, nada res»pondia. Dixole Pilatos: ¿No oyes lo que depo»nen contra tí? Jesus no respondió siquiera una »palabra; lo que dexó lleno de admiracion al Go»bernador." (*Matt.* 26. *y* 27.)

N. 2. ¿Puede haber cosa mas admirable, que ver á Jesus, que pudiendo captarse el favor del Juez, y poner en claro su inocencia, sus virtudes y su divinidad, nada de esto hizo, y por una inaudita grandeza de alma se elevó de este modo sobre sus acusadores? Con que Jesus hubiera dicho una palabra, se le hubiese absuelto; como evidentemente lo da á entender el mismo Juez, quando dice á los Judíos: »¿Quién, que»reis, que os entregué, Barrabás, ó Jesus que »se llama Christo?" y la Escritura, que añade luego: »Él sabía muy bien, que lo habian pues»to en sus manos por envidia." (*Matt.* 27.)

Contínuamente es acusado Jesus, contínuamente es calumniado, porque los hombres son siempre malos. Sin embargo calla todavía, y no se

pre malos. Sin embargo calla todavía, y no se defiende, sino por medio de la vida de sus verdaderos Discípulos, que basta para confundir todas las acusaciones y todos los falsos testimonios.

N. 3. Mucho temo, que la Apologia, que me pides, debilite esta invencible Apologia, y la idea del poder de Jesus, que se hace sentir sin duda de todos aquellos, que no están enteramente ciegos. Sin embargo por obedecerte, he respondido á todas las dificultades de Celso, del mejor modo que me ha sido posible, no obstante que tengo fundamento para creer, que los discursos de Celso y de sus semejantes, no es posible, que hagan vacilar á ningun fiel, ni menos que le arrebaten el amor de Dios en Jesu-Christo.

Quando Pablo hace numeracion de todas las cosas, que pueden separar de la caridad de Christo, de la caridad de Dios en Jesu-Christo, y de que su caridad habia triunfado, no habla una palabra de los discursos. »¿Quién, dice, nos sepa»rará de la caridad de Jesu-Christo? ¿La tribu»lacion, la pobreza, la persecucion, la hambre» »la desnudez, el peligro, la espada? Pero de to»das estas cosas salimos vencedores, á causa del »que nos ha amado.... Yo estoy cierto, que ni »la muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni los »Principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni »los honores, ni la ignominia, ni tampoco cria»tura alguna podrá separarnos de la caridad de

»Dios, que es en Jesu-Christo nuestro Señor.“ (*Rom.* 8.)

N. 4. Gloriense en hora buena los Fieles, y aun los Apóstoles, si es que un Apóstol puede gloriarse, de que ninguna de las pruebas, que acabo de referir, podrán jamás separarlos de Dios en Jesu-Christo. Pero, todo se ha de decir, me sería doloroso, que los escritos de Celso, que murió hace tanto tiempo, ó de qualquiera otro de nuestros contrarios, pudieran hacer vacilar la fe de un Christiano; y me costaria mucho trabajo hacer aprecio de qualquiera, que en tal caso, tuviese necesidad de una refutacion, para poner en salvo su fe. Mas como puede suceder, que se hallen personas, para quienes sería perniciosa la obra de Celso, si no tuvieran á la vista una respuesta, que demostrase la falsedad de ella, y que estableciese con solidez la verdad; me he rendido por último á tus ruegos, y he refutado el escrito, que me enviaste, y que tiene por título: *El Discurso verdadero*: título, que llama la atencion, pero que á mi parecer, no tendrá la aprobacion de los lectores filósofos.

N. 5. Pablo, que sabía muy bien, que hay en la Filosofia Griega muchas cosas apreciables, pero tambien otras capaces de seducir con sus falsos coloridos, nos advierte, que *cuidemos mucho de que nadie nos engañe por medio de la Filosofía y de vanas sutilezas, segun las tradiciones humanas, segun los elementos del mundo, y no segun Jesu-*

Christo. (*Colos.* 2.) Entendia sin duda el Apóstol por *elementos del mundo*, todo lo grande y especioso que hay en la sabiduría del mundo. Pero todo hombre juicioso convendrá conmigo en que nada de esto se halla en la obra de Celso.

N. 6. Ya tenia escrita mi respuesta hasta aquel pasage, en que Celso hace que un Judío dispute con Jesus, quando me vino al pensamiento la idea de poner al frente este Prefacio, con el objeto de prevenir al Lector, que yo no he escrito para los Fieles, sino para los que desaprueban nuestra Religion, ó para los que el Apóstol llama *débiles en la fe*, de quienes debemos cuidar, porque así nos lo encarga el mismo. Suplico tambien al mismo tiempo, que se me disimule, que no haya seguido desde el principio el plan que he adoptado despues.

Al principio me habia limitado á notar los capítulos principales de las objeciones, y á indicar en pocas palabras las respuestas, proponiendome tratarlas con la extension suficiente mas adelante, con el objeto de formar un cuerpo de obra: pero temiendo perder mucho tiempo, me he despues ceñido á lo que habia bosquejado al principio. Por lo que hace al resto de la obra, yo refutaré, con el mayor cuidado que me sea posible, todas las acusaciones de Celso.

Por tanto te suplico, que mires con particular indulgencia lo que sigue inmediatamente á este Prefacio: y si es que lo restante tampoco te

satisface, te ruego que lo mires con la misma indulgencia, y te remito á hombres mas instruidos, y mas capaces de destruir con sus palabras y con sus escritos, todas las calumnias de Celso. El mas sabio de todos es indubitablemente aquel fiel, que no necesita de semejantes respuestas, y que iluminado por el Espíritu Santo, que reside en él, desprecia altamente lo que no es digno sino de desprecio.

LIBRO PRIMERO.

N. 1. Celso, con el fin de desacreditar nuestras Ágapas, y de hacer aborrecible el Christianismo, distingue dos especies de juntas: las juntas públicas, autorizadas por las leyes, y las juntas clandestinas, prohibidas, como por exemplo, las de los Christianos. Él quisiera persuadir, que nosotros nos congregamos para rechazar el peligro comun en desprecio de nuestras obligaciones y de nuestros juramentos. Una vez, pues, que nos opone las leyes, y que las violamos por nuestras juntas, es preciso responderle, que un hombre desterrado á los Escitas, que viven baxo leyes impías, podria obedecer á la ley de la verdad proscrita entre aquellos Bárbaros, y formar con los ciudadanos, que pensasen como él, juntas prohibidas por las leyes. Así, pues, las leyes de los pueblos, que adorando estatuas y una multitud de Dioses, destruyen realmente la Divinidad, son comparables en el tribunal de la verdad con las leyes de los Escitas, ó quizá son aún mas impías: por consiguiente no hay cosa mas conforme á la razon, que celebrar, en semejantes países, juntas en honor de la verdad, por mas que estas últimas leyes las prohiban. Así como los que hubieran conspirado secretamente contra un Tirano usurpador del trono, serian me-

recedores de los mayores elogios; del mismo modo lo son los Christianos, que forman entre sí una confederacion contra la tirania del diablo y de la mentira, aunque fundada sobre las leyes, y se sacrifican de esta manera por la salud de aquellos, á quienes pueden persuadir á que sacudan el yugo de unas leyes tan injustas, como las de los Escitas y de los Tiranos.

N. 2. Celso dice despues, que los Christianos han recibido sus dogmas de los Bárbaros: quiere decir sin duda, de los Judíos, de quienes no se puede negar que descendemos. Siquiera nos trata con equidad, pues no nos lo imputa esto como un crímen. y concede á los Bárbaros el mérito de poder inventar dogmas: verdad es que añade, que los Griegos saben discernirlos mejor, probarlos, y hacerlos servir á la virtud.

De esta confesion podemos concluir rotundamente, en ventaja de nuestra Religion, que si se llega á nosotros alguno, que esté versado en las ciencias de los Griegos, no solamente tendrá por ciertos nuestros dogmas, sino que nos suministrará tambien argumentos para probarlos, y suplirá nuestro defecto en esta parte. Le responderémos tambien á Celso, que nuestros dogmas tienen pruebas, que les son propias, y que vienen del mismo Dios, y son por consiguiente muy superiores á la dialéctica Griega. El Apóstol (1. *Cor.* 2.) dice que consisten *en la demostracion del espíritu y de la virtud: del espíritu*, á causa de

LIBRO PRIMERO.

N. 1. Celso, con el fin de desacreditar nuestras Ágapas, y de hacer aborrecible el Christianismo, distingue dos especies de juntas: las juntas públicas, autorizadas por las leyes, y las juntas clandestinas, prohibidas, como por exemplo, las de los Christianos. Él quisiera persuadir, que nosotros nos congregamos para rechazar el peligro comun en desprecio de nuestras obligaciones y de nuestros juramentos. Una vez, pues, que nos opone las leyes, y que las violamos por nuestras juntas, es preciso responderle, que un hombre desterrado á los Escitas, que viven baxo leyes impías, podria obedecer á la ley de la verdad proscrita entre aquellos Bárbaros, y formar con los ciudadanos, que pensasen como él, juntas prohibidas por las leyes. Así, pues, las leyes de los pueblos, que adorando estatuas y una multitud de Dioses, destruyen realmente la Divinidad, son comparables en el tribunal de la verdad con las leyes de los Escitas, ó quizá son aún mas impías: por consiguiente no hay cosa mas conforme á la razon, que celebrar, en semejantes países, juntas en honor de la verdad, por mas que estas últimas leyes las prohiban. Así como los que hubieran conspirado secretamente contra un Tirano usurpador del trono, serian me-

recedores de los mayores elogios; del mismo modo lo son los Christianos, que forman entre sí una confederacion contra la tirania del diablo y de la mentira, aunque fundada sobre las leyes, y se sacrifican de esta manera por la salud de aquellos, á quienes pueden persuadir á que sacudan el yugo de unas leyes tan injustas, como las de los Escitas y de los Tiranos.

N. 2. Celso dice despues, que los Christianos han recibido sus dogmas de los Bárbaros: quiere decir sin duda, de los Judíos, de quienes no se puede negar que descendemos. Siquiera nos trata con equidad, pues no nos lo imputa esto como un crímen. y concede á los Bárbaros el mérito de poder inventar dogmas: verdad es que añade, que los Griegos saben discernirlos mejor, probarlos, y hacerlos servir á la virtud.

De esta confesion podemos concluir rotundamente, en ventaja de nuestra Religion, que si se llega á nosotros alguno, que esté versado en las ciencias de los Griegos, no solamente tendrá por ciertos nuestros dogmas, sino que nos suministrará tambien argumentos para probarlos, y suplirá nuestro defecto en esta parte. Le responderémos tambien á Celso, que nuestros dogmas tienen pruebas, que les son propias, y que vienen del mismo Dios, y son por consiguiente muy superiores á la dialéctica Griega. El Apóstol (1. *Cor.* 2.) dice que consisten *en la demostracion del espíritu y de la virtud*: *del espíritu*, á causa de

las profecías, cuya evidencia es capaz de persuadir á los mas incrédulos, principalmente la divinidad de Jesu-Christo: *de la virtud*, á causa de poder de hacer milagros, de que tenemos tantas pruebas, y de que todavía se ven algunas huellas entre los Christianos, que viven conforme á los preceptos de su Religion.

N. 3. Despues que Celso ha dicho, que los Christianos enseñan y practican en secreto estos preceptos (y con razon, porque de nada menos se trata que de la pena de muerte, si llegan á descubrirlos), compara los peligros á que se exponen, con los peligros á que la Filosofía expuso á Sócrates; y podia añadir tambien á Pitágoras y á otros Filósofos. Yo le responderé, que los Atenienses no tardáron en arrepentirse de haber condenado á Sócrates; y que lo mismo sucedió acerca de Pitágoras, puesto que sus Discípulos tuviéron libertad para enseñar en aquella parte de Italia, llamada la gran Grecia; pero que respecto á los Christianos, el Senado de Roma, los Emperadores, los soldados, el pueblo, y hasta sus mismos parientes se habian reunido con tanto encarnizamiento, que tuviéron aquellos necesidad de una fuerza divina, para vencer tantos enemigos, esto es, el mundo entero.

N. 4. Celso pretende rebaxar nuestra moral, só pretexto de que nada tiene de nuevo, ni de notable, supuesto que es la misma que la de los Filósofos. Yo respondo á esto, que si todos los

hombres no hubieran recibido del Autor de la naturaleza los mismos principios de costumbres, sería injusto castigarlos; y que no es de admirar, que las mismas luces, que Dios ha comunicado á algunos por medio de su Hijo y de los Profetas, se hallen tambien grabadas en el alma de todos, para que de este modo ninguno pueda tener excusa contra el juicio de Dios.

N. 5. Por lo que hace á nuestro modo de pensar acerca de la idolatría, lo aprueba Celso enteramente; pero para hacer ver, que no es nuestro, y que es mucho mas antiguo que nosotros, refiere un pasage de Heráclito, que dice, que *qualquiera que ofrece culto divino á las cosas inanimadas, es tan poco sensato, como el que habla con las paredes.* No se puede negar, que Dios ha grabado en el corazon de cada hombre el dogma de la Divinidad, así como tambien los principios de las costumbres (*a*); y que por tanto pudo leerlo

(*a*) El dogma de la unidad de Dios, así como tambien los principios fundamentales de las costumbres, habian sido grabados indubitablemente por la mano de Dios en la conciencia de todos los hombres; pero estaban obscurecidos y desfigurados. Ningun Filósofo habia podido leerlos sin alterarlos; y una de las pruebas incontestables de la divinidad de la Ley de los Christianos, y de su superioridad sobre todas las escuelas humanas, es que ella sola ha podido desembarazar á la Ley natural, de los errores y de las nubes, con que la ignorancia ó las pasiones, y quizá tambien la pretendida sabiduría de los

Heráclito, igualmente que todos los demás, así Griegos como Bárbaros, que han pensado sanamente acerca de la Divinidad.

N. 6. Me admira que Celso se haya atrevido á decir, que el poder que, al parecer, tienen los Christianos, les viene del nombre de ciertos demonios, y de los encantamientos. Quizá dice esto, por los que entre nosotros arrojan los demonios; mas con todo no dexa de ser una enorme calumnia de parte suya: porque es constante, que los Christianos arrojan los demonios de los cuer-

Filósofos la habian ofuscado; y hacerla practicar, purificarla, y llevarla á un grado de perfeccion, de que ni siquiera habian tenido idea los Sábios de la Grecia. La revelacion de Jesu-Christo no sería divina, si fuera contraria á la Ley del Criador; pero tambien sería supérflua, si nada añadiese á ella, y la Ley natural se hubiera conservado pura é íntegra. Así qué, por una parte las verdades reveladas, que nosotros hallamos en las luces de la razon, y en el sentimiento íntimo de cada hombre; por otra, los dogmas de un orden mas superior, á que no podria arrivar la razon por sí sola, pero tan poco contrarios á los dogmas de la naturaleza, que antes se necesitaban para dar á estos su ilustracion, su energía y su sancion: estos dos órdenes de verdades, repito, que solo la Religion Christiana presenta reunidos, y sin mezcla de error, concurren á hacer palpable y completa la demostracion de su divinidad. Y de esta suerte la objecion de Celso se convierte en prueba de la Religion. Lo propio vienen á ser la mayor parte de las dificultades de los incrédulos, para qualquiera, que esté penetrado del espíritu y de los principios de nuestra Creencia.

pos de los hombres, no por medio de los mismos demonios, ó en fuerza de algun encantamiento, sino pronunciando el nombre de Jesus, y leyendo los Evangelios: lo qual sucede freqüentemente, en particular quando lo practican hombres de una fe pura, y de una conciencia irreprehensible. El nombre de Jesus tiene tanta virtud, que la tiene aun en boca de los malos; como nos lo anunciaba el mismo Jesus, quando decia: *Muchos me dirán en aquel último dia, nosotros hemos arrojado los demonios, nosotros hemos hecho prodigios en vuestro nombre.* (*Matt.* 7.)

No teme Celso atribuir á la mágia los milagros, que *Jesus*, dice, *hizo al parecer.* Pero quando todo lo contrario no pudiera demostrarse acerca de Jesus (*a*); es por lo menos constante, que sus Discípulos no recurren á ningun secreto, ni hacen mas que pronunciar el nombre de Jesus,

(*a*) Orígenes es demasiado facil en este pasage. Porque ¿acaso hay nada que pueda oponerse al testimonio de los Evangelistas, cuya autoridad jamás ha sido hasta ahora debilitada por ningun Historiador ni Critico? Solo el discurso de Jesu-Christo, que los demonios no pueden arrojar á los demonios, ni destruir ellos mismos su imperio, es una demostracion. Pero lo que añade luego Orígenes le quita á su contrario toda la ventaja, que podria sacar de lo que primero le habia concedido. *Es constante*, dice, *que los Discípulos de Jesus no hacen prodigios por medio de la mágia, sino que los hacen en nombre de Jesus.* Luego mucho menos los hará Jesus, que es principio de esta virtud divina, y por consiguiente es Dios.

y lo demás que les enseñan los libros divinos.

N. 7. Ahora debo rechazar la acusacion, que Celso hace á los Christianos, de que siguen una doctrina oculta; como si todo el mundo no tuviese noticia de ella, por decirlo así, mas bien que de los dogmas de los Filósofos. ¿Quién, pues, ignora, que Jesus nació de una Virgen, que fue crucificado, que resucitó, como así lo creen muchos; y que habrá un juicio, que mueve en general á risa, pero que no obstante los malos y los buenos recibirán en él su merecido galardón? ¿No hablan freqüentemente los mismos infieles del misterio de la Resurreccion, y lo toman á risa, porque no lo comprehenden? Luego no hay razon para dar á nuestros dogmas el título de doctrina oculta.

Por lo demás, que nosotros tengamos secretos algunos dogmas, que no los participemos indistintamente á todo el mundo, esto no es particular de los Christianos, sino comun de todos los Filósofos. A muchos Pitagóricos no se les daba mas respuesta, que la que sigue: *Pitágoras lo dixo* (*a*); pero á los demás se les enseñaba en se-

(*a*) Famosa respuesta, que la Escuela de Pitágoras daba á los que impugnaban alguna opinion de este Filósofo; la qual bastaba para tapar la boca á sus Discípulos, y aun para convencerlos. Por este motivo, los Padres de la Iglesia, San Clemente de Alexandría y Teodoreto, argumentaban vigorosamente contra estos Filósofos. »Si la autoridad de »un hombre como Pitágoras

creto lo que no hubiera sido acertado confiar á oidos profanos, y no purificados todavía. Finalmente, ni los Griegos, ni los Bárbaros fueron jamás acusados de que tenian secretos sus misterios: pues ¿con qué fundamento se acusa á los Christianos?

N. 8. El mismo Celso, sin embargo, parece, que aprueba nuestros Mártires, que sufren la muerte confesando nuestra Religion. *No es decir, que yo piense, que los que han abrazado una doctrina sana deban abjurarla, al menos exteriormente, quando se ven perseguidos por este motivo.* Así dice Celso; pero aquí desmiente sus principios, porque en otras obras suyas vemos que era Epicuréo; mas para dar peso á sus declamaciones contra nosotros, disfraza su modo de pensar, y parece que admite en el hombre alguna cosa de orden superior al cuerpo, y aun divina. Ha habido dos

»os inspira ese respeto, esa »fe religiosa, ¿cómo podeis »dudar en creer sobre su pala»bra al mismo Dios, maestro »por excelencia, y luz de »todos los seres inteligentes?«

La razon no permite que preguntemos, sino la prueba de un hecho, conviene á saber, si *Dios ha hablado.* La prueba de este hecho ha sido demostrada ya por nuestros Apologistas antiguos y modernos; y todas las contradicciones y tranquillas de los incrédulos no han servido, sino para darle mayor vigor. Esto supuesto, no resta ya sino creer y adorar: AUTOS EPHA, el mismo Dios lo ha dicho; pues tan necia como impía cosa es poner en duda los oráculos de la verdad por esencia, y pedir razon á Dios de sus leyes ó de sus misterios.

Celsos Epicuréos, el primero en tiempo de Nerón, y el segundo, que es el nuestro, baxo el imperio de Adriano.

N. 9. Celso nos exhorta á que no admitamos dogma alguno, sino es que la razon lo persuada; y nos advierte, que sin esta precaucion incurrirémos en ilusiones de todas especies, como los que creen ciegamente en los Sacerdotes de Mitras, Baco, Hécate, y otros impostores de esta laya; que es puntualmente lo que les sucede á los Christianos. Porque hay algunos, continúa, que ni quieren oir nuestras razones, ni darlas tampoco de lo que creen; ni saben mas que responder al modo de los oráculos: *No investigueis, creed, y vuestra fe os salvará.* Tambien nos acumula Celso, que decimos: *la sabiduría de esta vida es mala, pero la necedad es muy buena.* Convengo con Celso en que si fuera posible que los hombres estuviesen libres de toda ocupacion, para entregarse únicamente al estudio y á la contemplacion, no habria mas camino que este para llegar á la fe; porque un Filósofo hallaria en nosotros, por lo menos tan bien como en otra parte, su propia conviccion, ya en la discusion de los Dogmas, ya en la explicacion de las Profecías, de las parábolas del Evangelio, y de un número considerable de hechos y de preceptos, que son otras tantas figuras. Pero supuesto que las flaquezas de la humanidad, las necesidades de la vida hacen este medio impracticable para la

muchedumbre; no podia en manera alguna imaginarse otro mas seguro en tal caso, que el que Jesus ha escogido.

Preguntemos á este pueblo fiel, sepultado antiguamente en el cieno del vicio, y ahora inocente y virtuoso, si le era mas ventajoso corregirse, creyendo sin exâmen que llegará dia, en que el vicio será castigado y la virtud recompensada; ó hacer desprecio de esta fe sencilla, y aguardar, para mudar de vida, al tiempo en que hubiere profundizado los principios de la nueva doctrina, que se le anunciaba. Es constante, que ninguno de ellos, si se exceptua un cortísimo número, hubiera jamás llegado á donde la fe sola los ha conducido á todos, sino que hubieran permanecido en sus desórdenes. Así que, entre todas las pruebas que se pueden dar del origen celestial de una ley tan provechosa al linage humano, esta es una, y no por cierto la que menos satisface. Si un hombre religioso viese, que un Médico restituía la salud á una multitud de enfermos, juzgaria inmediatamente, que habia sido enviado á la tierra por el mismo Dios, Autor de todo bien. Con mayor motivo, pues, se debe pensar así del Médico de las almas, que las cura, las reforma y las santifica; que enseña, que todo depende de Dios, que todo se ha de referir á él, y evitar con el mayor cuidado quanto pueda desagradarle, no solo en las acciones y palabras, sino tambien en los pensamientos.

N. 10. Por mas que nuestros adversarios vituperen esta fe ciega, nosotros sin embargo la recomendamos incesantemente, porque estamos convencidos de que son muchos los que tienen necesidad de ella, puesto que no todos los hombres lo pueden abandonar todo, y aplicarse únicamente á la investigacion de la verdad.

Ni nuestros Filósofos obran de otra suerte, por mas que no quieran confesarlo (*a*). Digaseme sino; ¿quál es la razon que los determina á adherir á una secta con preferencia á todas las demas, sino porque la reputan por mejor? ¿Quién es, pregunto, el que para llamarse, por exemplo, Estóyco, Platónico, Peripatético ó Epicuréo, procura antecedentemente oir las disputas de los Filósofos de todas los escuelas, y pesa todos los argumentos en pró y en contra? Ninguno por cierto. Un movimiento ciego, y de ningun modo fundado, es por lo comun la causa de que este Filósofo, por exemplo, elija el Pórtico, y desprecie la Academia por poco sublime, y el Licéo por demasiado indulgente para con la flaqueza humana, y por muy amante de los bienes temporales. Otros, sin mas que ver la suerte de los buenos y de los malos sobre la tierra, niegan abier-

(*a*) Ciceron lo confiesa de buena fe en el *Lib.* 2. *Acad. quæst.* Lo que dice es tan conforme á lo que aquí propone Orígenes, que hay fundamento bastante para creer, que nuestro Autor tuvo presente el pasage del Filósofo Romano.

tamente la Providencia, y abrazan el partido de Celso y de Epicuro.

N. 11. Convengamos, pues, en que la misma razon, que nos aconseja que creamos á los Autores de las sectas, ya Griegos, ya Bárbaros, nos dice tambien, que es mucho mas justo creer al Dios del universo, que nos enseña, que él solo es digno de ser adorado, y que todo lo demás, ó no exîste, ó si exîste, puede muy bien merecer estimacion y honores, pero de ninguna manera culto. En quanto á los que no se contentan con creer, sino que se sirven de su razon para exâminar y para profundizar; llegará dia en que estos tales descubran indubitablemente pruebas sólidas y luminosas de su creencia. Pero finalmente, supuesto que en esta vida todo gira sobre la fe humana, ¿con qué pretexto se podrá criticar la fe divina?

El que se embarca, el que se casa, el que quiere tener hijos, el que confia su semilla á la tierra, no lo hace sino con la esperanza de un por venir mas ventajoso que el presente: no obstante que puede suceder todo lo contrario, y que sucede algunas veces. Esta misma esperanza alienta para acometer las empresas mas aventuradas y mas inciertas. Pero ni el que atraviesa los mares, ni el que toma muger, ni el que siembra, ni el que emprende un negocio, sea el que quiera, tiene una confianza tan bien fundada, como el que la pone en Dios, Criador y Señor del mun-

do entero; en un Dios, que para manifestar su doctrina á toda la tierra, sufrió, con una magnanimidad de alma verdaderamente divina, la muerte mas ignominiosa en sentir del vulgo, y que con su exemplo enseñó á sus Discípulos, y á los Predicadores de su Evangelio, á despreciar los peligros y los suplicios, y á correr el universo entero por la salvacion del linage humano (*a*).

N. 13. Impura Celso á los Christianos, que dicen que la sabiduría es un mal, y la necedad un bien. Altera para esto el pasage de Pablo, (1. *Cor.* 3.) cuyas palabras, son estas: »Si alguno »de vosotros se distingue por sabio en este siglo, »convendrá que se haga necio para que sea ver»daderamente sábio, porque la sabiduría de este »mundo es una necedad á los ojos de Dios.“ No dice, pues, el Apóstol redondamente, que *la sabiduría es necedad á los ojos de Dios*, sino *la sabiduría de este mundo*: ni dice tampoco, *si alguno es sábio, convendrá que se haga necio*, sino *que se haga necio en este siglo.* Porque lo que la Escritura llama *la sabiduría de este siglo*, y lo que reprueba, no es sino una vana y falsa Filosofía; y *la necedad* que recomienda, no es necedad tal, sino solo en el concepto de este siglo. Por lo demás, una fe racional é ilustrada es mucho mas

(*a*) Se omite el Num. 12. en que Orígenes únicamente reprehende á Celso, porque se jactaba de que estaba perfectamente instruido en la Religion Christiana.

conforme al espíritu del Christianismo, que una fe ciega; y si es que la Sabiduría eterna se ha contentado con esta última, lo debemos atribuir á que á nadie ha querido excluir de la salvacion. Pablo, instruido por el mismo Jesu-Christo, no nos permite dudar de ello. »Porque el mundo, dice, (1. *Cor.* 1.) »no ha conocido á Dios por la »sabiduría divina, ha querido Dios salvar á los »Creyentes por medio de la necedad de la pre»dicacion.« Notese, que no dice solamente *por medio de la necedad*, sino *por medio de la necedad de la predicacion.* Jesus, pues, crucificado, á quien nosotros predicamos, es la necedad de la predicacion. Sigue todavía la doctrina de Pablo: »No»sotros predicamos, dice, á Jesu-Christo cruci»ficado, que es un escándalo para los Judíos, y »una necedad para los Griegos; pero que, para »los Judíos y para los Griegos llamados, es la »fuerza y sabiduría de Dios.«

N. 14. Celso hace la numeracion de muchos pueblos, en los quales se encuentra el origen de ciertos dogmas, y que, en opinion del mismo, guardan entre sí una gran conformidad de opiniones: pero yo no sé, por qué motivo hace estudio con toda malignidad de no citar jamás á los Judíos. Razon será, pues, que se le pregunte, por qué da crédito á todo quanto refieren los demás pueblos, Griegos ó Bárbaros, acerca de sus antigüedades, y trata de fábulas á las historias de los Judíos. Porque si es cierto, que cada

una de esas Naciones extrangeras ha referido con la mayor fidelidad todo lo suyo, no es posible, que solamente los Judíos sean indignos de toda creencia: ó si es que Moysés y los Profetas han lisonjeado á su Nacion, no es creible que los Escritores de los demás Pueblos no hayan hecho lo propio. Pero nada menos que eso: los Egipcios, que en sus historias llenan de injurias á los Judíos, serán creidos sobre su palabra: y los Judíos, que aseguran, que quando los Egipcios los perseguian injustamente, descargó sobre ellos el golpe la venganza divina, serán tenidos por embusteros.

Ni esto que decimos es particular á los Egipcios. Los anales de los Asirios hacen mencion de las guerras que estos tuviéron con los Judíos, como igualmente los Escritores Judíos: no digo, los *Profetas*, para que no se crea que me preocupo en favor suyo: aunque bien se ve, quánto pueden las preocupaciones, pues hacen que sean recibidos los testimonios de todas las Naciones, como de otros tantos Sábios, y que á los Judíos se les trate de gentes que no tienen el sentido comun. Oigamos á Celso, que dice: *Así opina la mas remota antigüedad, y este es el sentir de las Naciones mas sábias, y de las Ciudades y hombres ilustrados*: pero en ese número de *las Naciones mas sábias* no cuenta á los Judíos, ni los iguala con los Egipcios, con los Asirios, con los Indios, con los Persas, con los Odrisos, y con los habita-

dores de la Samotracia y de Eleuxis.

N. 15. El célebre Pitagórico Numénio procede con mas equidad. Investiga primero los dogmas religiosos, elige lo que le parece mas verisimil, y en su Tratado *del sumo bien*, quando habla de los Pueblos que reconocen un Dios incorporal, no dexa de citar á los Judíos; y aun se sirve de algunos pasages de los Profetas, y los convierte en alegorias.

Dícese que Hermípo, en su obra *sobre los Legisladores*, asegura, que Pitágoras habia tomado de los Judíos la Filosofia que enseñó á los Griegos. Tenemos tambien un libro del historiador Hecatéo, en que se encarece la sabiduría del Pueblo Judío de tal suerte, que Herénio Filón, en su obra sobre los Judíos, parece que duda que este libro sea de Hecatéo: y añade, que si por ventura es suyo, no es posible sino que Hecatéo, arrastrado de la fuerza de la verdad, haya abrazado la doctrina de los Judíos.

N. 16. Me admira, que Celso cuente en el número de las Naciones mas sábias y mas antiguas, á los Odrisos, á los Hiperbóreos, y á los Habitadores de Eleuxis y de la Samotracia; y no se digne nombrar á los Judíos, ni á título de antigüedad, ni á título de sabiduría; quando es constante, que los Egipcios, los Fenicios y los Griegos, en muchos escritos, atestiguan la antigüedad del Pueblo Judío. Creo que será inútil, que yo cite estos Autores, quando cada uno

puede consultarlos, ya en los dos libros *de las antigüedades de los Judíos*, por Josefo, ya en la sábia obra de Taciano el joven *contra los Griegos*.

Se ve, pues, claramente, que el aborrecimiento, y no el amor á la verdad, hace hablar á Celso: ni es otro su objeto, quando calumnia á los Judíos, sino el de desacreditar la cuna del Christianismo. Celso llama tambien antiguos y muy sabios á los Galactófagos de Homero, á los Drúidas Gaulas y á los Getas, cuya doctrina en muchos puntos es semejante á la de los Judíos; pero yo no sé, que nos hayan dexado algunos escritos. En una palabra, los Hebreos son los únicos, á quienes Celso pretende quitar á un tiempo la sabiduría y la antigüedad.

En la lista, que nos transmite de los Sábios, y de los antiguos Escritores, cuyas obras han sido de tanto provecho para sus contemporaneos, y para la posteridad, pone al frente á Lino, de quien ni tenemos leyes, ni escritos útiles para la correccion de las costumbres; y excluye á Moysés, cuyas leyes han sido bien conocidas de un pueblo entero, esparcido por toda la tierra. Esto supuesto, bien se dexa conocer el designio, con que Celso nos representa á Lino, Muséo, Orféo, Ferécidas, el Persa Zoroastres y Pitágoras, como otros tantos Sábios, que han enseñado dogmas religiosos, que todavía se observan; y pasa en silencio todos aquellos cuentos de la Mitologia, que atribuye á los Dioses todas las pasiones de los

hombres, y de que es autor principal Orféo.

N. 17. Celso impugna despues los libros de Moysés, sin permitir el uso de las figuras y de las alegorias para interpretarlos. Pero á este ilustre Escritor, Autor del *Discurso verdadero* se le puede decir: ¡Cómo! ¡Te glorías de que reconoces á los Dioses, los quales, segun refieren vuestros Poetas y vuestros Sábios, se han abandonado á los placeres mas infames, han hecho la guerra á sus próximos y los han mutilado, y han cometido ó tolerado las mayores atrocidades; y te lastímas de la ceguedad de aquellos, que han recibido las leyes de Moysés, el qual jamás ha dicho una cosa semejante, ni de Dios, ni de los Angeles, ni aun de los hombres?....

Esto me hace acordar del Trasímaco de Platón, que no permitia, que Sócrates respondiese lo que pensaba acerca de la esencia de la justicia. *No me vengas ahora*, dice, *con que la justicia es la utilidad, la beneficencia, ni otra cosa semejante.* Del mismo modo Celso, despues que ha censurado amargamente los libros de Moysés, y ha puesto en mala opinion á todos los que reconocen en ellos alegorias, no permite tampoco que se refuten sus objeciones y sus calumnias, como lo pide el estado de la qüestion.

N. 18. Propongamosle un desafio. Traiganse las Poesías de Lino, de Muséo y de Orféo, y la historia de Ferécidas, y comparese todo con los libros de Moysés; las historias de aquellos con la

historia de este, y su moral con las leyes de Moysés: y veamos quál de todas estas obras es mas propia para desterrar el vicio, ó para radicarlo mas.

Tened presente, que vuestros Escritores no miran por la muchedumbre, y que no exponen su Filosofía sino para los que saben descifrarla por entre las figuras y alegorías, en que la presentan envuelta. Pero Moysés, como Orador consumado, que no habla sino despues de haber meditado profundamente, nada dice en sus cinco libros, que no pueda tomarse en dos sentidos: de manera, que el comun del pueblo, que vive segun la ley de Moysés, no halle cosa, que pueda ser perjudicial á las costumbres, y el corto número de los que tienen sagacidad para comprehender el espíritu del Legislador, descubra allí las verdades mas sublimes. Añadase á todo esto, que las obras de esos Poetas tan decantados por su sabiduría, han perecido enteramente; lo qual no hubiera sucedido, si los que las han estudiado hubiesen sacado algun provecho: y los libros de Moysés, todavía enteros, han persuadido, aun á los que no siguen la ley de los Judíos, que su Autor, de quien la recibió Moysés, es Dios y Criador del universo. Sin duda convenia, que el Autor y Legislador del mundo entero diese á sus palabras una virtud tal, que la penetrasen todos los hombres. No quiero anticipar aquí lo que he de decir acerca de Jesus en otra parte: me

contento con hacer ver, que Moysés, tan inferior á él, es muy superior á todos vuestros Sábios, ya Poetas, ya Filósofos.

N. 19. Quando Celso se pone á impugnar la relacion de Moysés sobre la creacion, manifiesta claramente, que sigue la opinion de los que hacen eterno al mundo, aunque es verdad que no se declara abiertamente. Por tanto asegura, que el mundo ha padecido muchos incendios, y que el último acontecio en tiempo de Faetonte; y tambien muchos diluvios, de los quales fue el último el de Deucalion. Pero diganos ese grande enemigo de los Christianos, ¿qué fundamentos tiene para asegurar todo esto? Si nos opone los dialogos de Platón, le responderémos, que nosotros podemos creer muy bien, que la pura y religiosa alma de Moysés, que se elevó sobre todas las cosas criadas, para poner al Criador á la frente de todo, estaba poseida del espíritu divino, que nos ha revelado los secretos de la Divinidad, mucho mejor que lo podia haber hecho Platón, ni otro qualquiera Sabio, Griego ó Barbaro. Y si nos pide razon de nuestra fe, pruebenos él primero lo que propone sin fundamento alguno; que en tal caso, tampoco nosotros tendrémos embarazo de demostrarle la verdad de nuestra creencia....

N. 20. Gloriese Celso en hora buena de que ha sabido esos diluvios, y esos incendios por los Egipcios, que á su parecer son los hombres mas

sábios. Bien se echa de ver esa sabiduría en el culto que ellos tributan á los animales, y en los discursos que hacen para probar, que este culto nada tiene que no sea racional, y que encierra sublimes misterios. A pesar de todas estas extravagancias é impiedades, que sobrepujan á la Metempsícosis, puesto que hacen que la Divinidad pase á los cuerpos de las bestias, los Egipcios son sábios; y los Judíos, sometidos á una ley, y á un Legislador, que todo lo refieren á Dios, único Autor del universo, no pueden entrar en parangón con los Egipcios, en sentir de Celso y de sus semejantes.

N. 21. La doctrina, continúa Celso, que Moysés aprendió de las Naciones sábias, y de los hombres ilustrados, le adquirió el renombre de divino. Norabuena: ¿y qué se sigue de eso? ¿Es por ventura falsa esa doctrina? ¿Carece de gravedad y de sabiduría? Porque en tal caso Moysés será reprehensible por haberla enseñado á su pueblo. Pero sí, como vosotros mismos decis, no ha tomado sino dogmas sábios y ciertos, ¿por qué ha de ser acusado? Pluguiese á Dios, que hubiera sido imitado en esta parte por Epicuro, y por Aristóteles, algo menos irreligioso que Epicuro hácia la Providencia, y por los Estóycos tambien, que hacen á su Dios corporal. De este modo el mundo no estaria imbuido de un error, que destruye la Providencia, ó la reduce á límites muy estrechos, y que admite un prin-

cipio material y corruptible. Los Estóycos, haciendo á Dios materia, se ven precisados á decir, que es susceptible de mutacion y corrupcion, y que si no se corrompe, es porque no hay nada que pueda corromperlo.

La doctrina de los Judíos y de los Christianos es muy distinta; porque confiesan un Dios inmutable é incorruptible: *siempre sois el mismo*, le dicen en sus preces; y aseguran, que él mismo dixo: *yo no me mudo.* (*Ps.* 101. *Malac.* 3.) Sin embargo, pues, esta doctrina pasa por impía, porque es contraria á la de los impíos.

N. 22. No condena Celso la circuncision de los Judíos, pero pretende que la han tomado de los Egipcios: en lo que mas quiere creer á los Egipcios, que no á Moysés, que asegura que Abrahám fue el primer hombre circuncidado (*a*).

(*a*) Moysés dice precisamente, (*Genes.* 17.) que Abrahám recibió de Dios el precepto de la circuncision; de donde se sigue evidentemente, que los Judíos no la han tomado de los Egipcios, antes es muy verisimil, que estos la hayan recibido de aquellos, segun opinan algunos Sábios. Pero estos Sábios, parece, que no han puesto atencion en que la Escritura dice expresamente, que los Egipcios *conservaban todavia el oprobio de los incircuncidados*, quando los Israelítas saliéron de Egipto. Está probado por otra parte, que el uso de la circuncision es muy posterior entre los Egipcios, y que circuncidaban á sus hijos, no al octavo dia de su nacimiento, como los Judíos, sino á los catorce años, como los Ismaelítas. Se puede creer por consiguiente, que los

Por lo demás, no es Moysés el único, que habla de Abrahám, y de la familiaridad con que Dios lo honraba; sino que muchos tambien, aun de aquellos que adoran á los Demonios, invocan al Dios de Abrahám, sin saber quién es Abrahám. Lo mismo se ha de decir de los nombres Hebreos de Isaác, de Jacób y de Israël, que emplean los Egipcios, quando quieren obrar alguna maravilla. No es este lugar oportuno para decir mas acerca de la circuncision: ahora tenemos que rechazar las acusaciones de Celso, que creyó, que probaria mas seguramente la falsedad del Christianismo, probando la de la Religion Judia, de donde trae su origen.

N. 23. »Esos cabreros, continúa Celso, y esos »pastores, que siguiéron á Moysés, se dexá»ron persuadir por medio de artificios groseros, »que no habia sino un Dios.“ Pruebenos, pues, la pluralidad de Dioses; pruebenos la existencia de todos esos Dioses de los Griegos y de los Bárbaros.... Muestrenos su Divinidad por sus propias obras, y por qué razon debia darse mas creencia á las ficciones Griegas, por exemplo, que á las Egipcias. Hay razones mucho mas poderosas para creer, que este mundo, en que por todas partes resplandece un orden, y una armonía ad-

Arabes descendientes de Ismaél, que por espacio de largo tiempo fuéron Señores del Egipto, introduxéron su rito de la circuncision.

mirable, es obra de un solo principio; todas las cosas que vemos son otras tantas partes del mundo; pero Dios no puede ser una parte de él, porque una parte es una cosa imperfecta, que no puede convenir á Dios. Y hablando con exâctitud, tampoco Dios puede ser el todo, porque el todo se compone de partes; y la razon no reconocerá jamás un Dios compuesto de partes, cada una de las quales en particular no pueda lo que pueden todas las demás juntas (*a*).

N. 26. Celso, que se gloría de que todo lo sabe, calumnia á los Judíos, diciendo, que tributan culto á los Angeles, y que se dedican á la mágia, que Moysés les enseñó. Supuesto, pues, que se halla tan instruido en lo que pertenece á los Judíos y á los Christianos, diganos si sabe, en qué libro de Moysés ha encontrado, que este Legislador prescribió el culto de los Angeles: y cómo es que sus Discípulos se dedican á la mágia, quando antes por el contrario les advierte de parte de Dios, que no presten oidos á los Mágicos, no sea que se contaminen.

Promete Celso disertar en otra parte acerca de los Judíos, y pasa á hablar de nuestro Sal-

(*a*) Omitimos los dos números siguientes, porque únicamente hablan de la mágia, de la virtud, y de la energia natural de ciertos nombres. Orígenes demuestra claramente la credulidad á estas vanas, y quiméricas ciencias, hijas de la impostura, de la supersticion, de la ignorancia, y de una temeraria y loca curiosidad.

vadór, como del fundador de la Religion de los Christianos; del qual dice, que habia publicado su doctrina en un corto número de años, y ya los Christianos lo reconocen por el Hijo de Dios.

Yo debo responderle, que Jesus no pudo, sin auxîlio divino, esparcir su doctrina en pocos años entre tantos pueblos, ni hacer que la abrazára una turba multa de Griegos y de Bárbaros, de sábios é ignorantes, de suerte que todos estén prontos á morir primero, que renunciar á ella. Este ciertamente es un prodigio, de que jamás ha podido gloriarse ninguna otra Religion. Nada exágero en favor de mi Religion, pero no temo decir, que nadie puede á su antojo restituir la salud á los cuerpos, sin intervencion de la Divinidad. Si alguno, pues, logra sanar á las almas de toda especie de vicios, que las infectan, y aun del desprecio de la Divinidad; si acierta á conseguir, que cien personas, por exemplo, practiquen la virtud y la Religion; ¿se creerá, que obra un prodigio semejante, sin que el mismo Dios le asista?

Qualquier hombre sensato, que reflexîone sobre lo que acabo de decir, quedará convencido de que Dios es el autor de todo bien; y no podrá sobre todo dexar de conocer la mano de Dios en las maravillosas conversiones que hizo Jesu-Christo, si compara las costumbres actuales de los Christianos con sus antiguos desarreglos, y sondea el abismo de iniquidades y de infamias

en que estaban abismados antes que fuesen seducidos, como se explican Celso y sus semejantes, antes que hubieran abrazado una Religion, á juicio de los mismos, funesta al género humano: si adviertes, digo, los progresos que los Christianos han hecho en la justicia, la modestia, la constancia, en el amor de la castidad, y en el deseo de tributar á Dios un culto perfecto, llegando hasta el extremo de prohibirse los placeceres que su propia ley les permite.

N. 27. Sí por cierto; se ha de confesar necesariamente, que Jesus formó proyectos muy superiores á las fuerzas humanas, y que los executó. Todo el mundo se opuso desde los principios á los progresos de su doctrina; los Reyes, los Generales de Exército, todos los hombres constituidos en dignidad, los meros soldados y el pueblo. La palabra de Dios sin embargo, mas poderosa que todos sus enemigos, triumfó de todo; sujetó á toda la Grecia, y á una gran parte de los Bárbaros; y logró que una porcion considerable de hombres adorase á Dios.

Y así como en todas partes es mayor el número de los sencillos é ignorantes, que de los sábios y doctos; del mismo modo es de creer que lo sería en la muchedumbre de los fieles. Pero Celso, desentendiendose de todo esto, pretende, que esta doctrina tan ventajosa á los hombres, que esta luz celestial, que ilumina á todos los espíritus, es en sí grosera, y no conviene

sino á los ignorantes. Con todo se ve precisado á confesar, que la fe en Jesus ha persuadido el culto de Dios, no solamente á los sencillos, sino tambien á los sábios, y á unos hombres tan capaces de correr el velo de la alegoria, como son modestos y virtuosos (*a*).

N. 28. Celso, semejante á un joven que acaba de salir de la escuela de un Retórico, hace hablar á Jesus con un Judío. Pero hagámosle ver, que no le ha sabido conservar el carácter á este último, y que pone en su boca argumentos muy poco dignos de un Filósofo. El Judío entre otras cosas le da en rostro á Jesus con que ha nacido en una Aldéa de Judea, de una Virgen reducida á hilar para vivir, y desechada de su marido por causa de adulterio; le opone tambien, que en lo succesivo trabajó en Egipto, como un vil mercenario, y que despues de haber

(*a*) Para abreviar, y para evitar al mismo tiempo, quanto sea posible, las repeticiones, que son muy freqüentes en Orígenes, así como tambien las amplificaciones, se traducirá desde este Número mas libremente todavia: y se suprimirá mucho, sin añadir nada, ni alterar tampoco. Procurarémos presentar la substancia, y el resumen de las dificultades de Celso y de los Filósofos, no todas absolutamente, sino solo aquellas, que puedan hacer alguna impresion, juntamente con lo que haya de esencial y luminoso en las respuestas de Orígenes. De lo contrario, si hiciéramos una traduccion escrupulosa, sería difusa, lánguida é intolerable para las personas de gusto.

aprendido algunos secretos muy ponderados entre los Egipcios, volvió á su país, y tuvo la osadia de venderse por un Dios.

Pero yo, que estoy acostumbrado á profundizar todas las dificultades, que los infieles nos oponen, encuentro que estas dan una nueva fuerza á nuestras Profecías sobre la divinidad de Jesu-Christo.

Un nombre grande, parientes nobles, la fortuna, una educacion fina, una patria ilustre, todo esto contribuye ciertamente al esplendor; pero quando uno, desnudo de todas estas ventajas, llega á elevarse sobre sí mismo, y á extender su nombre por toda la tierra, ¿qué idea no formarémos de su mérito, de su ingenio, de su virtud y de su valor? Si despues de haber sido educado con la misma obscuridad que habia nacido, sin haber recibido una tintura siquiera de las artes y de las ciencias, que sirven para convencer el entendimiento y mover el corazon, toma á su cargo la empresa de anunciar á los hombres una Religion nueva hasta entonces, que termina la de los Judíos, verificando sus Profecías, y destruye el culto y la creencia de los Griegos; si no habiendo podido aprender nada de los hombres, como nuestros Adversarios nos dan en rostro, tiene ideas igualmente ciertas y sublímes, acerca de la Divinidad, de los juicios de Dios, de los castigos fulminados contra el crímen, y de las recompensas preparadas para la virtud; si finalmente per-

suade y arrastra á los sábios como á los ignorantes, á los espíritus sublimes como á los mas groseros; ¿quál puede ser la causa de un prodigio semejante?

Un particular de la Isla de Serifo le oponia á Temístocles, que no debia su reputacion á sus virtudes militares, sino á su patria, la mas célebre de la Grecia: y este gran Capitan, lleno de reconocimiento hácia su patria, le respondió: »Verdad es, que si yo hubiera nacido en Serifo »sería menos conocido; pero aunque tú fueras »Ateniense, no por eso serías Temístocles." Jesus, pues, á quien se le objeta que nació en un lugarcillo, no de la Grecia, sino del país mas innoble; que tuvo una madre pobre, y que se mantenia con el trabajo de sus manos; y que él mismo habia exercido un oficio vil en tierra extraña: Jesus, vuelvo á decir, que no solamente es de Serifo, sino que es el ínfimo de los habitadores de Serifo, ese mismo es quien conmovió y trocó la faz del universo, é hizo lo que ni ha podido hacer Temístocles, ni Platón, ni Pitágoras, ni todos los Sábios, Capitanes, ó Potentados del mundo.

N. 30. A poco que se reflexione, no se podrá ver sin admiracion, que Jesus, del seno de la ignominia, se haya elevado al colmo de la gloria, y haya obscurecido á los mas famosos Héroes. Pocos se encuentran, que se hayan hecho célebres por varios caminos á un tiempo; sino

que uno es famoso por su sabiduría, otro por sus talentos militares, aunque Bárbaros, otro finalmente por la ciencia de los encantos: pero Jesus se ha hecho admirar sobre todos los demás, ya como Sábio, ya como Taumaturgo, ya como Legislador. Nó, no ha sido un Tirano, que congrega una turba de conjurados para destruir las leyes, ni un salteador que arma sus satélites para el pillage, ni un hombre opulento, que se atrae partidarios á fuerza de liberalidades; sino un Maestro, que enseña una doctrina, una Religion, una moral, que á los que la abrazen, les conseguirá el perdon de la Divinidad.

Ni Temistocles, ni ningun otro personage famoso ha encontrado obstáculos para arrivar á la gloria; pero Jesus, además de lo que se nos ha echado á la cara, y que era capaz de obscurecer para siempre la disposicion mas ventajosa; Jesus, digo, fue crucificado, y padeció una muerte ignominiosa, capaz de obscurecer toda la gloria, que podia adquirir, y de disuadir para siempre á todos aquellos, que se habian dexado seducir, que es como se explican los enemigos de su doctrina.

N. 31. Si los Discípulos de Jesus no lo hubieran visto resucitado, como pretenden sus calumniadores, ni hubieran estado persuadidos de su divinidad, sería una cosa muy extraña, que hubiesen sin embargo tenido la audacia de exponerse á los mismos peligros, en que su Maestro aca-

baba de perecer, y de abandonar su patria por ir á enseñar la nueva doctrina, segun el mandato, que acababan de recibir. No me parece, que pueda haber quien despues de haber reflexionado sobre todo esto, se ponga á sostener una paradoxa semejante: quanto mas, que no se les podia ocultar á los Apóstoles, que caminaban hácia su perdicion, predicando una doctrina nueva, y que iban á conciliarse el aborrecimiento de todos aquellos, que vivian adictos á los usos y dogmas antiguos. ¿Sería posible, que los Apóstoles no hubieran conocido el grande peligro á que se exponian, emprendiendo probar, no solamente á los Judíos sino á todas las Naciones, que Jesus era el Mesías anunciado por los Profetas; que habia padecido voluntariamente la muerte sobre la cruz, para salvar por este medio al género humano, y destruir el imperio del Príncipe de los demonios, que habia generalmente subyugado á tòdos los hombres?

Vosotros no quereis creer el testimonio de los Apóstoles, y creeis sin embargo, segun las historias de los Griegos y de los Bárbaros, que ha habido hombres, que se han sacrificado generalmente por su patria. Por lo que hace á los Apóstoles, como estaban convencidos por lo que habian visto y oido, y sostenidos por una fuerza divina, lo superáron todo, y se adquirièron una reputacion inmortal entre los Griegos y entre los Bárbaros.

Orígenes refuta la fábula grosera del adulterio de la Santísima Virgen con un soldado (*a*), llamado Pantéro. Celso, dice Orígenes, ha querido, á qualquiera precio que fuese, hacer vacilar la fe de los Christianos sobre el sagrado y divino nacimiento de Jesus. Pero ¿puede haber cosa mas extravagante, que imaginar, que el que ha venido á practicar, enseñar é inspirar á todos los hombres la templanza, la castidad y todas las virtudes, haya escogido, para entrar en el mundo, una via tan vergonzosa como criminal? Una via, que no podia convenir, sino al maestro y modelo de la intemperancia, de la injusticia y de todos los vicios.

Como Orígenes habla con Filósofos, toma de sus escuelas los argumentos, para probar, que la pura y perfecta alma de Jesus no debió unirse

(*a*) Esta blasfemia, que los impíos de nuestros dias han copiado sin vergüenza, y propuesto sin asomos de prueba y contra toda verisimilitud, ha sido desmentida por la única historia auténtica que tenemos de la madre de Dios, por la tradicion constante y uniforme de la Iglesia, por las sectas eterodoxâs mas inmediatas á la cuna del Christianismo, como tambien por los Católicos, y no merece, que se refute. Hasta mas de un siglo despues del nacimiento de Jesus, no se atrevièron sus enemigos encarnizados los Judíos á forjar estas groseras imposturas: y las habian invenciblemente refutado de antemano, mirando hasta entonces á Jesus, como hijo de Josef y de Maria, é insultandolo por la baxeza de este nacimiento. *¿Nonné hic est fabri filius?* (*Mat.* 13.)

sino al cuerpo mas perfecto, y que tuviese con ella mayor analogía.

N. 34. Nosotros podiamos oponer con confianza á las calumnias de Celso, la Profecía de Isaías, que anunció que Jesus, llamado *Emmanuel*, naceria de una Virgen. Esta es la Profecía: »El Se»ñor le dixo á Acház: pide un prodigio al Se»ñor tu Dios. Yo no lo pediré, respondió Acház, »ni tentaré al Señor. Escucha, pues, casa de Da»vid, dixo el Señor. El Señor mismo te dará un »prodigio: una Virgen concebirá y parirá un Hi»jo; su nombre será *Emmanuel*, esto es, Dios con »nosotros." (*Is.* 7.) Si nos vienen ahora con críticas, pretendiendo que la palabra hebrea significa una muchacha joven y no una Virgen, responderémos, que en otros muchos lugares de la Escritura, como por exemplo en el capítulo 22. del Deuteronómio, versículos 23. y 24. la misma palabra significa manifiestamente Virgen (*a*).

(*a*) Los inteligentes en la lengua Hebrea han advertido, que en el lugar citado del Deuteronómio se lee *bethula*, y nó *alma*; mas no por eso se debilita la prueba invencible sacada de la Profecía de Isaías. Todavía no han contextado los Judíos al reto que les echó San Gerónimo, *trad. in Gen.* Mostradnos, dice, un solo lugar de la Escritura, en que *alma* signifique una muchacha joven casada, y no una Virgen, y al punto abandonarémos la Profecía de Isaías. En el Génesis, por exemplo, cap. 24. el epiteto *alma* se le aplica á Rebeca antes de casarse: y añade el texto inmediatamente, *ningun hombre*

N. 35. Por otra parte, es indubitable por lo que precede, que la palabra hebrea no puede tener ningun otro sentido en el lugar citado de Isaías. *Pide*, dice, *un prodigio al Señor. El Señor mismo te dará un prodigio: una Virgen concebirá.* Si hubiera dicho una muchacha joven y no una Virgen, no habria en esto ningun prodigio. Y para parir á todo un Dios, ¿qué persona era mas correspondiente, una muger, que hubiese concebido como todas las demás, en fuerza de comercio que hubiera tenido con un hombre, ó una Virgen cuya pureza no hubiese sido en manera alguna menoscabada? Y si se nos objeta por ventura, que esta promesa del prodigio se le hizo á Acház; citesenos en comprobacion de ello algun niño del tiempo de Acház, á quien se le pueda aplicar la denominacion de *Emmanuel*, *Dios*

la habia conocido. El Judío Aquila, consumado en el hebreo, y el mas sábio y exâcto intérprete de la Escritura, en sentir de los Judíos, toma la palabra *alma* de este pasage por *recatada*; porque *alma* en su acepcion propia, como tambien dice San Gerónimo, no significa una muchacha joven, ni tampoco una virgen puramente, sino una virgen recatada, guardada con el mayor cuidado en la casa materna, y que jamás ha sido expuesta á las miradas de los hombres. Así tambien en la lengua púnica, que se cree deribada del hebreo, *alma* significa una virgen. *Sup. c. 7. Isaiæ.* Y si es que Aquila, contradiciendose á sí mismo, traduce *alma* en la Profecia de Isaías por *muchacha joven*, hasta en esto se echa de ver la mala fe y la parcialidad Judáyca.

con nosotros. Esto es imposible: confesemos, pues, por consiguiente, que lo que se le dixo á Acház, se le decia á la casa de David, porque las Escrituras atestiguan en todas partes, que el Salvador naceria de David, segun la carne (*a*).

Pero respondanos tambien ahora Celso, ó en defecto suyo qualquiera de sus compañeros. Quando el Profeta profetizó de esta manera, ó de qualquiera otra, ¿tenia verdadero conocimiento de lo por venir? ¿O no lo tenia? Si lo tenia; luego el Espíritu divino iluminaba á los Profetas. Y sino lo tenía, ¿cómo es que los Profetas hablaban con tanta seguridad acerca de los acontecimientos futuros? ¿Cómo es, que el cumplimiento de sus oráculos llenaba de admiracion á los Judíos?

N. 36. Además de esto, era necesario que hubiese Profetas entre los Judíos, porque de otra suerte hubiéran estos abandonado su Religion por abrazar las supersticiones paganas. Los Gentiles tenian personas, que hacian profesion de predecir los acontecimientos futuros, ya por medio de oráculos, de augurios, de auspicios, de la inspeccion de las entrañas de las víctimas, ó de los horóscopos de los Caldeos. Todas estas especies de divinaciones les estaban expresamente prohi-

(*a*) Bergier en su Tratado de la Religion aclara sábiamente esta Profecía, y da respuestas convincentes á todas las dificultades.

bidas á los Judíos; pero la curiosidad natural al hombre de conocer lo por venir, los hubiera hecho despreciar estas prohibiciones, y hubieran indubitablemente imitado á sus vecinos, á no haber tenido Profetas en su República. Por eso Elías reprehende agriamente á Ochosías: »¡Qué! ¿No »hay Dios en Israël, pues envias á consultar al »Dios de Accarón?«

N. 37. Los Profetas, no solamente anunciaban los grandes acontecimientos, que interesaban á todas las Naciones de la tierra, ó á todo el cuerpo de los Judíos, como, por exemplo, lo que pertenece al Mesías, á los Imperios, y á la conversion de los Gentiles; sino que tambien predecian hechos particulares, de que tenemos muchos exemplos en los libros de los Judíos.

En quanto al nacimiento de Jesus sin el socorro de un hombre, no sé por qué los Griegos lo han de mirar como imposible, puesto que ellos refieren lo propio de algunos de sus Dioses y de sus Héroes, y los Naturalistas pretenden, que hay ciertas especies, en que las hembras conciben sin mezclarse con los machos (*a*).

(*a*) Es un hecho probado por las observaciones modernas, que hay muchos insectos hermafroditas, que se reproducen sin mezclarse con otros insectos de su especie; pero quando se trata de Dios y de sus misterios, ¿de qué sirven las observaciones ó los sistémas de los Filósofos? El Autor de todos los seres, que ni crecen, ni se multiplican desde el nacimiento del mundo, sino en virtud de aque-

El Judío de Celso impugna el nacimiento de Jesus, comparandolo con las ficciones griegas sobre Dánae, Menalípe, Augéa y Antíope; pero en lugar de valerse de estos cuentos pueriles y ridículos, nos debia poner argumentos serios.

N. 38. Ya que Celso no puede negar los milagros, con que Jesu-Christo se dió á conocer á un número considerable de Discípulos, sostiene, que todos ellos fuéron obrados por mágia, y no por virtud divina; que Jesus habia aprendido en Egipto el arte de hacer milagros, y que esto fue lo que lo animó á venderse por un Dios (*a*).

llas palabras fecundas y omnipotentes: *creced y multiplicad, llenad la tierra y las aguas*; y cuya propagacion es el secreto que se ha reservado para sí solo, pues hasta ahora ha sido el escollo, ó la desesperacion de los mayores Fisicos; el Criador, vuelvo á decir, no puede tener necesidad del concurso de sus criaturas, ni estar sujeto á aquellas leyes, que él mismo les ha impuesto.

(*a*) Notese, que la evidencia y la fuerza de la verdad le arrancan á Celso, como igualmente á Juliano el Apóstata, que son nuestros mayores enemigos, la confesion de los milagros de Jesu-Christo. ¿Y es posible que unos Filósofos tan perspicaces no presintiéron las funestas conseqüencias, que de esta confesion resultarian contra ellos? Los hubieran indubitablemente negado, si hubieran podido hacerlo; pero esta confesion decisiva termina ya para siempre toda disputa entre los incrédulos y nosotros.

Unos milagros de un orden superior, como los de Jesu-Christo, el trastorno de las Leyes de la naturaleza, todo esto no puede dexar de

Yo por mi parte confieso, que no comprehendo, que un Mágico pueda haber tomado con tanto empeño el inculcar á los hombres, que no pierdan jamás de vista la presencia de Dios, que ha de juzgar todas las acciones de su vida; y que haya formado Discípulos para que predicasen la misma doctrina. ¿Y enseñó tambien Jesus á sus Discípulos el arte de hacer milagros? Sí se responde que no, y que sin milagros, y sin el arte de discurrir y de persuadir, que los Griegos enseñan, se pusiéron á anunciar y persuadir á todos los Pueblos una nueva doctrina, es el mayor absurdo que se puede decir. Porque ¿de dónde podria venirles el atrevimiento de anunciarla, y de cambiar la faz del universo? Pero si es que hacian milagros, ¿es ni por sueños verisimil, que unos Mágicos despreciasen los peligros mas inmi-

ser obra del divino Autor de la naturaleza. Jesu-Christo con sola una palabra resucitó á los muertos, y se resucitó á sí mismo, para prueba de su Divinidad, como sus Profetas lo habian predicho tantos siglos antes. Luego es Dios; luego su Religion es divina.

¿Y de qué sirve recurrir á no sé qué arte quimérico, á la virtud oculta de algunas voces, á la vana y ridícula ciencia de la mágia? Porque á esto se reduce el último atrincheramiento de esos Filósofos tan afamados. Pero el mas ínfimo de los fieles, por poco instruido que esté, será bastante para desbaratarlos. ¿Es creible, que los Demonios hubieran empleado su poder, si es que lo tenian independentemente de Dios, para destruir su propio imperio, y realzar el triunfo de su vencedor?

nentes, por establecer una doctrina, que proscribe la mágia?

N. 39. 40. *y* 41. No hay para que nos tomemos el trabajo de responder á las bufonadas, y á las groseras injurias, en que prorrumpe Celso (*a*); el qual amontona sin orden las objeciones contra varios lugares de nuestro Evangelio. Nosotros nos vemos precisados á seguirle, para refutarlo (*b*). Comienza impugnando lo que refiere el Evangelio acerca de la venida del Espíritu Santo sobre Jesus, en forma de paloma, y de la voz, que salió de los cielos diciendo: *aquí está mi hijo muy amado.* (*Mat.* 3.) »¿Quién ha visto, dice Celso, »esa paloma? ¿Quién ha oido esa voz?"

N. 42. Facilmente podriamos hacer ver, que hay pocas historias, sin excluir las que se tienen por mas ciertas, que no estén expuestas á mil contradicciones, y que no sea dificil, y aun imposible algunas veces, probar todas sus circunstancias.

N. 43. *y* 44. Que un Discípulo de Epicuro ó de Demócrito tratase de fábula este prodigio, no habia que admirar; pero Celso no repara, que hace hablar con Jesus á un Judío, y que los Judíos admiten estos prodigios y otros mas increibles

(*a*) Creemos que nuestros Lectores nos agradecerán, que pasemos por alto las particularidades de este género, que Orígenes ha conservado.

(*b*) Esta es la causa de la falta de orden, como tambien de las repeticiones, que se notan en nuestro Autor.

todavía. No es este lugar oportuno, para que nos detengamos á dar la razon y explicacion.

N. 45. y 46. Bastará que observemos, que hace muy mal de oponernos un Judío, supuesto que la ley de los Judíos, y la autoridad de sus Profetas nos suministran pruebas sólidas de la divinidad de Jesus. Tambien pudieramos referir en calidad de prueba del prodigio que impugna Celso, los milagros de Jesus, que él mismo no se atreve á negar, y pretende que fuéron obrados por medio de los secretos, que Jesus habia aprendido en Egipto. Podiamos alegar tambien los milagros de los Apóstoles de Jesus; los quales, es indubitable, que sin milagros no hubieran podido persuadir á aquellos, á quienes convirtiéron, á que renunciáran la Religion de sus padres, y abrazáran una nueva doctrina con peligro de la vida.

Todavía se conservan entre los Christianos algunos restos del Espíritu divino, que descendió sobre Jesus; supuesto que de este Espíritu les viene la virtud de arrojar los demonios, de curar las enfermedades, y de predecir lo por venir. El mismo Espíritu mudó á los hombres mas preocupados contra el Christianismo, hasta el extremo de darles constancia para confesarlo con desprecio de la muerte.

Nosotros mismos hemos sido testigos oculares de otros muchos prodigios en favor de la Religion; y no los referimos por no dar materia á

las bufonadas de los incrédulos. Dios, para quien están abiertos todos los corazones, sabe sin embargo, que estamos muy distantes de recurrir á las ficciones, para establecer la divinidad de la Doctrina Christiana; y que no pretendemos emplear sino pruebas claras é incontestables.

N. 47. Orígenes cita un pasage del libro decimoctavo de las *Antigüedades* de Josefo, el qual atribuye las calamidades de los Judíos á la muerte de Santiago el Justo, hermano de Jesus. Este pasage ya no se halla.

N. 48. En quanto á la venida del Espíritu Santo sobre Jesus, que vió entonces los cielos abiertos, se puede decir lo mismo que acerca de otros pasages de diferentes Profetas, donde tambien se lee, que viéron los cielos abiertos. (*Is. 6. Ezech.* 1.) Nó porque efectivamente se hubieran hendido los cielos, y los Profetas los hubieran visto abiertos por este medio; sino que así como entre sueños nos parece que vemos y oimos, aunque verdaderamente ni nuestros ojos ni nuestros oidos perciben tales sensaciones, y todo pasa en nuestra imaginacion; del mismo modo y en el mismo sentido se abriéron los cielos al tiempo del bautismo de Jesus, y los Profetas viéron y oyéron cosas extraordinarias, viéron los cielos, y oyéron al Señor.

Pero el que quisiere profundizar mas, echará de ver en la Escritura un sentido divino, que solamente los Bienaventurados pueden penetrar.

Hallaréis, dice la Escritura, *un sentido divino.* (*Prov.* 2.) Este sentido se divide en muchas especies; la vista, que contempla los objetos elevados sobre los cuerpos, como por exemplo los Querubines y los Serafines; el oido, que percibe varios sonidos, que se forman en el ayre; el gusto, que se saborea con aquel pan vivo venido del cielo, el qual da la vida al mundo; el olfato, que percibe el buen olor de Jesu-Christo, de que habla San Pablo (2. *Cor.* 2.); y el tacto finalmente, como por exemplo, el de Juan, que dice que tocó con sus propias manos al Verbo de vida. (1. *Joan.* 1.) Los Profetas, pues, dotados de este sentido divino, veían, oían, gustaban y percibian de un modo divino, en que ninguna cosa carnal se mezclaba; y solamente así se han de entender los pasages, en que aseguran, que han visto y oido cosas superiores al hombre.

De este modo Isaác percibió el olor divino, que exhalaban las vestiduras de su hijo, y le echó una bendicion enteramente espiritual. *El olor de mi hijo es como el olor de un campo fertil, que el Señor ha bendecido.* (*Gen.* 27.) De este modo Jesus tocaba al Leproso, mas con el espíritu que con el cuerpo; y al mismo tiempo que curaba su cuerpo de una lepra visible, curaba á su alma de una lepra muy distinta. De este modo Juan dixo: *Yo he visto que el Espiritu en forma de paloma descendia, y descansaba sobre él.* De este modo finalmen-

te Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo.... (*Mat.* 8. *Joan.* 1.)

N. 49. Yo no sé, por qué Celso pasa en silencio el argumento mas poderoso que tenemos para probar la divinidad de Jesu-Christo; un argumento sacado de los Profetas, de Moysés, y de los Profetas anteriores y posteriores. Sin duda creyó, que no podria debilitar un argumento, que todos confiesan generalmente, pues ni los Judíos, ni los Hereges han negado jamás, que Christo hubiera sido predicho. ¿Acaso ignoraba estas Profecías? Porque yo veo, que su Judío se contenta con decir: *Mi Profeta ha predicho, que el Hijo de Dios vendria á Jerusalén, que haria justicia á los hombres religiosos, y que castigaria á los malos.* ¡Qué! ¿Solo un Profeta habló de Christo?

N. 50. Despues, como si nada mas hubieran dicho los Profetas, ó como si no hubiesen referido las circunstancias mas menudas acerca del nacimiento, de la muerte, de la resurreccion, y de los milagros de Christo; añade, insultandonos: *¿Por ventura esa Profecía, que se le aplica á Christo, no se podia aplicar del mismo modo á otros infinitos que han nacido despues?*

Debemos responderle, que hay diversas especies de Profecías tocante á Christo; unas, concebidas enigmáticamente, y encubiertas baxo alegorias; otras, claras y formales: y ya que ese pretendido Judío de Celso dice, que las Profe-

cías, sobre que nosotros nos apoyamos mas, pueden aplicarse á otras mil cosas, será razon que refiramos algunas de ellas. Suplicamos á nuestros Adversarios, que las impugnen, y que nos opongan los mas robustos argumentos que puedan imaginar, para debilitar la fe racional de los Christianos.

N. 51. Esta que sigue es la Profecía acerca del lugar del nacimiento de Christo: »Y tú, Belén, »casa de Ephrata, nó, no eres la menor de las »mil ciudades de Judá; porque de tí saldrá el que »ha de reynar en Israël: su nacimiento es des»de el principio, desde los dias de la eternidad.« (*Mich.* 5.) No es posible aplicar esta Profecía á ninguno de esos impostores y fanáticos, que exâgeran que vienen del cielo, en sentir de Celso, á no ser que se pruebe que han nacido en Belén para reynar en Israël.

Si hay alguno, á quien ni este oráculo de Michéas, ni la historia de Jesus escrita por sus Discípulos convenzan, y necesita de otras pruebas del nacimiento de Jesus en Belén; hagase cargo de que todavía se manifiesta en Belén la gruta, donde nació Jesus, y en esta gruta, el pesebre en que fue envuelto en pañales, conforme á la relacion del Evangelio: y es tradicion, (lo que aun los enemigos de nuestra Religion confiesan) que en aquella gruta nació Jesus, objeto de la admiracion y de la adoracion de los Christianos.

Yo me persuado, que antes de la venida de Christo, así los Príncipes de los Sacerdotes, como los Doctores del Pueblo, impelidos de la claridad y evidencia de la Profecía, enseñaban que Christo naceria en Belén; y que esta noticia estaria extendida por toda la Judéa. Así es, que habiendo Herodes consultado acerca de este asunto á los Príncipes de los Sacerdotes, y á los Escribas, respondiéron estos, que Christo debia nacer en Belén, lugar del nacimiento de David. Lo mismo dicen los Judíos en el Evangelio (*Joan.* 7.); pero despues del nacimiento de Christo, los que hacian todos sus esfuerzos para que no se creyese que habia sido predicho, ya no quisiéron hablar mas de Belén; en lo qual se manifestaban dignos hermanos de los Sacerdotes y de los Ancianos, que decian á las Guardias del sepulcro de Jesus: *Diréis, que sus Discípulos han venido por la noche, y que han robado su cuerpo mientras dormiais: nosotros tambien persuadirémos lo mismo al Gobernador, si oye hablar de esto, y os pondrémos á cubierto de todo peligro.* (*Mat.* 28.)

N. 52. Las preocupaciones unidas al espíritu de contradiccion, tienen tanta fuerza, que primero que uno se desnude de ellas, combatirá la misma evidencia. Por mucho que el hombre adhiera en general á todas sus habitudes, adhiere todavía mas á las opiniones de que está imbuido. Se sabe sin embargo, quán dificil cosa es persuadir á nadie, á que abandone su casa, su ciu-

dad, su aldea, y las sociedades á que ya se ha acostumbrado. Por esta razon, pues, infinitos Judíos no se dexáron llevar ni de las Profecías que anunciaban á Jesus, ni de los milagros que obró, ni de las circunstancias de su pasion, no obstante que las hallaban escritas en sus libros. Ello es cierto, que el hombre es de tal modo adicto á las preocupaciones, que por absurdos y ridículos que sean los dogmas que ha recibido de sus padres ó de sus conciudadanos, por milagro se ve que abjure de ellos. Y así, primero que á un Egipcio se le persuada, que no mire como á un Dios á un vil animal, ó que coma de su carne, sufrirá la muerte.

Mucho ciertamente nos hemos extendido con motivo de la Profecía sobre Belén; pero nos ha parecido que era necesario, para responder á la objecion que se nos hace. Si los Judíos, nos dicen, eran depositarios de unas Profecías tan claras acerca de Jesus, ¿cómo es, que no creyéron en él, ni se apresuráron por abrazar su doctrina, luego que él se manifestó? Nosotros no tememos que nos tachen de demasiado crédulos, porque los Apologistas de nuestra fe prueban, que está establecida sobre los fundamentos mas sólidos.

N. 53. Y si es que necesitamos de segunda Profecía, que hable manifiestamente de Jesus, referirémos la que Moysés dexó por escrito, y que es muchos siglos anterior á Jesus. Jacób, al tiem-

po de expirar, predixo á cada uno de sus hijos todo lo que habia de suceder á sus descendientes, y en particular dixo de Judá: »No faltará Príncipe, ni Cabeza en Judá, hasta que »venga aquel, á quien las cosas están reservadas.«

Esta Profecía es mas antigua que Moysés. Algun infiel podrá sospechar sin embargo, que este la supuso, pero aun en tal caso no dexará de admirarse, que Moysés pudiera predecir, que la Tribu de Judá, mas bien que las otras doce, daria Cabezas á toda la Nacion: y de aquí proviene el nombre de Judío, baxo el qual es conocido este pueblo. Tambien el Lector, que sea de buena fe, quedará sorprendido al ver la puntualidad con que esta Profecía señala la época en que habia de finalizar el poder de Judá: *Hasta que venga aquel, á quien las cosas están reservadas, y que será la esperanza de las Naciones* (a). (*Gen.* 49.)

Christo ha venido en efecto, aquel á quien

(a) Las versiones y los manuscritos varían aquí, y no todos los Santos Padres han leido de un mismo modo este pasage; pero siempre es uno mismo el fondo de la Profecía. *Hasta que venga aquel que debe ser enviado, y á quien las cosas están reservadas. Hasta que las cosas, que le están reservadas, acontezcan, y él será la esperanza de las Naciones, y las Naciones serán suyas, é irán á él atropelladamente.* En todas estas lecciones el Patriarca señala manifiestamente, y sin equivocacion al Mesías, esperanza, Cabeza y Salvadór de las Naciones.

las cosas estaban reservadas, el Príncipe que Dios habia prometido. Puedo decir, que es evidente, que ni antes ni despues de Christo ha habido hombre alguno, que haya sido como él la esperanza de las Naciones. En todas las Naciones ha habido hombres, que por él han creido en Dios; y las Naciones han puesto su esperanza en él, segun la expresa Profecía de Isaías: *El es quien dixo á los que estaban en los hierros*, (no hay quien no arrastre los de sus pecados) *salid*; *y á los que caminaban en las tinieblas de la ignorancia*, *venid á la luz.* (*Isa.* 49.) Todo esto habia sido predicho por el mismo Profeta; y el número considerable de los que han creido en Jesu-Christo en todas las partes de la tierra, verificó el oráculo: *Ellos pacerán por todos los caminos*: *y en todos los caminos hallarán pasto.*

N. 54. Celso, que hace vanidad de que sabe á fondo nuestra doctrina, da en rostro al Salvadór, que ni recibió socorro de su Padre, durante su pasion, ni él mismo se socorrió tampoco. Le responderémos, que así la pasion de Christo, como la causa de ella habian sido predichas anticipadamente; y que era esencial para el linage humano, que Christo fuese condenado, macerado á golpes, y muerto por fin alevosamente. Habia sido tambien predicho, que sería conocido aún de los pueblos, donde no habia habido Profetas, y que pareceria á los ojos de los hombres baxo la forma mas despreciable.

Refiramos las mismas palabras del Profeta: »Mi siervo será penetrado de inteligencia, será »elevado, subirá al colmo de la gloria; parece»rá sin gloria y abatido á los ojos de los hom»bres; los pueblos se admirarán; los Reyes guar»darán silencio, porque aquellos, á quienes no »habia sido anunciado, lo verán, y los que no »habian oido hablar de él, lo conocerán. Señor, »¿quién ha creido en nuestra palabra, y á quién »ha sido revelado el brazo del Señor? Y se le»vantará como un renuevo de una tierra árida, »que está sin hermosura, y sin resplandor. No»sotros lo hemos visto, y lo hemos desconoci»do; ha sido objeto de desprecio, el último de »los hombres, un hombre de dolores, y que sa»be lo que es padecer: él ha tomado verdade»ramente sobre sí nuestras languideces; se ha car»gado con nuestros dolores; se ha visto cubier»to de llagas, y maltratado de golpes por nues»tras iniquidades. El castigo, que nos ha procu»rado la paz, ha recaido sobre él; nosotros he»mos sido curados por sus llagas; nosotros nos »habiamos extraviado; él ha sido ofrecido por»que ha querido; ha sido conducido á la muer»te como una obeja, que va á ser degollada; y »ha guardado silencio como un cordero en pre»sencia del que lo esquila. Despues de su humi»llacion, su juicio ha sido anulado. ¿Quién re»ferirá su generacion?" (*Is.* 52. *y* 53.)

N. 55. Yo me acuerdo que me valí de estas

mismas Profecías en una disputa, que tuve en otro tiempo, con ciertos Judios, que son tenidos por los primeros Sábios de la Nacion. Uno de ellos me respondió, que debian entenderse del pueblo entero perseguido y dispersado entre los Gentiles, para convertir una buena porcion de estos. Yo les probé, que de ningun modo se podia aplicar á todo un pueblo lo que manifiestamente se habia dicho de un particular, por exemplo, estos pasages: *él lleva nuestros pecados; él se ve afligido por nosotros; él ha sido macerado y condenado á muerte por nuestros crímenes; nosotros hemos sido curados por sus llagas.* Es claro, que los que hablan de este modo en Isaías son Judíos, ó Gentiles, que llegan á verse sanos y libres de sus pecados, por medio de los tormentos de su Salvadór. Principalmente apretaba yo á mis contrarios con este pasage: *él ha sido conducido á la muerte, á causa de las iniquidades de mi pueblo.* El que ha sido, les decia yo, conducido á la muerte á causa de las iniquidades del pueblo de Dios, debe necesariamente ser distinto de este pueblo. ¿Y quién puede serlo sino Jesu-Christo, por cuya pasion hemos sido curados todos los que creemos en él, y que, *despojando á los Principados y á las Potestades, ha sabido triunfar de ellas sobre la cruz?* No es este lugar oportuno para explicar mas á la larga esta Profecía.

N. 56. Celso y todos los demás, que no creen en Jesus, se han engañado, porque no han sa-

bido, que los Profetas habian predicho dos venidas de Christo: una, en la humillacion y en la flaqueza humana, para enseñar á los hombres, viviendo con ellos, el camino que conduce á Dios, y para que no hubiera pretexto alguno de ignorancia; y otra, en la gloria y resplandor de la Divinidad, sin mezcla alguna de flaqueza humana. Me contentaré con citar aquí un pasage del Salmo 44. en que la Divinidad de Christo se halla descrita del modo mas evidente. »Vuestro »trono, dice, ó Dios, es eterno, y vuestro ce»tro es el cetro de la equidad: vos habeis ama»do la justicia, y habeis aborrecido la iniquidad: »por tanto, ó Dios, Dios os ha ungido con un »aceyte excelente, con preferencia á todos vues»tros compañeros.«

Notese, que el Profeta habla á un Dios, cuyo trono es eterno, cuyo cetro es el de la equidad, y que ha sido ungido por Dios, porque amaba la justicia y aborrecia la iniquidad. Con este pasage victorioso llené extraordinariamente de confusiones á un Sábio de los Judíos.

N. 57. El Judío de Celso habla así al Salvadór: *Si decis que todos los que nacen por orden de la Providencia, son hijos de Dios, ¿quál es vuestra prerogativa sobre los demás?*

No se puede negar, que Pablo llama hijos de Dios á los que no obran por temor, sino que practican la virtud por sí misma; pero Christo, principio y manantial de esta virtud, es infinitamen-

te superior á los que no son llamados hijos de Dios, sino con relacion á ella. »Vosotros, dice »Pablo, no habeis recibido un espíritu de servi»dumbre y de temor; sino el espíritu de adop»cion, en virtud del qual exclamámos, Padre mio.« (*Rom.* 8.)

Continúa el Judío de Celso: *Hay muchos hombres, que pretenden, que Jesus cometió la maldad de aplicarse á sí mismo Profecías, que no hacian relacion á él.*

Ignoramos, si Celso ha conocido algunos hombres de estos: sin embargo confesarémos en obsequio de la verdad que profesamos, que antes del nacimiento de Jesus hubo entre los Judíos un cierto Teudas, que se vendia por persona de mucha suposicion; pero apenas murió, desaparecié-ron inmediatamente todos aquellos, á quienes habia seducido. Despues de este, al tiempo del empadronamiento que se hizo quando nació Jesus, Judas Galiléo atrajo muchos Judíos á su partido, por el atractivo de la novedad, y por un falso exterior de sabiduría; pero apenas tambien sufrió el suplicio que merecia, se extinguió su secta inmediatamente; la qual tampoco habia subsistido sino entre un cortísimo número de gentes de las heces del pueblo. Despues de Jesus, Dositéo de Samaria intentó persuadir á sus conciudadanos, que él era el Christo predicho por Moysés; y con efecto, parece, que lo persuadió á algunos. Pero aquí debe hacerse la aplica-

cion de aquella sábia máxima del Doctor Gamaliel, de que se habla en los Actos de los Apóstoles: »Si esta empresa, decia él, proviene de »los hombres, ella se destruirá por sí misma; si »viene de Dios, en vano será que os opongais, »y mirad que habeis de combatir contra el mis»mo Dios." (*Ac. Ap.* 3.) Esto prueba efectivamente, que todos esos impostores no habian sido prometidos, y que ni eran los hijos, ni la virtud de Dios; por consiguiente, que Jesu-Christo es el verdadero Hijo de Dios.

Simón Mago consiguió tambien engañar á algunas personas por medio de su arte; pero yo no creo que actualmente se hallen en todo el mundo ni siquiera treinta sectarios suyos; solo en Palestina conserva todavía un cortísimo número; en todas las demás partes, lejos de tener aquella reputacion á que aspiraba, ni aun seria conocido su nombre, sino fuera por los Actos de los Apóstoles. Por lo que, si es que todavía se habla de él, lo debe agradecer á los Christianos; porque es evidente, que nada hubo jamás de divino en su persona.

N. 58. *y* 59. Habla luego el Judío de Celso acerca de los Magos, y los confunde importunamente con los Caldeos; pero ¿cómo es que nada dice de la estrella, que los Magos viéron en Oriente, y que los determinó á ir á adorar á Jesus? Nosotros creemos, que esta estrella es del número de aquellos astros, que aparecen de tiempo en

tiempo, y se llaman Cometas; y lo que tiene de particular es, que habia sido predicha por Balaám: *saldrá*, dice, *una estrella de Jacob.* (*Num.* 24)

N. 60. Diré tambien á los Griegos, que en el nacimiento de Jesus, infinitamente superior á los Demonios, por razon de la Divinidad que habitaba en él, quando la Milicia celestial hacía resonar los ayres con cánticos en honor suyo, todo el poder de los Demonios quedó abatido ó suspendido, y todos sus prestigios disipados. Los Magos, que tenian comercio con los Demonios (*a*), movidos de este prodigio, juzgáron que debia de suceder alguna cosa extraordinaria, que era la causa de todo: y como por otra parte tenian en sus manos la Profecía de Balaám, que se habia exercitado mucho en el arte de Mágica, no pusiéron duda en que habria nacido algun

(*a*) Es ciertamente muy singular esta opinion de Orígenes; pero como no está apoyada sobre prueba alguna, no hay para que detenernos á destruirla. Nada hay de parte de los Magos, que pueda hacer sospechar la intervencion de los Demonios, ni su ardor por seguir una estrella, que aparece, desaparece y vuelve á aparecer milagrosamente, ni su valor en presencia de Herodes, ni su fe en el establo, palacio extraño del Rey del cielo: antes por el contrario debemos exclamar: *la mano de Dios obra en todo esto.* Seguramente, los Demonios no hubieran enseñado á sus Discípulos que á la frente de los Gentiles fuesen á adorar á su vencedor.

gran Príncipe, denotado por aquel astro, y partiéron inmediatamente con el fin de adorarlo. Este modo de pensar es muy verisimil. Como los Magos no sabian, de qué naturaleza era la soberanía del Príncipe recien-nacido; se previniéron de varios presentes, que eran otros tantos símbolos de las distintas calidades, que reconociéron en él. El oro era para un Rey, la mirra para un mortal, y el incienso para un Dios. Su piedad tuvo recompensa, porque un Angel les advirtió, que huyesen de volver por junto al Rey, Herodes.

N. 61. Ni es cosa extraña, por mas que á Celso le parezca lo contrario, que Herodes maquinase contra la vida de Jesus; porque la maldad es ciega hasta el extremo de querer violentar al mismo Destino. Herodes no reflexionó, que si Jesus era efectivamente Rey, reynaria á pesar suyo, y que si no lo era, su muerte sería un crímen inutil. Para libertar á Jesus del furor de este Príncipe, le advirtió un Angel á Josef, que huyese á Egipto con Jesus y con María. Herodes mandó dar muerte á todos los niños recien-nacidos en Belén y sus contornos, creyendo que el nuevo Rey de los Judios sería comprehendido en esta matanza general; pero no pensaba entonces en aquel poder invisible, que vela sobre las vidas importantes para la felicidad de la humanidad, entre las quales no puede haber ninguna, que lo sea tanto como la de Jesus. En efecto, Je-

sus debia ser Rey, ¡no en el sentido que pensaba Herodes, sino como convenia que lo fuera el que recibia su Reyno del mismo Dios: y así no debia dar á sus vasallos bienes equívocos, sino solamente hacerlos santos y felices por medio de leyes verdaderamente divinas. Esto es puntualmente lo que Jesus nos queria dar á entender, quando dixo: »Si mi Reyno fuera de este mundo, mis va»sallos combatirían ciertamente, porque yo no »fuese entregado á los Judíos; pero mi Reyno no »es de este mundo." (*Joan.* 18.) Porque Celso no comprehende nada en este misterio, nos dice: *Si Herodes temió que Jesus lo destronase con el tiempo, ¿por qué Jesus no ha reynado efectivamente? ¡Qué vergüenza para el Hijo de Dios, llevar una vida errante, y verse reducido á ocultarse, y á mendigar!*

No hay vergüenza ninguna en guardarse del peligro, no por temor de la muerte, sino con el objeto de hacer bien á los hombres durante la vida, hasta que se presente la ocasion de serles tambien útil con la muerte. Los que saben, que Jesus ha muerto por la salvacion del género humano, me comprehenderán con facilidad.

N. 62. Celso afea en Jesus, que hubiese elegido sus Apóstoles entre Publicanos y Pescadores. Podemos responder, que esta misma eleccion es una prueba de que tuviéron necesidad del socorro divino, para enseñar y hacer abrazar su Re-

ligion. Si Jesus hubiera elegido hombres afamados por su sabiduría y por su elocüencia, y consumados en el arte de convencer y de persuadir, habria fundamento para colocarlo en la clase de los Filósofos; nada se veria en la predicacion de los Apóstoles, que no fuese humano; lo qual desmentiria las promesas de su Maestro. Los Predicadores del Evangelio hubieran en tal caso recurrido á aquel arte profano, que va siempre en busca de las gracias del lenguage, y de las sutilezas del discurso: y nuestra creencia, así como la de los Filósofos, tendria por base la sabiduria de los hombres, y no la virtud de Dios.

Pero por el contrario, ¿quién es el hombre, que viendo unos Pescadores y Publicanos sin la menor tintura de Letras (como la Escritura nos lo atestigua, y no pone Celso dificultad en creerlo) quién es, digo', el hombre, que los ve, no solamente disputar atrevidamente con los Judíos sobre la Religion, sino tambien haciendo que la adopten todas las Naciones del mundo, y no indaga de donde puede venir aquel don maravilloso de persuadir? ¿Qué hombre no reconoce en todo esto la mano de Dios, y el cumplimiento de la Profecia de Jesus á sus Apóstoles: *Venid trás mi, y os haré pescadores de hombres?* (*Mat.* 4.)

Nosotros somos testigos de que su predicacion, segun la prediccion del Salmista, (*Sal.* 18.) ha

llenado toda la tierra, y el sonido de su voz ha resonado hasta en las extremidades del mundo. Así, pues, los que oyen con docilidad esta palabra celestial, están poseidos tambien de cierta virtud celestial, que se echa de ver en sus sentimientos, en sus acciones, y principalmente en el valor y constancia con que sufren la muerte y los suplicios, para dar testimonio á la verdad.

Hombres hay sin embargo, que hacen profesion de la fe en Dios por Jesus, y están desprovistos de esta virtud divina; pero es de advertir que no tienen sino el exterior de la fe.

N. 63. Celso trata á los Apóstoles como á hombres de baxa ralea, de Marineros viles, y de Publicanos infames; de suerte que parece que va tomando de nuestros libros lo que ve que nos es menos ventajoso; mas no se cuida de creer lo que lo convenceria de la divinidad de nuestra doctrina. Pareceme sin embargo, que la sinceridad con que nuestros Autores refieren lo que les es mas contrario, debia empeñarlo á creer igualmente lo demás.

Yo presumo, que Celso ha tomado este nuevo improperio de la Epístola de Bernabé, donde se lee, que Jesus eligió sus Apóstoles entre los hombres mas viciosos. En el Evangelio de Lucas, le dice Pedro á Jesus: *Apartaos, Señor de mí, porque yo soy un pecador.* (*Luc.* 5.) Y Pablo en la Epístola á Timóteo: *Jesus ha venido á este mundo á*

salvar á los pecadores, de los quales yo soy el primero. (1. *Tim.* 1.) Mas ¿cómo es que Celso no hace mencion de ese Pablo, que despues de Jesus, fue fundador de un número considerable de Iglesias? Sin duda le pareció, que no podia hablar de Pablo, sin explicar por qué este ardiente y cruel perseguidor de la Iglesia de Dios, y de sus Discípulos, se convirtió repentinamente, hasta publicar por sí mismo el Evangelio desde Jerusalén hasta Iliria, y con tanto zelo, que no queria edificar sobre los cimientos de los demás Apóstoles, sino que iba á los lugares á donde no habia penetrado todavía el Evangelio. Pero ¿qué tiene de reprehensible la conducta de Jesus? El qual, queriendo manifestar al género humano la virtud de los remedios que empleaba para curar las almas, escogió unos hombres encenagados en el vicio, y de ellos formó modelos de santidad, y predicadores de su Evangelio.

N. 64. Si á los hombres se les pudiera hacer cargo de los desórdenes, de que ya se han corregido, sería preciso procesar á Fedón en el tiempo en que ya era Filósofo, porque Sócrates, como es notorio, lo hizo pasar de un lugar infame á una escuela de Filosofía. ¿Imputarémos tambien á la filosofia la vida extragada de Polemón, succesor de Xênócrates; quando debiamos honrarla, porque dos discípulos suyos consiguiéron sacar del cieno del vicio á estos dos hombres?

Fedón y Polemón, que yo sepa, son los úni-

cos entre los Griegos, que renunciaron á sus desórdenes para entregarse á la Filosofía; pero entre los que profesan la doctrina de Jesus, no solamente se han de contar los doce de quienes he hablado, sino tambien otros infinitos, que son tenidos por sábios, y nos dicen ahora: »Nosotros eramos tambien antes insensatos, incrédulos, juguetes del error, del deleyte, de las pasiones; estabamos poseidos de la envidia y de »la maldad; eramos objeto del aborrecimiento de »todo el mundo, y á todo el mundo aborrecia»mos mutuamente; pero la bondad de Dios, nues»tro Salvadór, por el género humano, se nos hi»zo manifiesta, y fuimos mudados de este mo»do, por medio del Sacramento, en que el Es»píritu Santo nos ha regenerado y renovado." (1. *Tit.* 3.) *El Señor*, dice el Rey Profeta, *ha enviado su Verbo, que los ha curado y purificado* (*Sal.* 107.)

Puedo tambien añadir, que Crisípo, en su *Arte de curar las pasiones*, afirma, que no pára la consideracion en la verdad de los principios para curar las pasiones; pero que quiere que cada secta trabaje en esto, segun sus dogmas particulares. ¿Y qué secta puede en esta parte entrar en cotejo con los Christianos? ¿No ven por ventura los mismos calumniadores de nuestra Religion, que ella sola ha calmado las pasiones de innumerables personas, ha extirpado sus vicios, y domeñado sus costumbres? Convenia, pues, indubi-

tablemente, que los que se sienten animados de un desmedido zelo por el bien público, se manifestasen mas reconocidos á una Religion, que hace tan esenciales servicios á los hombres, y que dixesen de ella, que ya que no fuese verdadera, por lo menos era muy provechosa.

N. 65. Jesus, para preservar de la temeridad á sus Discípulos, les decia: »Quando os persigan »en una ciudad, huid á otra; y si en esta os per»siguen de nuevo, seguid huyendo.« (*Matt.* 10.) Él mismo les dió exemplo de valor y de prudencia á un mismo tiempo, no arrojandose jamás precipitadamente y sin razon en el peligro.

Acusa Celso á Jesus, y le forma un nuevo crímen porque huyó por todas partes con sus Discípulos. Pero lo mismo, vemos, que hizo Aristóteles; el qual luego que fue acusado de que habia enseñado dogmas impios; desamparó á Atenas, y abrió su escuela en Calcis, y les dixo á sus amigos: »huyamos de Atenas, para que los »Atenienses no cometan un nuevo crímen con»tra la Filosofía.«

Dice Celso, que *Jesus andaba errante aqui y acullá con sus Discipulos, mendigando la vida vergonzosamente.* Pero ¿de dónde lo sabe? Los Evangelios nos dicen, que las mugeres, á quienes Jesus habia curado, le suministraban todo lo necesario. ¿Y qué Filósofo hay, que no haya recibido igual socorro de sus conocidos y de sus Discípulos? Pues si esta conducta es honesta y decen-

te en los Filósofos; ¿por qué ha de ser baxa é infame en los Discípulos de Jesus?

N. *66.* Sigue el Judío de Celso hablando con Jesus: »¿Qué necesidad teniais de huir á Egip»to en vuestra infancia? ¿Huisteis por miedo á »la muerte? Pero el miedo de la muerte no tiene »cabida en un Dios. Un Angel, que descendió »del cielo, os avisó á vos y á vuestros Padres, »que os guardaseis todos tres de la muerte, por »medio de una pronta huida. Pues ese gran Dios, »que ya os ha enviado dos Angeles, ¿no podia »libertaros del peligro en vuestra misma casa?« Bien se echa de ver, que Celso no reconoce divinidad ni en el alma, ni en el cuerpo de Jesus. Nosotros creemos, que Jesus es Dios y Hombre todo junto, segun lo dice él mismo: *Yo soy la via, la verdad y la vida; vosotros pretendeis matarme, y matar á un hombre, que os ha dicho la verdad.* (*Joan.* 8. *y* 14.)

Destinado Jesus á vivir como otro qualquiera hombre en medio de los hombres, era consiguiente que no se habia de exponer sin razon al peligro; sino que habia de dexarse gobernar por aquellos, á quienes estaba encomendada su infancia. El Angel, pues, se apareció por dos veces á Joseph, y en la primera le dixo: »Joseph, hi»jo de David, no temas casarte con Maria; por»que lo que ha nacido en ella, es del Espíritu »Santo.« Y en la segunda: »Levantate, toma al »niño y á su madre, y huye á Egipto; y per-

»maneced allí hasta que yo te diga; porque He»rodes quiere buscar al niño para darle muerte.« (*Matt.* 1 *y* 2.)

Nada, me parece, que hay inverisímil en todo esto. El hijo de Dios, que habia tomado la naturaleza humana, ¿no era consiguiente que emplease medios humanos, para libertarse del peligro? Pudo en efecto valerse de otros: ¿quién lo niega? Pero ¿no era mas natural, que Jesus se librase de caer en manos de Herodes por medio de la huida, y aguardase en Egipto á que muriese su enemigo? ¿Acaso hubiera sido mejor, que la Providencia le hubiese quitado á Herodes la libertad de dar muerte á Jesus? ¿O que Jesus se hubiera cubierto con el casco de Plutón, tan decantado entre los Poetas? ¿O que los guardias enviados para darle muerte, hubiesen cegado como los Sodomitas? Estos medios extraordinarios y ruidosos no convenian á un hombre, que autorizado por el testimonio del mismo Dios, queria manifestar que en el hombre que todo el mundo veía, habitaba la Divinidad, el Hijo de Dios propiamente dicho, el Verbo Dios, el Poder, la Sabiduría de Dios, en una palabra Christo. No es este lugar, para explicar la union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en Jesus; reservamos esta especie de instrucciones para los Fieles.

N. 67. El Judío de Celso habla como un Griego consumado en la erudicion de su país. »No-

»sotros, dice, no creemos las fábulas antiguas, »que hablan de los nacimientos de los Dioses, »Perséo, Amfión, Éaco, Minos, aunque no ca»recen enteramente de verisimilitud; pues por lo »menos nos refieren de ellos acciones ilustres, ad»mirables y superiores á las fuerzas humanas. Pe»ro vos, ¿qué cosa ilustre, ni admirable habeis »dicho, ni hecho, por mas que los Judíos os in»timaban, que probaseis con algun prodigio, que »erais el Hijo de Dios?"

Para refutar estos discursos, me contento con exîgir, que los Griegos me citen hechos bastante extraordinarios, y provechosos al linage humano, con los quales se pruebe la divinidad de sus Dioses. No hay que temer, que nos citen cosa alguna comparable con lo que Jesus ha obrado; á no ser que quieran, que nosotros creamos sin pruebas y sobre su palabra, las fabulas mas absurdas, quando ellos miran con desprecio nuestra historia, á pesar de la evidencia de nuestras demostraciones.

Decimos, pues, sin temor de que nos desmientan, que las acciones de Jesus son bien notorias á toda la tierra, y que las Iglesias de Dios, formadas por Jesus, están llenas de aquellos, á quienes ha sacado de toda especie de males y de desórdenes. Aun en nuestros dias, el nombre de Jesus cura las enfermedades del cuerpo y del alma, arroja los demonios, inspira una dulzura inaudita, pureza de costumbres, moderacion, beneficen-

cia y humanidad, á todos aquellos, que no hacen apariencia de ser Christianos con el objeto de algunas ventajas temporales, sino que profesan sincéramente nuestra creencia acerca de Dios, de Christo, y del juicio futuro.

N. 68. Conociendo Celso, que no dexarán de oponerle los milagros de Jesus, aparenta que reconoce la verdad de lo que está escrito en nuestros libros acerca de las curaciones, de la resurreccion, de la multiplicacion de algunos panes, que se halláron aumentados en número, despues de haber comido de ellos millares de hombres, y de los demás prodigios; de los quales, dice, que fuéron bastante exâgerados por los Apóstoles. Pero luego los compara á los juegos de los impostores, y á las maravillas, que vemos hacer á los que han estudiado las ciencias egipcias; los quales por precio de algunos óbolos, arrojan los demonios, curan con un soplo las enfermedades, evocan las almas de los Héroes, hacen que de repente aparezcan animales, y mesas servidas de toda especie de manjares, sin que haya nada de realidad en todo esto. ¿*Y por eso*, dice Celso, *los hemos de creer hijos de Dios*? ¿*No vemos por el contrario, que todas estas cosas son juegos de pícaros, y prestigios de espíritus malignos*?

En esto se ve, que Celso no está muy distante de admitir el poder de la mágia. Pues ¿cómo es que este mismo escribió varias obras contra la mágia? Así es la verdad; pero en esta oca-

sion le convenia comparar los milagros de Jesus con las operaciones mágicas, y lo tuvo por oportuno; no obstante que para que la comparacion fuese exâcta, era preciso que en los milagros no hubiese mas que apariencias engañosas, como sucede en las operaciones de la mágia. No se sabe, que los charlatanes se hayan jamás propuesto corregir á nadie, inspirar el temor de Dios, ó persuadir á los hombres á que vivan, como que ha de llegar un dia, en que Dios los ha de juzgar; ni podrian tampoco conseguirlo; y aun quando pudiesen, ¿es creible que unos hombres entregados á los vicios mas infames, lo hubiesen pretendido?

Pero Jesus, cuyos milagros no tenian mas objeto que la conversion de los que los veian, era al mismo tiempo un modelo de virtudes y de santidad, no solo para con sus Discípulos, sino tambien para con todos los hombres.

Jesus, pues, encargó á sus Discípulos, que anunciasen á los hombres las voluntades de Dios; y se propuso él mismo persuadir á los hombres, mas con su exemplo y sus palabras, que con sus milagros, y hacer los mayores esfuerzos por agradar á Dios en todas sus acciones. Esto supuesto ¿quién será el que se atreva á confundir á Dios con unos miserables charlatanes? ¿Quién será el que no conozca, que en la persona de Jesus ha venido al mundo el mismo Dios, revestido de un cuerpo humano, por salvar á los hombres?

N. 69. 70. y 71. Celso, que todo lo confunde, imputa á todos los Christianos lo que no conviene sino á una secta particular.

Dios, dice, *no tendria un cuerpo, como el vuestro; ni hubiera nacido como vosotros, ni comeria como vosotros.* ¡Mezquinas objeciones, que por otra parte pueden convertirse contra sus Dioses! Nosotros creemos, que Jesus tomó en el seno de una muger un cuerpo semejante al nuestro, y mortal por consiguiente. Por este motivo decimos, que fue un grande Atléta, que sostuvo toda especie de pruebas como los demás hombres; pero que no pecó como los demás hombres. Sabemos con certidumbre, que no conoció el pecado, y que la mentira no contaminó jamás sus labios: por lo qual Dios lo entregó por todos los pecadores, como una víctima, y sin mancha.

Celso trata á Jesus de charlatan, aborrecido de Dios mismo. No es posible, hablando con exâctitud, que Dios aborrezca á ningun hombre: Dios ama á todo lo que exîste, y nada aborrece de lo que ha hecho; pues de lo contrario no lo hubiera hecho: y si es que en nuestras Escrituras se hallan algunos pasages, que al parecer significan lo contrario; se ha de dar por respuesta general, que nuestras Escrituras, para hacerse entender de los hombres, hablan de Dios como sujeto á las pasiones humanas.

Algunas otras objeciones, que Celso añade, ó están ya destruidas, ó no merecen respuesta;

Él se toma la licencia de usar de ciertas groserias é injurias que suenan muy mal en boca de un Filósofo, que no busca sino la verdad, y que solo podia proferirlas un hombre de las heces del pueblo, arrastrado de la pasion.

Aquí finaliza Celso el discurso de su Judío á Jesus: nosotros finalizarémos aquí tambien nuestro primer libro.

LIBRO SEGUNDO.

N. 1. 2. y 3. Celso hace, que su Judío hable despues con aquellos compatriotas suyos, que han abrazado el Christianismo; y para refutar este discurso prueba Orígenes primeramente, que Celso carece de todo fundamento, para acusar á los Judíos convertidos, de que habian abandonado su ley; que estos por el contrario continuaban en practicarla; que Pedro y los demás Apóstoles la observáron tambien por mucho tiempo; y que Pablo se hacía Judío con los Judíos, para convertirlos mejor á Jesu-Christo. Por esta falsa acusacion, y por otras muchas, se echa de ver, que Celso, lejos de haber buscado la verdad, no pensó sino en satisfacer su ciego aborrecimiento contra los Christianos.

N. 4. Lo que se sigue luego, parece, que es de algun peso. *Puesto que vuestra ley, por confesion vuestra, no tiene otro fundamento que la nuestra, ¿cómo es que mirais á esta última con desprecio?*

Es muy cierto, que la ley de Moysés, y los escritos de los Profetas, son como unos primeros elementos de nuestra Religion, á la qual nos conducen al paso que los profundizamos, y procuramos penetrar aquel misterio oculto en la eternidad, revelado por los Profetas, y por la veni-

da de Jesu-Christo. Pero es falso, que nosotros despreciemos la ley de Moysés; antes bien la honramos descubriendo la profunda sabiduría oculta baxo una corteza, que nunca han sabido romper los Judíos. Por lo demás, ¿qué tiene de extraño, que el Evangelio esté fundado sobre la Ley? El mismo Jesu-Christo les dice á los que no querian creer en él: »Si creyerais á Moysés, »me creeriais tambien á mí, porque ha escrito »de mí; pero si no creeis lo que él ha escri»to, ¿cómo es posible, que creais lo que yo os »digo?« (*Joan.* 4.)

El Evangelista Marcos comienza su Evangelio citando á los Profetas; como dando á entender, que de allí trae su origen. Lo que el Judío de Celso dice no es contra nosotros: *Si teneis alguna profecía acerca de la venida del Hijo de Dios entre los hombres, es de uno de nuestros Profetas, de un Profeta de nuestro Dios.* El bautismo de Jesus por el Judío Juan Bautista, tampoco nos sirve de embarazo. Pregunto, pues, ahora: ¿se sigue de todo esto, que qualquiera Gentil ó Judío, que se hace Christiano, está obligado á seguir á la letra la ley de Moysés?

N. 5. Celso da el título de patrañas á nuestros dogmas sobre la resurreccion de los muertos, el juicio de Dios, las recompensas de los buenos, y el fuego destinado para los malos. Él se figura que ha destruido el Christianismo, con solo decir, que nada hay nuevo en él.

Nosotros le responderémos, que Jesus, testigo de la corrupcion y del endurecimiento de los Judíos, les predixo, que les sería quitado el Reyno de Dios, para transferirlo á los Gentiles. Por eso vemos todos los días, que los Judíos, privados de la luz que les daria la inteligencia de las Escrituras, se alimentan precisamente de fábulas y delirios. Solamente los Christianos están en posesion de la verdad, que eleva el alma y el espíritu, y hace que el hombre desee con ánsia hacerse ciudadano, no de una ciudad terrestre, como los Judíos, sino del mismo cielo. Lo que nosotros decimos se echa de ver con facilidad en los que han sondeado las profundidades de la Ley y de los Profetas, y están en estado de manifestarlas á los demás.

N. 6. Y porque Jesus haya observado todos los ritos de la Ley y de los sacrificios, ¿en qué se menoscaba su calidad de Hijo de Dios? En nada; siempre es el Hijo de Dios, que ha dado la Ley y los Profetas; y nosotros que componemos su Iglesia, no violamos esta Ley; solamente despreciamos las fabulas de los Judíos, y nos instruimos y corregimos indagando el sentido místico de la Ley y de los Profetas; porque los Profetas mismos nos advierten, que quando los leamos, no pongamos la consideracion en el sentido literal é histórico. Quando refieren historias, *yo abriré*, dicen, *la boca para pronunciar parábolas; yo referiré las maravillas de los primeros tiem-*

pos. (*Sal.* 77.) Otras veces, le piden á Dios que les descubra la inteligencia de la Ley, porque se reconocen incapaces de penetrarla sin este auxîlio. *Abrid, Señor, mis ojos, y contemplaré las maravillas de vuestra Ley.* (*Sal.* 118.)

N. 7. Yo quisiera, que se me hiciese ver una sombra de vanidad en los discursos de Jesu-Christo. ¡Jesus vano! quando nos dice: »Aprehended »de mí, que soy apacible y humilde de corazon, »y conseguiréis el descanso de vuestras almas.« (*Mat.* 11.) ¡Jesus vano! quando nos consta, que despues de la Cena se quitó sus vestiduras, tomó un lienzo, y echó agua en una palangana, para lavar los pies á sus Discípulos. ¡Jesus vano! que nos dice: »Yo estoy en medio de vo»sotros como siervo, y no como señor.« (*Luc.* 22.)

¿Y quién se atreve á acusar á Jesus de que dixo grandes falsedades? Expliquesenos, pues, lo que es *una grande, y una pequeña falsedad*: porque á mí me parece, que todo lo que es falso, así como todo lo que es verdadero, lo es igualmente, sin que haya mas ni menos en esta parte.

¿Qué impiedades cometió Jesus? Diganoslas Celso. ¿Acaso fue impiedad el haber abolido todo lo que es carnal y grosero, las ceremonias, la circuncision, el sábado, las neoménias, la distincion de viandas puras é impuras, para de este modo elevar el alma á una Ley digna de Dios, verdadera, espiritual, y para obligar tambien á los que son *Embaxadores de Christo, á que sean*

Judíos con los Judíos, para atraer á los Judíos; y á que estén baxo la Ley con los que están baxo la Ley, para ganar á Jesu-Christo los que están baxo la Ley? (1. *Cor.* 9.)

N. 8. *Todos los que quieran ser engañados*, dice el Judío de Celso, *podrán encontrar facilmente personas como Jesus.* Muestrenos, pues, no digo muchas, ni aun algunas, sino una sola, que haya enseñado una doctrina tan provechosa á los hombres, y tan poderosa para sacarlos del abismo del vicio. »¿Cómo podia ser, añade luego para res»ponder á los Christianos, que los Judíos, que »han enseñado á los demás, que Dios enviaria su »Christo, para que tomase venganza de los ma»los; cómo, digo, podia ser, que lo desechasen »despues de su venida?"

Vergüenza nuestra sería, que respondiesemos con seriedad á una dificultad de esta especie. Lo mismo es todo eso que si dixerais: nosotros hemos dado lecciones de templanza y de justicia; ¿será, pues, creible, que cometamos nada contra estas dos virtudes? No hay cosa mas comun entre los hombres, ni mas conforme al carácter del hombre, que hacer profesion de creer á los Profetas, que anunciáron la venida de Christo, y no creer en él, despues que haya venido.

Por otra parte, esta incredulidad habia sido ya predicha. »Vosotros, dice Isaías, oiréis con »vuestros oidos, y nada comprehenderéis; mira»réis con vuestros ojos, y nada veréis." (*Is.* 6.)

¿ Quándo, pues, ha podido cumplirse esta espantosa Profecía, sino quando los Judíos, viendo con sus propios ojos á Jesus, no supiéron conocer quién era; y quando oyendo sus discursos, no quedáron heridos de la Divinidad que brillaba en ellos, y que apartó de aquel pueblo sus cuidados paternales, para trasladarlos á los que de entre los Gentiles le fuesen fieles? Por eso, desde la venida de Christo, vemos á este pueblo enteramente abandonado de Dios, despojado de todo aquel esplendor y divinidad, que tenia en otro tiempo; ya no tiene profecías ni milagros. Entre los Christianos por lo menos han quedado algunos restos; y si es que nuestro testimonio puede ser aquí de algun peso, podemos decir, que hemos visto cosas mas admirables todavía, que las que han sido motivo de la mayor admiracion entre los Judíos.

¿*Por qué motivo, pues*, réplica el Judío de Celso, *hemos tratado injuriosamente al que habiamos anunciado*? ¿*Para que se nos castigára con mayor rigor que á ningun otro pueblo*? Verdad es, que los Judíos, por razon de su incredulidad, y por lo mucho que han ultrajado á Jesus, serán castigados con mayor rigor que los demás, en el dia del juicio que aguardamos; y ya lo han sido tambien. Porque ¿qué Nacion hay, que haya sido, como los Judíos, arrojada de sus hogares, de su capital, y del centro de su Religion? Los Judíos han padecido todas estas calamidades, no tanto

por la multitud de crímenes que han cometido, quanto por haberse atrevido contra nuestro Salvador Jesus.

N. 9. El Judío continúa: »¿Debiamos por ventura mirar como un Dios, á un hombre, que por »confesion de todos, nada hizo de lo que habia »prometido; y el qual, luego que lo convencimos, »lo condenamos y juzgamos reo de muerte, se »ocultó vergonzosamente, y fue preso al tiempo »de la huida, porque lo entregó uno de aquellos »que él llamaba Discípulos suyos? ¿Hay cosa mas »indigna de Dios, que huir, y ser arrastrado »entre hierros? ¿Hay cosa mas indigna de uno »que se creía Salvadór, Hijo de Dios, y un An»gel, que llegar á verse abandonado y entrega»do por aquellos mismos con quienes vivia con »la mas íntima familiaridad, y que debian res»petarle, como á su Maestro?"

Respondemos, que nosotros no creemos que ese cuerpo, que se veía y se tocaba, fuese Dios; ni lo creemos tampoco del alma, de la qual decia el mismo Christo: *Mi alma está triste hasta la muerte* (*Mat.* 26.): sino que, así como el que dixo: *yo soy el señor Dios de toda carne; no ha habido otro Dios antes de mi, ni despues de mi lo habrá tampoco* (*Jer.* 32. *Is.* 43.), fue Dios, lo que tambien creen los Judíos, que se sirvió del cuerpo y del alma del Profeta, como de órganos; del mismo modo, el Verbo Dios, é Hijo del Dios del universo, dixo en Jesus: *Yo soy la via, la*

verdad y la vida, yo soy el pan vivo, que ha baxado del cielo. (*Joan. 6. y* 14.)

Podemos con fundamento acusar á los Judíos, de que no han adorado como á Dios á Jesus, cuya divinidad habia sido anunciada tantas veces por sus Profetas. ¿Y á quién dixo Dios en el Génesis: *hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*, sino á su Hijo, á su Verbo, á aquella palabra, que es la vida y la verdad, y por quien todo se ha hecho?

Facilmente se puede demostrar por muchos pasages de la Escritura, que el que dixo en Jesus, *yo soy la via, la verdad y la vida*, no está absolutamente circunscripto á lugar alguno determinado, y que está donde su cuerpo y alma no están. Juan Bautista, su Precursór, dixo de él á los Judíos: *el que vosotros no conoceis, que vendrá despues de mi, está en medio de vosotros.* (*Joan.* 1.) No hubiera hablado de este modo Juan Bautista, si hubiera creido que el Hijo de Dios no estaba, sino donde se veía su cuerpo. Jesus tambien, para elevar á sus Discípulos á pensamientos mas altos: *donde se congregaren*, dice, *dos ó tres en mi nombre, yo estoy en medio de ellos: vedme aquí, que estaré siempre con vosotros, hasta la consumacion de los siglos.* (*Matt.* 18. *y* 28.)

Por lo demás, nosotros no pretendemos separar á Jesus del Hijo de Dios; porque desde la Encarnacion, el Verbo de Dios está unido estrechamente con el cuerpo y alma de Jesus: *Si el*

que se une con el Señor, forma un mismo espíritu con él, como dice Pablo (1. *Cor.* 6.); con mayor razon el Verbo de Dios no será sino uno, pero de un modo mas sublime y divino, con la naturaleza humana, con la qual se ha unido hipostáticamente. Así es, que él mismo declara y demuestra á los Judíos, que es el poder de Dios, obrando milagros, que Celso trata de prestigios, y que los Judíos atribuían á Belzebuth, Príncipe de los demonios: acusacion calumniosa, desmentida por el mismo Jesus. (*Matt.* 12.)

N. 10. *Pero no ha cumplido lo que habia prometido.* Esto es lo que no probará Celso, por mas que lo intente. Todo quanto alega, ya contra Jesus, ya contra nosotros, es sacado de las fábulas, ó de pasages de la Escritura mal entendidos. Y puesto que repite todavía: *nosotros lo convencimos, lo condenamos y juzgamos reo de muerte*, haga por demostrarnos, de qué crímenes lo convenciéron unos enemigos, que por todos medios buscaban falsos testimonios para perderlo; á no ser que se tenga por un gran crímen, el haber dicho: *Yo puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarlo en tres dias.* Lo que Jesus decia del templo de su cuerpo, ellos lo entendiéron de un templo de piedra, que miraban con mas veneracion, no obstante que el primero era mas augusto, porque era el verdadero templo del Verbo de Dios, de la sabiduria y de la verdad.

Hagasenos ver tambien la infamia en la hui-

da de Jesus, para libertarse del furor de sus enemigos. *Pero al cabo fue preso*, nos dicen. Si se entiende, que lo fue á pesar suyo, es falso; porque antes él mismo quiso entregarse, como el Cordero de Dios, al arbitrio de los hombres, en el tiempo que habia determinado, para borrar los pecados del mundo.

»Como Jesus sabía todo lo que le habia de »suceder, se adelantó y les dixo: ¿A quién bus»cais? Ellos respondiéron: A Jesus de Nazaréth. »Jesus les dixo: Yo soy. Judas, que lo entre»gaba, estaba con todos ellos. Apenas Jesus les »dixo, *Yo soy*, volviéron pasos atrás y cayéron »en tierra. Volvió á preguntarles de nuevo: ¿A »quién buscais? Y ellos respondiéron igualmente: »A Jesus de Nazaréth. Ya os he dicho, repli»có Jesus, que Yo soy; si me buscais, pues, á »mí, dexad que todos estos se retiren." (*Joan.* 18.) Luego dixo al que habia sacado la espada para defenderle, y cortado la oreja de un siervo del Pontífice: »Vuelve tu espada á su lugar: por»que todos los que empuñen la espada, perece»rán por la espada. ¿Piensas que yo no puedo »orar á mi Padre, y que no me enviaria al pun»to mas de doce legiones de Angeles? Pero ¿có»mo se cumplirian las Escrituras, que predicen, »que ha de suceder todo esto?" (*Matt.* 26.)

Si hay alguno, que dé el nombre de fabulas á la relacion de los Evangelistas; ¿no tendrémos derecho tambien nosotros, para mirar por el

contrario como fábulas, todo lo que la pasion y el aborrecimiento han inventado contra Jesus y contra sus Discípulos; y para creer todo lo que han gritado unos hombres, cuya constancia en sufrir toda especie de suplicios, ha sido la mayor prueba de su buena fe? Una constancia semejante, que se ha mantenido firme hasta la muerte, sin desmentirse jamás, borra en ellos toda sospecha de impostura, y convence á todo juez sensato é imparcial, de que los Discípulos han reconocido verdaderamente por el Hijo de Dios á un Maestro, por quien han despreciado la muerte y los suplicios.

N. 11. En quanto á lo que Celso dice, esto es, que Jesus fue entregado por sus Discípulos, es cierto que el Evangelio le ha suministrado este motivo de acusacion; pero Celso le ha añadido algo, porque habla en general de los Discípulos, siendo así que solo Judas fue traidor entre todos ellos. Por otra parte, no se encuentra en su relacion aquella mezcla de respeto hácia el Maestro, de avaricia, de maldad y de remordimientos, que caracteriza á Judas. Si un hombre amante del dinero hasta el extremo de robar á los pobres, devuelve sin embargo á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Ancianos, los treinta dineros que habia recibido; esto es una prueba constante de la fuerza que las lecciones de Jesus conservan todavía sobre este corazon perverso. Estas palabras, *he pecado entregando la san-*

gre del justo (*Matt.* 27.), son la espantosa confesion de su crímen; y por ellas se puede hacer juicio del dolor y de la desesperacion, que lo poseía; de suerte que no pudiendo soportar la vida, arrojó primero aquel funesto dinero en el Templo, se juzgó á sí mismo, y se ahorcó. Tan profundamente grabados como todo eso estaban los preceptos del divino Maestro en el corazon de un ladron, de un traidor, de un hombre malvado.

Quizá los partidarios de Celso negarán todas estas circunstancias; pero supuesto que toman de nuestros libros la relacion de la traicion de Judas, ¿por qué no han de tomar lo demás? ¿Depende acaso de ellos el reusar lo que no les conviene? ¿O ha de ser su pasion el solo juez, y la única regla de crítica? ¡Qué absurdo tan enorme!

Aun todavía podriamos estrechar mas á nuestros contrarios, oponiendoles el Salmo 108 (*a*), que es una profecía de la perfidia de Judas, y de su castigo.

Pero aun quando dieramos de barato, que Judas fue un perverso consumado, y que llegó á borrar enteramente de su corazon todo lo que Jesus habia grabado en él; ¿qué podria concluirse contra Jesus, y contra su doctrina?

N. 12. Las objeciones, que siguen, me pare-

(*a*) Al Salmo 108. se pueden juntar los Salmos 40. y 54.

cen harto pueriles. »Un buen General de exér-
»cito, dice, jamás ha sido entregado por sus sol-
»dados, ni un Capitan de foragidos, por los que
»están baxo su mando. Jesus, pues, que fue ven-
»dido por sus Discípulos, no tiene el mérito de
»un General, ni de un Capitan de foragidos.«
¡Como si no hubiera exemplos de Generales, y de Capitanes de foragidos, vendidos por los suyos! Pero yo quiero que no los haya: ¿qué induccion se puede sacar contra Jesus, de que haya habido un traidor entre sus Discípulos?

Ya que Celso no habla sino de Filosofía, dígame por su vida: ¿qué crimen se le puede hacer á Platón, porque su Discípulo Aristóteles abandonó la escuela de su Maestro, condenó su opinion acerca de la inmortalidad del alma, y ridiculizó sus ideas? ¿Dirémos por eso, que Platón no era un buen dialéctico, que no sabía sostener sus dogmas, ó que estos eran falsos? ¿No podia suceder por el contrario, que la verdad estuviese de parte de Platón, como lo aseguran sus partidarios, y que Aristóteles hubiera sido un mal corazon, y un discípulo desagradecido? Crisipo tambien, en muchos escritos suyos, se empeña en criticar á Cleanto, y en establecer opiniones opuestas á las de este Filósofo, no obstante que siendo joven aprendió de él los elementos de la Filosofía. Añadase á todo esto, que Aristóteles fue discípulo de Platón por espacio de veinte años, y Crisipo lo fue de Cleanto por

mucho tiempo; lo que no se puede decir de Judas, que apenas estuvo tres años enteros en compañia de Jesus. Por otra parte, no hay cosa mas freqüente en las vidas de los Filósofos, que lo que Celso opone contra Jesus, con motivo de Judas. Los Pitagóricos erigian cenotáfios á los que abandonaban la Filosofia, y volvian á su primer género de vida; y estas especies de infidelidades no causaban perjuicio á sus dogmas, ni á sus discursos.

N. 13. Continúa despues el Judio de Celso, diciendo, que sabe de Jesus muchas anecdotas ciertas, y muy distintas de lo que refieren sus Discípulos, pero que las pasa en silencio con todo acuerdo.

¿Quáles, pregunto, pueden ser esas anecdotas? Yo creo, que todo esto es una figura, ó ficcion de Retórica: porque nada puede alegar Celso auténticamente, sino lo que le suministra el Evangelio, ni proponer alguna objecion convincente contra Jesus, y contra su doctrina. Acusa tambien á los Discípulos, de que testificáron falsamente que su Maestro Jesus previó y predixo todo lo que le sucederia; pero diga Celso lo que quiera, esto se puede probar facilmente.

Nuestro Salvadór hizo várias profecias, que encierran todo lo que despues de su muerte habia de suceder á los Christianos. ¿A quién no admirará la que se sigue? *Vosotros seréis por causa mia presentados ante los Reyes y los Magistrados, para*

dar testimonio á ellos y á los Gentiles.

Otras profecías hay tambien, en que Jesus anuncia las persecuciones, que se habian de levantar contra sus Discípulos. ¿Por ventura se habia visto jamás entre los hombres doctrina alguna expuesta á la persecucion, para que nuestros calumniadores puedan decir, que Jesus, viendo sus falsos é impíos dogmas desacreditados, se habia imaginado, que adquiriria mucha gloria prediciendo á los suyos estas persecuciones? Si algunos debian haber sido arrastrados ante los Reyes y los Magistrados, por aborrecimiento de su doctrina; ¿por qué no lo fuéron los Epicureos, que destruyen la Providencia? ¿Por qué no los Peripatéticos, que aseguran, que las oraciones y los sacrificios de nada sirven?

No hay que decir, que los Samaritanos son tambien castigados por causa de su Religion; es verdad, que las leyes los condenan á muerte, pero esto es solamente quando se circuncidan, porque las leyes no permiten la circuncision, sino es que sea á los Judíos. Jamás se ha oído decir, que un Juez haya exâminado á un Samaritano, y le haya dexado la opcion, ó de quedar absuelto con tal que abjure su Religion, ó de ser condenado á muerte, si permanece en ella. Los Christianos son los únicos, para quienes estaba reservado este mal tratamiento, segun el oráculo de Jesu Christo: *Vosotros seréis por causa mia presentados ante los Reyes y Magistrados.* (*Mat.*

10.) Mirad tambien el tono de autoridad, con que Jesus se explica: »Al que me confiese en presen»cia de los hombres, lo confesaré yo tambien »en presencia de mi Padre, que está en el cie»lo; y al que me negase en presencia de los hom»bres, lo negaré yo tambien en presencia de mi »Padre.«

Trasladáos al tiempo, en que Jesus vivia; poned atencion en lo que predecia antes que hubiera sucedido ninguna cosa semejante; á no ser que querais decir, que todas estas son palabras al ayre, á que no se debe dar crédito alguno. Pero aun quando dudaseis de la verdad de su profecía, convendréis sin embargo, que si el acontecimiento la justifica, si la Religion de Jesus permanece inalterable, á pesar de los esfuerzos de los Magistrados, y aun de los Soberanos para exterminar á todos los que la profesan; sí, convendréis entonces en que Dios ha comunicado su poder al Autor de esta Religion, y que no ha profetizado todos estos obstáculos, y todas estas persecuciones, sino porque estaba seguro de que triunfaria de todo.

¿Y quién será el que no admire el oráculo de Jesu-Christo: *Este Evangelio será predicado en todo el mundo, para que sirva de testimonio á todas las Naciones* (*Mat.* 24.), si reflexiona, que en efecto ha sido predicado en todo el mundo, á todos los hombres, Griegos, Bárbaros, sábios é ignorantes? De manera que esta divina palabra ha

vencido todos los obstáculos, y ha persuadido á los hombres de todas condiciones.

Por lo que hace al Judío de Celso, que no quiere creer que Jesus previese todo lo que habia de sucederle, sería muy oportuno que nos explicase, cómo pudo Jesus predecir la destruccion de Jerusalén por los Romanos, quando esta Ciudad estaba todavía floreciente, y habia libertad en ella para profesar la Religion Judáyca.

Siquiera no se nos podrá negar, que los Discípulos de Jesus dexáron por escrito en los Evangelios la doctrina, que habian recibido de su Maestro, y juntamente la relacion de sus acciones. En este Evangelio, pues, leémos: *Quando viereis, que Jerusalén es acometida por un exército, sabed que se acerca su ruina* (*Luc.* 21.): sin embargo de que en el tiempo de Jesus no habia exército que amenazase acometer á Jerusalén. El sitio de Jerusalén comenzó, baxo Nerón, y duró hasta el reynado de Vespasiano, cuyo hijo, llamado Tito, arruinó enteramente aquella desgraciada Ciudad. Josefo refiere, que esto sucedió por causa de la muerte de Santiago el Justo, hermano de Jesu-Christo; pero es constante, que fue por causa de la muerte del mismo Jesus, Hijo de Dios.

N. 14. Celso podia haber confesado, ó concedido por lo menos, que Jesus habia previsto lo que le sucederia, y burlarse al mismo tiempo, como lo ha hecho por lo que hace á los milagros

de Jesus, que él llama prestigios: porque en tal caso podria decir, que se han conocido várias gentes, que han llegado á saber lo que les sucederia, por medio de augurios y de auspicios, y por el exámen de las entrañas de las víctimas, y del estado del cielo al tiempo de su nacimiento. Pero no se ha atrevido á hacerlo así, porque ha mirado las profecías, como muy superiores á los milagros. Tambien Flegón, en el decimotercero ó decimoquarto libro de su Crónica, reconoce en Jesus la ciencia de las cosas futuras, y dice, que lo que predixo sucedió efectivamente. Verdad es, que se equívoca en quanto al nombre, porque toma á Pedro por Jesus; mas no por eso dexa de seguirse de esta confesion forzada, que los fundadores de nuestra Religion eran iluminados de una luz divina.

N. 15. Añade Celso, que *los Discípulos de Jesus, porque no podian ocultar ciertos hechos, que habian llegado á hacerse públicos, no tuviéron otro arbitrio, que hacer que su Maestro los predixera.* Pero no repara en el candor de los Discípulos, que no han temido escribir ellos mismos, que Jesus les habia predicho, que *por él se escandalizarian todos en aquella misma noche*, y que esta prediccion se habia verificado; como igualmente la otra que les habia hecho, *de que antes del canto del gallo, lo negaria Pedro tres veces.* (*Mat.* 26.)

Ciertamente, á no haber sido tan grande la buena fe, y la sinceridad de los Evangelistas; á

haber sido impostores, como pretende Celso, no hubieran escrito nada de todo esto: y sin su relacion, ¿quién lo sabria? Parece tambien, que les interesaba guardar un profundo silencio en esta parte, segun el objeto que se proponian de inspirar el desprecio de la muerte á los que abrazasen el Christianismo; pero todo lo contrario, confiados en la fuerza de la palabra evangélica, que habia de subyugar al universo, no dudáron confesar lo que sabian muy bien, que no les habia de parar perjuicio alguno.

N. 16. »Los Discípulos de Jesus, continúa in»discretamente Celso, han imaginado todas estas »predicciones, para excusar á su Maestro. Esto »es cabalmente, como si sostuvierais que un hom»bre era justo, honesto é inmortal, y dieseis por »prueba, que habia hecho injusticias, y come»tido muertes, y finalmente que habia muerto; »pero que primero lo habia predicho todo.“

El defecto de estas comparaciones salta á los ojos. No es seguramente ningun absurdo lo que nosotros decimos de Jesus, esto es, que al paso que suministró á los hombres exemplos de una vida santa, les enseñó tambien á morir por Dios. Su muerte por otra parte fue infinitamente provechosa al linage humano, como lo hemos ya demostrado. Celso piensa, que la confesion que hacemos de la pasion de Jesus, le da grandes ventajas sobre nosotros; pero él sin duda ignora lo que con tanta sabiduría escribió Pablo acer-

ca de este misterio, y los oráculos de los Profetas sobre este asunto.

Por lo demás, no dirémos nosotros, como dicen algunos hereges, que Jesus no murió, sino en apariencia; porque de aquí se seguiria, que su resurreccion no habia sido tampoco sino aparente: pero como su muerte fue real é indubitable, lo fue su resurreccion del mismo modo.

Siguen ahora algunos argumentos contra los Filósofos Paganos, que dan por ciertas algunas resurrecciones.

¿Y qué tiene de invérisimil, que el que ha obrado prodigios tan superiores á las fuerzas humanas, y al mismo tiempo tan ciertos, que no pudiendo negarlos Celso, se ve precisado á darles el título de prestigios; qué tiene, digo, de inverisimil, que este mismo se haga admirar mas todavía en su muerte; y que su alma, despues de haber salido del cuerpo que animaba, vuelva á él de nuevo quando le parezca?

Así habla Jesus en el Evangelista Juan: »Nadie me quita mi alma, sino que yo mismo la »dexo; porque tengo poder para abandonarla, y »volverla á tomar á mi arbitrio.« (*Joan.* 10.)

No nos detendrémos mas á responder á la objecion de Celso, contra la prediccion que Jesus habia hecho de lo que le sucederia. *Pero ¿cómo es posible que se pruebe*, continúa nuestro Contrario, *que el que ha muerto es inmortal*? Sepa primero Celso, que no decimos nosotros, que *el*

que ha muerto es inmortal, sino *el que ha resucitado de entre los muertos*: y no solamente no es inmortal el que ha muerto, sino que Jesus, Dios y hombre, no era tampoco inmortal antes de su muerte, puesto que debia morir. El que morirá no es ciertamente inmortal, sino solo aquel, que ya no ha de morir, como Christo, por exemplo, que una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere, ni la muerte lo dominará; por mas que digan los que son incapaces de entender este lenguage.

N. 17. Vease aquí otro nuevo argumento, que no es mas racional que el antecedente. »¿Qué »Dios, ó qué Demonio, ó qué hombre sábio, »previendo los males que han de sucederle, irá »de su motivo á precipitarse en ellos, en vez de »libertarse, si es que puede?"

¿Por ventura ignoraba Sócrates, que habia de morir, si bebia la cicuta? No por cierto: él era dueño de salvar su vida, y podia escapar de la prision, siguiendo el consejo de Critón; pero antes quiso morir como Sábio, que vivir sacrificando sus principios.

Leonidas, General de los Lacedemonios, sabía tambien, que iba á ser derrotado juntamente con su exército en Termópilas; pero no quiso rescatar su vida á costa de su gloria. *Comamos*, les decia á sus compañeros, *como hombres que han de cenar en los infiernos*. Cosa es muy facil hallar muchos exemplos de esta naturaleza.

¿Es extraño, que Jesus, viendo próxîma su muerte, se ofreciese á ella, en vez de huirla? De Pablo, su Discípulo, se sabe, que sin embargo de que era sabedor de lo que le habia de suceder en Jerusalén, no dexó por eso de seguir su camino hácia aquella Ciudad, y reprehendió agriamente á los fieles, que hendian en lágrimas, y procuraban detenerlo. Muchos tambien entre nosotros, seguros de que moririan, si insistian en confesar su Religion, y de que serian absueltos y recobrarian sus bienes, si la abjuraban, desdeñáron la vida y escogiéron la muerte.

N. 18. Pasan todavía mas adelante los absurdos de nuestro enemigo. »Si Jesus, dice, predi»xo, que el uno lo entregaria, y el otro lo ne»garia, ¿cómo es, que los dos no lo temiéron »como á un Dios? ¿Cómo despues de esto pu»diéron entregarlo y negarlo?"

Aquí se contradice Celso, y es de admirar, que un Sábio no lo eche de ver: porque si Jesus previó como Dios lo que sucederia, y la presciencia divina no puede engañarse; no es posible por consiguiente, que aquel, de quien Dios habia previsto, que lo entregaria ó lo negaria, dexe de entregarlo ó de negarlo: pues de lo contrario, el que hubiere predicho la traicion del uno, y la negacion del otro, sería un falso Profeta. Quando Jesus previó la traicion, la vió en su principio, que es la depravacion del corazon; y quando previó la negacion, la vió igualmen-

te en su principio, que es la flaqueza del alma. Y no porque el mismo Jesus hiciese sabedores de todo esto á Pedro y á Judas, era posible que ambos sanasen inmediatamente, el primero de su flaqueza, y el segundo de su corrupcion.

¿Y de dónde ha sacado Celso lo que añade luego, esto es, *que los dos Discipulos mencionados no hiciéron absolutamente aprecio de Jesus*? Ya hemos probado todo lo contrario, por lo que respeta á Judas: no sería dificil demostrar lo propio, por lo que respeta á Pedro, que salió inmediatamente despues de haber negado á su Maestro, y lloró amargamente su infidelidad. (*Mat.* 26.)

Ni lo que sigue tiene mayor solidéz. »Quando un hombre, dice Celso, llega á descubrir, »que le arman lazos, y lo declara á los mismos »que se los armaban; esto solo es bastante, para destruir todo el proyecto, y hacer que los »que lo habian formado se pongan sobre la defensiva.«

Muchos exemplos hay de esta especie de gentes, que por mas que les han averiguado sus intentos, no han dexado de seguir su inclinacion.

Veamos ahora la conclusion de Celso. »Estas cosas, dice, no han sucedido porque hayan »sido predichas, lo qual es imposible: al contrario, por lo mismo que han sucedido, se infiere que no pueden haber sido predichas: porque unos hombres, á quienes se hubiese anunciado, que entregarian y negarian á Jesus, no

»es posible que lo hicieran.“

Con lo mismo con que destruimos los principios de Celso, queda destruida su conclusion. Todas estas cosas eran posibles, supuesto que han sucedido; y por lo mismo que han sucedido, se ve manifiestamente, que la prediccion fue cierta; porque la verdad de una prediccion se prueba por el acontecimiento.

N. 20. Pero oigamos á Celso. »Dios, dice, pre»dixo todo esto: por consiguiente era absoluta»mente necesario, que todo lo que habia sido pre»dicho sucediese. Luego Dios obligó, digámoslo »así, á sus Discípulos y á sus Profetas, con quie»nes comia y bebia, á que diesen por el pie á »todo derecho divino y humano. Pues un Sér tan »benéfico para con todos los hombres, ¿no de»bia serlo todavía mas para con sus amigos? No »hay hombre que haya jamás armado lazos á »otro hombre, con quien come en una misma »mesa: ¿será, pues, posible, que Dios los arme »á aquel á quien admite á su mesa? Y lo que »todavía se resiste mas, ¿será Dios culpable de »aquella perfidia para con los que comen con »él, haciendolos impíos y traidores?“

Pues tú quieres que yo responda á todas las objeciones de Celso, aun á las que me parecen mas frívolas; responderé tambien á esta. Celso piensa, que lo que ha sido predicho sucede, porque ha sido predicho; pero nosotros no pensamos así: pues no decimos, que aquel que ha pre-

dicho, sea causa de que una cosa suceda, porque ha predicho que sucederia; sino que como la cosa ha de suceder siempre, ya sea predicha, ya no lo sea, decimos, que ha dado materia á la profecía. El Profeta ve á un mismo tiempo, que la cosa puede suceder, y puede no suceder, pero que sin embargo sucederá. En una palabra, el Profeta, segun nuestro modo de pensar, no hace que una cosa sea posible ó imposible, ni jamás dice; tal cosa será necesariamente, ó es imposible que no sea. De este modo se han de entender todas las predicciones sobre los acontecimientos, que dependen de nuestra voluntad, ya se refieran en los libros Sagrados, ó en las historias Griegas. El argumento que los Dialécticos miran como una vana sutileza, no sería ningun sofisma, segun Celso.

Citaré, porque me entiendan, una profecía, tomada de nuestras Escrituras, acerca de la traicion de Judas, y la respuesta que el Oráculo dió á Layo, la qual se halla en los historiadores Griegos: que quiero por este instante suponerla cierta, sin que esto se pueda traer á conseqüencia. Notese, que en el Salmo 108. no solamente se predice la traicion de Judas, sino tambien el principio, que lo hace merecedor de todas las imprecaciones del Profeta: *Padezca*, dice, *todos estos males, porque no se ha acordado de tener misericordia, y ha perseguido al hombre infeliz y desamparado.* Judas, pues, debió acordarse de tener mi-

sericordia, y de no perseguir; pero porque en vez de hacer lo que podia, fue traidor, se hizo merecedor de todos los castigos, que el Profeta le anuncia.

Veámos ahora la respuesta que el Oráculo dió á Layo, segun la refiere Eurípides: »Guardate »de tener hijos, á pesar de los Dioses; porque »si llegas á tener un hijo, te dará la muerte, y »toda tu casa nadará en sangre.«

Es indubitable, que Layo era libre de tener hijos, ó de no tenerlos; pero por haberlos querido tener, se atrajo sobre sí mismo, sobre Jocasta, Edipo y todos sus hijos, las horribles desgracias tan ponderadas sobre el teatro.

Pasemos ahora al sofisma de que hablabamos poco hace. No se puede dudar que lo es, por exemplo, el discurrir de esta suerte con un enfermo, para quitarle de la cabeza, que consulte al Médico: Si tu destino es curar, tú curarás, ya consultes al Médico, ya no lo consultes; si por el contrario tu destino es no sanar, no sanarás, ora te sirvas de Médico, ora no te sirvas. Siendo, pues, precisamente tu destino, sanar ó no sanar; es en vano, que en estos casos acudas al Médico.

A este sofisma se responde con otro muy gracioso: Si tu destino es tener hijos, los tendrás, ya cohabites con una muger, ya no cohabites; y si tu destino es no tenerlos, no los tendrás tampoco, siquiera cohabites, siquiera no cohabites

con muger: tu destino es infaliblemente, ó tener hijos ó no tenerlos; con que es en vano que para ello cohabites con muger alguna.

Esta conclusion es falsa sin embargo, porque es imposible tener hijos sin una muger: pues del mismo modo, si necesitas de un Médico para sanar, debes indispensablemente consultarlo. Luego es falsa la conclusion de que en vano se consulta al Médico.

Responderé ahora á la objecion del Filósofo Celso: *Dios lo predixo, por consiguiente es absolutamente necesario, que todo lo que ha sido predicho suceda.* Si por estas palabras, *es absolutamente necesario*, entiende Celso, *que no puede ser otra cosa*, se engaña; si entiende, *que esto sucederá seguramente*, lo qual no impide que esto pueda sin embargo no suceder, en tal caso nada dice Celso contra nosotros. Ni de que Jesus predixese, que el uno lo negaria, y el otro le sería traidor, se sigue de ningun modo, que sea causa de la infidelidad y de la perfidia. Jesus, para quien, á nuestro modo de pensar, está abierto el corazon del hombre, conoció la corrupcion de el de Judas, y viendolo dominado de la sed del oro, y sin inclinacion á su Maestro, dixo, entre otras cosas: *el que conmigo pone la mano en el plato, me será traidor.* (*Mat.* 26.)

N. 21. Lo que sigue inmediatamente es falso y de ninguna entidad: »No hay hombre que haya »jamás armado lazos á otro hombre, con quien

»come en una misma mesa. ¿Será, pues, posible »que los arme contra Dios?"

Pues ¿quién ignora, por el contrario, que hay muchos exemplos de estos? La Historia de los Griegos y de los Bárbaros está llena de ellos: y en prueba de esto el famoso Autor de los versos yámbicos reprehende á Licambo precisamente porque habia violado un tratado sellado *por la sal y la mesa.* Los que por dedicarse al estudio de la Historia, desprecian una ciencia todavía mas necesaria, esto es, la ciencia de vivir bien, podrán citar facilmente un número considerable de acciones de esta naturaleza (*a*).

N. 23. »Si Jesus, continúa Celso, ha sufrido »porque ha querido, y por obedecer á su Padre, »es evidente que todo lo que ha podido sufrir »de este modo, no le habrá causado pena ni do»lor."

Celso no ve que se contradice: porque si concede, que Jesus ha sufrido, aunque sea por obedecer á su Padre, no es posible, que lo que los verdugos le hiciéron sufrir, dexase de causarle pena ó dolor, que siempre es una sensacion molesta. Ignora sin duda, que Jesus tomó un cuerpo como nosotros, sujeto por consiguiente á padecer toda especie de dolores. Verdad es que como lo tomó voluntariamente, sufrió tambien volun-

(*a*) Omitese el Número 22. porque no contiene sino el fin de la objecion referida y refutada en el Número 20.

tariamente todo lo que se siguió á haberlo tomado. Tambien porque quiso, se puso en poder de los hombres, que lo atormentáron con exceso; y todo su designio, como ya hemos probado, fue salvar al género humano por medio de sus sufrimientos y de su muerte.

N. 24. Despues intenta probar Celso, que Jesus sufrió con impaciencia y á pesar suyo. »¿Por »qué, pues, dice, Jesus se queja, llora y pide »con instancia, que lo liberten del temor de la »muerte? Padre mio, dice, aparta de mí este »caliz."

Vease ahora la maldad de Celso. Sin hacer cuenta del candor con que los Evangelistas nos enseñan lo que podian haber callado, trastorna lo que refieren, y supòne lo que no dicen. En ninguno se lee, que Jesus llorase *por temor de la muerte* (*a*). Despues de este pasage, *Padre mio,*

(*a*) Aunque se han añadido al texto de Orígenes estas palabras, *por temor de la muerte*; nada sin embargo se añade al sentido, porque Orígenes responde á Celso, que acusaba calumniosamente al Dios-Hombre, de que por temor de la muerte habia derramado lágrimas, indicio de almas cobardes y pusilánimes. No se trata aquí de aquellas lágrimas virtuosas, que honran á los corazones tiernos y compasivos, y que el Dios-Hombre derramó, porque no las creyó indignas de él. Leemos en San Juan, *cap.* 11. que Jesus lloró la muerte de Lázaro; y en San Lucas, *cap.* 19. qûe lloró sobre Jerusalén, la mas culpable y desgraciada Ciudad que jamás ha habido.

pase de mí este caliz, si es posible, suprime Celso las palabras que siguen inmediatamente, y en las que resplandece la grandeza de alma de Jesus, y su obediencia á su Padre: *Sin embargo hagase tu voluntad y no la mia.* Por esta misma razon pasa en silencio aquel otro pasage, que sigue poco despues: *Si este caliz no puede pasar sin que yo lo beba, cumplase tu voluntad.*

Celso se parece á nuestros Contrarios, que truncan la Escritura para hacerla odiosa, y hacen que Dios diga: *Yo daré la muerte*; pero no añaden: *Yo daré la vida*: lo qual significa, que si Dios da la muerte á los malos, que no viven sino para la desgracia pública, da tambien una vida de mucho mayor precio que esta vida pasagera á los que han muerto para el pecado. Del mismo modo, leen, *yo heriré, y hiere*: y no añaden, *yo sanaré, y sana.* Dios se compara á un Médico, que no hace padecer, y no emplea el hierro sino para curar.

N. 25. Jesus habla, unas veces como el primogénito de todas las criaturas, como quando, por exemplo, dice, *yo soy la via, la verdad y la vida* (*Joan.* 14.); otras, como un hombre: *pretendeis vosotros darme muerte, matar á un hombre, que os dice la verdad, que ha aprendido de su Padre.* (*Joan.* 8.) En el pasage que hemos citado mas arriba: *Padre mio, si es posible, aparta de mí este caliz: pero cumplase tu voluntad y no la mia*, se ve á un mismo tiempo la flaqueza de la carne,

y la fuerza del espíritu. Adviertase tambien, que Jesus no dice solamente, *aparta de mí este caliz*, sino que comienza por una religiosa correccion, *Padre mio, si es posible.*

De otra manera puede tambien explicarse este pasage. Previendo el Salvadór los males, que iban á hender sobre Jerusalén y sobre el pueblo Judío, en castigo del crímen, que estaba próximo á cometer: *Padre mio*, dixo, *si es posible, aparta lejos de mí este caliz*; como si hubiera dicho: supuesto que yo no podria beber este caliz de amargura, á no ser que vuestro Pueblo, que me lo ha de hacer beber, esté enteramente abandonado de vos; os ruego, que si es posible, aparteis lejos de mí este caliz. Y si fuera cierto, como Celso lo ha publicado, que Jesus nada habia sufrido; ¿cómo los Discípulos podian haber sido animados con el exemplo de su Maestro, á sufrir por Dios los mayores suplicios?

N. 26. Convierte Celso su discurso á los Discípulos de Jesus. *Vosotros*, les dice, *no habeis hecho mas que sembrar fábulas, á las quales ni siquiera habeis podido dar el colorido de la verisimilitud.* Pero por lo menos no se puede negar, que han podido con la mayor facilidad prevenir todas las objeciones contra los discursos de Jesus, sin mas que haberlos suprimido. Porque ¿quién tendria noticia de ellos, si los Evangelistas no nos los hubieran transmitido? Celso no ha reparado, que no se debian hacer á unos mismos

hombres, dos acusaciones contrarias; conviene á saber, de que se habian dexado engañar creyendo que Jesus era el Dios predicho por los Profetas, y de que tambien habian pretendido engañar, asegurando de él muchas cosas, cuya falsedad sabian. O ellos han estado en la buena fe, y han escrito lo que creían; ó han querido imponer, y por consiguiente no han sido engañados.

N. 27. Pretende Celso, que hay fieles, que mudan y corrompen sin pudor el texto de los Evangelios, para poder negar las objeciones que les hacen. Yo confieso, que no conozco persona alguna capáz de este atentado, sino es que sea los sectarios de Marción, de Valentino, y quizá tambien de Lucano: conque no hay que imputarlo sino á estos. Así como sería una injusticia acusar á la Filosofía, por los errores de los Sofistas, de los Epicureos, de los Peripatéticos, y de los demás Filósofos; del mismo modo sería injusto, que se le hiciese al verdadero Christianismo responsable de la alteracion de los Evangelios, y de la criminal audacia de las heregías, que nada tienen de comun con la doctrina de Jesu-Christo.

N. 28. Tanto es lo que Celso se enardece contra los Christianos, porque aplican á Jesus las profecías, que dice de ellas, que podrian aplicarse con mucha mayor verisimilitud á otros infinitos. Lo que debia hacer era ponerse de intento

á refutarnos, y á establecer esta paradóxa; y no lisonjearse, como se lisonjea, de que con dos ó tres palabras dichas en tono decisivo, se atraheria los sufragios, resolveria puntos de esta importancia, y destruiria con un solo soplo el fundamento incontrastable, sobre que estriba la fe de los Christianos. Por otra parte, ningun Judío dice lo que Celso le hace decir á un Judío, esto es, que las profecías pueden aplicarse á muchas personas (*a*).

N. 33. »¿Qué ha hecho Jesus, dice Celso, pa»ra merecer que lo adoren como Dios? ¿Ha ma»nifestado un sumo desprecio de sus enemigos? »¿Se ha visto, que se haya reido ó burlado de »todo lo que le ha sucedido?"

El Evangelio nos enseña, que la tierra tembló, las rocas se estrelláron, los sepulcros se abriéron, el velo del Templo se rasgó, el sol se eclipsó, y las tinieblas cubriéron la fáz de la tierra en medio del dia. Si Celso da crédito á nuestros

(*a*) Pasamos por alto los números siguientes hasta el 33, porque no son sino repeticiones, ó argumentos poco concluyentes contra los Judíos. La única advertencia interesante es, que la Providencia habia preparado las vias para la predicacion, y para el progreso del Evangelio, reuniendo las Naciones baxo el Imperio Romano, y haciendo que gozasen de una paz profunda al tiempo del nacimiento de Jesus, autor de una Ley, que debia pacificar el cielo y la tierra, y sofocar todas las semillas de discordia entre los hombres.

libros, quando halla en ellos materia para exercer su crítica, y reusa su testimonio quando establecen la divinidad de Jesus, podemos decirle: ó no los creas absolutamente, y dexate de oponernoslos, ó creelos en un todo, y admira que el Verbo de Dios se haya hecho hombre, por salvar á todos los hombres. ¿No es una maravilla, que el nombre de Jesus sea bastante aun ahora, para curar á todos aquellos, que Dios quiere que curen? En quanto al eclipse y al temblor de tierra, que sucedièron baxo el reynado de Tiberio, quando Jesus estaba en la cruz, ahí está Flegón, que habla de todo esto en el decimotercero ó decimoquarto libro de sus crónicas.

N. 34. Celso hace burla de Jesus, porque habiendo sido preso por sus enemigos, no se puso á sí mismo en libertad. ¿Se sigue por ventura que no pudiera hacerlo? No por cierto. Por nuestras Escrituras sabemos, que un Angel descendió á la prision, en que Pedro estaba encerrado, y que lo hizo salir de ella, rompiendo primero sus cadenas; y que asimismo Pablo y Silas, igualmente cargados de hierro en Filípo Ciudad de Macedónia, se halláron repentinamente libres, prodigío extraordinario del cielo, y las puertas de la prision se abriéron por sí mismas. (*Act. Ap.* 1. *y* 12.)

De todos estos prodigios se burla Celso, al parecer, ó quizá no tiene noticia de ellos; porque de lo contrario no hubiera dexado de decir,

que si las cadenas se rompiéron, y las puertas se abriéron, habria sido en fuerza del encantamento y de la mágia: pues todo su objeto no es mas que persuadir, que nuestro poder no es mayor que el de los Mágicos y Encantadores.

»Pero yo veo, nos dice, que Pilátos, que »condenó á Jesus, no ha sido castigado, como »lo fue Pentéo, que por haber despreciado á los »Dioses, se volvió furioso, y fue despedazado."

Celso ignora, que Jesus, no tanto fue condenado por Pilátos (*a*), quanto por el pueblo Judío; el qual, errante por toda la superficie de la tierra, ha padecido castigos mas terribles y extraordinarios que Pentéo. Mas ¿cómo es que Celso no habla de la muger de Pilátos, que le envió á decir á su marido: *No hagas nada contra ese hombre justo, porque por su causa he sufrido yo muchas cosas en sueños?* (*Matt.* 27.)

Nuestro Adversário, que suprime con el mayor cuidado todas las pruebas de la divinidad de Jesus, escoge en el Evangelio todo lo que le parece puede ser motivo de censura, como, por

(*a*) Eusebio, *lib.* 2. *de su historia*, y otros Historiadores refieren, que Pilátos se mató á sí mismo de desesperacion en Viena en los Gaulas, y se castigó de este modo por el crímen, que la flaqueza y la cobardia le habian hecho cometer contra su propia conciencia. Es cosa muy extraña que Orígenes ignorase este hecho, ó que no se haya servido de él, quando era la respuesta natural á la objecion de Celso.

exemplo, las risadas de los Judíos y de los Gentiles, la túnica de púrpura, la corona de espinas, y la caña puesta en manos de Jesus. Pues vén acá, Celso; ¿de dónde has sacado todas estas circunstancias sino de nuestros Evangelios? ¿Y crees, que sus Autores no habrán previsto, no solamente que tú y tus semejantes las ridiculizariais, sino tambien que todos vosotros seriais mirados con desprecio, por causa de vuestras impías bufonadas contra la Religion, y contra el que se ha sacrificado con tanta constancia por el Christianismo? Mas te valia admirar, sí, admirar, digo, el candor de nuestros Escritores, y el heroismo de Jesus, que sin embargo de verse condenado á muerte y lleno de tormentos, no dió la menor señal de impaciencia ó de flaqueza, y ni siquiera lanzó un suspiro.

N. 35. *y* 36. »¿Por qué Jesus, continúa Celso, »no manifiesta por lo menos ahora su divinidad? »¿Por qué no borra esa ignominia, y venga las »injurias hechas á su Padre y á él mismo?"

Tambien se les podria preguntar á los Griegos, que reconocen la Providencia, y admiten los prodigios, ¿por qué Dios no castiga á los que ofenden á la Divinidad, y niegan la Providencia? La respuesta, que den los Griegos, será tambien la nuestra, aunque nosotros la corroborarémos con mejores razones.

Además de qué, el mismo cielo ha declarado por medio del eclipse del sol, del terremoto,

de la sangre y agua que corriéron del costado de Jesus, despues que habia espirado, siendo así que la sangre y los licores se coagulan en todos los cuerpos inmediatamente despues de la muerte; el cielo, vuelvo á decir, ha declarado por medio de una infinidad de prodigios, que Jesus crucificado era mas que hombre, esto es, que era Dios. Por lo qué, el Centurion y los que de compañia con él guardaban el cuerpo de Jesus, al ver todas estas cosas, quedáron asombrados, y exclamáron: *Sí, era verdaderamente el Hijo de Dios.* (*Matt.* 27.)

N. 37. Nuestro inexôrable Crítico nos echa en cara, que Jesus, obligado de la sed, bebió con ánsia la hiel y el vinagre, siendo así que todos los dias estamos viendo, que las gentes del pueblo la sufren con paciencia. Esto tiene sin duda un sentido místico; pero nos contentarémos con la respuesta ordinaria, que los Profetas lo habian así predicho. Christo dice en el Salmo 68: *Me han dado hiel por alimento, y por bebida vinagre.* Digannos los Judíos, qué significa este lenguage en el Profeta; y hagannos ver alguno, en la historia, que haya tomado de esta suerte hiel y vinagre. Si responden, que este pasage se ha de entender del Christo, que ellos esperan, será bien que les repliquemos: ¿y por qué no se ha de entender del Christo que ha venido? Todos los que con buena fe reflexionen sobre esta profecía, anterior de muchos siglos á Jesus, y so-

bre otras infinitas, no podran dexar de confesar, que Jesus es el Christo, y el Hijo de Dios, anunciado por los Profetas.

N. 38. El Judío de Celso vuelve de nuevo á hablar con nosotros. »Vosotros, dice, ó fieles, »nos acusais, porque no lo reconocémos por Dios, »y porque no os concedemos que ha muerto por »los hombres, para enseñarles á provocar los su»plicios.«

Es verdad; nosotros acusamos á los Judíos, porque sin embargo de que han sido alimentados en la Ley y en los Profetas, que lo anuncian, y de que no pueden responder sólidamente á las pruebas que nosotros damos de que Jesus es el Christo; perseveran en su incredulidad, y pretenden fundarla en sus respuestas; siendo evidente, que Jesus no sufrió sino por la salvacion de los hombres; y que el objeto de su primera venida no ha sido juzgar á los hombres antes de iluminarlos, ni castigar al punto á los malos, ó dar la felicidad á los buenos; sino esparcir primero por toda la tierra su doctrina, de un modo maravilloso y verdaderamente divino, como los Profetas lo habian predicho. Acusamos tambien á los Judíos, porque quando Jesus manifestaba su poder supremo, lejos de creer en él, lo acusáron de que arrojaba de los cuerpos los Demonios en nombre de Beelzebúb, Principe de los Demonios. Los acusamos tambien, porque habiendose Jesus dignado recorrer, no solamente las

Ciudades, sino tambien las aldeas y lugarcillos de la Judéa, con el fin de anunciar por todas partes el Reyno de Dios; ellos fuéron tan ingratos que lo pintáron como un vagabundo, que lleva una vida vergonzosa y despreciable. Pero ¿qué tiene de vergonzoso ó despreciable el sufrir, por enseñar preceptos saludables á los hombres?

N. 39. Es una falsedad enorme la que se atreve á proponer el Judío de Celso; conviene á saber, que *Jesus, por no haber podido, durante su vida, persuadir á nadie, ni á sus Discípulos, fue condenado á padecer el último suplicio.*

¿Quál, pues, era el motivo de aquel mortal encono de los Escribas, de los Sacerdotes y de los Pontífices? No era otro sin duda, que el dón divino que Jesus tenia de persuadir á la muchedumbre, de llevarla tras sí á los desiertos por medio de discursos acomodados á la capacidad de todo el mundo, y sobre todo de llamar con sus milagros la admiracion de todos, aun de los que se obstinaban en no creer en él. ¿Qué es eso? nos dicen; ni siquiera pudo persuadir á sus Discípulos. Es verdad, que estos eran todavía débiles entonces, y que el temor fue causa de que olvidáran su obligacion; pero no les hizo perder la opinion que de su Maestro tenian. Apenas Pedro lo negó, conoció la enormidad de su crímen, y salió para llorar amargamente. Los demás Discípulos quedáron consternados y abatidos con lo que habia sucedido á Jesus; mas no por eso dexáron

de admirarlo: y quando despues se les apareció, los fortificó de nuevo, y entonces con mas firmeza que nunca creyéron que Jesus era el Hijo de Dios.

N. 40. Celso está persuadido (y en esto no se echa de ver que sea Filósofo), que una doctrina pura, acompañada de costumbres irreprehensibles, no basta, para elevar á Jesus sobre los demás hombres; y que para esto era preciso, que desmintiendose Jesus á sí mismo, no hubiese muerto, no obstante que habia tomado un cuerpo mortal, ó por lo menos que no hubiese muerto de una muerte, que pudiera servir de modelo á los hombres, que de él aprenden á morir por la Religion, y á confesarla valerosamente. ¿Y ante quién, pregunto, la confiesan? Ante aquellos, que confunden la Religion con la irreligion, que tienen por impíos á los hombres mas piadosos, y reputan, por el contrario, por los mas religiosos á los ciegos idólatras, los quales á todo, excepto á Dios, le aplican la idea indeleble de la Divinidad, y entonces principalmente les dan mayores aplausos, quando los ven mas empeñados en exterminar á los Christianos; porque estos, impelidos de la evidencia de un solo Sér supremo, se consagran á él de todo corazon, y le ofrecen el sacrificio de su vida.

N. 41. Celso, oculto siempre baxo la máscara de Judío, acusa á Jesus, *de que no estuvo libre de todo mal.* Diganos por lo claro: ¿qué *mal* quie-

re dar á entender? ¿Es el mal propiamente dicho? Porque si es esto, está en la obligacion de hacernos ver, que Jesus ha cometido alguna accion mala. Si por *mal* entiende la pobreza, la cruz, los lazos que le armáron los perversos, se sigue que tampoco Sócrates estuvo libre de todo mal. Además de qué ¡quántos Filósofos Griegos, de su motivo, y por eleccion han abrazado la pobreza! Demócrito abandonó las tierras para pasto de las ovejas: Crátes, por rescatar su libertad, y complacer á los Tebanos, vendió su patrimonio, y les dió el precio: Diógenes fue tan desinterado, que no tuvo por habitacion sino un tonel: ¿y habrá con todo quien diga, que este fue un mal para Diógenes?

N. 42. Ya que Celso se obstina en sostener, que Jesus no fue irreprehensible; debia decirnos, si efectivamente alguno de los Discípulos de Jesus ha dado pie en sus escritos, para que se haga esta acusacion, ó finalmente, qué fundamento tiene para hacerla.

Jesus, haciendo bien á los que le seguian, nos ha persuadido la verdad de sus promesas. Nosotros, que hemos sido testigos del cumplimiento de sus profecías; que hemos visto que el Evangelio ha sido predicado en todo el mundo, y que sus Discípulos, que lo han anunciado á todas las Naciones, han sido llevados, por esta sola razon, ante los tronos y los tribunales, no podemos dexar de admirarlo; y cada dia nues-

tra fe en Jesus se fortifica mas y mas. No sé, qué pruebas mas claras ni mas sólidas puede apetecer Celso; pero él sin duda está resuelto á no admitir jamás, que Jesus ó el Verbo divino se hizo hombre; que sufrió, y que nos dexó grandes exemplos de constancia. Todo esto, le parece, que es el colmo de la miseria y de la ignominia; porque, segun su sistema, el dolor es el mayor mal, y el deleyte es el sumo bien: lo que no le concederá ninguno que reconozca la Providencia, y cuente la fortaleza, la paciencia y la grandeza de alma en el número de las virtudes. Los tormentos, pues, de Jesus no han debilitado de ningun modo la fe de sus Discípulos; antes bien la han asegurado en todos los hombres mas valerosos, á quienes Jesus ha enseñado, que la verdadera felicidad se ha de buscar en la vida futura; y que la vida presente, llena de tormentos y de aflicciones, es para el alma una guerra cruel y jamás interrumpida.

N. 43. *y* 44. Celso nos echa en cara sin fundamento, que no pudiendo Jesus persuadir á los hombres sobre la tierra, descendió á los Infiernos, por si podia á lo menos persuadir á los que estaban allí detenidos. Todo lo contrario, el número infinito de personas á quienes Jesus habia persuadido, le acarreó el aborrecimiento y la envidia de los Judíos. El alma de Jesus, separada del cuerpo, descendió á la mansion de las almas fieles, que se hallaban en el mismo estado, con

el fin de convertirlos, y de cumplir por su parte con las funciones de Salvadór (*a*).

No hay cosa mas insensata, que lo que Celso añade; conviene á saber, que *con igual fundamento que nosotros, se podria mirar como á hombres divinos á todos aquellos, que han sido condenados á muerte.* ¿No es una cosa evidente, que Jesus, que sufrió los tormentos que nuestras Escrituras refieren, no tiene asomos de semejanza con los miserables, que han sufrido la pena correspondiente á sus delitos?

A pesar de las invectivas y furores de Celso, es incontestable, que Jesus, que murió por la salvacion del mundo, despues de haber empleado toda su vida en apartar del crímen á los hombres, lo que ninguna persona de juicio dirá seguramente de los impostores y malhechores; es incontestable, vuelvo á decir, que Jesus no ha podido ser perseguido y condenado á muerte sin impiedad. Lo mismo debémos decir de sus Discípulos, que han provocado las ignominias, los suplicios y la muerte, para manifestar su piedad para con el Criador del mundo, y su adhesion

(*a*) No hay que decir mas acerca de esta singular opinion de Orígenes. San Irenéo se explicó con la mayor exâctitud sobre este punto, *lib. 4. y 5. de las Heregias.* »El Señor, dice, como el Profeta lo habia predicho, se »acordó de los Santos, que »habian muerto antes de su »venida. Su alma descendió á »los lugares subterraneos, para sacar las almas de los que »creian en él, y salvarlas.«

á la doctrina de su Maestro, de quien han aprendido estos sentimientos y esta heroica constancia.

N. 45. Pero ¡quán frívola es la nota de Celso acerca de los Discípulos de Jesus! »Los Discí»pulos de Jesus, dice, que vivian con él, y lo »escuchaban como á su Maestro, quando lo vié»ron expirar en medio de los tormentos, lejos »de ofrecerse á la muerte con él y por él, ne»gáron que era su Maestro. ¿Y vosotros, voso»tros, digo, quereis morir con él?"

Se ve que Celso anda recogiendo con el mayor cuidado en nuestros libros, y que cree sin dificultad todo quanto le parece del caso para desacreditar nuestra doctrina. Aquí, en este lugar acusa á los Apóstoles, de ciertas faltas, que cometiéron quando apenas estaban iniciados en el Christianismo; pero todo el bien, que despues hiciéron, y el valor con que se portáron, la valentia de sus discursos á los Judíos, su constancia en padecer, y finalmente en morir por la fe de Jesus; todo esto no entra en cuenta, y sobre ello se guarda un profundo silencio.

No ha querido Celso entender la profecía de Jesus á Pedro (*Joan.* 21.): *Quando seas viejo, extenderás las manos*, y lo demás. *Queria significar con esto*, dice la Escritura, *el género de muerte con que Pedro debia glorificar á Dios.* Tampoco repara, que el Apóstol Santiago, hermano del Apóstol Juan, fue decapitado por orden de Herodes, á causa de la doctrina de Jesus; que *Pedro y los*

demás Apóstoles se retiraban llenos de regocijo por que habian sido dignos de padecer por el nombre de Jesus (*Act. Ap.* 5.), y que todos han dexado exemplos de valor y de heroismo, superiores á todo lo que de los Filósofos Griegos nos refiere la historia. Por tanto, desde el principio se han visto muchos Christianos, que han puesto en práctica la sublime máxima, de que la vida presente, á que los hombres son tan adictos, merece solo desprecio; y que la vida futura, que es muy semejante á la del mismo Dios, es la única vida digna de nuestra ambicion.

N. 45. Miente además Celso, quando dice, que *Jesus, en todo el tiempo de su vida, no consiguió atraer á sí, á diez hombres reos de toda especie de delitos, Nautonieros ó Publicanos.*

Los mismos Judíos se ven precisados á confesar, que Jesus atrajo á sí, nó diez, ciento ó mil personas, sino exércitos de quatro y cinco mil; de manera, que solamente los desiertos eran capaces de albergar á los que lo seguian, y creían en Dios por Jesus: á los quales persuadia, no solo con sus discursos, sino tambien con sus acciones.

»Si Jesus, continúa Celso, no persuadió á na»die, durante su vida, ¿no es un absurdo decir, »que despues de su muerte, sus Discípulos per»suaden á tantas personas, como quieren?" Para discurrir consiguientemente, debia decir: si los Discípulos, despues de la muerte de Jesus, per-

suaden á tantas personas, ¿qué número no persuadiria Jesus en el espacio de su vida, ya con sus discursos mas poderosos todavía que los de sus Discípulos, ya con sus acciones?

Celso, que no se cansa de repetir unas mismas objeciones, nos precisa á repetir incesantemente nuestras respuestas (*a*).

N. 48. Nos pregunta Celso, ¿por qué reconocemos á Jesus por Hijo de Dios? Y él mismo responde por nosotros, que lo reconocemos por tal, porque curaba á los cojos y ciegos, y resucitaba á los muertos.

No hay duda, que por estas señas reconocemos á Jesus por el Christo, y verdadero Hijo de Dios; pues leemos en los Profetas: »entonces »se abrirán los ojos de los ciegos, oirán los oi»dos de los sordos, y el cojo saltará como el »ciervo." (*Isai.* 35.)

En quanto á los muertos resucitados por Jesus, es de pensar, que si esto fuera una impostura de los Evangelistas, los hubieran multiplicado mas y mas, y para causar mayor admiracion, hubiesen dicho, que habian estado mucho tiempo en los sepulcros. Los Evangelistas no hablan sino de tres muertos resucitados; la hija de un Xefe de la Sinagóga, el hijo único de una

(*a*) Por eso mismo compendiamos, y aun suprimimos tantos pasages de nuestro Autor, como, por exemplo, el número siguiente.

viuda, que ya llevaban á enterrar, y Lázaro enterrado de quatro dias. Así como en tiempo del Profeta Eliseo habia muchos leprosos, aunque solo Naamán fue curado, y en tiempo de Elías, muchas viudas, aunque este Profeta no fue enviado mas que á la viuda de Sarepta; así Jesus, entre los muertos de su tiempo, escogió los que quiso resucitar, y de quienes se sirvió para persuadir la verdad de su doctrina.

Yo no temo decir, que los Discípulos de Jesus, segun la promesa de su Maestro (*Joan.* 14.), han obrado mayores prodigios que los milagros sensibles de Jesus. Todos los dias vemos, que se abren los ojos de los ciegos espirituales; todos los dias vemos, que los que habian estado sordos á la voz de los Apóstoles de la virtud, escuchan con ánsia lo que se les dice acerca de Dios, y de la felicidad con que recompensa. Los cojos en las vias de Dios, vemos que corren ahora, y pisan las serpientes y los escorpiones, esto es, los Demonios, sin que los artificios y rabia de estos puedan ofenderles. (*Luc.* 10.)

N. 49. Jesus advirtió á sus Discípulos, que se precabiéran contra los que quisiesen seducirlos, por medio de prestigios y de falsos milagros, y persuadirles, que son el Christo de Dios. »Si al»guno os dice: Christo está aquí ó allá, no creais »nada: porque saldrán falsos Christos y falsos Pro»fetas, que obrarán prodigios tan extraordinarios, »que hasta los elegidos, si fuera posible, se en-

»gañarian.... Muchos me dirán en aquel dia: Se»ñor, Señor, ¿no hemos arrojado los Demonios» »y obrado otros milagros en vuestro nombre? Yo »les responderé: apartaos de mí, porque sois obre»ros de iniquidad.“ (*Mat.* 7. *y* 24.)

Celso, que no encuentra diferencia alguna entre los milagros de Jesus, y los prestigios de los impostores, exclama en este lugar: »¡O luz! »¡ó verdad! El mismo Jesus nos asegura con las »palabras mas claras, como nos lo dicen vues»tros libros, que los malos, los impostores, y »aun Satanás, obrarán los mismos prodigios que »él. Luego no son obras de la Divinidad, pues»to que son obras de malos y de impostores. Je»sus vencido de la fuerza de la verdad, se ha »manifestado á sí mismo, quitando la máscara á »sus semejantes.“

Vease hasta donde puede llegar la mala fe de Celso, que da un sentido enteramente contrario á las palabras de Jesus. Si nos hubiera dicho únicamente, que desconfiasemos de los hacedores de prodigios, quizá la objecion de Celso podria tener algun fundamento; pero es el caso, que Jesus quiere que nos precabamos contra los que anuncian al Christo, ó que prétendęn venderse por el Christo. Añade tambien, que habrá personas de perversas costumbres, que obrarán milagros en su nombre: lo qual es muy distinto de los prestigios y de las obras mágicas, y da la idea mas alta del poder divino de Jesus; puesto

que la virtud de su nombre es tal, que hace por sí sola, que los malos obren prodigios semejantes á los de Jesus y de sus Discípulos.

N. 50. *y* 51. Pablo, en la segunda Epístola á los Tesalonicenses, encarga tambien la precaucion contra el Ante-Christo, *á quien el Señor*, dice, *exterminará, quando venga, pero antes habrá ya seducido y arrastrado á la iniquidad á los que perecerán.* Pero en ninguna parte se dice, como Celso afirma, que habrá perversos y seductores, que obrarán los mismos milagros que Jesus. El poder de los encantadores de Egipto no tenia semejanza alguna con el poder divino de Moysés; y el acontecimiento hizo ver clarámente, que los prodigios de los primeros no eran efectivamente sino prestigios; pero que Moysés era depositario del poder de Dios, para obrar verdaderos milagros. El efecto de los pretendidos milagros del Ante-Christo no es otro que la seduccion y la iniquidad: mas el fruto de los milagros de Jesu-Christo, y de sus Discípulos es la conversion y la salvacion. ¿Quién podrá sospechar de impostura á unos milagros de esta especie, ni confundirlos con los prestigios?

Dixo bien Celso, que Jesus habia predicho, que Satanás obraria prodigios; pero no tuvo razon para concluir, que los milagros nada tenian de divino, y que eran obra de los malos y de los seductores: lo qual es confundir cosas enteramente opuestas. Si hay genios malos ó Demo-

nios que hacen cosas admirables; mucho mejor habrá un Poder benéfico y supremo, que obre verdaderos milagros: y al cabo, donde hay mal baxo la apariencia de bien, es preciso que exista el bien real y efectivo. Si se niega el bien, por conseqüencia necesaria se ha de negar tambien el mal; pero si el mal se admite, no hay arbitrio para dexar de admitir el bien. Pretender que hay prestigios engañosos, sin que haya milagros producidos por una naturaleza divina, sería sostener que hay sofismas que tienen apariencia de verdad, y que sin embargo no hay verdad, ni ciencia ó arte para discernir los discursos verdaderos y los falsos. Pues si nosotros no podemos reconocer prestigios, ni operaciones de los Demonios y de la mágia, sino reconocemos tambien al mismo tiempo una naturaleza divina, capaz de obrar milagros; ¿por qué no hemos de exâminar las costumbres y la doctrina de los que se venden por Taumaturgos, y las conseqüencias de sus prodigios, para hacer el justo discernimiento?

Desnudemonos de toda preocupacion acerca de los prodigios; y ni los despreciemos todos como ilusiones, ni los admiremos todos como obras de la Divinidad.

Exâminemos primero, con qué designio se han hecho; si han sido perjudiciales á los hombres, ó si por el contrario los han encaminado á la virtud, y les han persuadido el culto del verda-

dero Dios. ¿No es cosa manifiesta, que los milagros de Moysés y de Jesus, que han servido de fundamento á dos grandes sociedades, no pueden provenir sino del cielo? Es indubitable, que ni la mágia, ni la impostura pueden haber dado nacimiento á una Religion, que abate los ídolos, que el resto de los hombres adoraba, y se eleva hasta el Sér eterno y principio de todas las cosas.

N. 52. 53. 54. y 55. Como Celso hace hablar aquí á un Judío contra los Christianos, Orígenes, en los quatro números siguientes, no hace sino retorcer contra Moysés las mismas objeciones del Judío contra Jesus (*a*). Finalmente

(*a*) No traducirémos los discursos de Orígenes, por buenos que sean, supuesto que nada resulta de ellos, ni en pró ni en contra de la Religion Christiana. Nada puede resultar en pró, porque combatiendo la Religion promulgada por Moysés, se combate la Religion Christiana, que es la verdad y la perfeccion de las figuras y de los elementos de la primera. Nada por fortuna puede tampoco resultar en contra, porque á todas las dificultades se dan respuestas concluyentes. Además de que creemos, que no es del caso hacer pelear á dos Religiones divinas, que esencialmente no forman sino una, y que lejos de combatirse, se ilustran y se prueban la una á la otra. Por otra parte, nosotros tenemos bastantes argumentos peremptorios contra los Judíos, de donde concluimos evidentemente, que su ley ha debido cesar con la venida del Mesías, para ser reemplazada por la ley de este, que aquella anunciaba, y para la

concluye: Quando hubiereis recogido en favor de Moysés las respuestas mas sólidas y convincentes; os probarémos entonces, que no solamente se pueden aplicar las mismas á Jesus, sino tambien que es facil hacer ver con los mismos argumentos, que hay en Jesus algo mas de divino, que no en Moysés.

N. 56. En quanto á la resurreccion de Jesus, ni se puede sospechar, que fuese artificio, ni comparar tampoco con lo que se nos cuenta de un Protesilao, de un Orféo, de un Hércules, y de un Teséo, tan célebres por su descenso á los Infiernos, y su vuelta á la tierra. Porque estos tales, para acreditar semejantes fábulas, no necesitaban sino apartarse mañosamente de la vista de sus compatriotas, y volver á parecer repentinamente, quando ya se hubiera esparcido por todas partes el rumor de su muerte. Mas ¿cómo era posible, que Jesus se valiese de esta estratagema, siendo cierto, que fue puesto en una cruz delante de todo un pueblo, y que su cuerpo ya sin vida fue igualmente descolgado á vista de todo el mundo? Esta es, á lo que yo creo, una de las razones de la publicidad de la muerte de Jesus: porque debia ser el primer fundamento de la fe

qual preparaba. El hecho de la abolicion de esta ley es todavía mas palpable. Los Judíos mismos esparcidos sobre la haz de la tierra, nos presentan en sus libros pruebas nada sospechosas de su ceguedad, y la causa de su reprobacion.

de su resurreccion. Nó, no hay que temer, que nos objeten, que Jesus se ocultó lleno de vida, y que desapareció por algun tiempo, y que manifestandose despues repentinamente habia persuadido, que habia resucitado.

Además de esto, el hecho solo de haberse sus Discípulos declarado con tanto valor en favor de una doctrina, que no se podia abrazar, sino con riesgo de la vida, parece, que es la prueba mas convincente de la resurreccion de Jesus. Porque si los Discípulos la hubieran inventado, ¿cómo era posible que la hubieran predicado con bastante fuerza y zelo, para inspirar á los demás el desprecio de la muerte? Y en tal caso, ¿hubieran ellos mismos tenido constancia para sellar su predicacion con su propia sangre?

N. 57. y 58. Por cierto que le está bien al Judío de Celso negar la posibilidad de la resurreccion, de que hay tantos exemplos en sus libros. Pero la resurreccion de Jesus es mas auténtica, mas admirable, y mas venerable, que ninguna otra, así porque habia sido predicha con todas sus circunstancias, como porque tiene por autor al Padre mismo de Jesus, que está en el cielo; y por el fruto que el género humano ha sacado de ella.

Orígenes se toma aquí nuevamente el trabajo de responder á unas objeciones, que han sido ya refutadas mas arriba, pero que Celso repite, como es costumbre suya. Nos ha parecido excu-

sar á nuestros lectores la molestia de todas estas repeticiones.

N. 59. 60. *y* 61. Dice el Evangelio, que Maria Magdalena, y otras personas viéron á Jesus resucitado con las señales de su suplicio. Pero Celso pretende, que la preocupacion les hizo ver todo eso, porque quando la imaginacion se halla herida de algun objeto, por lo comun nos lo representa como si realmente estuviera delante de nuestros ojos. Que esto suceda en sueños, nada tiene de extraordinario; pero ¿quando estamos despiertos? Solamente un loco, ó un hipocondríaco puede tener semejantes visiones. Celso, pues, trata de fanática á la Magdalena, sin que para semejantes calumnias encuentre fundamento alguno en la Escritura; y cree, que Jesus se apareció despues de su muerte con cicatrices de heridas, que no habia recibido.

El Evangelio, cuya autoridad unas veces admite, y otras reprueba Celso, segun su fantasia, el Evangelio, digo, nos enseña, que entre los Discípulos de Jesus habia un incrédulo que decia á voz en grito, no solamente »yo no creeré hasta que vea" sino »yo no creeré sino es »poniendo la mano en donde estuviéron los clavos, y tocando su costado." Por tanto le dixo Jesus: »Tomás, pón aquí el dedo, mira mis manos, pón la tuya en mi costado, y no seas »incrédulo, sino fiel." (*Joan.* 20.)

N. 62. Convenia sin duda, que los oráculos

acerca del Mesías, que sus acciones y los acontecimientos de su vida fuesen, por decirlo así, coronados con el mas admirable prodigio, esto es, con su resurreccion, que tambien habia sido predicha. El Salmista decia en nombre de Jesus: »Señor, mi carne reposará en la esperan»za, porque vos no dexaréis á mi alma en la »mansion de la muerte, ni permitiréis que vues»tro Santo padezca corrupcion." (*Sal.* 15.)

Adviertase tambien, que despues de la resurreccion de Jesus, su cuerpo, desnudo ya de aquella porcion grosera que tenia, se manifestó muy distinto de lo que habia sido antes. Por lo que dice la Escritura, que habiendose congregado los Apóstoles en una sala, se apareció repentinamente Jesus en medio de ellos, sin embargo de estar cerradas las puertas; y les dixo: *la paz sea con vosotros*, y á Tomás en particular lo que acabamos de referir. En otro pasage vemos, que hallandose Jesus con Simón y Cleofas, *no podian los ojos de estos dos Discípulos reconocerlo al pronto, pero apenas los abriéron, y lo reconociéron, desapareció.* (*Luc.* 24.)

Por mas, pues, que Celso intente confundir las apariciones de Jesus con las visiones, y á los que fuéron testigos de la resurreccion con los visionarios; no habrá hombre juicioso y de buena fe, que no haga distincion de uno y otro, y no quede penetrado de lo maravilloso y divino de esta resurreccion.

N. 63. Celso hace luego una objecion, que no es despreciable. »Si Jesus, dice, se propuso dar »á conocer su divinidad, debió haberse manifes»tado á sus enemigos, á su juez, y finalmente »á todo el mundo.“ Sin embargo de esto leemos en el Evangelio, que Jesus, despues de su resurreccion, no solamente no se manifestó á todo el mundo, sino que ni aun estuvo siempre con sus Discípulos. Así habla Pablo sobre este asunto, al fin de su primer Epístola á los Corintios. »Os he enseñado lo mismo que yo he »aprendido, conviene á saber, que Christo mu»rió por nuestros pecados, segun las Escrituras; »que fue sepultado, y resucitó al tercero dia, se»gun las Escrituras; que primero lo vió Cefas, »despues *los once* (*a*), y mas de quinientos her»manos á un tiempo, muchos de los quales vi»ven todavía, y algunos duermen. Despues lo »viéron Santiago y todos los Apóstoles, y últi»mamente lo ví yo, que no soy sino un aborto.“ (1. *Cor.* 15.)

No se puede negar, que el no haberse Jesus manifestado despues de su resurreccion como antes, es un motivo poderoso de admiracion, no solo para el vulgo de los Creyentes, sino tambien para los fieles mas instruidos. Pero veamos, si es que podemos alegar algunas razones convincentes.

(*a*) En esto seguimos á la Vulgata. El texto de Orígenes dice, *los doce*, ὁι δώδεκα.

N. 64. Jesus, aunque siempre era el mismo, no lo parecia siempre: Su vida y su ministerio están llenos de misterios. Tenia con nosotros un número considerable de relaciones diferentes, como lo evidencian estos pasages: *yo soy la via, la verdad y la vida: yo soy el pan vivo baxado del cielo: yo soy la puerta, por donde ha de entrar el que haya de salvarse.* (*Joan. 6. 10. y 14.*) Pero ¿acaso parecia el mismo á sus Discípulos, quando subió con ellos al monte y les hizo aquel divino sermon sobre las bienaventuranzas; les parecia, digo, el mismo, que á los débiles y á los enfermos, á quienes sanaba de todos sus males, á la falda del monte? Yo no lo puedo creer. Aquellos, á quienes Jesus explicaba las parábolas, que habia propuesto á la muchedumbre baxo enigmas, ¿no estaban mas ilustrados que la muchedumbre misma?

Además de esto, en su Transfiguracion, no se dexó ver sino de tres Discípulos, acaso porque juzgó, que los demás no se hallaban en estado de sostener el resplandor de su gloria, ni aun de contemplar la de Moysés y de Elías, ni tampoco de oir los discursos y la voz celestial, que salió de una nube. Antes que *despojára los Principados y las Potestades*, antes que *muriese para el pecado*, era Jesus visible para todo el mundo; y sin embargo no se dexaba ver de todos de una misma manera, ni en todas las circunstancias. Pero despues que llevó en triumfo á todas

las Potestades, y se desnudó de lo que tenia de sensible á los ojos de la muchedumbre, ¿es de admirar que ya no lo viesen todos aquellos, que lo veían antes?

N. 65. 66. y 67. Ya no se dexa ver en todos tiempos, ni aun de sus Apóstoles, á quienes no se manifiesta, sino es que sea succesivamente y por intervalos: de lo contrario, los rayos contínuos de su divinidad hubieran ya deslumbrado y cegado á sus Discípulos. Las apariciones del Señor á Abrahám, y á otros justos, no eran sino de tarde en tarde, y para un corto número de personas: del mismo modo, pues, lo ha hecho el Hijo de Dios despues de su resurreccion.

¿Con qué fundamento nos objeta Celso, que Jesus debió manifestarse á su Juez, á sus enemigos, á todos finalmente? ¿Acaso todos estos eran capaces de verle, y de sostener el resplandor de su divinidad? *Jesus, no ha sido enviado*, dice Celso, *sino para que lo conociéran.* Es engaño; que tambien ha sido enviado, para estar oculto. Los mismos que lo han conocido, no lo han conocido todo entero; otros no lo han conocido absolutamente: verdad es, que ha abierto las puertas de la luz á los hijos de la noche, y de las tinieblas, que han procurado hacerse hijos del dia y de la luz.

N. 68. ¿*Por qué*, continúa Celso, *quando Jesus fue puesto sobre la cruz, no desapareció repentinamente, con lo qual, mas bien que con nin-*

guna otra cosa, hubiera probado su divinidad (*a*)?

Comprehendo muy bien el lenguage de los Censores de la Providencia, los quales edifican á su antojo un mundo nuevo, y pretenden que

(*a*) Todas estas preguntas son absurdas: porque además de que no le toca al hombre prescribir á Dios lo que debe hacer, ni el vaso de barro, como se explica San Pablo, debe preguntar al Alfarero, ¿por qué has hecho así? es constante, que la resurreccion de Jesu-Christo ha sido ya probada con evidencia. Jesus, en el espacio de quarenta dias, apareció á sus Discípulos y á mas de quinientas personas á un tiempo, obró muchos milagros, y ascendió á los cielos á vista de todos. Estos testigos han dado á su testimonio el mas alto grado de certidumbre, de que es capaz el testimonio humano, con solo haberse ofrecido á la ignominia, á los suplicios, y á la muerte, por anunciar lo que habian visto. Aunque Jesus hubiera desaparecido de la cruz, se hubiera manifestado á sus enemigos, á sus Jueces, á todos los Judios; ¿estarian por eso satisfechos los incrédulos? ¿No dirian con un famoso Deista: *quántos hombres entre Dios y entre mí*? ¿Por qué Dios no me ha hablado como á ellos?.... Las curaciones, las resurrecciones, los milagros, que Jesus obró por toda su vida, tuviéron sin duda ese carácter de publicidad, que pide Celso. ¿Y qué fruto han producido? La resolucion de dar muerte á Jesu-Christo. En una palabra, las pruebas, que Jesus nos ha dado de su divinidad, son mas que suficientes, para persuadir á los corazones rectos que buscan sincéramente la verdad: y por mas que se multiplicáran, no servirian sino para hacer mas obstinados y culpables á aquellos, á quienes el orgullo y las pasiones han cegado.

es mas perfecto, que el nuestro; pero su presumptuosa audacia los hace mas dignos de risa. Se les hace ver que ese mundo de invencion suya es todavía mas defectuoso que este, y que está compuesto de partes, que se destruyen mutuamente. Es indubitable, que Jesus, Dios y Hombre, no hubiera podido descender de la cruz á su voluntad y desaparecer. El Evangelio de Lúcas nos dice, que Jesu-Christo, despues de su resurreccion, tomó pan, lo bendixo, y lo presentó á Simón y á Cleofas; inmediatamente abriéron los ojos estos dos Discípulos, y Jesus desapareció luego que se les dió á conocer.

N. 69. Pero yo quiero probar, que para los designios de Jesus no era del caso, que desapareciese de la cruz. En la historia de Jesus, jamás nos hemos de ceñir al sentido literal, como si en él estuviera comprehendida toda la verdad: así es, que para los que están versados en las Escrituras, no hay rasgo alguno histórico, que no sea al mismo tiempo símbolo y figura. Por exemplo, el suplicio de Jesus sobre la cruz es el símbolo de lo que se encuentra en estos pasages de los Apóstoles: *yo estoy atado á la cruz con Jesu-Christo. No quiera Dios que yo me glorie, sino en la cruz de mi Señor Jesu-Christo, por quien el mundo es crucificado por mi causa, y yo soy crucificado al mundo.* (*Gal. 2. y 6.*) Su sepultura puede igualmente aplicarse á los que se han conformado con su muerte, han sido crucificados y han

muerto con él. Así nos lo enseña Pablo: *nosotros hemos sido sepultados con él por el bautismo, y hemos resucitado con él.* (*Rom.* 6.)

En otra parte podrémos tratar esta materia con mayor extension: aquí solamente advertirémos, como de paso, que segun la relacion de los Evangelistas, el cuerpo de Jesus fue envuelto en una sábana limpia, y sepultado en un sepulcro nuevo, que para nadie habia servido. La uniformidad de los Evangelistas en la relacion de todas estas circunstancias, es por sí sola bastante para que sospechemos, que en todo esto ha habido razones místicas, y para que nos excitemos á investigarlas. (*Luc.* 23. *Joan.* 19.)

Convenia sin duda, que un muerto, muy diferente de los demás, puesto que habia dado señales de vida, por la sangre y agua, que corriéron de su costado; convenia, digo, que un muerto tan singular fuese colocado en un sepulcro nuevo. Por otra parte, así como su nacimiento habia sido el mas puro de todos, pues mereció nacer de una Virgen no conocida de varón alguno; del mismo modo era tambien preciso, que su sepultura no fuese impura, ni estuviese manchada.

Pero ciñendonos por ahora al sentido literal, nos contentarémos con responder, que una vez que Jesus habia resuelto padecer el suplicio de la cruz, era por consiguiente preciso, que pasase por todo lo demás; esto es, que sufriese, y

que muriese (*a*), y fuese por último sepultado, como qualquiera otro hombre. Supongamos tambien por un momento, que los Evangelistas hubieran escrito que Jesus desapareció de la cruz: ¿dexarian por eso Celso y los demás incrédulos de encontrar motivo para exercitar su crítica? ¿No dirian quizá: cómo es que no ha desaparecido hasta despues de su suplicio? Pero ya que censuran lo que saben por los Evangelistas acerca de la muerte de Jesus; ¿qué motivo tienen para no creerlos igualmente en la parte que refieren la resurreccion de Jesus y sus apariciones, ya á todos los Discípulos, sin embargo de estar cerradas las puertas de la sala donde se habian congregado, ya á dos de ellos en particular, ante quienes desapareció repentinamente, despues de haberles presentado el pan, y conversado con ellos por algun tiempo?

N. 70. ¿Y con qué fundamento puede Celso decir, que Jesus se ocultó? ¿*Quándo*, dice, *se ha visto, que un Enviado se esconda, debiendo antes pre-*

(*a*) ....Si Jesus no hubiera muerto, saldrian falsas las Profecías que anunciaban su muerte con todas las circunstancias; Jesus, que dió á los Judíos el inaudito milagro de la resurreccion, como una prueba invencible de su divinidad, sería un impostor; el misterio de la Redencion y salvacion del mundo hubiera sido vanamente prometido, figurado y creido por espacio de quatro mil años; la incredulidad triunfaria; y por último todo el edificio del Christianismo se vendria abaxo.

sentarse á exponer su comision? Es indubitable, que Jesus no se ocultó, puesto que les dixo á los Judíos, quando lo prendiéron: »Todos los dias es»taba con vosotros en el Templo, y no me ha»beis prendido.« (*Matt.* 26.) Ya hemos dado respuesta á las objeciones que siguen (*a*).

N. 71. Por el mismo Jesus sabemos, quién es el que lo envió. »Nadie, nos dice, ha visto ja»más á Dios; su único Hijo, que está en el se»no de su Padre, nos lo ha dado á conocer.« (*Luc.* 10. *Joan.* 1.) Este, pues, es el Teólogo que enseñó á sus Discípulos lo que pertenece á la naturaleza divina, y cuyos discursos, depositados en nuestras Escrituras, han servido de norma á nuestra Teología. En ellos vemos, que *Dios es luz, y que no hay en él tinieblas; que Dios es espíritu, y que los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad.* (*Joan.* 1. *y* 4.)

Su Padre lo envió por muchas causas, que pueden verse en sus Profetas, en sus Evangelistas y en Pablo. Él es igualmente quien ilumina á los hombres religiosos, y castiga á los pecadores; lo qual ignora Celso, puesto que dice, que perdona á los pecadores, ora se arrepientan, ora no se arrepientan.

N. 72. »Si Jesus, dice Celso, queria estar ocul»to, ¿por qué desde lo alto del cielo salió una »voz, que lo declaró por Hijo de Dios? Y si

(*a*) Por esa misma razon finalizamos aquí este número.

»es que no queria estar oculto, ¿por qué pade»ció y murió?"

Todo el intento de Celso es de manifestar alguna contradiccion en lo que la Escritura habla acerca de Jesus. Pero él no sabe, que ni quiso Jesus, que todo lo que le sucedió fuese sabido de todo el mundo, ni tampoco que todo fuese ignorado. Ni se dice en el Evangelio, que aquella voz divina, *aquí está mi muy amado Hijo, en quien me complazco*, fue oida de la muchedumbre, como supone Celso: ni tampoco la que salió de la nube, sobre un monte elevado, fue oída mas que de los Discípulos, que habian subido con Jesus. Una voz divina, no es facil que se dexe oir, sino de aquellos, á quienes Dios quiere hablar; porque en tal caso, ni la vibracion del ayre, ni ningun otro efecto físico sirven de nada, ni la pueden tampoco oir unos oidos, que no sean muy superiores á los del cuerpo: pues quando Dios no quiere ser oido de todo el mundo, no lo oyen los que están faltos de los oidos del alma.

Basta esto, por lo que hace á la primera objecion: y por lo que hace á la segunda, ya la hemos refutado muy á la larga, quando nos extendimos acerca de la pasion de Jesus.

N. 73. Christo con su exemplo nos enseña á sufrir la muerte con valor; de donde concluye malamente Celso, que despues de su resurreccion debió llamar á la luz á todos los hombres, y

manifestarles, por qué habia venido. Pues diganos Celso: ¿no habia Jesus llamado ya á la luz á todos los hombres quando les dixo: »Venid á »mí todos los que trabajais, y estais cargados, »que yo os aliviaré?“ (*Matt.* 11.)

Además de que, en muchos lugares de la Escritura nos dice, por qué ha venido; ya en el sermon sobre las bienaventuranzas, ya en sus parábolas, ó en sus disputas con los Escribas y Fariséos. El Evangelio de Juan particularmente nos da puntual noticia del infinito número de personas, á quienes enseñó Jesus, y nos pone á la vista la grandeza de sus discursos, que consiste en las cosas, y no en las palabras. Lo cierto es, que en el Evangelio vemos, que Jesus hablaba con autoridad, y era admirado de todos. (*Matt.* 7.)

N. 74. Concluye el Judío de Celso, diciendo en tono de vencedor: »Todo quanto hemos di»cho, lo hemos sacado de vuestras Escrituras; »no hemos necesitado de otras pruebas: y así »vuestras propias armas os han herido.“

Nosotros tambien hemos probado por el contrario, que Celso ha inventado muchas cosas que no se encuentran en nuestros libros: solo él queda persuadido de que nosotros nos hemos herido con nuestras propias armas.

Su Judío exclama luego de este modo: »¡O »gran Dios del cielo! ¿Seria posible, que un Dios »pareciese entre los hombres, y no los persua»diera?“

La historia de Moysés le responde, que por mas que Dios se puso en medio de los Hebréos, en cuyo favor obró los mas señalados prodigios, así en Egipto, como en el desierto; por mas que les abrió paso por el mar rojo, y los conduxo en medio de una columna de fuego, y de una nube luminosa; por mas, digo, que les habló y se les dexó ver en varias ocasiones; no pudo jamás persuadirlos, ni vencer su indomable incredulidad. *Estos son*, exclamaban ellos quando hiciéron la ternera de oro, *estos son, ó Israël, tus Dioses, los quales te han sacado de Egipto* (*Exod.* 22.). Baxo este supuesto, no hay ya que extrañar, que ni los discursos, ni los milagros de Jesus hayan podido persuadir á un pueblo de este carácter.

N. 75. »Pero ¿cómo puede ser, insiste este »Judío, que un Dios no sea creido entre los »hombres? ¡Un Dios, á quien esperaban de tanto »to tiempo, no ha de haber sido reconocido!« Yo me contentaré con responder de esta manera á tan urgentes preguntas: O vosotros reputais los milagros de Dios entre los Hebréos, por mayores y mas prodigiosos que los de Jesus, ó los suponeis enteramente semejantes (*a*): elegid. Pero qualquiera que sea vuestra respuesta, yo conclui-

(*a*) ....Orígenes responde á un Judío, para quien no hay medio; porque no puede dar la preferencia á los milagros de Jesus, sobre los del Dios de Israel.

ré siempre, que no es extraño, que un pueblo que ha resistido á todos los prodigios de Dios, manifieste el mismo endurecimiento respecto de los milagros de Jesus: y yo creo, que la incredulidad de los Judíos respecto de Christo, es una conseqüencia natural, y como necesaria de la que anteriormente habian ya manifestado. Quando negais á Jesus, dais testimonio contra vosotros mismos; os mostrais dignos hijos de los que desconocieron y negaron á Dios, quando se manifestó con tanto resplandor. Haceis ver, en una palabra, como dice Jesus, que consentis en las obras de vuestros padres, puesto que obrais del mismo modo. (*Luc.* 11.)

N. 76. En fin, nada puede objetarnos Celso, baxo la máscara de su Judío, que no recaiga sobre la persona baxo que se oculta, sobre la Ley, y sobre los Profetas. Acusa, por exemplo, á Jesus de que se dexó vencer ligeramente de las amenazas, acusaciones y anatémas; pero tambien la Ley y los Profetas abundan en lo mismo, particularmente Isaías, el Levítico y el Deuteronómio. Con que las mismas respuestas que nos dé Celso para justificar su Ley y su Dios, servirán para que nosotros justifiquemos á Jesus y al Evangelio. Paso mas adelante todavía; Jesus, enseñandonos á entender los libros de los Judíos mejor que los Judíos mismos, nos enseña tambien á defenderlos con mas solidez. Pero no hay quien no pueda conocer, que el objeto de los Profetas

era llamar la atencion de aquel pueblo endurecido, y convertirlo.

Los Christianos, que reconocen, que es uno mismo el Dios que ha hablado por los Profetas y por Jesus, no tendrán embarazo en probar, que todos estos extremos, al parecer duros y humildes, y que Celso no puede perdonarle á un Sábio, han sido empleados por la salvacion de los hombres.

Quiero preguntarle ahora á Celso, puesto que se gloría á un mismo tiempo de que es Filósofo, y está versado en nuestras Escrituras; quiero, digo, preguntarle, por qué Mercurio en Homero (*Odis. l.* 10. *y* 12.) habla á Ulises con tanta altaneria. Él sin duda tendrá por muy convincente la respuesta general, de que *Mercurio quiere dar á Ulises un consejo saludable, y que no es propio, sino de pérfidas y fatales Sirenas, hacer discursos lisongeros.* Pues, ¿por qué quando nosotros respondemos lo mismo en favor de Jesus y de los Profetas, no se nos escucha? ¡Como si Dios, por el interés de los hombres, y para moverlos y atraerlos á la virtud, no pudiera hablarles conforme á su carácter é inclinaciones!

¿Y no es por ventura ridículo en extremo, que el Judío de Celso nos eche á la cara, que Jesus no pudo persuadir? ¿No tenemos fundamento para intentar la misma acusacion, no solamente contra los Profetas, sino tambien contra los Sábios mas célebres de la Grecia, que no pu-

dieron persuadir á sus acusadores, á sus enemigos, ni á sus Jueces, á que renunciasen á los vicios y á las pasiones, y se entregasen enteramente á la Filosofía?

N. 77. Nuestro Judío hace despues su profesion de fe, y nos declara, que cree la resurreccion de los cuerpos. Esta declaracion, sea sincera ó no lo sea, nos exime de dar la prueba de este dogma. Ultimamente añade: *¿en dónde, pues, está ese Jesus, á quien veíamos, y en quien creíamos?*

¿Y en dónde está tambien, le podriamos replicar con el mismo derecho, ese Dios, que habla por medio de los Profetas, que se señala por medio de prodigios, á quien veíamos igualmente, y pensabamos, que vósotros erais patrimonio suyo? Creerá el Judío, que tiene derecho para explicar, por qué su Dios ha dexado de parecer; y no nos querrá prestar oidos, quando queramos hacerle saber, por qué Jesus no es ya visible desde que resucitó, se apareció, y persuadió á sus Discípulos su resurreccion. La invencible constancia, con que los Discípulos padecen, es una prueba evidente de que sin cesar tienen á la vista la resurreccion y la vida eterna, cuya realidad les ha sido demostrada; y este espectáculo encantador hace que provoquen y estimen en nada todos los males y suplicios de esta vida fugitiva.

N. 78. *Jesus*, insiste todavía el Judío, *no ha descendido á la tierra, sino para hacernos incrédulos.*

Nó, no ha venido Jesus para haceros incrédulos, pero previó vuestra incredulidad, la predixo, y la hizo servir para la vocacion de los Gentiles. Es constante, que los Judíos son castigados, porque diéron muerte á Jesus: si nosotros, pues, les dixesemos: la divina Providencia se ha manifestado con resplandor castigandoos de esta manera, sacando de vuestro poder á Jerusalén, y quitandoos vuestro Templo y vuestro culto; ¿qué podrian respondernos? No hay duda, que la Providencia es admirable, pues se sirvió del pecado de los Judíos, para llamar, por medio de Jesus, á la posesion de su Reyno, á unos pueblos extrangeros á la alianza y á las promesas divinas. Así lo habian predicho los Profetas; esto es, que Dios, por causa de los pecados de Israël, no se limitaria ya á elegir un pueblo particular; sino que escogeria entre todos los pueblos del universo, á los estúpidos é insensatos, para instruirlos en los secretos divinos; y que quitaria á unos el Reyno de Dios, para darlo á otros.

N. 79. Finalmente así concluye el Judío de Celso: *Es, pues, indubitable, que Jesus no era mas que un hombre.*

Pero ¿cómo era posible, que un hombre se atreviese, ni siquiera á formar el proyecto de esparcir por todo el universo una doctrina, una Religion de invencion suya? ¿Cómo, sin el auxîlio de Dios, hubiera pódido vencer todos los obs-

táculos, triumfar de los Reyes, de los Emperadores, del Senado Romano, de todos los Potentados, y de todos los pueblos? ¿Cómo un hombre, reducido precisamente á las fuerzas de la naturaleza, hubiera podido convertir una multitud de otros hombres; y persuadir, no digo á los Sábios, lo qual sería menos maravilloso, sino á hombres sepultados en las pasiones, incapaces de reflexîonar, y por consiguiente de ser encaminados á la virtud?

Mas como Christo es el poder de Dios, y la sabiduría del Padre, obró todos estos prodigios, y los continúa cada dia, á pesar de la oposicion de los Judíos y los Griegos, que no quieren creer en el Evangelio. Por lo que hace á nosotros, fieles á las instrucciones que hemos recibido de Jesus, no dexarémos de creer en Dios, y procurarémos siempre abrir los ojos á los ciegos, Judíos ó Griegos, que nos tratan de ciegos á nosotros, y nos acusan de que seducimos á los hombres, siendo ellos los que los engañan. Por lo menos, se ha de confesar, que nuestra seduccion es provechosa, pues por ella pasan los hombres, del seno del desorden, de la injusticia y de la ceguedad, al amor, y á la práctica de la virtud, de la justicia y de la sabiduría; y los hombres débiles, tímidos y cobardes son transformados en otros tantos héroes, principalmente quando presentan aquellos generosos combates por la Religion del Dios Criador del universo.

Jesu-Christo, pues, vino despues que fue predicho, no por un Profeta, sino por todos: y solamente una ignorancia grosera puede haberle hecho decir á Celso, baxo la persona de un Judío, que Christo no habia sido anunciado, sino por un solo Profeta.

Este Judío, despues de haber amontonado muchas cosas, que no merecen refutacion, concluye en este lugar: nosotros tambien finalizarémos aquí nuestro segundo libro.

Con el auxîlio de Dios y de Christo, procurarémos responder, en un tercer libro, á lo que posteriormente ha escrito Celso.

Fin del segundo libro de Orígenes, y del tomo primero.

FE DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEE.
XIX	7	adolatría	idolatría.
XXIX	4	reynará	reynára
33	27	por medio su Hijo	por medio de su Hijo
61	2	nuestros	vuestros
62	3	hacernos	hacersenos
132	20	e	el
171	17	arte de Mágica	arte Mágica.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS en este tomo.

Discurso preliminar sobre la Religion Christiana y sus antiguos Apologistas. .... pag. XVII.
Apologias de San Justino. ..... 1.
Apologia de Taciano de Siria. ..... 52.
Apologia de Atenágoras. ..... 55.
Apologia de Teófilo de Antioquía. ..... 81.
Tratado de Tertuliano contra Marción. ..... 117.
El Octavio de Minucio Felix. ..... 155.
Tratado de Orígenes contra Celso. ..... 207.
Prefacio. ..... 212.
Libro primero. ..... 218.
Libro segundo. ..... 286.